Marga Durá

La esencia secreta de la casa Frossard



DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

Primera parte. La llegada

1
2
3
4
5
6
7

Segunda parte. Las Hijas de Selene

1
2
3
4
5
6

Tercera parte. En guerra

1
2

3
4
5
6
7
8

Cuarta parte. El reencuentro

1
2
3
4
5
6
7
8

Quinta parte. La huida

1
2
3
4
5
6
7

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos

La esencia secreta de la casa Frossard

Marga Durá

Ediciones Destino

Primera parte
La llegada

Perdí un imperio en manos de los hombres y he aprendido que es imposible luchar con sus armas. En cambio, es posible ganarles la partida con las nuestras. Este es mi arsenal, las armas de la Tierra, las armas de las mujeres: mi regalo a todas las Hijas de Selene.

CLEOPATRA EN EL *KOSMETICÓN*

1

Grasse, 28 de julio de 1943

Nunca había saltado de un vehículo en marcha. La camioneta descubierta enfiló con gran lentitud la segunda curva, y ese era el momento acordado para que yo me lanzara a la carretera. Pero me hundí atemorizada en el traqueteo del motor, incapaz de dar aquel salto al vacío. Aunque apenas me separaban cincuenta centímetros del suelo, sentí que me iba a precipitar desde lo alto de un campanario. El conductor sacó la mano y pegó dos furiosos manotazos sobre el capó instándome a decidirme de una vez. Era lo que habíamos pactado. Él no podía parar. Y yo no podía saltar.

Mis compañeras de viaje, tres mujeres a las que no les había escuchado la voz en cinco horas, fijaban la vista en el suelo del furgón, despreocupándose por mi suerte. En cambio, Lucien Duval, de quien sabía más de lo que me interesaba, pues me había castigado con una conversación incesante durante el trayecto, se levantó sonriente.

—La voy a ayudar, señorita Frossard —sonrió como un niño travieso mientras cogía mi maleta.

Con decisión, la lanzó a la carretera. Lo miré enfurecida, pero no había tiempo para reproches. Lo que contenía mi equipaje era tan valioso que vencí el miedo y salté. Al tocar el suelo con los pies y comprobar que no me había roto nada, respiré hondo e, incluso, sonreí. Me giré y Lucien Duval, desde lo alto de la camioneta, exclamó:

—De nada, mademoiselle Frossard. Nos volveremos a ver. —Levantó la mano con teatralidad, agradeciendo los aplausos a un público invisible, mientras la distancia le empequeñecía.

Ese fue el primer salto de mi nueva vida. El primer salto de la nueva Chantal Frossard. Porque a partir de ahora todo tenía que ser diferente.

Corrí a recoger mi maleta y me hice a un lado de la carretera. Lancé un gritito involuntario al contemplar el solemne paisaje que se extendía bajo mis pies: un océano púrpura de lavanda que se movía ondulante, confiado, altivo. Preciosas parcelas simétricas inundadas de flores en la frontera entre el azul y el lila rompían la monotonía del verde y el marrón, de la piedra y la escarcha que había conocido hasta entonces. Mi olfato privilegiado se deleitaba en la fragancia: ligera, herbal, plácida, chispeante, honesta, amigable. El olor de la lavanda, esa limpieza tan lejos de la aséptica lejía y tan cerca de la caricia de una sábana fresca, como música de fondo acompañando el espectáculo cromático de flores danzarinas.

Había visto lavanda en los Pirineos, pero nunca en plantaciones tan extensas, tan majestuosas, tan vivas, tan caprichosas, tan vibrantes. Corrí entre los caminos que limitaban las perfectas hileras plantadas, emborrachándome del perfume, gorgoteando como si no tuviera veintidós años, como si no hubiera sobrevivido a una guerra civil, como si no hubiera huido y como si mi futuro no fuera absolutamente incierto. Así de exultante me sentí, liberada de todo,

incluso de la mala conciencia por lo que había hecho. Libre al fin. Con el cosquilleo de la lavanda jugueteando con mi nariz, absolviéndome de mis pecados. Perdí la noción del tiempo.

Debían de ser las dos de la tarde cuando oí voces y ladridos. Me tiré al suelo. Era indiferente quiénes fueran: patrullas civiles francesas, gendarmes, soldados alemanes, tropas italianas o maquis. La experiencia me había enseñado a huir de todos ellos por igual. Unos musicales gritos italianos identificaron a los soldados que avanzaban hacia mí. Miré fijamente mi maleta y, en un acto de superchería suprema, le imploré ayuda.

Permanecí inmóvil, echada boca abajo. A menos de cincuenta metros, los soldados avanzaban entre la lavanda, siguiendo a los perros. Recé ya no sé a quién, rogándole a la tierra que me engullera, que mis pies se hicieran raíces y mi pelo hojarasca. Nada de esto ocurrió, pero como respuesta a mis plegarias, distinguí un animal que cruzó perpendicularmente el camino de los perros y los italianos. Era una comadreja que, asustada, liberó su apestoso almizcle defensivo. Los perros huyeron de inmediato y los italianos los siguieron entre toses y arcadas.

«Los animales y las plantas nos protegen», solía sentenciar Teresa. La comadreja me había salvado, pero no podía agradecérselo porque apenas era capaz de respirar. El viento me había regalado las últimas notas del nauseabundo olor agrio y ácido, y se me hacía insoportable. Olerlo todo, con más intensidad que la mayoría de los mortales, es un don y una maldición al mismo tiempo. Sumergí la cara en la lavanda para borrar aquella pestilencia.

El miedo desapareció y tampoco quedó rastro del hedor. No podía entretenerme durante más tiempo. Tenía que prepararme. Y eso significaba abrir el libro. De rodillas y con sumo cuidado, lo extraje

de mi maleta, dorado, antiquísimo, de hojas rugosas cosidas a mano con una encuadernación que había resistido milagrosamente el paso de los siglos. Era precioso. Lo acaricié delicadamente durante largos minutos.

Lo hojeé hasta dar con la página que me interesaba. Allí, al lado de aquellas letras griegas que no entendía, alguien había adjuntado una hoja con la traducción en francés donde se explicaba qué elementos eran necesarios para preparar la esencia. Leí la información y me dispuse a seguirla al pie de la letra. Recorrí el paraje arrancando los ingredientes indicados con los que preparar el ungüento descrito en el manual: resinas, flores, tallos, raíces. En la bandolera, de la que nunca me desprendía, llevaba varios botes con concentrados y tinturas. ¡Cuánto me había costado conseguirlos!: loto, sándalo, mirra, rosa y otras flores... Machaqué en un pequeño mortero las hierbas que había recolectado, vertí las gotas del concentrado, añadí un poco de alcohol y leí las palabras griegas: «Ego eimi he nea Magissa, kai dia ten dynamin Kleopatras kai tou Kosmetikou chresomai tois karpois tes ges hyper ton gynaikon».

Me esparcí el resultado por el cuello, las manos, el escote, el pelo, las axilas... Mi finísimo olfato no detectaba el más mínimo olor. Un silencio olfativo inquietante. Aunque ya lo sabía, no dejaba de sorprenderme: en cuanto tocaba mi piel, aquella esencia perdía cualquier fragancia para mí, pero no para los demás.

Saqué del equipaje un vestido blanco con unas pequeñas flores azules estampadas y un vuelo gracioso. Abandoné el que llevaba, sudado, feo y raído, entre la maleza. Como una serpiente que había mudado la piel iba a empezar mi nueva vida.

Caminé una hora hasta que me encontré en la entrada de una granja, donde dos campesinas cargaban cestos con flores recolectadas en un camión. Antes de que pudieran ni siquiera oír mis

pasos, me habían percibido y se habían girado sonrientes a saludarme. Sonrisas más exageradas que afables que las sorprendieron a ellas mismas.

—Buenas tardes. Me llamo Chantal Frossard y estoy buscando la manera de llegar a Grasse para reunirme con mi familia. ¿Conocen la casa Frossard?

—Por supuesto —contestaron casi al unísono, contemplándome como si fuera una aparición divina.

Disfruté de aquellas miradas de admiración y de la diligencia con la que las dos jóvenes tramitaron mi traslado en uno de los carros que se dirigía a Grasse. Llegué a mi destino a las seis de la tarde.

La casa Frossard era un palacete no tan majestuoso como me lo había imaginado, pero extremadamente delicado. Habían sabido combinar los robustos muros con livianos balcones, cornisas y columnas. La construcción era de color teja, como el techo, pero el alero y las columnas eran blancos y las contraventanas de un refrescante azul mar. Había algo tremendamente alegre en el exterior de la casa, que contrastaba con el interior sombrío.

Salió a recibirme con expresión escéptica Marcel Frossard, quien apoyaba la mano en el hombro de su nuera, Sylvie. El gesto resultaba forzado hasta que comprendí que el hombre o era ciego o tenía la visión muy mermada. Debía de ser reciente, pues yo no lo sabía. Había escuchado tantas historias acerca de ellos y había deseado durante tanto tiempo conocerlos que me costaba empezar a hablar. Me acerqué para que pudieran percibir mi olor, y en ese momento la expresión de ambos se dulcificó y amagaron una sonrisa.

—No sé si recibieron mi última carta, en la que les anunciaba mi llegada. —Los dos me miraron extrañados. Era obvio que el correo en tiempos de guerra no era de fiar—. Les anunciaba que había

decidido aceptar la invitación que me hicieron hace unos años. Soy Chantal, su nieta y su sobrina. Mi madre lleva ya mucho tiempo desaparecida y no tengo a dónde ir.

Su perplejidad se extinguió en cuestión de segundos. Me abrazaron de inmediato y nos quedamos así durante un tiempo, sintiendo nuestros latidos, que se sincronizaban en un acto de intimidad tan inesperado como inevitable. Había despertado algo profundo en ambos, mejor dicho, mi fragancia era la responsable de ello, pero no me esperaba que el sentimiento me arrastrara a mí también. Eran dos desconocidos, pero dependía de ellos, de ese abrazo, de aquellas emociones que a mí me confundían, pero que a ellos les abrumaban. Nuestros olores se unían y, aunque no podía percibir el mío, sí inhalaba la suma de los tres como algo dulce y terrible, lleno de secretos que se apuntaban y de traiciones que se ocultaban. Secretos y traiciones. Las mías y las suyas.

No estaba preparada para la emoción plácida e inquietante de pertenecer a una familia, de ser parte de algo que no fuera yo. Y tampoco para que ese sentimiento contuviera tanto amor como dolor.

Nada de lo que estaba sucediendo allí era normal, pero ninguno de los tres puso en duda lo que sentíamos ni articuló ninguna palabra que pudiera romper el hechizo. De pronto me noté débil y mareada, y Marcel Frossard lo intuyó.

—Pareces agotada, pequeña. —Su voz era imponente y grave—. Tu tía Sylvie te preparará la habitación de tu madre para que puedas descansar antes de cenar.

La seguí por el pasillo y me di cuenta de que la mujer tenía media cara paralizada y cojeaba al caminar. También debía ser reciente, pues yo tampoco lo sabía. Era alta, rubia, seria y con una elegancia discreta que su cojera no empañaba.

—Puedes darte un baño antes, mientras acondiciono la habitación —propuso.

Entré en la estancia sin intención de bañarme. No iba a desperdiciar ni una gota de la esencia que se me había pegado a la piel. Me peiné recogiéndome el pelo en un moño bajo, y me maquillé con tino para que no se notara demasiado.

La habitación que me había preparado Sylvie era amplia, luminosa, decorada con pocos muebles muy delicados. Como su antigua propietaria: Coraline Frossard, la mujer más elegante y peligrosa de los Pirineos. No la echaba de menos. Aquella era la pura verdad. Pero no me quedaría más remedio que disimular lo que sentía.

Me tumbé en la cama y el olor penetrante de la lavanda de las sábanas me serenó. Tenía que bajar a cenar y temía que el amor que nos había unido se hubiera disipado, dejando el aroma de la desconfianza.

Eso es lo que intuí justo cuando me aproximé a la mesa, que era larguísima y que tenía mis cubiertos dispuestos en la punta opuesta a donde se acomodaban Sylvie y Marcel. A aquella distancia apenas apreciarían mi perfume. Pero lo que yo sí olí fue la sopa de cebolla que humeaba y que me hizo salivar al instante.

—Habitualmente, aquí se sientan mi hijo, Laurent, y mi marido, August —dijo Sylvie, señalando las sillas vacías que nos separaban —. No los conocerás, porque no están aquí. Los han deportado a Alemania, a un campo de trabajo, y hace meses que no sabemos de ellos... —Respiró hondo, bebió agua, se limpió la boca y prosiguió—. A mi hija, tu prima Inès, te la presentaré dentro de unos días, ahora está recogiendo jazmín y se ha quedado a dormir con sus compañeras en la campiña.

—Lamento lo de su hijo y su marido... y me encantará conocer a Inès —respondí esperando con impaciencia a que la mujer hundiera la cuchara en la sopa, para hacer lo mismo. Y, en cuanto consumó el movimiento, ya no puede contenerme, me trajo sin cuidado lo que pudieran pensar de mí: sorbí la sopa a un ritmo vertiginoso, inadecuado, vulgar, pero saciante. Desde que había comenzado mi viaje hacía unos días no había probado bocado.

—¡Lo siento, Chantal! No imaginamos que tuvieras hambre. Tendríamos que haberte ofrecido algo en cuanto llegaste, aunque ya sabes, con la guerra no hay mucho de nada —se disculpó Marcel Frossard.

—No se preocupe —sonreí—. Debo de parecer muy maleducada, pero es que está buenísima esta sopa. Y sí, me estaba muriendo de hambre...

—Come, querida. Que hoy hemos preparado algo especial para ti. Es un lujo que no se da todos los días, pero justo, como para celebrar tu llegada, un amigo granjero me ha hecho un inesperado regalo —comentó animado el hombre.

Olí el pollo horneado desde la cocina y cuando llegó a la mesa, rodeado de patatas y con la piel dorada, un poco crujiente, mis sentidos se rindieron a él. Gusto, olfato, vista, incluso el oído me devolvían el ritmo esponjoso al que masticaba y también el tacto de la servilleta de lino, que me parecía la caricia más sensual del mundo. Sylvie y Marcel me observaban divertidos mientras yo devoraba la presa.

—Aquí también pasamos hambre, pero no tanta como en Toulouse. Y hoy hemos tenido suerte —intervino Sylvie.

Con el estómago saciado regresé a la realidad: había aterrizado en la vida de las dos personas que tenía delante y les debía una explicación. Nos desplazamos al salón, yo me senté en una butaca

enfrente de la de Marcel, que podría notar mi fragancia. En cambio, Sylvie se situó lo suficientemente lejos para no percibirla.

—Yo quería agradecerles de todo corazón su afectuoso recibimiento, pero imagino que tendrán algunas preguntas...

—Sí, ha sido un poco extraño lo que ha pasado cuando has llegado... —atajó Sylvie—. Nos hemos dejado llevar por las emociones. Supongo que estos tiempos de guerra nos están volviendo un poco locos a todos.

—Querida Chantal, somos tu familia y aquí estarás a salvo, pase lo que pase. —Marcel Frossard poseía una de esas voces autoritarias que habían perdido por el camino los matices sentimentales y que, cuando los recuperaban, sonaban demasiado afectadas. Mientras hablaba, no me miraba a mí, sino al vacío que me rodeaba—. Nos gustaría saber cosas de ti y de mi hija, pero tómate el tiempo que necesites, porque debes de estar agotada.

—Estoy cansada, pero comprendo lo que dice Sylvie, tía Sylvie, disculpe, me costará un poco acostumbrarme —le sonreí sin que ella moviera un músculo—, y tiene mucha razón. Ha sido sorprendente el momento que hemos compartido y yo me he dejado llevar por la emoción... Y, con todo, se me ha olvidado mostrarles los documentos que les he traído —dije, acariciando el portafolios de piel que sostenía entre las manos—. Me gustaría que les echaran un vistazo.

—Por supuesto —exclamó Marcel, mientras Sylvie parecía contrariada, aunque, al tener la mitad de la cara paralizada, resultaba complicado leer su expresión.

—Estas son las cartas que ustedes me enviaron a mí. Y esta es mi partida de nacimiento, fechada en Toulouse. —Se la tendí a Marcel, quien al no poder leerla se la pasó a Sylvie, que la analizó minuciosamente—. Yo no tengo recuerdos de entonces, y mi madre

nunca hablaba de aquella época. Ella siempre decía que lo hecho hecho está y que para qué perder tiempo pensando en lo que pasó.

—Es cierto... De joven ya pensaba así —comentó el patriarca, que al recordar a su hija parecía aún más anciano que unas horas antes.

—Tampoco me reveló nunca el nombre de mi padre, por mucho que le insistí. Mi madre me inscribió con su apellido y, pese a las burlas que provocaba en el colegio el hecho de no tener padre, ella siempre me repetía que era un honor ser una Frossard, que descendíamos de una saga de grandes perfumistas y que debía estar orgullosa de mi apellido. También me contó que provenía de Grasse, la capital mundial del perfume, que era uno de los lugares más bonitos del mundo. Ella me enseñó todo lo que sabía sobre perfumes y a mí me fascinaba, porque siempre he tenido el sentido del olfato muy desarrollado. Me decía que algún día volveríamos y yo crecí soñando con que eso ocurriera. —Tragué saliva—. Pero nunca imaginé que sería en estas circunstancias... y sin ella.

—¿Y qué hicisteis después de Toulouse? —preguntó Sylvia.

—De Toulouse nos fuimos a vivir a Barcelona y es allí donde transcurrió mi niñez. Por eso he perdido parte de mi acento francés, pues he pasado mucho tiempo hablando español y catalán.

—No te preocupes, lo hablas muy bien —me dijo Marcel—. ¿Y qué pasó después?

—Cuando yo tenía catorce años, mi madre se enamoró y se casó. Fue un flechazo, como en las novelas románticas, como ella decía siempre. Su marido, Arnau Pinyol, vivía en Àreu, un pueblo en los Pirineos catalanes. Y de un día para otro dejamos nuestra vida en Barcelona y nos mudamos con él y con su hermana, Teresa. —Volví a rebuscar en el portafolios—. Permítanme que les muestre una foto de la familia de Àreu.

Sylvie contempló el retrato que le tendí.

—Y esta joven que aparece con vosotros, ¿quién es?

—Ana Fernández. Una chica extraordinaria, mi mejor amiga, aprendí mucho de ella... Teresa la había adoptado, era como su hija. Teresa era *trementinaire* y Ana le hacía de ayudante.

—¿Trementi... qué?

—Trementinaire. Es una palabra catalana para designar a las mujeres que preparan remedios medicinales para tratar todo tipo de dolencias y después los venden. Eran como médicos, como doctoras de la naturaleza, y las respetaban mucho en toda la comarca.

—¿Como brujas? —ironizó Sylvie.

—No, en absoluto, más bien curanderas o sanadoras. Son mujeres que conocen la tierra y saben cómo preparar medicinas, cómo mezclar las proporciones justas de los ingredientes. Venden sus remedios por los pueblos, recomendándole a cada persona los que necesita para curarse. Mamá siempre decía que aquel oficio le recordaba a Grasse, donde se recogen las flores y después se elaboran y se venden los perfumes. Pero las trementineras viajan mucho y en aquellas tierras el invierno es muy crudo.

—¡Qué curioso y qué interesante! Las mujeres siempre hemos tenido una conexión especial con la tierra —soltó Sylvie.

—¿Tu madre fue feliz con aquel hombre? ¿La cuidó bien? —se interesó Marcel.

—Sí, él la trató como a una reina siempre. Y a mí como a una hija.

Me vino a la cabeza la forma en la que Arnau Pinyol la contemplaba, más bien la admiraba, y los vanos intentos de ella por corresponder a aquella adoración que a menudo la crispaba.

—La verdad es que éramos como una familia: mamá, Arnau, Teresa y Ana, que para mí fue como una hermana. —Me quedé pensativa por unos segundos—. Pero entonces empezó la guerra

civil en España y tuvimos que huir a Toulouse. Y ahí la guerra nos sorprendió otra vez.

Se hizo un silencio.

—No ha habido ni un día en el que no pensara en mi niña, en mi pequeña Coraline —comentó Marcel, que hablaba más consigo mismo que con nosotras—. Siempre quise creer que sería feliz y que estaría viviendo su vida... que es lo que siempre deseó. Y ahora, el hecho de que nadie sepa dónde está me preocupa. —De repente, fue consciente de nuestra presencia—. Pero pensemos en el presente. Estoy muy contento de tenerte aquí, Chantal, de haber conocido al fin a mi nieta.

El hombre se levantó y me abrazó. Y yo reposé mi cabeza en su pecho, mientras trataba de ahuyentar los pensamientos que me recordaban lo que había hecho para llegar hasta allí.

2

Àreu, 1935

Chantal Frossard es la persona más mentirosa, manipuladora y tramposa que he conocido en mi vida. Apareció en mi casa de los Pirineos como caída del cielo o salida del infierno. Las dos teníamos catorce años. Su madre se había casado con Arnau Pinyol y yo trabajaba para la hermana de este, Teresa.

—¿Cómo te llamas? —fue lo primero que soltó con un marcado acento francés.

—Ana Fernández.

—Suena a poca cosa. A pobre. Fíjate qué musical es mi nombre: Chantal Frossard. —Más que pronunciarlo lo cantó.

Hasta aquel día me sentía orgullosa de mi apellido, que había conjurado a otros como Expósito, De la Iglesia o De Dios, etiquetas que te señalan como huérfana de por vida. «Lo escogí yo. Es discreto, no llama la atención», me confió un día sor Mercedes, lo más parecido a una madre que he tenido. Ella también me libró de nombres eternos y dolientes como los de mis compañeras de hospicio: María del Calvario, María de las Angustias, María del Sacrificio. Yo, simplemente, Ana.

«Es un nombre que te permitirá volar bajo, como los vencejos, que mira que son rápidos cazando insectos y tan listos que pueden dormir volando. Una parte de su cerebro los guía y la otra descansa.» Aquella historia nunca se gastaba; por mucho que la repitiera me fascinaba como la primera vez. Yo fantaseaba con que los vencejos albergaban dos animales en un mismo cuerpo: uno que sueña y otro que tira adelante. Deseaba ser un vencejo, pero nunca tenía claro cuál de los dos. «Hoy vienes con el vencejo soñador», bromeaba sor Mercedes cuando me ensimismaba. «El vencejo práctico tendrá que resolver estas cuentas», apuntaba cuando me tendía un examen de matemáticas. «Hoy no sabes qué vencejo eres... No puedes dudar siempre tanto. En la vida se ha de ser decidida», me decía, sabia, sor Mercedes. Y tenía razón: siempre dudo mucho de todo.

Ambas nos entristecíamos cuando aquellas aves migraban a finales del verano anunciando la llegada del frío. En las noches heladas, la monja me permitía colarme en su cama y me susurraba: «No pienses en el frío. Imagínate que eres un vencejo sobrevolando África y siente los rayos, que dicen que por aquellas latitudes son muy calentitos». Y me daba poco tiempo a imaginarlo porque en un suspiro me quedaba dormida. Lo mejor era cuando me despertaba a su lado, porque sor Mercedes olía a heno seco, ese que ha estado un tiempo en el granero y se ha impregnado de matices de la tierra, y por la mañana ahumados todos ellos vibraban con dulzura bajo mi nariz.

Los cuidados especiales que me dedicaba a ella le valieron algunas reprimendas por parte de la madre superiora y a mí el ostracismo de mis compañeras, que me acusaban, sin faltar a la verdad, de ser la consentida de sor Mercedes. A ninguna de las dos nos importó nunca demasiado.

En aquel orfanato, además de las labores del hogar (limpiar, lavar, coser, cocinar...), también se impartían clases. Sor Mercedes siempre me colocaba con alumnas de más edad y me enseñó con más ahínco que a ninguna otra niña: matemáticas, ortografía, literatura (nunca supe dónde conseguía los libros que me prestaba solo a mí), astronomía (por la noche contemplábamos las estrellas y me enseñaba sus nombres) e historia. Sor Mercedes trataba de despertar mi emoción y tal vez mi vocación con hagiografías de las santas: santa Teresa, santa Orosia, que era la patrona de los montañeros, o santa Clara, tan ligada a la naturaleza... A mí me aburrían sobremanera aquellas existencias entregadas al sacrificio y le imploraba que me hablara de Cleopatra y de cómo la faraona había desafiado al Imperio romano. Su suicidio, con una serpiente áspid mordiéndole el pecho, rodeada de sus esclavas, que decidieron quitarse la vida con ella, me entristecía, pero tenía un no sé qué épico que me resultaba secretamente estimulante. En mi querencia por la historia de la egipcia latía una premonición, como si ya entonces intuyera la importancia que iba a jugar en mi futuro una egipcia que hace siglos había sido faraona.

De todas las materias que estudié en aquel orfanato de piedra plantado en lo alto de una montaña como una fortaleza inexpugnable aislada del mal, pero también de la vida, la que más me atraía era la química. O lo que sor Mercedes denominaba así. Experimentos prácticos que realizábamos todas las alumnas.

Extraíamos tintes: el marrón de la corteza de los árboles, los violetas de las bayas de saúco, los amarillos de la manzanilla; fabricábamos jabones caseros; convertíamos el alcohol en vinagre con manzana y vino... Aquello me pareció mágico. Un elemento que al entrar en contacto con otros abandonaba su esencia y se convertía en algo completamente nuevo. Un milagro capaz de

transmutar sustancias, como los que llevaba a cabo Jesucristo. «No digas eso, que es pecado; lo que hacemos nosotras es pura química. El mundo está compuesto de sustancias que al mezclarse con otras sustancias crean otras nuevas», me repetía con cariño.

«El mundo está compuesto de sustancias que al mezclarse con otras sustancias crean otras nuevas.» Parecía una nueva premonición, porque cuando llegó Chantal Frossard y me mezclé con ella yo también dejé de ser yo y me convertí en otra persona, en una sustancia nueva con una cáscara antigua.

—Hueles a tierra húmeda. Es sencillo, pero agradable —prosiguió la repelente niña francesa en nuestro primer encuentro—. Te haré un perfume más sofisticado. Yo soy la chica con el mejor olfato que conocerás en tu vida.

Sus palabras, pronunciadas con ese rostro perfecto y hueco como una escultura, prendieron la rabia que empecé a cocer desde que la conocí. Y fue la que tomó el mando: vi mis manos empujar a Chantal con fuerza hasta que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Estábamos en la entrada de la casa de Àreu y ella se levantó al momento. Se dio unos manotazos en la falda para sacudirla de tierra, se atusó el cabello y sentenció con una voz helada:

—No te voy a volver a dirigir la palabra durante un mes.

No era una amenaza. Durante los siguientes treinta días logró no mirarme ni hablarme, y lo hizo con tal disimulo que nadie, excepto yo, se percató.

Conocer a Chantal Frossard fue lo peor que me ha ocurrido y, sin embargo, admito que aquel primer empujón fue inmerecido. No soportaba la idea de que ella, que acababa de llegar a la casa, gozara de más privilegios que yo, que tantos esfuerzos infructuosos

dedicaba a que me trataran como a una hija. Pero lo que me sacó de mis casillas fue la prepotencia con la que afirmó que ella era la chica con el mejor olfato que conocería en mi vida. Esa era yo. Fue por mi olfato privilegiado por lo que me apartaron de sor Mercedes, de la química y de los libros, y me arrojaron a la vida con mi patrona, Teresa Pinyol, una mujer que a ratos no podía evitar querer más a las plantas que a las personas.

Teresa llegó al orfanato un miércoles, el día que sor Mercedes iba al mercado. La madre superiora, después de cuchichear con ella, me convocó junto con otras tres alumnas en el patio.

—Como ya sabéis, la señora doña Teresa Pinyol es trementinaire. Ahora os va a hacer un examen. Debéis hacerlo lo mejor que seáis capaces —nos pidió.

La prueba no podía ser más sencilla: encontrar tomillo, enebro, orégano, menta, y extraer la resina de un pino silvestre. Fui la primera en concluir las tareas encomendadas. Teresa, que no nos había quitado ojo en todo el rato, se percató de que mi nariz me había desvelado la ubicación de las plantas. Su olor me guio hasta ellas y así le tomé la delantera a mis compañeras.

—¡Qué olfato tan bueno tienes! No se hable más. —Miró a la madre superiora—. Me quedo con esta. —Me señaló. Abrió su mochila y le entregó a la religiosa una caja que contenía remedios contra los constipados y el dolor de espalda, que era de lo que más se quejaba la superiora, que sonrió complacida. Después, la mujer me miró sin verme—. Te vienes conmigo, niña. Recoge tus cosas, que tengo prisa.

La perplejidad cedió a la realidad y esta al miedo más profundo que había experimentado jamás. ¿Irme? ¿Con aquella mujer? ¿A dónde? El corazón me bombeaba tan rápido que el paisaje se fue oscureciendo sin desvanecerse del todo, recordándome que la

amenaza no iba a difuminarse. A lo lejos avisté la mula de sor Mercedes y eché a correr desobedeciendo las voces que me ordenaban que me quedara. Después de balbucear inconexamente, me aferré a su cintura y le supliqué que no permitiera que se me llevaran. La monja me abrazó con una expresión compungida, me acarició la cabeza y se acercó a donde estaba Teresa.

—Esta niña sirve para estudiar y su futuro está en un convento —dijo con firmeza.

La madre superiora se llevó aparte a sor Mercedes, pero yo no me despegué de ella, cogida a su cintura, con la cabeza baja para que me tomaran por un pliegue de su hábito y sintiendo que el corazón me horadaba el pecho.

—¿Qué quiere para Ana? —contestó la superiora—. ¿Que esta niña no viva más que en conventos durante toda su vida? ¿Que no conozca el amor, que no sea madre? Piense un poco más en ella y no tanto en usted, que llevo demasiado tiempo haciendo la vista gorda —le reprochó—. Con Teresa aprenderá un oficio y ganará un dinero. Es un privilegio que el resto de las niñas no podrá tener. Si la quiere tanto como dice, no puede arrebatarle esta oportunidad.

No me la arrebató por mucho que lloré, pataleé e imploré que lo hiciera. Cuando me fui definitivamente del único hogar que había conocido, sor Mercedes intentó abrazarme y la aparté sin miramiento. Me arrepentí siempre de haberle negado aquel abrazo que pensé que sería el último. Me equivocaba, aunque cuando nos reencontramos ninguna de las dos se parecía a aquella niña y aquella monja contempladas por los vencejos.

El día en que Teresa me sacó del orfanato estuvimos seis horas caminando. La mujer olía a madera ahumada y con el sudor de la caminata desprendía notas carbonizadas. No era una madera cálida, más bien agreste, rasposa. Yo, que llevaba unas alpargatas medio

rotas, apenas podía seguirla. Cuando llegué a nuestro destino, una casa de piedra en Àreu, un pueblo del valle Ferrera fronterizo con Andorra y Francia, tenía los pies comidos por una cordillera de llagas que desprendían sangre y pus. Dolían una barbaridad. Pero las lágrimas que contenía no tenían que ver con el dolor que me causaban las heridas.

—Tendrías que habérmelo dicho —me reprendió Teresa para irse sin mediar palabra y volver pasados unos minutos con un cuenco de madera que contenía un ungüento que me esparció en los dos pies —. Es una pomada de trementina que te aliviará, y antes del próximo viaje te compraré unos botines. Con el tiempo te enseñaré a preparar este tipo de remedios. —Por primera vez amagó una sonrisa.

La miré extrañada sin entender qué pretendía de mí aquella mujer morena, con la cara roja, siempre sulfurada, nerviosa, que miraba todo lo que la rodeaba excepto a las personas. Debía de rondar los cuarenta, era un poco más alta que yo y estaba delgada, pero no delgada de cuando se pasa hambre, sino atlética de tanto caminar montaña arriba, montaña abajo. Su cabello era una sucesión de caracolillos furiosos que le llegaban por encima del hombro y sus intentos por contenerlos en un moño fracasaban día tras día. Tenía los ojos muy juntos y una barbilla demasiado huidiza para mostrar una apariencia agradable. Mala no parecía. Pero tampoco me dio nunca demasiadas pruebas de lo contrario.

Una idea me rondaba la cabeza: la mujer le había entregado medicinas a la madre superiora. Sabido era que la trementinaire no regalaba nada. Así que estaba claro que ese era su pago a cambio de una niña, que era yo. Me había comprado. Aquella idea me mortificó durante mucho tiempo, pero a la vez había algo

perversamente agradable en la certeza de pertenecer a alguien, de no estar sola.

—No digas tonterías, por favor, Ana —exclamó cuando saqué el tema, meses después—. Tú eres libre. Yo te enseño un oficio para que te ganes la vida cuando yo falte. Pero puedes irte en cuanto quieras, que huérfanas hay a patadas.

Me dio una pequeña habitación en la casa que mi patrona compartía con su hermano, Arnau, un hombre que caminaba un poco encorvado escondiendo su cara picada, pero que tenía unos ojos afables. De él no dudé: era buena persona.

—Es un pedazo de pan. No entiendo que todavía no se haya casado —repetía Teresa.

Arnau trabajaba en una herrería y se ganaba bien la vida. Las escarpadas montañas de los Pirineos no eran buenas para el cultivo, pero la ganadería se abría camino. Burros, mulas e incluso caballos de carga habían adquirido tan buena fama que se exportaban al resto de España, a Andorra y a Francia. Por lo que él pasaba algunas temporadas en los países vecinos.

Lo que más me maravillaba a mí era que una vez al año Arnau viajaba a Barcelona con su patrono. ¡A Barcelona! Una gran ciudad, con avenidas y tiendas, como me había relatado sor Mercedes. Cuando regresaba le pedía que me contara cada detalle acerca de la ciudad. Arnau, las cosas como son, no era un gran narrador, muy parco en las descripciones y muy centrado en las felicitaciones que su patrono le dedicaba por su trabajo. Pero nada del trasiego de las avenidas, de los sombreros que acariciaban las cabezas de la gente distinguida, de los tranvías o de las tiendas... Eso lo añadía yo con mi imaginación, basándome en los escasísimos datos que él me proporcionaba. Su regreso siempre era motivo de una modesta

celebración en casa. Y en esos momentos me sentía integrada en la familia, como si fuera la hija de aquellos dos hermanos.

Después todo cambió. Tras una de sus visitas a Barcelona volvió casado con Coraline Frossard, a la que acompañaba su hija Chantal. Y mi fantasía de familia feliz se quebró.

La vida hasta entonces era monótona, pero segura. En invierno Teresa y yo bajábamos a Tírvia, Tremp, o la Seu d'Urgell a vender nuestros productos recorriendo las pedanías y los pequeños pueblos del camino. Las gentes de aquellos lugares celebraban nuestra llegada, nos ofrecían comida y nos alojaban: a veces en cómodas estancias y la mayoría de las ocasiones en bordas o establos, sobre algún jergón de paja si la suerte nos sonreía. Nos ofrecían lo que tenían, dependiendo de si eran ricos o pobres. Pero la admiración era una constante que no obedecía al peso de sus bolsillos. Tal cosa me halagaba, pero también me intrigaba. «Somos las doctoras de la naturaleza, Ana, y curamos a esta gente y a sus animales. No todo el mundo puede hacer algo así. ¡Claro que nos tratan con respeto!», puntualizó, como siempre, con la cara roja y la voz rasposa.

Y sí, había algo mágico en lo que hacíamos. Convertíamos diferentes plantas mezcladas de la forma precisa en remedios que curaban la tos, los eccemas, el tifus, las fracturas, las heridas tanto de personas como de animales.

Con el tiempo entendí que Teresa no podía evitar ser adusta y que su forma de relacionarse conmigo no contemplaba brindarme comodidades ni tan solo conversación, sino compartir lo que a ella más le importaba en el mundo: los secretos que mediante su experiencia había conseguido arrancarle a la tierra. Su voz recia se volvía cantarina cuando compartía su sabiduría: que la trementina del pino se destila con agua o con vapor para obtener pega negra; que la resina del sauco debe extraerse en primavera, pero las flores

se han de cortar en San Juan y los frutos se recogen en otoño; que las hojas de tabaco negro se maceran en vino o en vinagre durante dos meses para después trenzarlas hasta que se sequen y se puedan vender como cataplasmas, o que las víboras, que sumergíamos en aceite hirviendo, tenían que cazarse en mayo, que era cuando no tenían veneno.

Yo pasaba muchas horas dedicada a la destilación, cocción, maceración, siempre acompañada de olores abominables. Me esforzaba por recordar cada uno de los pasos, pues cuando fallaba, Teresa me insultaba y me castigaba. «Eres una completa idiota, imbécil, estúpida, no has removido el aceite de muérdago y ahora se ha echado a perder. Hoy te quedas sin cenar.» O «no sirves para nada, no has calculado la proporción de agua en la infusión y has desperdiciado la flor de pino, con lo que cuesta de recoger, hoy duermes en el establo y no comerás en todo el día».

Por mucho que llorara, Teresa era tremendamente severa. «Los errores se castigan para que no vuelvan a repetirse. Lo hago por tu bien», repetía con una condescendencia inmisericorde, despidiendo en ese momento olor a madera podrida. Con el estómago vacío en el frío establo y con los ruidos de los animales acechando, intentaba imaginar que era un vencejo que sobrevolaba África, pero ya no funcionaba porque no tenía a sor Mercedes a mi lado.

Teresa apenas me permitía pegar ojo. Nos quedábamos despiertas hasta muy tarde preparando los remedios y después me despertaba al alba porque algunas plantas solo se podían recolectar justo en ese momento, cuando se desperezaban de su sueño y el sol aún no les había robado su poder. Trotábamos por las montañas y no sé cómo me aguantaba de pie después de haber dormido únicamente tres o cuatro horas. En aquella época mi vencejo soñador había muerto. Y el práctico, el que me sostenía, tenía las fuerzas muy justitas para

mantenerme en pie. Pero callaba, pues los peores castigos venían cuando Teresa consideraba que estaba siendo vaga o perezosa. Una vez, en invierno, me quejé porque me levantó a las tres y como castigo, después de un día de trabajo extenuante, aquella noche me dejó durmiendo al raso. El frío me acuchillaba la piel, los pies me dolían, apenas sentía las manos y no dejaba de tiritar. La certeza de mi inminente muerte me reconfortaba: acabaría mi sufrimiento y el crimen recaería sobre su conciencia.

Dos horas tardó Arnau en convencerla de que o me permitía entrar en casa o moriría congelada. Tosía y tiritaba, y por mucho que me frotaba las manos, las piernas y los brazos, no dejaban de dolerme. De dolerme por dentro, tan adentro como no sabía que pudiera llegar un dolor. Estuve una semana en cama y Teresa, no sé si por arrepentimiento o por profesionalidad, me cuidó con esmero, dispensándome todo tipo de remedios. Incluso me preparó mi plato preferido, fricandó, un estofado de ternera con setas y unas patatas que se deshacían en la boca. Me costaba tragar, pero no quería dejar nada de aquel manjar que olía a felicidad. Cuando no me miraba, pasé la lengua por el plato. No le guardé rencor por el castigo, porque la recompensa de sentirme cuidada me resarció.

En algunos pueblos que visitábamos me preguntaban si era mi madre y yo asentía orgullosa. En cambio, cuando le formulaban la misma cuestión a ella, soltaba una carcajada y respondía: «Qué va, es una ayudante que recogí del orfanato». Palabras que dolían más que los castigos.

Nuestra precaria relación mejoró con la llegada de Coraline y Chantal Frossard.

Arnau se fue un viernes a finales del verano a Barcelona y regresó con esposa e hija adoptiva, mirando con devoción a su señora. Ella

le correspondía, sujetándole la mano o acariciándole la mejilla mientras sus ojos solo reflejaban la euforia de los de su marido.

Arnau, el hombre encorvado de cara picada que había conseguido al fin el favor de una mujer, pero no de una mujer cualquiera, sino el de la más bella que había pisado el Pallars. El herrero estaba exultante y desprendía una felicidad tan furiosa, que ni se le pasaba por la cabeza que los demás no vibráramos en su misma frecuencia.

La monótona vida en los pueblos se rige inexorablemente por la naturaleza y sus estaciones. En invierno se hacen unas cosas, en primavera otras, en verano las más divertidas y en otoño las que nos preparan para el invierno. Esos son los únicos cambios previsibles, esperados, plácidos y aburridos. En cambio, nuestra vida se transformó radicalmente sin que la naturaleza interrumpiera su curso, y eso provocó en Teresa y en mí un estupor inaudito que solo podíamos compartir entre nosotras.

A mí me preocupaba Chantal, que olía a menta y a vainilla, una mezcla imposible, refrescante y dulce, efervescente y cremosa. Tan buena que solo podía suponer un peligro para mí, que tenía un nombre pobre y olía a tierra mojada. Un nombre más miserable y una tierra más enfangada desde que la conocí.

Cuando se cumplió el día treinta de la sentencia de silencio que me había impuesto, la niña francesa vino a buscarme al huerto y me soltó:

—Ana Fernández, tengo un regalo para ti.

Me tendió un pequeño fresquito de cristal y al abrirlo el olor que salió era tan tan chispeante, tan sereno, tan cercano, que me contuve para no llorar. Nunca nadie me había hecho un regalo que pretendiera únicamente mi deleite.

—Lo he hecho pensando en ti, es una fragancia que te puede definir. Disfrútala. —Hizo una pausa—. Solo una cosa más: si vuelves

a ponerme una mano encima, te mataré.

3

Grasse, julio de 1943

En mis primeros días en Grasse visité la catedral de Nuestra Señora de Le Puy, un imponente edificio gótico que, en su majestuosidad, desprendía una intimidad que siempre me serenó. Porque aunque en aquel momento lo ignoraba, aquella catedral se convertiría en uno de los lugares que más visitaría, siempre a escondidas, durante mi estancia en Grasse.

Aquel día me confesé. El cura se sorprendió cuando, tras darme la absolución, le pedí que mantuviéramos una pequeña charla. El padre Jérémie era un hombre bajito, regordete, con una gran papada que de ser más coqueto hubiera podido disimular con una barba, y unos ojos pequeños y muy separados que mostraban interés e inspiraban confianza. Me escuchó con atención y accedió a la inusual petición que le planteé.

—No te preocupes, lo haré y nadie lo sabrá —prometió, afable, para sellar nuestro pacto—. Además, ya tengo clara la forma en la que lo haré —dijo con la sonrisa de un niño travieso estimulado por una idea que truncaba su solemne rutina.

No tengo duda de que mi petición le sorprendió. Y tampoco de que no era la propuesta más extraña que había recibido en aquellos tiempos convulsos, tan dados a la solidaridad entre desconocidos. Y a no hacer demasiadas preguntas sobre las solicitudes, por muy extravagantes que estas fueran. La mía, sin duda, lo era.

La otra cosa reseñable que ocurrió en mis primeros días en Grasse fue que conocí a mi prima Inès, que llegó tres días después que yo y me saludó con timidez.

—Nunca había tenido una prima —soltó, mientras se le escapaba una sonrisa—. Te voy a enseñar el pueblo.

Eran las tres de la tarde y el sol caía a plomo, pero Inès se movía tan aprisa como cuando en pleno invierno te amparas en el movimiento enérgico para entrar en calor. Con diecisiete años superaba el metro setenta y cinco, y era tan ancha y tan fuerte, y caminaba tan deprisa, que no tuve más remedio que situarme detrás de ella, como quien marcha agazapada tras un escudo. Había una mezcla marcial y briosa en sus pasos. En apenas diez minutos llegamos al casco antiguo del pueblo.

—Me cuesta estar quieta —se disculpó cuando se dio cuenta de que prácticamente me veía obligada a correr para alcanzar su ritmo.

Se detuvo un momento y suspiró. Pero no fue un suspiro normal; había algo angustioso en la forma en que llenaba los pulmones cuando se quedaba quieta.

—Es que soy así —se volvió a disculpar.

—No te preocupes —contesté.

Yo no sabía qué significaba «ser así», pero no cabía ninguna duda de que resultaba nefasto y angustioso para ella. Inès tenía la cara redonda, los ojos pequeños pero chispeantes y una sonrisa que mostraba unos dientes inesperadamente perfectos. Al observarla en detalle, era más bonita de lo que parecía si te fijabas en el conjunto,

no muy agraciado. Olía dulce, pero había una nota ácida discordante, como una sombra que opaca la luminosidad en una fragancia.

—Esta es la catedral. Las pinturas son de Rubens, un pintor flamenco, pero hay otras de Fragonard, que es un artista de aquí, de Grasse. —Entramos y salimos en cuestión de segundos y me ahorré decirle que ya la había visitado—. Esta es la calle principal. Aquí está el colmado. Esta es mi plaza preferida —lanzaba mientras atravesábamos a toda prisa los escenarios que describía.

Todo lo hacía con la crispación de quien llega tarde a una cita ineludible, con aquella angustia, con aquella disculpa impresa en las cejas arqueadas. Y así avanzábamos a través de las calles empinadas del pueblo. Grasse es una sucesión medieval de subidas y bajadas, y era obvio que Inès disfrutaba más con las subidas, cuanto más pronunciadas, mejor.

—¿Ves aquellas perfumerías? Son la competencia. Nuestra tienda está más arriba. ¿Quieres visitarla?

—Sí, me gustaría mucho.

Llegamos a la perfumería más pequeña de todas las que había alcanzado a ver de reojo, con un imponente cartel en el que se leía CASA FROSSARD sobre la puerta. La tienda estaba repleta de estanterías con delicados frascos de cristal y un pequeño mostrador presidido por una mujer con el cabello negro y brillante, distribuido en un flequillo y una melenita abombada que le cubría las orejas. Parecía una de aquellas *flappers* que tan de moda estuvieron en los años veinte. Iba cuidadosamente maquillada y le presupuse alrededor de los veintiocho años.

—Maylen, esta es Chantal. Chantal, esta es Maylen. Y si me disculpáis...

—Sí, claro, Inès, ve a dar una vuelta. —acabó la frase Maylen cuando la joven ya había desaparecido. Sonrió y se dirigió a mí—. No sé qué tiene esta chica, pero no puede parar quieta ni un momento. Encantada de conocerte, Chantal Frossard, la mujer de la que todo el mundo habla estos días.

—¿Todo el mundo habla de mí? —me sorprendí.

Maylen soltó una carcajada.

—Pues claro. Eres la comidilla de Grasse. ¿Cómo no lo vas a ser, si en este pueblo pasan tan pocas cosas?

—Tampoco se puede decir que pasen pocas cosas, teniendo en cuenta que estamos viviendo una guerra —repliqué divertida, porque la explosión de olores de aquel lugar y el trato amigable de Maylen me transmitían confianza.

—Bueno, aquí, desde que llegaron los italianos, casi no nos enteramos de que hay guerra.

A continuación, relató la historia que ya conocía, la historia que tanto envidiábamos en Toulouse, cuando, el 11 de noviembre del año anterior, nosotros, que hasta aquel momento dependíamos del Gobierno de Vichy, amanecimos bajo el ensordecedor paso de la oca de las tropas nazis anunciando el final de la zona libre y el principio de la total ocupación alemana.

—Las cosas tampoco pueden ir a peor —comentó entonces con resignación una amiga.

Y aunque era cierto que la zona libre nunca fue libre, y que el Gobierno de Vichy era un perro que se abalanzaba sobre el cuello de sus conciudadanos a la orden de su amo, el Tercer Reich, mi amiga se equivocaba. Las cosas podían ir a peor. Y fueron a mucho peor. Sobre todo para la gente que había sorteado media Europa para llegar a Toulouse. Desde judíos perseguidos hasta paracaidistas británicos, pasando por miembros de la Resistencia, gitanos, gais,

republicanos españoles... Los individuos más perseguidos por los nazis se habían dado cita en la ciudad con la esperanza de deslizarse con sigilo por los Pirineos hasta España, el trampolín que les permitiría alcanzar Portugal y, de ahí, saltar a cualquier país sin una esvástica izada. Pero, de un día para otro, Toulouse se convirtió en una enorme ratonera, fumigada a diario por la Gestapo. Redadas, controles, toque de queda. Moverse por la ciudad era un infierno. Salir de ella, casi imposible.

Las rutas de escape a través de los Pirineos eran un sueño por el que muchos perdieron la vida. Yo las conocía muy bien. Los intestinos de las heladas montañas fronterizas primero habían dibujado en la nieve las pisadas de los republicanos españoles que huyeron a Francia tras perder su guerra. Ahora, las huellas apuntaban en sentido contrario: de Europa a la península ibérica. Y el riesgo era aún mayor.

El día de la ocupación, supimos también que una pequeña parte de Francia había quedado bajo el control de Italia. Consulté el mapa para comprobar que Grasse formaba parte de aquel pedazo que Mussolini se había anexionado. Y sí, al igual que en Córcega, Grenoble, Niza, Montecarlo y Tolón, en Grasse ondeaba la bandera italiana.

—A ver, que aquí pasamos hambre y privaciones como en todas partes. Pero también tenemos algunos privilegios, eso es cierto. Los italianos serán fascistas, pero no persiguen a los judíos y son muy caballerosos y ¡muy guapos! —exclamó Maylen dibujando una sonrisa en sus perfilados labios rojos—. Los alemanes también son robustos y hermosos, pero no sé, a mí me parecen más atractivos los latinos. Pero ¿qué hago hablando tanto? Inès te ha traído aquí para que te enseñe nuestra pequeña fábrica de perfumes.

Sería pequeña en comparación con algo que no me cabía en la imaginación, porque a mí me parecía enorme: tras la tienda se sucedían un sinfín de laberínticas salas que conformaban una auténtica fábrica.

La primera estancia estaba presidida por enormes alambiques cobrizos, los tótems de la religión del perfume que transmutaban flores y tallos en esencia invirtiendo en ello horas de cocción y vapor. Máquinas inmensas, rojizas con destellos dorados, que calentaban las flores hasta convertirlas en vapor, en pura esencia volátil que después, enfriada, se derramaba en forma líquida. Su funcionamiento se me antojaba mágico: cazar un olor de la naturaleza para que no se escapara, para alargar el recuerdo de su vida a través de su muerte.

—¿Cuántos kilos de lavanda son necesarios para conseguir un litro de esencia? —pregunté, curiosa.

—Lo bueno de la lavanda es que se aprovecha todo: la flor y el tallo, por eso bastan entre cien y ciento cincuenta kilos.

—¿Bastan? ¡Es una barbaridad!

—Sí. Pero, por ejemplo, para obtener un litro de esencia de violeta, como la flor desprende poco aceite, necesitaríamos unas treinta y cinco toneladas —suspiró—. Ahora los alambiques están vacíos, ya no los ponemos en funcionamiento. Tu familia no tiene claro si seguirá produciendo perfumes la próxima temporada... ¡Tenemos todavía tantos por vender! De hecho —bajó la voz—, temo que me despidan, porque las ventas son mínimas.

Me gustaba el desparpajo de aquella morena resuelta y parlanchina. Me fijé en unos chasis de vidrio, como unos marcos de fotografía, que albergaban grasa y pétalos de narciso y de jazmín.

—Así es como hacía yo mis primeros perfumes —exclamé.

—¿Tú también haces perfumes? Debe de ser cosa de familia... Entonces ya lo sabes, esta es la técnica de maceración, que por suerte solo se emplea para las flores más frágiles, como el jazmín o el azahar. Me da mucho trabajo, porque cada dos días tengo que introducir nuevos pétalos para que se impregnen en la grasa. Pero es un encargo de tu abuelo, para un perfume que no sé cuántos años lleva ideando y que nunca acaba.

Las fragancias del jazmín y el narciso atrapados en la grasa animal se colaban a través del cristal, deliciosos. El jazmín era tan intenso que más que una flor me parecía un animal, un felino de pelaje suntuoso. El narciso, más herbal, le confería un contrapunto cómplice, amistoso, risueño.

—No sabía que mi abuelo estuviera preparando un perfume...

—Aquí, en Grasse, todo el mundo prepara un perfume. Tu abuelo hace mucho que está dándole vuelvas al suyo. Él mismo ironiza y comenta que, cuando encuentre el elemento que le falta, será más famoso que el número 5 de Gabrielle Chanel.

Atravesamos a otra sala, presidida por una sucesión de tinajas vacías con el regusto aún vibrante de los perfumes emblemáticos de la casa Frossard. Olí los resquicios de la primera, una esencia marcada por la lila que, al protagonizar en exclusiva la fragancia, resultaba melosa y apelmazada. En la segunda, la mezcla de nardo y violeta era absolutamente magistral. La elegancia del nardo se rebajaba con la ligereza de la violeta. Los dos ingredientes danzaron a través de mi olfato y despertaron en mí emociones sensuales, como una canción que eleva tu estado de ánimo.

—Es una delicia, ¿verdad?

—Es absolutamente perfecto —respondí, sin apartarme de la tinaja.

—Fue el gran éxito de tu abuelo. Brigitte, lo llamó, en honor a su queridísima esposa. Y sigue siendo el más vendido de la casa Frossard.

Justo cuando llegamos a la última sala, con estanterías en las que reposaban cientos de esencias, se abrió una puerta trasera y apareció Marcel Frossard. Llevaba un bastón y unas gafas ahumadas.

—Buenas tardes, monsieur Frossard —saludé.

—Chantal, entiendo que te cueste llamarme abuelo, pero te ruego que al menos me tutees y me llames Marcel. —No parecía enfadado, pero tampoco con demasiadas ganas de conversar.

—Como quieras.

—Yo había venido a trabajar un poco.

Entendí que era mejor que no lo molestara y que Maylen lo había comprendido antes que yo, pues ya había desaparecido. La encontré en el mostrador, retocándose el carmín en el espejo de una coqueta polvera redonda. A pocos metros, Inès revoloteaba por la tienda como una mosca a finales de verano.

—¿Nos vamos? —Más que preguntármelo estaba implorándomelo.

—Sí, por supuesto —respondí.

Me despedí de Maylen, que antes de irme me dijo:

—Ha sido un placer conocerte, Chantal. Si te apetece, este viernes por la tarde he quedado con unas amigas para tomar algo en la plaza. Estás invitada a venir con nosotras. De hecho, se mueren de ganas de conocerte.

—Me encantará. Muchas gracias por la invitación.

Imaginé que volveríamos a casa, porque aún no conocía lo suficiente a Inès Frossard para comprender que lo último que deseaba la joven era confinarse entre cuatro paredes.

—Te voy a mostrar una plantación de la rosa de Grasse, ¿has oído hablar de ella?

—Sí —respondí excitada, pues, aunque había olido perfumes y concentrados, siempre había deseado inhalarla de la auténtica fuente.

Mientras subíamos una colina suave, de tierra mullida, que rodeaba Grasse al ritmo de la siempre apresurada Inès, el cielo se volvió plomizo. La joven alzó la vista.

—Se avecina tormenta, tendremos que volver a casa —sentenció con resignación.

Si no fuera porque prácticamente corrimos durante buena parte de la bajada, seguramente la lluvia nos hubiera alcanzado de pleno sin lugar donde guarecernos. Pero, gracias a la velocidad habitual en Inès, tan solo nos mojamos durante los últimos cinco minutos antes de llegar a la casa. Tuve un mal presentimiento cuando atravesamos el umbral de la puerta.

—¿Qué ha pasado aquí? —fue lo primero que exclamó Inès.

Porque sin duda había pasado algo. Parecía que un huracán se hubiera colado por las ventanas: libros tirados por el suelo, cajones abiertos cuyo contenido había sido lanzado sin miramiento, y nada estaba en su lugar. Alguien había registrado nuestro hogar a conciencia. Aunque lo había hecho con cierta delicadeza: sin romper nada, pero dejando el turbador desorden que producen las manos ajenas invadiendo por la fuerza tu intimidad. La sensación de que alguien se cuele en tu casa, toquetee tus enseres personales, pise sin permiso el suelo que contiene únicamente los pasos familiares, es estremecedora. Yo, que apenas llevaba tres días allí, sentí la punzada de ese temor, que se multiplicaba por cien en Inès. La joven estalló en un llanto que parecía hacerles eco a los truenos de la tormenta.

—No lo entiendo. ¡Alguien ha estado en nuestra casa! ¡En nuestra casa! —sollozó, y sin mediar palabra me cogió muy fuerte de la cintura.

Yo le acaricié la cabeza.

—Tranquila, cariño, tranquila —repetía yo más asustada que ella.

Permanecimos así abrazadas, sin atrevernos a movernos, acompasando nuestras respiraciones aceleradas y compartiendo un miedo que sosteníamos entre las dos. Me caía bien aquella niña inquieta, que decía lo que pensaba sin guardarse nada, y hubiera deseado borrar la inquietud que llevaba pegada a la piel.

Al cabo de media hora, cuando la lluvia empezaba a amainar, llegó Sylvie y muy poco después Marcel. Los dos abrieron los ojos con estupor, ella se mordisqueó el labio asustada y él apretó los puños con impotencia.

—Esto es cosa de los italianos. Seguro que buscaban algo de valor —apuntó Sylvie.

—En estos tiempos... podría ser cualquiera —contestó Marcel.

Lo comprobaron exhaustivamente todo y concluyeron que no habían robado nada. Ratificaron mis sospechas: no se trataba de un robo, sino de la búsqueda de un objeto.

Donde más se habían cebado había sido en mi dormitorio. Lo decoraban escasos objetos y ninguno conservaba ni remotamente su posición original. Habían rajado mi maleta, en busca de un inexistente compartimento secreto. Buscaban algo que yo poseía y me atemorizaba que alguien supiera que obraba en mi poder.

Aquella tarde tormentosa Grasse perdió su categoría de plácido refugio y se convirtió en un lugar vulgar, como todos, plagado de amenazas.

4

Àreu, invierno de 1935

La vida en Àreu y en el valle Ferrera se agitó con la llegada de las Frossard. En aquella época tranquila, en la que ignorábamos la cercanía de la guerra, cualquier acontecimiento que truncara la normalidad sumía a los habitantes de la región en un estado excepcional que justificaba el chisme. Que Arnau se hubiera casado por sorpresa ya habría dado de qué hablar en un pueblo tan monótono como Àreu; que su esposa tuviera una hija se habría comentado desde Àreu hasta Alins; que ambas fueran francesas hubiera llegado de Tírvia a Sort, pero había algo más, algo que recorrió toda la región y conjuró una peregrinación a nuestra casa. No era que se hubiera casado, sino con quién lo había hecho. Porque Coraline y Chantal eran dos seres llegados de otro mundo.

Se plantaron en el Pallars Sobirà embutidas en elegantes abrigos de pieles, con sombreros de ala y botines de medio tacón. Nosotros nos reíamos de las personas de la ciudad desprovistas de atuendo de montaña y les dedicábamos miradas cargadas de la condescendencia del que no sabe, del que se ha equivocado, del ignorante que carece de una sabiduría que nosotros atesoramos. En

el caso de las Frossard fue imposible dispensarles aquel trato, porque su ropa era tan inadecuada, sus modales tan incomprensibles y su comportamiento tan decidido que dieron la vuelta a la extrañeza: lograron que los que nos sintiéramos raros y equivocados fuéramos nosotros. Monopolizaron nuestro desdén y nos lo devolvieron en cada sutil gesto que se negaba a reconocer que ellas tuvieran que comportarse de otra manera. Las francesas no iban en dirección contraria, éramos todos los que nos cruzábamos en su camino quienes errábamos de carril.

La construcción casi arquitectónica de aquellas dos mujeres, con pañuelos decorativos, bolsos diminutos, uñas pintadas, ondas perfectas, brillantes labios rojos, no era accidental, porque un accidente es fruto del azar y no el resultado de un esfuerzo sostenido y voluntarioso. En el fuero interno de cada uno de los habitantes de la región ellas eran dos ángeles que habían aterrizado en nuestra recóndita tierra para evangelizarnos. A ello contribuía la belleza de madre e hija. Espigadas, de piel ya no blanca, sino radiante, jugosa, con unos rasgos delicadísimos y unos cuerpos armoniosos, con un equilibrio perfecto entre voluptuosidad y elegancia. Y con aquel porte, aquella clase, aquel estilo incomprensible para los mortales de la región. Sin embargo, solo compartían ese parecido intangible, ese modo de moverse como caídas del cielo, porque físicamente eran muy diferentes. Coraline, rubia, con los ojos de un azul transparente, resultaba más frágil y cristalina que Chantal. Su hija, castaña con ojos color miel, envuelta por una cabellera graciosamente ondulada y unas formas armoniosas, despedía una luz propia.

Para Teresa y para mí no eran ángeles evangelizadores, eran serpientes diabólicas que habían transformado nuestro hogar en su nido. Y nosotras éramos las únicas que lo sabíamos. Arnau andaba

demasiado extasiado luciendo del brazo a la mujer más bella de todo el Pallars para reparar en ello.

Durante el primer mes Teresa y yo apenas abordamos la cuestión, pero no porque ella fuera una persona de pocas palabras, sino porque carecíamos de tiempo. Desde que corrió la voz de que había llegado aquella misteriosa mujer, todos querían conocerla y la excusa más socorrida para desplazarse hasta nuestro hogar fue comprar alguno de los remedios de Teresa.

Antes de la llegada de las Frossard, nadie acudía a nuestra casa a no ser que se tratara de una auténtica emergencia. Éramos nosotras las que recorríamos las pedanías, cargadas con nuestros fardos, ofreciendo nuestros productos. Teresa también atendía a los enfermos, escuchaba sus síntomas y, dependiendo de la enfermedad que tuvieran, preparaba una cataplasma o un jarabe a medida. Eso era con los humanos, porque nuestro otro cometido era cuidar de los animales enfermos. «Son los mejores, porque no hablan», susurraba Teresa cuando nadie la escuchaba.

En cambio, en aquellos días hubiera podido creerse que había una epidemia cercana a una plaga bíblica: de enfermedades infantiles, de problemas con el ganado, de maridos aquejados por todo tipo de males y de mujeres con estrambóticas dolencias que describían lentamente para apurar el tiempo que pasaban cerca de la francesa. No sé cómo no sospeché entonces que aquello no era normal, que estaban sucediendo hechos inexplicables, como todo lo que aconteció en mi vida a partir de aquel momento.

Teresa y yo trabajábamos sin descanso para abastecer la súbita demanda. Al ver que las visitantes preferían hablar con la francesa que con la trementinaire, nos atrincheramos en nuestro granero, a escasos metros de la casa, y nos consagramos noche y día a la elaboración de los remedios.

Yo tenía desolladas las manos de despellejar serpientes y lagartos, de cortar tallos, de mezclar en el mortero las plantas, de hervir y macerar... Pero las dos, aunque exhaustas, respirábamos aliviadas enfrascadas en nuestra tarea, que nos permitía obviar que en nuestra casa vivían dos serpientes infernales que se pretendían ángeles para el resto del mundo.

No podíamos entender de qué charlaban Coraline y Chantal con aquellas mujeres, con las que nada tenían en común. Pero todas salían de la casa sonrientes, habiéndose gastado una fortuna en productos que a todas luces no necesitaban. Aquel misterio no lo resolvimos hasta muchos meses después.

La actividad frenética tocó a su fin a principios de otoño, cuando la afluencia de compradoras chafarderas descabalgó y tuvimos que afrontar la realidad: tocaba convivir con dos francesas inquietantes. Por entonces Chantal ya me hablaba, aunque yo no estaba convencida de que aquello supusiera una buena noticia.

Una vez que me levantó el castigo, se comportó como si a partir de ese momento estrenáramos nuestra relación. Chantal siempre se comportó como si ciertas cosas no hubieran sucedido y tenía tanta determinación que convertía su realidad en tu realidad.

—Llévame a recoger tus flores preferidas —me pidió una mañana.

Era uno de esos otoños palpitantes de los Pirineos, en los que el naranja, el ocre y el rojo pintan el campo y trepan por las montañas, árbol a árbol. Un espectáculo suntuoso, de olores y colores que yo adoro y ante el que Chantal permanecía indolente. Su frialdad me exasperaba. ¿Cómo podía no deslumbrarle aquel alarde de la naturaleza?

La conduje por un sendero cercano al río y llegamos a un prado inmenso donde nos sentamos. Chantal se levantó decidida con ese andar solemne tan suyo y, de repente, hundió la cabeza entre las

piernas y dio una voltereta. Y otra. Y otra. Perdí la cuenta de cuántas había dado cuando empezó a hacerlas hacia atrás para volver a la posición de partida. Había algo sistemático en aquella repetición que le confería rigor. Cuando acabó me miró sonriente.

—¿A qué esperas? ¡Haz lo que quieras, que ahora nadie nos vigila!

Nunca había hecho nada que no me hubieran mandado, pedido o que tuviera una finalidad concreta, por lo que en mi fuero interno me pregunté: ¿para qué? Ella se levantó, me cogió de la mano y me obligó a correr. Me dejé arrastrar por su energía y por ese olor a menta burbujeante y a vainilla cremosa que desprendía. Chantal me empujó y me rebocé en la alfombra de hierba de aquel prado de verde infinito. Ella se levantó y volvió a hacer volteretas y yo la imité en paralelo, como si compitiéramos en una carrera rodando con nuestro cuerpo. Ganó ella y cuando acabamos una sensación de felicidad me invadió, y me quedé quieta, sin moverme, para que no se me escapara.

—Eres una sosa, no haces nada para divertirte —dijo riendo, y no me lo tomé como un reproche, porque era una definición que había hecho de mí alguien que se había tomado el interés de mirarme.

Le propuse volver al plan original y mostrarle las mejores flores de otoño de los Pirineos y me siguió, cogiéndome de la mano o dando graciosos saltitos que yo imitaba. Mi elegida fue la de árnica, con sus grandes tallos y su flor amarilla, escasa, como una margarita medio calva.

—Esta es una de las mejores flores de la región, posee muchas propiedades, se recomienda para las heridas y para las personas que tienen reuma y...

—Para, para, para —interrumpió atajando mi entusiasmo por poder presumir al fin de mis conocimientos—. Te he dicho las flores más bonitas. Las más bellas, las que tienen un olor dulce y único

con el que se pueden hacer perfumes o un ramo... Y tú me hablas de reuma. ¡Somos jóvenes! ¿Quién quiere pensar en el reuma ahora? —Se puso seria—. Pensaba que podríamos entendernos..., me he equivocado.

Yo estaba indignaba por su falta de respeto al trabajo de las trementineras y su manía de recordar a todas horas el arte que atesoraba aquella familia suya de estirados perfumistas. Así que contraataqué.

—¿Y para qué sirven los perfumes? Son aire, se desvanecen. En cambio, lo que hacemos las trementineras es curar a la gente. Eso es mucho más importante.

Una gran carcajada reafirmó que no me estaba tomando en serio.

—Eres tan de tierra...

—¿Qué quieres decir con eso?

Resopló prolongadamente haciendo morritos para dejar escapar el aire y puso los ojos en blanco. Estrenó para mí ese gesto que acabaría repitiendo cientos de veces a lo largo de nuestra relación y que dejaba latente el esfuerzo que conllevaba tener que aclararme tantas cosas que ella daba por sabidas.

—Hay mujeres de tierra, de aire, de fuego y de agua. ¿No lo sabías? —Volvió a resoplar—. Y tú eres de tierra, siempre aferrada a las estaciones, a las obligaciones, en definitiva, a la tierra. Si por ti fuera, de tus pies saldrían raíces y te quedarías quieta, como un gran árbol. —Arqueó los brazos por encima de la cabeza y puso una expresión fingidamente seria, y después rio—. Verías la vida pasar y te dedicarías a nutrir a los demás, a cuidar de todos como si eso fuera lo mejor que pudieras hacer con tu existencia...

Me quedé pensativa. No entendía qué había de malo en ello. En mi cabeza no cabía la posibilidad de que se pudiera ser de otra manera, de que hubiera mujeres que no fueran así. Sin embargo,

era evidente que la que tenía ante mí no se adscribía a mi misma categoría.

—¿Y tú de qué eres?

—¿Yo? ¿De qué quieres que sea? —Soltó otra carcajada—. ¡De aire! Soy etérea, como los perfumes, no quiero nada imperecedero, solo la belleza que dura un instante. Voy de un lugar a otro, cambio de opinión, me adapto... Me gustan las novedades, no hay nada que me pese... como a ti.

—Te estás inventando todo esto. ¿Y las otras mujeres cómo son, según esa descabellada teoría tuya?

—Por ejemplo, Coraline —curiosamente siempre llamaba a su madre por su nombre de pila— es agua. Se escurre, cambia, es el reflejo de todo y de nada... Además, es una fuerza de la naturaleza, imparable, como el río, que no se detiene ante ningún obstáculo, los arrolla. Pero también es auténtica, cuando está de buenas el mundo a su lado es más divertido, te salpica de frescura.

Callé porque yo, desde luego, no compartía aquella imagen tan idílica de su madre.

—¿Y Teresa qué sería? ¿De tierra, como yo?

—¡Qué va! ¡No has entendido nada! —Volvió a resoplar poniendo morritos—. Teresa es de fuego, temperamental, siempre a punto de explotar... Por eso tiene la cara permanentemente roja. Camina sola por la vida, sin ayuda de nadie, y es incansable. Pero seguro que tiene alguna pasión secreta, un fuego que esconde a los ojos de todos, pero que la consume.

Me asustó su clarividencia. Pero al poco concluí que aquella chica estaba rematadamente chiflada. Una excéntrica que inventaba historias o que repetía las que había escuchado para darse ínfulas. Las mujeres eran mujeres, ¿en qué cabeza cabía que fueran de aire, de fuego, de tierra o de agua?

—¿De dónde sacas todas estas tonterías?

—No son tonterías y tú llegarías a las mismas conclusiones si observaras más a la gente, si en vez de aprender a curar sus cuerpos, te interesara entender lo que les pasa por la cabeza. Si te pones en la piel de los otros, siempre sabrás cómo salirte con la tuya.

«Si te pones en la piel de los otros, siempre sabrás cómo salirte con la tuya.» No sé cuántas veces habré recordado esta frase, que era una declaración de principios de Chantal Frossard. Una manipuladora, capaz de plantarse en la vida de cualquiera y arrasarla. Eso fue lo que hizo con la mía.

Pero en aquel momento yo estaba abrumada y, también, cautivada. Nunca había oído a nadie hablar de aquellos temas y ni siquiera sabía que se podía pensar en ellos. Me costaba seguir el hilo de sus ideas y también el sofisticado vocabulario que empleaba hablando un idioma que no era el suyo, pero no había duda de que me fascinaba. Aquel día, con catorce años, me juré a mí misma que haría todo lo posible e imposible en mi vida para convertirme en una mujer de aire, como Chantal Frossard, y cortar mis pesadas raíces.

Tras aquella conversación entendí que Coraline y Teresa, agua y fuego, nunca llegarían a entenderse. Mis sospechas casi se confirmaron una noche en la que Arnau no estaba y su esposa se dirigió a Teresa durante la cena. Llevaba un maravilloso perfume que impregnaba la estancia y te calaba los huesos. Era una mezcla de olores balsámica, de flores juguetonas, de campo dulce y de madera envolvente, incluso había algo sagrado que sugería incienso sin serlo.

—Teresa, he pensado que usted se quedará el sesenta por ciento de todo lo que hemos ganado y yo el cuarenta, porque sin mi ayuda no hubiera vendido tanto.

La propuesta era abusiva y, sin embargo, nuestra respuesta fue inmediata e incontrolable. Tanto Teresa como yo asentimos agradecidas sin poder ni querer evitarlo. En ese instante, si me hubieran pedido que les entregara el escaso dinero que Teresa me pagaba, lo hubiera regalado encantada, dichosa, honrada. Me invadía un sentimiento tan gratificante que no podía negarme a nada.

—Por supuesto, Coraline, usted ha hecho mucho —respondió Teresa, que no sospechaba que su propia voz pudiera ser tan dulce.

Aquella reacción extraña y visceral nos produjo una serenidad tan incomprensible como deliciosa. Yo me sentí tan en paz que hasta desapareció la culpa que siempre cargaba y, sobre todo, ni siquiera la eché de menos. Ya no había preocupación, miedo, obligación... A ratos no había ni siquiera yo. Me dejé mecer por aquella sensación adictiva que anhelaba que no acabara jamás. Aquella noche estuvimos charlando animadas hasta entrada la madrugada, porque ninguna de nosotras deseaba que aquel bienestar sobrevenido nos abandonara a nuestra suerte.

Al día siguiente me levanté con la sensación de haber vivido un sueño agradable del que no había tenido la libertad para despertar.

Teresa estaba fuera de sí.

—Pero esa mujeruca, ¿quién se ha creído que es? Es que no lo entiendo, ¿cómo puede quedarse con el cuarenta por ciento si no ha hecho absolutamente nada? Se está apropiando de todo lo que me pertenece: se ha instalado en esta casa, que es de mi hermano pero también mía, se comporta como una señorona, me trata como a una criada, llega a acuerdos con mis clientas y ¡se queda con mis ganancias! Esta noche le voy a dejar claro que anda muy

equivocada. —Hizo una leve pausa y el brillo furioso de sus ojos dio paso a un destello de desesperación—. ¡Es que no entiendo qué es lo que me ocurrió ayer para aceptar ese trato!

Yo tampoco lo comprendía. Nuestra voluntad se había sumido en un maravilloso sueño y una fuerza superior, ajena a nosotras, había tomado el mando.

Asentí esperando el momento en el que la mujer de fuego, que olía a madera chamuscada, pusiera en su lugar a la forastera. Lo intentó, pero no se puede decir que lo lograra. De nuevo, la francesa llevaba ese perfume imponente tan misterioso y plácido que nos anulaba.

—Coraline, he pensado que... que... tal vez —empezó a balbucear —. Lo del dinero... —La francesa la observaba con una sonrisa beatífica—. Es igual, déjelo.

—Entiendo que quiere que hagamos las cuentas ahora, querida. No se preocupe, enseguida le entrego lo que le corresponde.

Se levantó y buscó un bote de la cocina, lo volcó sobre la mesa y contó las monedas para separar las que le correspondían a Teresa con un movimiento lento de sus largos dedos que resultaba hipnótico. Nunca había visto unas manos tan blancas ni unos dedos tan largos.

Me arrastró una súbita ola de felicidad que no se correspondía con lo que estaba sucediendo. A Teresa le ocurrió lo mismo, porque cuando le entregó el dinero soltó un «gracias» cargado de sentimiento. Las dos sonreíamos sin razón y cada uno de nuestros gestos desprendía un bienestar que nos venía grande. Aquella deliciosa sensación se prolongó durante la cena, a la que se unió Arnau. A media comida, Coraline nos dijo que tenía un anuncio que hacernos y tanto Teresa como yo asentimos encantadas.

—Hemos estado hablando con Arnau de que ahora somos una familia —soltó una risita muy afectada mirándolo de reojo— y que nos hemos de entender. Nosotras nos aclaramos con el castellano y un poquito con el catalán, pero no nos sentimos cómodas hablando un idioma que no es el nuestro. Ustedes, en cambio, hablan algo de francés. Teresa va al mercado con compradores franceses y Arnau tiene muchos clientes de mi país —de mí ni siquiera habló, pues ante sus almendrados ojos azules era invisible—, así que de ahora en adelante hablaremos francés en casa. ¿Qué les parece?

Y de nuevo dijimos que sí, aunque era increíblemente absurdo: nosotras no dominábamos el francés ni la mitad de bien que ellas el castellano, pues llevaban años hablándolo. Pero nos pareció la idea más acertada del mundo, arropada por el efecto sedante que nos provocaba aquel perfume embriagador. Me acerqué todo lo que pude a Coraline para bucear en una paz infinita, en un estado líquido en el que el mundo dejaba de ser rígido y me invadía un amor incondicional hacia ella. Una entrega en la que no me importaba desprenderme de mi voluntad ni de lo que hubiera creído fervientemente unos minutos antes, porque aquella sumisión era lo más sublime que me había ocurrido jamás. Dejaba de ser yo y mis pesares. Y aunque al día siguiente maldijera haberlo hecho, anidaba en mí el deseo de que aquella situación volviera a repetirse, que aquella presencia me liberara de todo lo que no fuera complacerla. Aun sabiendo que no era normal. Aun sabiendo que había algo demoníaco en aquello.

5

Grasse, verano de 1943

Inès era una mujer de tierra, aunque vivía con un constante terremoto bajo sus pies. Y su madre, Sylvie, de la que aún no sabía exactamente qué pensar, era sin duda de agua, escurridiza e imbatible a la vez. Llegué a esa conclusión el día en el que alguien allanó nuestra casa.

Aquella noche, apenas cruzamos palabra durante la cena. Asumimos en silencio que el mundo ya no era un lugar en el que se podían dejar las puertas abiertas y confiar en los vecinos. En cuanto acabamos, Inès pidió permiso para salir a dar una vuelta. Me extrañó que siendo tan tarde se lo concedieran y Sylvie leyó mi sorpresa.

—Cada noche necesita hacer lo mismo para poder dormir. Da varias vueltas a la casa hasta que se agota y así puede conciliar el sueño... Aunque muchas veces tiene pesadillas. No te asustes si la oyes gritar, es habitual que le suceda. Supongo que la guerra nos está afectando a todos.

Sylvie tenía una melena pajiza no muy abundante que le llegaba por los hombros. Con la raya al lado intentaba disimular, más mal

que bien, la parálisis facial. Quise definir su olor, pero se me escapaba. Era seco, pero no agreste; consumido, pero no ahumado. Una fragancia muy discreta que apenas se alzaba bajo el perfume Brigitte, la exquisita mezcla de narciso y jazmín que siempre la acompañaba. La mujer era amable conmigo, y sin embargo ambas fracasamos en alcanzar una intimidad que no fuera forzada. Interpreté que tener a su marido y a su hijo en un campo en Alemania y a una hija que parecía estar a punto de derrumbarse la habían confinado lejos de los acercamientos.

Marcel Frossard, en cambio, me trataba con una rigidez dulce. Acatar las normas de la casa era el salvoconducto hacia su cariño. Aquel patriarca acusaba el fracaso por no haber podido mantener unida y protegida a su familia, pero abrió su corazón a la esperanza con el regreso de su nieta. Olía fuerte, como huelen algunas personas mayores, y con un brío a tabaco y licor, que no eran exactamente ni tabaco ni licor, sino una fragancia natural que imitaba a aquellas dos sustancias rotundas y masculinas.

—Inès es una niña con un gran corazón —me reveló el hombre—. Antes ya de que empezara la guerra, empezó a tener este comportamiento, ese no poder estarse quieta, que no guarda ninguna relación con que sea maleducada ni nada por el estilo, sino con una desazón que no sé de dónde le nace a la chiquilla ni cómo quitársela. Visitamos a un médico en Niza, pero no pudo ayudarnos... Es que la pobre incluso llegó a tener señales de un picor terrible en las manos y en los pies. Eso por suerte ya se le pasó. Pero nunca han hallado un remedio para ella.

—Yo podría ayudar a Inès. —Al momento capté la atención de Sylvie y Marcel—. Como os dije, pasé mucho tiempo con mi amiga Ana Fernández, que es una trementinaire increíble, y con su patrona, Teresa. De ellas aprendí algunos remedios.

—Por probar no se pierde nada. —La voz de Sylvie no escondía su escepticismo.

No sabía si funcionaría o no, pero desde que Inès se abrazó a mí cuando entraron en la casa, yo había desarrollado un sentimiento protector hacia ella. Cuando volvió de su paseo, le comuniqué que cada mañana le prepararía una infusión para tranquilizarla.

—No creo que se arregle. Es que yo soy así —repitió resignada Inès—. O me he quedado así, porque por lo visto antes era más normal, pero no me acuerdo. ¡Es que apenas guardo recuerdos de mi infancia! Bueno, sea como sea, te lo agradezco y me tomaré la infusión. ¡Ojalá funcione! —Sonrió mostrando sus preciosos dientes.

Un presentimiento hizo acto de presencia sin que nadie lo hubiera llamado y me dejó la boca pastosa y el corazón encogido. Yo había visto antes un olvido de idénticas características al que padecía Inès, un no recordar acompañado de los mismos síntomas que padecía la joven. Pero me sacudí el presentimiento y negué aquella posibilidad. Eso supondría una serie de sucesos inexplicables en el mejor de los casos y muy peligrosos en la opción más realista. Me esforcé por atribuirlo a la casualidad.

Los ojos de Inès se iluminaron, me di cuenta de que la muchacha se sentía bien a mi lado y algo muy cálido me trepó por el pecho.

—¿Te apetece que mañana por la mañana visitemos el campo de las rosas de Grasse que hoy no hemos podido ver? Tendremos que madrugar bastante.

—No me importa, me hace ilusión. Te lo agradezco de veras. —Me premió con una sonrisa sincera.

Hacia las cinco de la madrugada enfilamos el camino a Plascassier, el pueblo donde se ubicaba la plantación, un precioso sendero

ondulante acolchado por olores tan sólidos que alimentaban. Nunca había estado ni por asomo en un lugar que oliera tan bien.

—Esta es la última subida —me indicó Inès— y llegaremos a la plantación de Lucien Duval.

—¿Lucien Duval? —no pude reprimirme.

—¿Lo conoces?

—¡No! —mentí por impulso.

No esperaba volver a encontrarme con Lucien Duval, aquel hombre que me había acompañado en el camión y que había lanzado mi maleta. En el momento en que pisamos la plantación, no pude pensar en el encuentro, pues me invadió un estremecimiento místico. Un cúmulo de sensaciones asaltaron el centro del estómago, irradiando olas de bienestar incontrolables. Por mucho que hubiera olido perfumes elaborados con la rosa de Grasse, nada era comparable con aquella fragancia, que superaba en cien matices a las rosas convencionales. La huella floral se sumergía en una chispa dulce como la miel y la canela, una cualidad untosa, aterciopelada, almizclada, pero sobre todo pura, radiante.

La plantación, dispuesta en perfectas filas con arbustos de los que se desmayaban las flores, estaba repleta de recolectoras con grandes cestos de mimbre que con un movimiento tan letal como reverente las decapitaban. Un gesto que contenía dulzura y precisión: una muerte rápida para concederles la inmortalidad. Las recolectoras hundidas en sus grandes sobreros de paja rehuían las miradas, molestas por la presencia de dos extrañas. Ninguna de ellas era francesa.

—Usted tiene que ser Chantal Frossard, la mujer de la que todo el mundo habla. —Reconocí al instante la voz grave y alegre de Lucien Duval, que se acercó en dirección a nosotras, simulando que era nuestro primer encuentro.

—Encantada de saludarle, monsieur Duval —respondí tendiéndole la mano, que el besó unos segundos más de lo que indica el protocolo.

—Monsieur Duval, le importaría si... —interrumpió Inès.

—Claro, Inès, puedes echar una mano recolectando flores —se anticipó, demostrando que la conocía bien.

Cuando la joven se alejó, la sonrisa del hombre se hizo cómplice y acercó su rostro al mío unos milímetros más cerca de lo que también indicaba el protocolo.

—Ya le dije que nos volveríamos a ver, mademoiselle Frossard. Es un placer saludarla y comprobar que su salto fue certero y está usted de una pieza. —Utilizaba un tono seductor que me invitó a apuntarme por deporte a la partida que me proponía.

—Espero que usted también llegara a su destino, aunque no acabo de comprender qué hacía el respetable propietario de una plantación atravesando la frontera entre la Francia ocupada por los alemanes y la anexionada por los italianos —dije con descaro.

—Viaje de negocios, querida. Aquel día le di fiesta a mi chófer, soy demasiado permisivo con mis empleados —sonrió con sorna: en aquella época sin carburante, nadie contaba con un chófer.

Vestía con un aire despreocupado absolutamente calculado. Pantalón y camisa de lino, con las mangas arremangadas milimétricamente, un chaleco de un marrón no muy oscuro, un sobrero de fieltro del mismo color y un pañuelo de tonos burdeos, típico de los agricultores de la zona pero que a él le confería un aire de dandy. Era alto, pero no corpulento, con una gracia natural que ya podía ser de aristócrata o de burgués insolente. La cuidada perilla y un hoyuelo que se le dibujaba en la mejilla izquierda cuando sonreía me hacían decantarme por la segunda opción. Los ojos achinados y la nariz generosa aterrizaban en unos labios

voluminosos. Le ocurría justo al contrario que a Inès, el conjunto era más atractivo que las partes que lo formaban.

Aun así, no despertaba en mí más emoción que la de aquel juego en el que no tenía nada que perder.

—Y, hablando de sus empleados, estas jóvenes agricultoras no parecen francesas...

—Son mis primas.

—¿Todas ellas?

Asintió con la cabeza, sin abrir los labios, con un énfasis cómico.

—Hasta la última —sonrió de nuevo de medio lado—. La familia Duval es muy numerosa. Cuento con primas en Polonia, en Holanda, en Austria, en Checoslovaquia... Pero a las pobrecitas les disgusta el clima de sus países. Mucho frío. —Arrugó cómicamente la nariz—. Y yo las he invitado a mi plantación a pasar el verano. Y en agradecimiento me echan una mano con la recolección de las rosas.

Aquellas mujeres silenciosas eran judías refugiadas y Lucien o pertenecía a la Resistencia o tenía tratos con ella. Me sorprendió la impunidad con la que me confiaba algo que, en el lugar de donde yo venía, podía costarle la vida.

—Ya veo que es usted un hombre muy familiar.

—No lo crea, todavía no estoy casado, por si le interesa este dato. Y usted, por cierto, no recuerdo de dónde me dijo que era.

—Es que no se lo dije.

—Buena respuesta. Las mujeres misteriosas siempre han despertado mi interés. ¿Cree usted que teniendo en cuenta que fuimos compañeros de viaje me podría permitir tutearla?

Entorné los ojos y calculé el grado de mi sonrisa.

—Solo si me enseñas tu taller de destilación.

Me ofreció el brazo para que me sujetara a él y caminamos por la senda pedregosa rumbo a un enorme edificio de ladrillo rojo que se

vislumbraba al final.

—No sé si te lo habrá comentado tu abuelo, pero hacemos negocios juntos desde hace un tiempo. Yo le vendo el absoluto de las rosas de Grasse con el que él elabora sus perfumes.

—Algo había escuchado. ¿Tu familia también se ha dedicado siempre a la perfumería?

Soltó una pequeña carcajada.

—No, ¡qué va!, mi padre era un respetable hombre de negocios con una empresa en Niza y los perfumes siempre se le antojaron una futilidad. Se dedicaba, como me recalcaba siempre, a asuntos serios. Por suerte, mi hermano siguió sus pasos, porque a mí el negocio familiar de importación y exportación me aburría sobremanera. —Sonrió de lado con una expresión seductora—. ¡Me hubiera muerto en vida si hubiera tenido que continuar la tradición familiar! Yo no puedo permanecer inmóvil en una oficina, haciendo números, necesito moverme, me cuesta quedarme sentado en una silla demasiado tiempo... —Gesticulaba de tal modo que no cabía duda de que no contemplaba la quietud en sus planes—. Por suerte, mi madre heredó esta plantación y mi padre y mi hermano intentaron convencerla para que la vendiera e invirtiera en la empresa familiar. Pero yo le propuse que la lleváramos entre los dos. Y antes de la guerra conseguí que fuera rentable. Incluso compré una pequeña perfumería en Niza —sonrió—. Mi padre me felicitó por el éxito que conseguí... y te aseguro que fue un gesto excepcional viniendo de él.

—Entiendo que tu padre falleció. Lo lamento.

Por un momento calló e inhaló el aire lentamente para espirarlo con pesadez.

—Sí. Su corazón no resistió que perdiéramos la guerra. Sufrió un infarto dos días después de la derrota —miró al horizonte

amusgando los ojos—. Lo echo de menos, pero celebro que no haya tenido que vivir todo esto... También se ahorró la expropiación de su empresa y que mi negocio sea, ahora mismo, de todo menos rentable. Pero vendrán tiempos mejores. —Se quedó unos segundos en silencio—. Llevar a cabo la recolección, ahora mismo, es una ruina, pero es la única forma de no dejar morir la plantación... y de tener entretenidas a mis primas.

No podía distinguir si aquel hombre era más artificioso que sincero o viceversa. Pero tampoco era una cuestión que fuera a quitarme el sueño.

—Y aquí está el taller de destilación.

Entramos en una nave enorme inundada por el olor, también artificioso, de la flor sumergida en una infinidad de sustancias químicas. Entendí por qué Maylen había mencionado que nuestra fábrica era pequeña: aquella era una enormidad, repleta de salas y de empleados que accedían de una a otra con un trasiego continuo. Recorrí cada una de ellas, sin apenas esperar a mi anfitrión, formulando preguntas a los trabajadores, mientras él me dedicaba una mirada acogedora, como la de un padre satisfecho de la curiosidad de su hija. No me gustaba demasiado que me observara así, pero tampoco me desagradaba del todo.

—Es muy diferente al proceso que sigue la casa Frossard —exclamé, tras mi rápido recorrido, mirándole a los ojos sin intención.

La mirada que me devolvió sí que la tenía.

—Cada flor necesita un proceso diferente. Esta es una de las cosas que más me atraen de la perfumería. Tienes que encontrar la forma adecuada de seducir a cada una de ellas para que te regalen su olor... —Su voz me envolvía—. No difiere mucho de las relaciones humanas, ¿no te parece? Es un poco como el coqueteo.

—Tal vez te equivocas creyendo que existe una fórmula para seducir a cada una de ellas —jugué a la ambigüedad—. O tal vez no lo sabes todo del coqueteo.

—Tocado, querida Chantal, pero soy un hombre muy paciente, con ganas de aprender.

Se había acercado demasiado a mí, tanto como para silenciar la amalgama de olores, de químicos y de la rosa de Grasse, y poder apreciar su fragancia personal. Había algo salado, que casi era picante pero sin conseguirlo, y un punto herbal asalvajado, de las hierbas que crecen caóticamente, que aparecen en un campo sin que nadie las haya cultivado. Era un olor poderoso, decidido, pero a la vez equilibrado y discreto, como expectante de que quien lo inhalara le confiriera un significado. Y yo, que me había cansado del juego, no tenía la intención de hacerlo.

—Te agradezco la visita, pero ahora mismo debo irme.

—¿Alguien te espera?

Sonreí de la manera más enigmática posible.

—Siempre hay alguien que me espera. Ha sido un placer. —Le tendí la mano y volvió a besarla esos segundos de más que marcaban una diferencia que tampoco me importaba.

Poco volví a pensar en Lucien Duval hasta que acudí, unos días después, a la cita con Maylen y sus amigas en la plaza porticada del casco antiguo. Me había arreglado a conciencia para estar a la altura de las mujeres que iba a conocer. Mi secreto siempre era el mismo: maquillarme mucho, pero con precisión, para que no pareciera que lo hubiera hecho. Y mirar al frente para caminar erguida como si nada fuera importante. Informé a Marcel de que iba a salir y él, que cada día era más cariñoso conmigo, pareció molestarse.

—Entiendo que quieras divertirte, eres joven... —El tono de voz contradecía sus palabras—. Pero te ruego que vuelvas pronto y te

comportes como una señorita... No sé cómo te habrá educado tu madre, pero Coraline... —Frunció el ceño—. Ella en demasiadas ocasiones olvidó quién era... y no quiero que la historia se repita. Te esperamos en casa a las nueve, sin falta.

Después, con la mirada perdida de aquella medio ceguera de la que nunca hablaba, rebuscó en su bolsillo y me tendió un billete.

Llegué hacia las seis y Maylen me hizo un gesto con la mano para que me acercara a la mesa que compartía con dos chicas. Me llamó la atención lo sofisticada que era Aimée, con dos altivos bucles dorados perfectamente esculpidos que se alzaban sobre su cabeza mientras el resto de su melena caía en ondas suaves, brillantes, domadas con pericia y paciencia. Dominaba el arte del maquillaje más ostentoso y el de saberle sacar partido a un vestido azul satinado de mangas cortas y abombadas, seguramente antiguo, con una chaquetilla rosa.

—¡Qué ilusión conocerte! —exclamó con espontaneidad.

—Un placer —se apresuró a decir la otra joven, Viviane, peinada con unos tirabuzones castaños más clásicos. Era de rasgos delicados, como de otra época, como esos retratos que guardaban los enamorados en un camafeo.

Cuando llegué, hablaban animadas y temí que mi presencia hubiera impuesto un silencio.

—No os quería interrumpir —me excusé.

—No te preocupes, querida —respondió Aimée—. Maylen nos estaba hablando del último italiano del que se ha enamorado. —Soltó una risita condescendiente, pero amistosa.

—No te lo tomes a broma, que esta vez va en serio —protestó Maylen, y se giró hacia mí, contenta de tener público por estrenar a quien narrar de nuevo su historia—. Es que hay un hombre, un soldado italiano, Lorenzo, que me tiene el corazón robado, pero

estoy segura de que lo que le ocurre es que es demasiado tímido. Entra a menudo en la perfumería, pero nunca compra nada, y me mira de reojo. No es un jovenzuelo, como la mayoría de los soldados italianos, tiene cierta edad, que es lo que yo necesito... —suspiró—. Habla conmigo de banalidades: del tiempo, de lo bonito que es Grasse... Pero de ahí no pasamos. Y yo, que normalmente soy más atrevida, cuando lo veo me hago pequeñita y tengo miedo a decir cualquier nimiedad que le parezca una estupidez... Pero es que no me lo quito de la cabeza. Incluso sueño con él. —Abrió los ojos enfatizando la gravedad de aquella afirmación.

Llegó la camarera y me preguntó qué deseaba. Pedí un té, aunque me advirtieron que no era propiamente un té, sino una mezcla de algunas plantas autóctonas, lo único que me podían ofrecer con el racionamiento, y acepté.

—Hija, pues quítate de encima la tontería y dile algo —aconsejó taxativa Aimée.

—Pues yo creo que lo mejor es que sigas sin hablarle —respondió Viviane para acto seguido bajar el volumen de voz—. Los italianos nos han invadido. No está bien tener contacto con ellos. Son el enemigo.

—Peor sería que fuera alemán, que dicen que, en la parte que han ocupado, ahí sí que lo pasan mal. Tú vienes de ahí, ¿verdad, Chantal? —preguntó Aimée.

—Sí, yo estaba en Toulouse y era un infierno. Aquí se está mucho mejor.

—Es que además en Grasse hay muy pocos italianos y tienen poco que hacer, que aquí está todo muy calmado —comentó Maylen—. Y desde que han destituido a Mussolini están todos mucho más tranquilitos.

Viviane suspiró, sabiendo que no iba a convencer a su amiga, sin disimular el malestar que le producía que confraternizara con el enemigo. Como descubrí más adelante, la chica poseía unas convicciones políticas muy arraigadas, y detestaba trivializar sobre ellas.

A mí me tenía fascinada aquella charla tan descarada para los parámetros morales de España. A ratos, hubiera preferido ser invisible y escuchar a aquellas chicas decididas, divertidas, que se profesaban cariño incluso en cada una de las veladas pullas que se dedicaban.

—Pero no hablemos más de mí, por favor, que ya me conocéis y, cuando empiezo, no acabo. —Sus dos amigas asintieron y Maylen me miró—. ¿Qué has hecho estos días? —me preguntó.

—Pues no mucha cosa. He visitado con Inès una plantación de rosas de Grasse, en Plascassier.

—¿La de Lucien Duval? —dijo Viviane.

Asentí y descubrí que mis nuevas amigas lo conocían bien. Maylen lo encontraba atractivo, y las otras dos no se pronunciaron sobre su físico. Viviane, que ese día descubrí que lo sabía todo de todo el mundo, nos contó que la madre de Lucien era italiana y que tenía muy buenos contactos con «los invasores».

—Pero en su plantación me pareció ver a mujeres judías... —apunté yo.

—Sí, en la zona italiana se han refugiado los judíos que han podido llegar hasta aquí huyendo de los alemanes. Pero no pienses por ello que es un angelito de la caridad. Lo que hacen muchos empresarios es explotar a los pobres judíos —contestó Viviane.

—Tampoco hay pruebas de que sea así en el caso de monsieur Duval —apuntó Maylen—. Tú siempre malpiensas de la gente. Yo lo que sé es que es muy amigo de Angelo Doneti, un banquero judío

que está haciendo mucho por los judíos, por razones obvias. Y de Guido Lospinoso, el encargado de deportar judíos, que hace oídos sordos a las demandas de los nazis. Para que luego digas que todos los italianos son malos —dijo Maylen clavando la mirada en Viviane.

Mis nuevas amigas también estaban enteradas de otras intimidades más interesantes acerca de Lucien Duval. Se le habían conocido muchas «novias» o «amigas», pero ninguna prometida formal.

—Yo creo que es de esos conquistadores que van de flor en flor —juzgó Viviane.

—Pues yo creo que en eso te equivocas —respondió Maylen, que no sé si creía en sus propias palabras o solo quería llevarle la contraria—. Tal vez no ha encontrado a la chica que le haga sentar la cabeza.

Aquella charla despertó cierta curiosidad acerca de Lucien Duval, aunque la conversación con mis nuevas amigas me parecía muchísimo más interesante.

Aquella tarde descubrí que las apariencias engañan. La sofisticada Aimée, maquillada y peinada como una actriz de cine, trabajaba día y noche como modista. Antes de la guerra había soñado con viajar a París y abrirse camino en alguna prestigiosa *maison* de alta costura, pero su sueño se truncó con la realidad: era la mayor de cuatro hermanos en una casa con escasos recursos. Su habilidad con la aguja llenaba la cacerola y en estos tiempos de guerra, en los que ni las que habían sido sus clientas más selectas podían permitirse renovar su vestuario, remendaba vestidos o achicaba hechuras para que se ajustaran a los cuerpos que el hambre había encogido. Si la semana le resultaba fructífera, se concedía el pequeño capricho de reunirse con sus amigas y degustar una mezcla de hierbas bajo el nombre de té. Pero no siempre podía permitirse acudir a la cita.

En cambio, la situación de la contestataria Viviane era un poco, solo un poco, más desahogada. Provenía de una familia de banqueros. La guerra los había afectado como a todos, pero los ahorros, que no debían de ser escasos, les permitían aguantar el embate a la espera de tiempos mejores.

Maylen apenas habló de sus orígenes: aprovechaba su turno de palabras para dedicárselo a su idealizado Lorenzo.

Lo que más me admiró de aquellas tres mujeres es que trataban sus problemas con una camaradería desconocida para mí. Aquellas chicas me contagiaron esperanza y confianza en el futuro. Plácida y brillante. Incluso en tiempos tan oscuros como los que nos tocaba vivir. Y me sentí afortunada. Tenía una familia y unas amigas que, cita a cita, se convirtieron en un ancla que me permitió avanzar. Aunque es cierto que yo tenía un objetivo que oculté en aquellos primeros encuentros.

Me encontraba con ellas cada viernes y algunos fines de semana. También visitaba a menudo a Maylen en la tienda. De hecho, yo ponía como pretexto que así ayudaba al negocio familiar, aunque habitualmente pasábamos la jornada mano sobre mano, pues era un milagro que algún cliente traspasara el umbral de la tienda y aún más que se desprendiera de un billete para adquirir nuestros productos. Matábamos las horas charlando, básicamente de su obsesión por Lorenzo y de su incapacidad para entender por qué aquel italiano no acababa de dar el paso e intimar con ella. El martes, que era el día que Lorenzo tenía por costumbre visitar la tienda, le propuse que se pusiera un perfume que había preparado para ella.

—¡Pero si no huele a nada! —protestó.

—Tú hazme caso.

Cuando el italiano entró en la tienda, yo salí rápidamente para procurarles unos instantes de intimidad. Cuando regresé, la cara de mi amiga era una oda al entusiasmo. El chico había conversado con ella de mil temas, que no eran triviales, y, finalmente le había propuesto, muy ceremoniosamente, que le concediera el honor de dar un paseo con ella.

—¡Ha sido increíble! —repitió por enésima vez.

No se daba cuenta de que ya me lo había contado y de que cada vez lo hacía con más euforia, hasta que súbitamente se quedó en silencio.

—Esto tiene que ver con el perfume que me diste, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres. —Aún no estaba preparada para hacerle aquella revelación.

—Yo sí que lo sé. ¡Las Hijas de Selene existen y tú eres una de ellas!

Me quedé helada pese al sofocante calor de aquel verano. Era imposible que fuera una casualidad que conociera aquel nombre. Intenté mantener la calma, aunque no creo que lo consiguiera.

—No sé de qué estás hablando... ¿Qué son las Hijas de Selene? —Me esforcé por sonar sorprendida.

—Mi madre me contó que fue una de ellas. Aseguraba que había sido la mejor época de su vida... Y yo nunca supe si creerla, porque cuando me lo dijo ya estaba un poco mal de la cabeza, es una historia muy triste...

Pocas preguntas bastaron para que Maylen la relatara.

Su madre, Camile, había servido en nuestra casa en aquellos tiempos remotos en los que la familia Frossard se podía permitir contar con servicio. Camile mantenía una relación muy estrecha con la matriarca, Brigitte Frossard, que incluso le enseñó a leer y a escribir.

Camile había entrado a servir tras una decepción sentimental y había decidido firmemente renunciar al amor. Pero este no había renunciado a ella. En concreto, a Pierre, el jardinero, se le metió entre ceja y ceja que aquella mujer no podía renunciar al amor y poniéndole tesón y romanticismo y mucho tiempo derrumbó la muralla. Con treinta años Camile pasó por el altar con Brigitte y Marcel Frossard de padrinos. Y, al cabo de un año, Maylen se plantó en la barriga de su madre.

—Yo recuerdo vagamente a tu madre y a su hermano August. Era muy pequeña, mi madre me dejaba en el jardín y ellos se entretenían jugando conmigo.

Donde no alcanzaba la memoria de mi amiga era a recordar la muerte de Brigitte Frossard, porque entonces ella contaba con tan solo tres años, pero todos le habían contado la triste historia. La mujer tenía cuarenta y la tuberculosis no se apiadó ni de su relativa juventud ni de su posición social.

Lo que yo ya sabía era que, un año y medio después de la muerte de Brigitte, Coraline se había fugado de su casa.

La madre de Maylen sobrevivió cinco años a su patrona. Su repentina muerte fue fruto de una macabra casualidad. Encaramada en una escalera armada con un plumero para despojar de polvo los libros de la biblioteca sufrió un vahído que precipitó su cabeza contra el suelo.

—Agonizó la pobre tres días, en los que no dejó de hablar, de recordar su vida, de contarme historias que nunca había compartido, como si tuviera claro que le quedaba poco tiempo. Y fue entonces cuando la oí por primera vez mencionar a las Hijas de Selene. Me contó lo feliz que había sido y lo poderosa que se sentía gracias a unos perfumes que elaboraban. Decía que te ayudaban a conseguir lo que te proponías. Mi padre estaba convencido de que deliraba,

pero sus demás pensamientos eran lúcidos y coherentes. Y yo, pese a lo increíble de la historia, siempre quise creerla. ¿Es eso lo que has hecho para vencer la timidez de Lorenzo?

—No, no sé de qué hablas —respondí molesta.

No era todavía el momento. Yo tenía un plan. Un plan preconcebido antes de que mi amistad con aquellas tres mujeres creciera con una sinceridad que no había previsto, mientras sin comunicárselo las ponía a prueba para asegurarme de que eran de confianza. Y lo eran. No podía tardar mucho en hablarles de las Hijas de Selene. Pero aquel no era el momento.

6

Àreu, 1935

Durante meses Coraline no volvió a ejercer aquel influjo que nos transportaba a un delicioso mundo en el que no tenía cabida nuestra voluntad. Ya no lo necesitaba, pues se había hecho con las riendas del hogar: administraba el dinero de Arnau, decidía qué comprábamos y a quién, e impuso, incluso, a qué hora comíamos y cenábamos, siguiendo un horario francés que al principio nos volvió un poco locas a Teresa y a mí.

Una de sus ideas, mejor dicho, de sus órdenes, fue acondicionar el desván para instalar lo que denominó un «atelier» de fragancias en el que elaboraría perfumes. Arnau llevó a cabo las reformas con esmero, fabricó una estantería, una mesa, todas ellas de exquisitas maderas, y algunos instrumentos de cocción y maceración al dictado de su caprichosa esposa.

Una vez acabada la obra, únicamente pudimos admirarla en aquella ocasión. Coraline instaló una cerradura con llave y nos prohibió terminantemente que entráramos sin su permiso. Y, por supuesto, nunca nos lo concedía. Una mañana fría, pero muy

soleada, la vi subir las escaleras cargando un libro muy grande que parecía antiguo.

—¿Quiere que la ayude?

Dio un respingo. Yo ya sospechaba que para ella era invisible y aquel día obtuve la confirmación.

—¡No sabía que estuvieras aquí! No. Y vete a dar una vuelta, haz el favor —dijo mientras abrazaba aquel viejo libro contra su pecho, temiendo que mi mirada pudiera ensuciarlo.

Aquel libro causó una extraña descarga eléctrica en mí, una emoción que un objeto inerte no debería desencadenar. Fue rápida y fugaz, pero no tanto para que no fuera totalmente consciente de que había sucedido. La visión de aquel libro había sacudido mi cuerpo. No me cupo duda de que en el desván se ocultaba un secreto, el secreto de las Frossard.

Otro día, por un descuido, se dejaron la puerta del enigmático desván abierta. No había nadie en casa, así que me acerqué a la escalera. La acaricié, miré hacia arriba y, resuelta, puse pie en el primer escalón. Había algo que me llamaba, que me impelía a entrar en aquella habitación prohibida, y tenía que ver con aquel libro antiguo que había visto en brazos de Coraline.

—Ni se te ocurra subir. —La voz de Chantal, que acababa de entrar en la casa, me sobresaltó.

—Solo quería cerrar la puerta.

—A mí no me engañes. Te mueres de curiosidad, se te ve a la legua. Pero si subes, tendré que matarte y no me apetece hacerlo.

Soltó una carcajada por su ocurrencia, que a mí no me hizo la menor gracia. Era la segunda vez que me amenazaba de muerte y no tenía nada claro que se tratara de una broma.

—¿Qué hay ahí?

Chantal sonrió.

—Ya lo sabes. El atelier de perfumes de mi madre —dijo con sorna —. Y sí, hay algo más, pero no te lo voy a contar. Al menos, de momento.

No insistí porque no quería concederle el placer a Chantal de demostrarme que sabía algo que yo ignoraba y que no iba a compartir conmigo.

En aquel desván prohibido Coraline preparaba perfumes que nos daba a oler de vez en cuando para que aportáramos nuestra opinión. Eran fragancias que evocaban a viejos conocidos de mi olfato: plantas, flores, frutas e, incluso, maderas, pero no eran perfumes fascinantes. Aunque, evidentemente, eso nunca se lo dije. Coraline estaba convencida de que sus pequeñas obras de arte, pues así, con su modestia habitual, las denominaba, llamarían tanto la atención que podría venderlas. La carcajada que emitió Teresa fue tan sincera e involuntaria que no pudo ofender.

—Aquí la gente no está por ponerse perfumes —añadió cuando fue capaz de contenerse.

Tras aquello, Coraline nunca movió un dedo para comercializarlos, aunque seguía produciéndolos con una cadencia perezosa que no justificaba la cantidad de horas que Chantal y ella invertían en el desván a puerta cerrada.

Aquel invierno las Frossard relajaron sus costumbres sin perder su esencia. Con la llegada del frío, cambiaron de atuendo, pero aun así hubiera sido imposible que las confundieran con un habitante de la región. Coraline se embutía en su abrigo de pieles para ir a misa y Chantal lucía llamativos sombreros que no se correspondían con su edad. Compraron telas y confeccionaron su propia ropa, que conservaba un toque distinguido, pero que al menos las resguardaba del frío. Chantal se encargaba de cortar los patrones, coser, tejer jerséis, bufandas y guantes, y lo hacía a una velocidad pasmosa. No

había nada que aquella chica no supiera hacer con una excelencia insultante. Era impertinentemente perfecta en todo lo que se proponía. Incluso Teresa confió en ella para que elaborara algunos remedios. Un hecho inaudito, pues conmigo le había llevado su tiempo. Con Chantal no tuvo ningún reparo porque ella no se equivocaba jamás, aunque lo hiciera todo con desgana, como quien le regala un favor al resto del mundo con cada uno de sus gestos.

—Eres demasiado callada —me soltó un día Chantal mientras hacíamos punto—. ¿Es porque no tienes nada que decir o porque tienes miedo a decir lo que piensas?

—¿Y a ti qué te importa? —le respondí.

—No te pongas así. Siempre estás a la defensiva conmigo. ¿Por qué? Te voy a ayudar, dame la bufanda que llevas días tejiendo, yo te la acabo.

La cogió sin pedirme permiso y al cabo de pocas horas la tuvo terminada.

Nunca me la puse. La coloqué en lo más hondo de mi pequeño arcón, con la esperanza de que mis prendas imperfectas sepultaran la perfección de la repelente niña francesa.

Además, en su lista de excelencias también se contaba el dominio del lenguaje, pues conmigo acostumbraba a hablar en español y siempre pronunciaba palabras desconocidas para mí: *altruista*, *vehemente*, *extravagante*... Muchas sílabas musicales que admiraban a cualquiera que la escuchara. Por el contexto yo alcanzaba a entender su significado y las apuntaba y memorizaba. Pero en mi boca sonaban forzadas, aprendidas, ajenas.

Chantal, además de hacerlo todo bien y de soltar cultismos en cada oración, conocía a todos los habitantes del Pallars, desde los contrabandistas, que le regalaban chocolate, a los cazadores, que dejaban un conejo muerto en la puerta de casa como una ofrenda

en el altar de una diosa. Se sabía sus nombres y los de sus familias y siempre decía algo que les arrancaba una sonrisa confiada. Ninguna mujer podría haberse desenvuelto de aquel modo sin dinamitar su reputación. Nunca supe si ella abusaba de su condición de extranjera o es que Chantal Frossard era así en cualquier rincón del mundo.

—¿Y no hay nadie que te guste? Porque tienes muchos pretendientes... —le pregunté un día.

Frunció el ceño tan extrañada como si hubiera visto un zorro de dos metros de altura.

—No, claro que no.

—Tampoco es tan extraño que te lo pregunte...

—Quizá. Pero me ha sorprendido que pudieras imaginar eso. —Se quedó pensativa antes de soltar—: Es que yo en general no tengo muchos sentimientos hacia la gente.

Ese día me ofreció una clave de su personalidad, de aquella frialdad alegre, de aquel desapego indiferente, de aquellas deferencias tan poco apasionadas. «Yo no tengo muchos sentimientos hacia la gente» era una frase tan enorme, tan asombrosa, pero tan sincera, que me noqueó como un puñetazo en el estómago.

—Y, entonces, ¿por qué hablas con todo el mundo y te interesas por ellos? —Lo que de verdad ansiaba era entender por qué hablaba conmigo y se interesaba por mí.

—No me malinterpretes, me gusta la gente, hablar con ellos, saber de sus vidas. Me resulta curioso. Pero me deja indiferente. Y eso de enamorarme... no creo que vaya conmigo. —Hizo un gesto como si le hubiera llegado súbitamente un olor profundamente desagradable.

En ese momento quise ser ella. Deseé hacerme con su perfección, con su seguridad, con su belleza, con aquella madre amantísima que la consentía, con el cariño de Arnau y de Teresa, con la adoración de los contrabandistas y de todo aquel que se cruzaba en su camino. Y también con su frialdad, aquella coraza que la blindaba del más mínimo sufrimiento. No me importaba si para ello tuviera que dejar de ser yo. Fantaseaba con abrir su piel en canal, como quien trasquila una oveja, y cubrirme con ella para que me confundieran con Chantal. Para que me tomaran por ella. Porque era injusto que Chantal tuviera tanto y yo tan poco.

—¡Ay, chica, me da miedo cuando me miras así! —interrumpió la efervescencia de mi envidia—. Al menos me preocupo de conocer a la gente, que Coraline no pone ningún interés.

Su madre, en ese sentido, era su reverso: atraía las miradas por lo distante que era, por su misterio, por aquella sonrisa congelada detrás de la que cada quien inventaba una historia.

Coraline sonreía a todos los que se cruzaban en su camino, excepto a nosotras. No se puede decir que nos dispensara un trato desagradable, simplemente nos ignoraba sin esforzarse en menospreciarnos. Cuando traspasaba el umbral de la puerta de casa, las sonrientes comisuras de sus labios se desplomaban, transmutaba su expresión como si la cubriera un denso velo y parecía que no fuera consciente de nada de lo que ocurría a su alrededor de tan ensimismada que estaba en Dios sabe qué. Al principio, cuando Arnau volvía a casa después de trabajar, a él sí le sonreía —como un conejo, apostillaba Teresa—, pero con el tiempo no fue ni siquiera capaz de sostener aquel gesto. Él se desesperaba por haber perdido sus atenciones.

—Coraline lo ha pasado muy mal en la vida —la justificó un día en el que no se levantó ni para comer.

Yo no sabía qué vida había llevado aquella mujer, pero era evidente que bebía mucho. Cada noche, durante la cena, se servía dos o tres vasos de vino. Y, en alguna ocasión, se quedaba hasta tarde, bebiendo sola a oscuras. Pero nadie hablaba de ello, con aquella costumbre tan de las Frossard de que, si no se verbalizaba lo que ocurría, dejaba de existir.

A principios de diciembre, mejoró su ánimo, sonrió de nuevo y nos comunicó exultante que íbamos a festejar las Navidades. Teresa y yo celebramos su cambio de humor, pues era difícil convivir con una persona que, aunque no fuera santo de nuestra devoción, estaba pero no estaba e impregnaba de melancolía hasta el aire que la rozaba.

—A Coraline y a mí nos encanta la Navidad —me reiteró Chantal mientras recogíamos unas hojas de oreja de oso con las que Teresa preparaba infusiones para la tos—. ¿A ti te gusta?

—Sí.

—¿Y qué es lo que más te gusta? ¿Cómo la celebras?

Chantal siempre preguntaba demasiado y confesé.

—Te voy a ser sincera, te he mentido: nunca he celebrado la Navidad. En el orfanato preparaban una comida más rica de lo habitual, pero teníamos que ir a muchas misas y poco más. Y aquí, tampoco, Teresa dice que es un día como cualquier otro y que, desde que murieron sus padres, le pone más de malhumor que otra cosa.

Su mirada se enterneció y me abrazó.

—Te prometo que estas van a ser las mejores Navidades de tu vida.

No supe cómo reaccionar a aquel abrazo, aunque tampoco podría afirmar que me disgustara del todo. Así era siempre con Chantal: la envidiaba y la admiraba; deseaba a la vez su cercanía y su lejanía; la

quería a ratitos y la odiaba la mayor parte del tiempo. O tal vez así era yo, siempre dudando de todo, siempre dividida entre los dos vencejos.

No cumplió su promesa. No fueron las mejores Navidades de mi vida, pero sí las más sorprendentes.

A Teresa las fiestas se le antojaban una trivialidad, pero hizo un esfuerzo por instruir a su cuñada en las costumbres locales.

—Aquí la tradición si quiere que nos hagamos regalos es el *tió*. Se coge un tronco de madera, se cubre con una manta. Después lo alimentamos cada día y, cuando llega la Nochebuena, le damos con un palo para que cague algunos dulces. Es una tontería, pero si quiere celebrar la Nochebuena aquí se hace así.

—¡Es la cosa más asquerosa que he oído en mi vida! ¡Cagar dulces! ¡Aquí están ustedes por civilizar!

La mujer de fuego ardió. Fue la gota que desbordó un vaso que llevaba demasiado tiempo a punto de rebosar.

—Usted sí que está por civilizar. Se pasa el día dando órdenes y no hace absolutamente nada más que beber, dormir y pasear como un alma en pena por la casa. ¡Eso sí que da asco!

—¿Cómo se atreve? Esta es mi casa, no lo olvide. Que usted viva con su hermano es una suerte que se le puede acabar. Discúlpese inmediatamente. —No gritó, y eso la hizo más temible.

Teresa murmuró «filla de puta» mientras salía de la casa dando unos pasos tan contundentes que parecían querer romper el suelo. La seguí, pero no para consolarla, porque yo sabía que las mujeres de fuego te pueden quemar. Hui porque Coraline me asustaba más que Teresa.

Por la noche, Coraline —que no acostumbraba a cocinar— preparó una sopa de cebolla con queso gratinado como una exquisita telaraña crujiente. La Coraline que nos sirvió era otra persona. La

francesa era una mujer muy guapa, con unos ojos almendrados azules y unos pómulos que parecían esculpidos, aunque en los últimos tiempos tenía la piel mortecina y unas ojeras abultadas y terrosas le achicaban los ojos. Sin embargo, en cuestión de horas se había transformado: su piel lucía luminosa, radiante, e incluso su cabello brillaba. De nuevo desprendía un olor adictivo, pero el sentimiento que despertó aquella fragancia fue muy distinto al de las ocasiones anteriores: ya no sentía la necesidad de darle la razón, de entregarle mi voluntad dichosa, sino que esta vez experimenté una armonía inesperada. No había lugar en el mundo en el que pudiera ser más feliz que en aquella casa y con aquellas personas.

—Disculpen si he estado malhumorada últimamente. Somos una familia y vamos a disfrutar de las fiestas —nos anunció cuando acabó de servirnos.

Al son de sus palabras flotaba la certeza de que éramos la mejor familia que existía y una calidez en el centro de mi pecho irradiaba un líquido tibio y reconfortante por mis venas. Sonreía tontamente por todo, pero no me importaba porque me sentía en el cielo. Observé a Teresa, que experimentaba idéntica euforia que yo; le reían incluso los ojos. Arnau, en cambio, estaba tan embobado como siempre que tenía a Coraline cerca. Ni más ni menos. Intuí que a él la fragancia no le afectaba como a nosotras. Chantal sonreía discretamente: a la joven no parecía influirle aquel olor y tan solo experimentaba una alegría racional por ver a su madre contenta. No me quedó la menor duda de que aquel hechizo o lo que diantres fuera únicamente nos afectaba a Teresa y a mí.

Arnau, eso sí, estaba tan satisfecho de gozar de un hogar en paz que sacó una pandereta y entre todos le enseñamos a Coraline los villancicos que ella intentaba recordar sin mucho tino y, cuando

olvidaba la letra, estallábamos en una carcajada colectiva y catártica. Aquella noche fue preciosa. Y la mañana siguiente, aterradora.

Hacia las doce, Teresa me pidió que la acompañara al granero.

—No sé qué nos hace esa mujer, pero no es normal y tengo que saber qué es. Y sobre todo cómo combatirlo. Iré a Tuixent, que es donde está Lola, una de las trementineras más sabias que conozco. Quiero que ella me diga cómo podemos protegernos de esa bruja.

—¡No me deje aquí! Quiero irme con usted. Estoy asustada.

—No. No quiero que mi hermano se quede solo. No sé cuándo volveré, pero tú protégelo de ese par de pécoras.

Teresa no se despidió de nadie y me encargó que la excusara, pero Chantal levantó la ceja con incredulidad.

—¿A dónde dices que ha ido Teresa? No me creo eso de que tenga un encargo urgente y no te haya pedido que la acompañaras. Por favor, Ana, confía en mí, ¿qué está pasando?

Negué con la cabeza apretando los labios sin mirarla. Ella me sujetó la barbilla obligándome a levantar la cabeza.

—¿Es por lo de anoche? ¿No estuvisteis bien? —dijo con dulzura.

—No sé cómo estábamos, pero no podíamos decidir si estar así o no... porque eso, eso, eso... —estallé— es brujería.

—No lo llames así, por favor, Ana. Al fin y al cabo a las trementineras las consideraron brujas en el pasado. Lo que hace Coraline es muy diferente y no debe asustarte, créeme. Ella tiene sus cosas, no te lo voy a negar, pero nunca os haría daño. Dentro de muy poco os lo contará todo. Debes ser paciente y confiar en mí.

Asentí por compromiso.

Con el tiempo, no me quedó más remedio que hacer acopio de la paciencia que me pedía, pues Teresa tardó semanas en regresar y

no me cupo la menor duda de que ya no estaba en Tuixent, sino en otro lugar que solo ella y yo conocíamos. El secreto de Teresa Pinyol.

Todos en aquella casa teníamos un secreto y el mío adquirió tanta importancia durante los días siguientes que casi me olvidé de las víboras francesas y de que la trementinaire no regresaba.

Mi secreto era alto, corpulento, con barba, unos ojos que reían y el rizado cabello castaño tan claro que lo apodaban «el Rubio», aunque su nombre era Eudald Bisbe. Conocí al hijo del zapatero cuando Teresa me regaló mis primeros botines. Él se rio al ver cómo los contemplaba y cómo intentaba caminar con ellos tras una vida de zuecos y alpargatas. Eudald poseía un adictivo olor terroso, como la corteza de pino caliente en un día soleado o como las plantas que trepan ansiosas por la grieta de una roca en busca del sol. Mineral, salado, arcilloso y cálido. Un olor que me daba sed. Una sed que me secaba el cuello y me llenaba de tristeza porque nunca se saciaría con agua. Entonces, yo tenía doce años y él diecinueve. Pero no fue el capricho de una cría.

Antes de la llegada de las Frossard, me había hecho la encontradiza con él. Controlaba sus horarios. Cuando salía a comer, siempre que el trabajo me lo permitía, pasaba por delante del taller del zapatero. Y cuando los domingos iba a misa, coincidíamos en el camino que sabía que él tomaba. Cuando nos cruzábamos manteníamos breves conversaciones, sobre lo frío que estaba resultando aquel invierno o lo sabrosas que eran las frambuesas aquella temporada. Un intercambio de opiniones banal que fue el primer anclaje que me otorgó fuerzas para atreverme a escalar la montaña.

Aquella semana el encorsetado ritual que limitaba nuestras conversaciones se abrió inesperadamente. Él me preguntó por mi trabajo de trementinaire y por lo que estaba haciendo en aquel momento, yo le confié que buscaba raíces de genciana porque a la hija de una campesina se le había cortado el apetito y le iba a preparar unas infusiones para que lo recuperara. Me escuchó con atención.

—Tu trabajo es bonito —comentó con una sonrisa del que sabe lo que despierta en las mujeres pero se hace el tonto.

—El tuyo también. No cualquiera puede fabricar zapatos.

Resopló y su sonrisa se volvió amarga.

—Mi trabajo no ayuda a la gente que lo necesita. Yo hago zapatos que compran ricos que intentan regatear el precio a pesar de que les sobra el dinero que ganan explotando a los obreros... Estoy harto, cualquier día lo dejo.

Me quedé callada, rumiando un consuelo del que no quisiera separarse mientras ya se alejaba. Eudald Bisbe tenía entonces veintidós años y con lo guapo que era le sobraban bonitas chicas que le pretendieran. Yo contaba quince años, era bajita, poca cosa en general, pero sin las suficientes derrotas en la vida para ser más realista y tomar otro camino.

El domingo siguiente no fue a misa. De regreso del oficio, le pregunté a Cinta, que regentaba el colmado y la cantina, la mujer más cotilla del lugar, si Eudald estaba enfermo.

—¡Ojalá estuviera enfermo! —soltó la mujer —. Lo que le pasa es mucho más grave y de momento no tiene cura. ¡Se ha hecho revolucionario! Va con el grupo ese de anarquistas o socialistas o comunistas o lo que sean que se reúnen cerca del río, en el camino a Alins, y si nos descuidamos nos pasarán a todos a cuchillo.

Al cabo de una semana ya me había informado de qué se había hecho: socialista. Daba discursos en la ribera del río a los que acudían los vecinos que habían dejado de ir a misa. Era su nueva religión, y Eudald, el sumo sacerdote. Aunque yo sabía muy poco de política, decidí acudir a la reunión clandestina que se celebraba aquel viernes.

Cuando me disponía a salir, Chantal me sujetó del brazo y me arrastró de vuelta a casa.

—Entra, no vas a ir así. Te voy a enseñar a maquillarte un poco y puedes ponerte el último abrigo que me hice, te quedará bien.

—Pero ¿por qué? —Su repentino interés por mí me desconcertó.

—Porque quieres que ese chico, ¿cómo se llama? ¿Al que le echabas miraditas en la iglesia como si quisieras comértelo? —dudó —. El Rubio... Quieres que se fije en ti, ¿no?

—Pero ¿cómo sabes que lo voy a ver?

Suspiró y, haciendo su característico gesto, puso los ojos en blanco.

—Hija, porque todo el mundo sabe que el viernes es la reunión de los socialistas y que él va a dar un discurso. Y tú, que nunca sales por la tarde sin pregonar a dónde vas, hoy no has dicho ni mu.

Sonreí y ella también. Sentí la chispa de la complicidad que ella siempre prendía y que aquel día, haciendo una excepción, no me esforcé en apagar. Me dejé llevar por la coreografía de su mano distribuyendo polvos sobre mi rostro, por el trazo preciso dibujando un carmín muy suave en mis labios, por el movimiento de mi cabello cuando decidió soltarlo y por el tacto de su abrigo, con el que me envolvió.

—Y, ahora, lo que es más importante. Saca pecho, camina sin mirar al suelo, como si no tuvieras esas pesadas raíces tuyas y

pudieras volar. La barbilla bien levantada. Y sonríe como si nada fuera importante. Recuerda: como si nada fuera importante.

Durante una hora, recorrí el camino pensando en cómo lo habría hecho Chantal, emulando ese porte suyo inimitable al caminar y recordándome a cada paso que tenía que mirar al cielo, como si fuera una mujer de aire, capaz de planear como un vencejo y posarme en el hombro de Eudald Bisbe. Llegué de las primeras y lo encontré con otros dos chicos del pueblo. Los ojos se le iluminaron al verme.

—Nunca imaginé que tú..., que, bueno, que tú fueras de los nuestros.

—¿Y por qué no? Yo también quiero luchar por... —balbuceé.

—Eso es lo que nos hace falta. Mujeres comprometidas con nuestra causa como tú.

Al momento me presentó a sus compañeros, remarcando con cierta admiración que yo era la trementinaire.

—Necesitamos mujeres en nuestras filas, que tengan opiniones propias, que sean independientes..., como Ana Fernández —soltó para mi sonrojo.

La ribera del río se fue llenando de grupúsculos ávidos de la atención de Eudald. Se congregaron más de doscientas personas y algunas se dirigían a él para darle palmadas en la espalda o para preguntarle cualquier cuestión y asentir al ritmo de su respuesta. Y llegó el gran momento en el que Eudald, con firmeza, tomó la palabra y su voz resonó con brío.

El discurso fue emocionante y me concentré en sus palabras, navegué por ellas, por la justicia social, por la opresión del pueblo, por la necesidad de crear una coalición de obreros sin la intervención de fuerzas burguesas, por la revolución que llegaría, porque no había duda de que llegaría y que eso era lo mejor que podía

suceder, por la importancia de votar al Frente de Izquierdas en las elecciones de febrero... Algunos conceptos —para ser sincera, la mayoría— se me escapaban, pero me dejé arrastrar por la oleada de entusiasmo que prendía de los «hurras» y los «vivas» que lanzaban los convocados y del aplauso ensordecedor que marcó el final. Sus palabras eran vibrantes, pero nada comparado con cada uno de sus gestos, con la forma que tenía Eudald de moverse de un lado a otro, como un actor sobre un escenario, y con cómo agitaba las manos y las palabras brotaban con la cadencia calculada para apelar a la emoción de sus parroquianos.

Tras el discurso, la gente se fue acercando al Mesías esperando que una palabra suya bastara para sanarlos. Me quedé tan quieta que me hice invisible como un árbol del paisaje, como la mujer de tierra, inmóvil, con las raíces hundidas, hasta que la multitud se diluyó y Eudald y sus amigos decidieron regresar a Àreu.

—¿Aún estás aquí? Vente con nosotros de regreso. ¿Qué te ha parecido el discurso? —se estaba dirigiendo a mí. Solo a mí.

—¡Ha sido emocionante, Eudald! Tienes una habilidad increíble para que tus palabras y tus ideas lleguen a la gente. Y eres muy e... elocuente. —Aquella era una de las palabras que había aprendido de Chantal.

Sonrió complacido. El camino se me hizo cortísimo y poco antes de llegar a Àreu se fue despidiendo de sus amigos. Caminamos los dos solos, en silencio y a solas unos escasos metros. Me dejó en la puerta de mi casa en Àreu y se despidió diciendo:

—Me alegro mucho de que hayas venido... y de que seas de los nuestros.

Me miró fijamente durante escasos segundos, pero el brillo de sus ojos me acompañó semanas. Asentí, demasiado abrumada para juntar palabras que sirvieran de respuesta.

—¿Han preguntado por mí? —le dije a Chantal al entrar, temerosa de que Coraline o Arnau se hubieran interesado súbitamente por mi existencia hasta el punto de percatarse de que me había ausentado.

—No, no te preocupes. Pero cuéntamelo todo. En especial ese «Me alegro mucho de que hayas venido».

—Qué oído tienes, hija...

No pudimos hablar, porque Coraline se despertó de una de sus eternas siestas y al poco llegó Arnau. Pero aquella noche Chantal entró en mi habitación, sin pedirme permiso se coló en mi cama, se colocó de lado y susurró:

—Ahora ya me lo puedes contar todo.

No me incomodó que se tomara aquella libertad. Y no me dejé ni un detalle. Al acabar, le pregunté si entendía qué era la revolución y lo que estaba sucediendo.

—¡Claro que sé lo que es la revolución y lo que está pasando! ¿Cómo puede ser que no lo sepas? El 16 de febrero hay elecciones y son muy importantes para todos, pero me temo que gane quien gane habrá guerra...

—Pero ¿cómo va a haber una guerra aquí? No digas tonterías... ¡Qué cosas se te ocurren!

—Ojalá me equivoque.

La luna llena iluminaba tenuemente el rostro de Chantal, que incluso soñolienta y sin arreglar parecía una muñeca de porcelana.

—¿Y cómo sabes tú tantas cosas? —inquirí.

Amagó una sonrisa.

—En Barcelona mi madre y yo vivíamos en una casa con unas mujeres maravillosas... Nuestras amigas, nuestras hermanas... Y hablábamos de todo, de política, de la revolución justa para las mujeres que queríamos hacer. A mí me encantaba oírlas soñar con un mundo más igualitario para nosotras.

—¿Y? ¿Qué pasó? ¿Siguen en Barcelona esas mujeres?

Me miró enojada, como si la hubiera insultado.

—No quiero hablar de ello.

—Cuéntamelo. Ya que no me puedes contar «lo otro», al menos explícame esto. Siempre me pides que confíe en ti, igual también tienes que demostrarme que tú lo haces: ¿qué pasó con aquellas mujeres maravillosas y con vuestra revolución?

—No quiero recordarlo, ya te lo he dicho —respondió taxativa—. Todo acabó muy mal por culpa de un hombre, Félix. Un hombre que parecía bueno..., pero que resultó ser lo peor que nos podía pasar. —Se levantó como si le hubiera picado una avispa—. Ya es muy tarde, me voy a mi cuarto.

Chantal atajó a su antojo, como siempre, el momento de complicidad. Pero antes de irse me miró muy fijamente a los ojos y me pidió:

—Si alguna vez alguien pregunta por mi madre o por mí, tienes que prometerme que dirás que no sabes quiénes somos o que los despistarás para que no averigüen nuestro paradero. Pero hay otra cosa aún más importante: júrame que si eso ocurre, solo me lo contarás a mí, que no le dirás absolutamente nada a Coraline. Es muy importante que Coraline no lo sepa.

Asentí con la cabeza.

—Júramelo.

—Te lo juro.

El miedo dibujado en los ojos de Chantal se me quedó clavado y nunca olvidé su advertencia. Aunque en aquel momento pasó a ser una cuestión secundaria, pues tenía toda mi atención centrada en Eudald y en la próxima vez que podría aspirar su fragancia.

Tuve que esperar bastante, porque según me confió Cinta, se había ido a dar «esos discursos suyos comunistas» por todo el

Pallars para convencer a los habitantes de la región de que «votaran a los bolcheviques».

Mientras deseaba el regreso de Eudald, la que volvió fue Teresa.

Por su expresión, mucho más calmada e incluso risueña, confirmé mis sospechas: después de ir a Tuixent había emprendido otro viaje.

—¿Cómo ha podido usted ir a Francia, dejándome aquí sin saber qué le había dicho la trementinaire de Tuixent?

—Niña, tú no eres nadie para decirme qué puedo y qué no puedo hacer —respondió con aspereza—. Tengo derecho a vivir mi vida y a hacer lo que me venga en gana. Además, la Lola no me proporcionó ninguna información de utilidad. Me trató como si hubiera perdido la razón, pues no creía que lo que le contaba fuera posible. Y después me dio un amuleto, de esos que les vendemos a los que creen en el mal de ojo y que no sirven para nada. ¡Como si fuera idiota! ¡Vaya ayuda la de la Lola!

De todas formas, ella llevaba aquel colgante con un sol y no se había molestado en traer uno para mí.

La tarde de Nochebuena, las Frossard susurraban entre ellas animadas mientras preparaban la cena, que fue exquisita y sobre todo abundante. Nunca había comido tanto en mi vida. De primero verduras de todo tipo, cuando yo nunca había probado un plato que combinara más de una. La mezcla era intensa y sofisticada. Después sirvieron un pavo relleno con carne, frutos secos y hierbas aromáticas acompañado de castañas. Se deshacía en la boca y la amalgama de olores era tan sólida como los propios manjares. Y por si no fuera suficiente llegaron los postres, que eso sí que no me lo

esperaba, porque la costumbre de la Provenza para la noche de Navidad es ¡tomar trece postres! Desfilaron ante mis ojos frutos secos, turrón, buñuelos, castañas, fruta, un pan dulce que sabía a cielo y una pasta almendrada que era el paraíso, galletas, dulces, crepes, merengue, chocolate y yo qué sé qué más... Pero nada era solo una cosa, cada una de aquellas delicias reposteras era la suma de diferentes ingredientes, que coqueteaban con los sabores, como un perfume preparado de mil esencias juguetonas.

Justo después de tomar el último, Arnau comentó que se sentía agotado. Le costaba mantenerse erguido y apenas vocalizaba, y eso que solo se había tomado una copa de vino durante la cena.

—Te llevaré a la cama —decidió Coraline, que se pasó el brazo de su marido por la espalda porque el hombre casi no podía caminar. Parecía que tuviera ochenta años.

Teresa observó la escena, apartó el plato de un manotazo, se puso en pie y, cuando volvió Coraline, se le encaró.

—¿Qué le ha hecho a mi hermano? Eso no era un cansancio normal, ¡le ha puesto algo en la comida!

—Tranquilícese, Teresa. No le he hecho nada malo. Hoy dormirá como un niño y tendrá los mejores sueños del mundo. Es mi marido y uno de los hombres más buenos que he conocido. No tendría sentido que quisiera causarle ningún mal. Ahora le conviene dormir para que nosotras podamos charlar tranquilas.

—*Filla de puta!* —espetó mientras intentaba acceder a la habitación de matrimonio, pero Coraline le puso la mano en el hombro para detenerla.

—He dejado la puerta abierta para que pueda comprobar en todo momento que se encuentra en perfecto estado, y ahora, por favor, siéntese, que les voy a dar su regalo.

La sujetó por el brazo y la condujo a la mesa con suavidad, mientras Teresa alargaba el cuello para otear el dormitorio en el que su hermano roncaba estentóreamente.

Chantal me cogió emocionada la mano y antes de que su madre empezara a hablar me susurró: «Si aceptas lo que te va a proponer, podrás ser la novia del Rubio». Sonreí al instante.

Teresa se acariciaba el amuleto.

—Por favor, Teresa —exclamó Coraline sonriente—. ¿De verdad cree que ese amuleto la va a proteger? ¿De verdad considera que tiene algo de lo que protegerse? De hecho, ese sol que lleva colgado nos ayuda, porque lo que les voy a contar tiene algo que ver con Ra, que es el dios del sol para los egipcios.

Teresa, inmediatamente, apartó la mano del colgante mientras Coraline, que parecía más divertida que preocupada por la situación, prosiguió.

—Imagino que se habrán dado cuenta de que a veces —sonrió como una niña traviesa— empleo algunos truquitos para que reine la concordia en nuestro hogar.

—Brujería para que hagamos lo que usted quiere —repitió la trementinaire.

—Teresa, no me interrumpa. Hoy se lo voy a contar todo y, si lo desean, podrán participar de mis secretos. Yo seré su Máguissa y ustedes mis Hijas de Selene.

—¿Qué es eso? —interrumpió de nuevo Teresa.

—Es como una pequeña sociedad secreta en la que ustedes serán algo así como seguidoras o aprendices... Y es un honor, créanme.

—¿Y si nos negamos? —preguntó Teresa.

—No pasa nada, están en su derecho. —Sacó un pequeño frasco de su bolsillo y se le escapó una sonrisa maliciosa mientras lo agitaba de lado a lado—. Me pondré la fragancia del olvido y no

recordarán nada de lo ocurrido esta noche. Y ahora, por favor, escúchenme.

7

Grasse, 1 de septiembre de 1943

Había llegado el momento: contaba con un grupo de mujeres leales en las que podía confiar. Mi plan involucraba a Maylen, Aimée, Viviane y, también, a la joven Inès, cuya ansiedad, gracias a mis remedios, se había rebajado considerablemente hasta convertirse en un ruido de fondo. Tenue, pero que no desaparecía.

Incluir a Inès en mi propuesta me planteó un dilema, no porque desconfiara de aquella chica de tierra, adorable y mucho más lista de lo que aparentaba, sino porque no quería que su madre se enterara. Me gustaba Sylvie y sentía una conexión silenciosa y profunda con aquella mujer rota por el dolor de no saber qué era de su marido y de su hijo, y afectada por una parálisis de cuyo origen siempre evitó hablar. Sin embargo, las razones por las que la apreciaba eran las mismas que impedían que fuera útil para mi propósito. Su intensidad requería una atención que no podía dispensarle.

Le rogué a Inès que no le contara nada a su madre de lo que le comunicaría en breve y ella levantó la mano, muy solemne, y me juró que fuera lo que fuera sería un secreto para siempre entre nosotras.

Convoqué a mis cuatro amigas en la perfumería y no quise proporcionarles la razón, por mucho que intentaron sonsacarme.

Cuando me dirigía hacia la reunión, me crucé por la calle con Lucien Duval.

—¡Qué casualidad! —exclamó—. Iba a pasarme por la perfumería para llevarte los absolutos de rosa de Grasse que me encargó tu abuelo e invitarte a tomar un helado. ¿Te gustan los helados? Conozco un lugar único para probarlos —me dijo sonriente.

¡Qué inoportuno era aquel hombre! La sonrisa y la insistencia de Lucien Duval eran lo que menos necesitaba en aquel momento.

—Pues lo lamento, pero me es imposible. Dame los absolutos y ya los llevaré yo a la perfumería. —Intenté sonreír, pero sospecho que le dispensé una mueca.

—¿Y el helado? Créeme que es una *delicatessen* que te encantará. —Había algo gracioso y, por qué no, halagador en su forma de resistirse a aceptar una negativa. Pero también totalmente intempestivo.

—Agradezco muchísimo tu invitación, pero tendrá que ser otro día... Hoy me es imposible. —Seguí luciendo la mueca que aspiraba a sonrisa.

—No te preocupes. Mañana tengo que pasar por tu casa para hablar con tu abuelo. Le pediré permiso y te llevaré entonces. Te recogeré a las cinco.

Me tendió los absolutos, me besó la mano y desapareció antes de que hubiera pensado una excusa para su propuesta.

Aquel hombre era incansable y también encantador, pero lo único en lo que podía pensar yo era en el encuentro con mis amigas. En cuanto llegaron, las conduje a una de las salas de paredes gruesas, presidida por un gran alambique de destilación, la que mejor podría esconder el secreto que les iba a revelar. Las chicas bromeaban a

propósito del motivo de tanto misterio. Nos sentamos en el suelo, haciendo un corro, y sus miradas se clavaron en mí. Ignoraban el alcance y las consecuencias que aquella tarde tendría en sus vidas.

—Soy consciente de que lo que os voy a contar os puede sonar extraño o, incluso, increíble. Pero os garantizo que es cierto, que yo lo he visto con mis propios ojos. —Los de ellas estaban abiertos hasta límites insospechados—. Tengo que empezar por una historia muy antigua. Os ruego paciencia. Supongo que todas conocéis a Cleopatra.

—¡Uy, claro! Siempre me dicen que llevo su peinado —interrumpió Maylen haciéndonos reír a todas.

—Cleopatra VII fue una de las mujeres más inteligentes de la Antigüedad: hablaba nueve idiomas, poseía conocimientos de astronomía, de matemáticas, de economía... Era una auténtica erudita, aunque la historia se haya centrado en sus amoríos. Entre sus vastos conocimientos destacó por ser una brillante investigadora de la botánica y de la alquimia. Cuentan que una de sus armas de seducción eran los perfumes y que con ellos sedujo a Julio César y a Marco Antonio. Y no sé si habéis oído la anécdota de que cuando fue al encuentro de Marco Antonio en barco perfumó las velas de su flota para anunciar su llegada. Yo estoy convencida de que había algo más, de que ese perfume causaba algún efecto.

—¿Un efecto? ¿Qué efecto puede causar un perfume? —preguntó Inès.

—Muchos, créeme. Cuando acabe lo entenderás. —Cogí aire—. Por otra parte, también era una experta en venenos. Este es quizá el fragmento más descarnado de la historia de Cleopatra, pues a menudo los testaba con sus esclavos. Estudió el efecto de cada uno: los que procuraban una muerte lenta y dolorosa, y los que fulminaban a la víctima al instante sin dejar rastro. Ya sabréis,

también, que ella escogió suicidarse con la picadura de una serpiente áspid. Y sus esclavas lo hicieron con ella.

—¡Lo de las esclavas yo no lo sabía! Es que las proletarias en todas las épocas se llevan la peor parte —comentó molesta Viviane provocando una carcajada general que se apagó pronto, pues estaban demasiado intrigadas por averiguar hacia dónde se encaminaba mi relato.

—Cleopatra recopiló su sabiduría en un libro, el *Kosmeticón*, que nunca se ha hallado. Autores posteriores citaron fragmentos, considerándolo un tratado de belleza y medicina. Es muy probable que el *Kosmeticón*, en una versión en códice, es decir, en libro, pasara a manos de su hija Cleopatra Selene. Lo que yo os puedo garantizar es que el *Kosmeticón* no se perdió y que ha llegado hasta nuestros días. Y tiene un gran poder. Siguiendo sus indicaciones, se pueden preparar esencias que inducen estados de ánimo en las personas que las inhalan.

—¿Eso tú lo has visto? —preguntó con escepticismo Viviane.

—Sé que es difícil de creer, pero sí. Te juro que he visto el efecto que producen las esencias cientos de veces. No es una fábula. Su poder es casi ilimitado, aunque algunos límites tiene.

—¿Y no puede tratarse de un efecto alquímico? Quiero decir que a través de ciertas combinaciones que aún no se conocen y que Cleopatra descubrió se podrían inducir esos estados de ánimo sin que intervenga ningún elemento mágico —objetó Viviane.

—Yo también lo pensé durante un tiempo. Pero hay un detalle que lo cambia todo. Si el libro no está presente en el proceso de elaboración y no se leen las palabras que indica después de prepararlas, las esencias no funcionan.

Las chicas me miraban extrañadas, cavilando hasta qué punto podía ser cierto lo que les estaba confiando o en qué grado había

perdido yo la cordura.

Había llegado el momento. Abrí mi bandolera y extraje el *Kosmeticón*, y cuando contemplaron su portada dorada y ornamentada con sutiles grabados se arremolinaron a mi alrededor. Sabía lo que sentían. A mí también me embargaba la emoción, porque el *Kosmeticón* despertaba sentimientos profundos y la necesidad de acercarse a él, de acariciarlo con sumo cuidado, de contemplarlo. Y a eso se dedicaron durante unos largos minutos mis compañeras, sin entender lo que les ocurría, pero sin poder evitarlo.

Interrumpí el romance que cada una había empezado a tejer con el *Kosmeticón* para seguir desgranando sus misterios:

—Hay otro detalle que debéis conocer. El *Kosmeticón* también contiene una larga lista de venenos. Como os he contado, Cleopatra conocía los secretos de los venenos y los recopiló en el libro.

Se hizo un silencio que interrumpió, minutos después, Maylen.

—Hay algo que no entiendo, Chantal. ¿Qué tienen que ver unas esencias para cambiar estados de ánimo con una lista de venenos?

—Poder. Todo es poder —respondí—. La manipulación y la muerte silenciosa, sin necesidad de recurrir a la fuerza de la que carecemos las mujeres. ¿Qué otro poder podemos poseer nosotras? Te voy a recitar de memoria una parte del libro que me gusta mucho: «Perdí un imperio en manos de los hombres y he aprendido que es imposible luchar con sus armas. En cambio, es posible ganarles la partida con las nuestras. Este es mi arsenal, las armas de la Tierra, las armas de las mujeres: mi regalo a todas las Hijas de Selene».

—¡Qué bonito! Aunque envenenara a sus esclavos, fue injusto que derrotaran a Cleopatra —intervino Viviane—. Las mujeres siempre llevamos las de perder.

—Por eso los hombres no pueden emplear el libro. No tiene efecto con ellos. Fue creado exclusivamente para las mujeres —agregué.

Guardaron un silencio inquieto intentando procesar aquel torrente de información que les había lanzado, sin apartar la vista del *Kosmeticón*.

—Entonces, ¿tú serías algo así como la patrona y nosotras tus trabajadoras? —preguntó Viviane.

Reí.

—No es exactamente así. Tradicionalmente, la guardiana del libro es la Máguissa y sus seguidoras son las Hijas de Selene. Selene por la luna, por el poder femenino y porque era el nombre de la hija de Cleopatra: Cleopatra Selene. Si aceptáis, yo seré la Máguissa y vosotras mis seguidoras.

—¿Y tú siempre llevas el libro encima? —se interesó Maylen.

—No. Eso sería muy peligroso. Lo tengo en un lugar seguro y solo lo sacaré de su escondite cuando vayamos a emplearlo. Cuando acabemos de elaborar las esencias, os pediré que permanezcáis en la perfumería hasta que yo lo retorne a su lugar y os avise. No quiero que penséis que desconfío de vosotras, pero cuanta menos gente sepa dónde guardo el *Kosmeticón*, más seguras estaremos todas.

—Es comprensible —admitió Inès—. Pero, ahora, ¿exactamente qué es lo que tenemos que hacer?

—Lo que os estoy proponiendo es que vosotras seáis mis Hijas de Selene. Yo decidiré, por ejemplo, las esencias que preparamos, aunque vosotras también podréis hacerme vuestras peticiones. Y yo me encargaré de mezclarlas y pronunciar las palabras que las activan. Después os las entregaré para que podáis utilizarlas. Eso, si aceptáis mi invitación para convertiros en Hijas de Selene. No estáis obligadas a ello. Solo os ruego que, decidáis lo que decidáis, me guardéis el secreto.

Era la primera vez que veía a Inès absorta, sin apenas moverse, y no sabía si atribuirlo al éxito de los remedios del tratamiento o a la revelación que le estaba brindando.

—¡Yo quiero ser una Hija de Selene! —dijo de todo corazón.

—Espera, Inès, todavía hay un aspecto que tenéis que conocer: cada Máguissa decide una misión. Y la Máguissa puede decidir compartirla con vosotras o no, pero vosotras debéis aceptarla y comprometeros a cumplirla para ser hijas de Selene.

—¿Y tú qué vas a hacer? ¿La vas a guardar en secreto o nos la vas a contar? —inquirió Viviane.

—Os la voy a confiar. Es muy sencilla: proteger a todas las hijas de Selene, a nuestras familias y a todas las mujeres que lo necesiten. Esta será nuestra misión.

—Pues qué fácil, y qué poco ambiciosa eres, chica —me soltó Aimée—. Me esperaba algo más emocionante. Yo hubiera pedido más.

Recordé con tristeza y rabia la misión de mi Máguissa y respondí al momento:

—Créeme, es mucho mejor que sea así.

—Teniendo en cuenta que estamos en guerra, no es una misión fácil —objetó Viviane—. Pero es bonita, me gusta.

—Pues ya lo hemos aclarado todo. Estamos de acuerdo en convertirnos en hijas de Selene, ¿no? —bromeó Maylen—. Que levante la mano la que no.

Todas pegaron sus brazos a sus cuerpos.

—Yo lo siento, Chantal, quiero pensar que es verdad, pero soy un poco como santo Tomás y hasta que no lo vea, no lo podré creer —intervino Viviane.

—Eso es normal. Lo verás y lo creerás. Lo importante es si quieres asumir la posibilidad de que lo que os he revelado sea cierto.

—Yo estoy abierta, pero soy escéptica, aunque sí, quiero ser Hija de Selene. ¡No me voy a quedar fuera si todas lo hacéis!

—Hay una cuestión de vital importancia que debéis conocer antes de llevar a cabo vuestro juramento. Es algo que a mí no me contaron —sentí aún un pellizco en el estómago al recordar lo que ocurrió— y fue terriblemente injusto no saberlo. Una vez que seáis hijas de Selene defenderéis el libro con vuestra vida. Y también a vuestra Máguissa. Queráis o no. No es algo que escojáis, no es algo que os pida... Lo haréis, aunque vuestra mente se oponga a ello. Vuestro cuerpo se moverá para defender al libro y a la Máguissa, aunque vuestra vida esté en riesgo.

Se quedaron muy serias, aunque el modo en que Viviane levantó la ceja me indicó que ella no se lo acababa de creer.

—¿Y no hay alguna noticia buena? —preguntó Aimée—, porque a mí eso de que mi cuerpo se mueva sin que yo se lo ordene... mucha gracia no me hace.

—Hay una buena, que os gustará a todas y en especial a ti, Aimée. Cuando os pongáis las esencias, vuestra belleza se realzará. Se trata de detalles sutiles: la piel más reluciente, el cabello más brillante, la mirada más intensa...

—Eso me gusta mucho, me has convencido —respondió con sorna.

—¿Y qué tenemos que hacer ahora para ser Hijas de Selene? —La impaciencia física de Inès había dado lugar a otra más mental. Ya no necesitaba moverse, pero le gustaba que todo ocurriera muy rápido.

Cada una de ellas debía leer un juramento en griego, pero yo les tendí un papel con el texto en el alfabeto latino. Una tras otra pronunció el juramento: «Ego eimi thugater Selenes, douleuo te Magissa mou kai douleuo kai tais hetairais mou, alla homou he dynamis hemon hemas phylattei kai megalunei».

Aquellas palabras me conmovían: «Yo soy una Hija de Selene, yo sirvo a mi Máguissa y sirvo también a mis compañeras, porque juntas nuestro poder nos engrandece».

Viviane anhelaba obtener una prueba tangible, Aimée deseaba disfrutar de las mejoras estéticas y, en cambio, Inès y Maylen estaban más interesadas en cómo se preparaban. Empecé por resolver las dudas de las dos últimas, que eran las más pertinentes.

La Máguissa siempre lleva consigo tinturas o pomadas o concentrados de ciertas esencias como loto, sándalo, ámbar, rosa, jazmín, almizcle... Yo las extraje cuidadosamente de mi bandolera. En Grasse resultaba fácil reponerlas, pero conseguirlas en otros tiempos supuso un grave inconveniente. Tan grave que probablemente le costó la vida a una persona. Pero aquella no era una historia que quisiera recordar.

—El cometido de las Hijas de Selene es buscar ciertos elementos de la naturaleza: plantas, flores, a veces reptiles o insectos, que deben triturar en un pequeño mortero. La Máguissa escoge, siguiendo las instrucciones del *Kosmeticón*, la proporción exacta de los ingredientes. Los mezcla en un frasquito, al que añade una pequeña proporción de los concentrados y unas gotas de alcohol. Después de agitarlo y leer unas palabras del *Kosmeticón*, ella y las Hijas de Selene se vierten unas gotas en la coronilla, la garganta, el centro del pecho y en el ombligo. Ni la Máguissa ni las Hijas de Selene pueden oler esa fragancia tan dulce y tan adictiva para los demás.

Me escuchaban tan atentas como sobrepasadas.

—Yo necesito una prueba —insistió Viviane tras mi explicación.

Les propuse preparar una esencia que despertaría la admiración de los demás. El privilegio de estar en una perfumería era que contábamos con los elementos necesarios para elaborar aquella

esencia, no necesitábamos por el momento irlas a buscar al bosque. Una vez que pronuncié las palabras del libro y nos pusimos la esencia nos quedamos mirándonos las unas a las otras. Imagino que ellas fantaseaban con una mágica lluvia de estrellitas doradas y, al no percibir ningún cambio, se sintieron decepcionadas.

—Yo no me veo más guapa —objetó Aimée.

—Pues tienes los ojos brillantísimos y hasta te han crecido las pestañas —respondió Maylen.

—Vayamos a dar una vuelta y veréis el efecto que produce —insté.

Las cinco, cogidas del brazo, nos dirigimos hacia la plaza porticada. Los hombres no es que se quitasen el sombrero a nuestro paso, es que nos dedicaban reverencias y nos contemplaban boquiabiertos. La camarera de la terraza a la que siempre acudíamos se deshizo en halagos.

—Qué suerte tengo de que vengáis aquí. ¡Os admiro tanto! ¡Tenéis todas tantas virtudes!

Nosotras nos mirábamos sin poder contener la risa. Inès comentó que las nubes indicaban lluvia y una señora, sentada en la mesa contigua, exclamó:

—¡Cuánta razón tiene esta joven! Qué sabias palabras.

Fue una tarde divertida, porque cuando pruebas por primera vez el poder del *Kosmeticón*, la magia es festiva. Son juegos. La oscuridad llega después.

—¡Esto no puede ser una casualidad! —exclamó Viviane ya convencida, después de que la octava persona que se le cruzó por la calle le soltara que nunca había visto una chica tan simpática, decidida, elegante...

Cuando nos despedimos, las cinco estábamos aturdidas. Ellas sorprendidas e ilusionadas y yo abrumada por la responsabilidad de ser su Máguissa.

Nada volvió a ser lo mismo para ninguna de nosotras después de aquel día. Y lo lamento: sé que el futuro de algunas de ellas hubiera sido mucho mejor si el *Kosmeticón* no se hubiese cruzado en su camino.

Segunda parte
Las Hijas de Selene

Si te aman, ese es tu don. No le pidas a la Tierra que manipule un corazón puro. El *Kosmeticón* jamás funcionará con los que te quieren. Tampoco pretendas imponer un amor que no existe si no eres capaz de anidar en el corazón del otro ese sentimiento.

CLEOPATRA EN EL *KOSMETICÓN*

1

Àreu, 1936

Me convertí en Hija de Selene por amor a un hombre. Y Teresa lo hizo por amor a la tierra. La trementinaire había escuchado las historias de egipcios y faraonas que Coraline desgranó para nosotras la Nochebuena de 1935 con la ceja levantada, la lengua mordida y el escepticismo supurando a chorros.

—Son cuentos para niños. La magia no existe —me espetó cuando acabaron las fiestas, mientras hacíamos los preparativos para el primer viaje del año.

—Entonces, ¿por qué hizo usted el juramento para ser Hija de Selene? —pregunté consternada, pues yo lo había hecho desde una fe devota.

—Pues, niña, porque quiero descubrir el secreto. ¿Por qué si no? La respuesta a todo está en la tierra. Esa Cleopatra conocía sus secretos y yo quiero descubrirlos.

Coraline por aquella época nos sonreía incluso a nosotras, no bebía tanto y a mí me hablaba poco, pero me hablaba, lo cual constituía un hecho insólito. Había dejado de ser invisible a ser medio visible para ella.

La francesa pretendía entrenarnos como Hijas de Selene, aunque nunca revelaba su misión. «La sabréis a su debido tiempo», soltaba displicente cuando se lo preguntábamos. En los primeros tiempos, llevamos a cabo diferentes ensayos, pero recuerdo uno en concreto. Estuvimos durante más de una semana preparando tres esencias: una provocaría el llanto, la otra arrancaría la risa y la tercera conseguiría que la persona que tuviéramos enfrente se olvidara de lo que acababa de suceder.

El proceso no se diferenciaba excesivamente de lo que yo solía hacer como ayudante de trementinaire, era incluso más relajado, con un volumen de trabajo ciertamente inferior. Pero la auténtica diferencia era intangible, algo que no se podía definir ni aún menos cuantificar: yo experimentaba la solemnidad incluso en los gestos más nimios. Caminaba por el bosque imitando a Chantal, con la cabeza alta y dando pasos largos, sintiéndome envuelta por el manto de lo divino, aunque fuera a recolectar unas simples hojas de pino.

Cuando le entregábamos los ingredientes solicitados a Coraline, iniciábamos el proceso de elaboración de las esencias, calculando las proporciones, mezclándolas con los concentrados que ella nos proporcionaba, añadiendo las gotitas del alcohol... Yo contemplaba embelesada el ritual que orquestaban las manos blanquísimas de la Máguissa hasta que llegaba mi momento preferido: Coraline abría el *Kosmeticón*, aquel manual vetusto y mastodóntico, un viejo gigante de hojas tan ancianas como robustas. Desprendían un olor penetrante a tierra que me hacía pensar en el orfanato, en sor Mercedes, en los vencejos... En cambio, Chantal aseguraba que me equivocaba, que olían al pan recién horneado que comía los domingos al salir de misa en Barcelona. Teresa no compartió el

nombre de la fragancia que inundaba su olfato, pero cuando estaba cerca del libro, reprimía una sonrisa.

Una caligrafía incomprensible estampaba cada página del misterioso libro. Aquellas letras, unos signos desconocidos para mí, se apretujaban sin dejar apenas margen en las páginas, como los granos se comprimen antes de convertirse en harina.

Pero ahí sí que había truco, porque Coraline no sabía koiné, una variedad del griego que servía para comunicarse con todo el imperio, y ni siquiera dominaba el alfabeto helénico. Tenía unas hojas escritas en francés en las que estaban apuntadas las proporciones de cada fórmula. También contaba con otras escritas en nuestro alfabeto donde estaban apuntadas las palabras incomprensibles que pronunciaba con la solemnidad del hechizo. Las hojas sueltas y jóvenes contrastaban con el anciano libro.

—¿De dónde sacasteis las traducciones? —le pregunté a Chantal una mañana fría a principios de enero cuando volvíamos a casa con los fardos llenos de plantas.

—De Félix, un profesor de griego clásico que fue pareja de mi madre. Estaban a punto de casarse, pero ese hombre... —hizo una pausa—, ese hombre es lo peor que nos ha pasado. Ya te hablé de él. Mi madre nunca ha tenido buen ojo para las parejas. Si no hubiera sido por él, aún estaríamos con nuestras Hijas de Selene, que eran realmente maravillosas. Y seguiríamos viviendo en Barcelona. Y... —Se paró en seco.

No había nada ofensivo en la frase, pero era todo ofensivo: porque las otras Hijas de Selene eran realmente maravillosas. Chantal tenía la facultad de empequeñecerme con cada palabra, y a ratos creía que lo hacía aposta y otros que no podía evitar que se le escapara lo minúscula que era yo a sus ojos.

Cuando acabamos de preparar las tres fragancias, la del lloro, la de la risa y la del olvido, Coraline comentó: «Recordad una cosa: la magia debe ser discreta por nuestro propio bien». Y nos anunció que probaríamos aquellas fragancias con una sola persona. Teresa explotó. Su sacrificio por conocer los secretos de la tierra tenía un límite.

—Esto no está bien. No está bien, no. —Parecía hacernos partícipes de su frenético diálogo interior—. Esto no sirve de nada. Ese libro solo manipula a la gente. No es útil para curar, no sirve para aliviar, no aporta nada bueno a nadie. —Cada vez estaba más sulfurada—. Hace daño a personas que no se lo merecen... Hace trampas a la vida, con la confianza de la gente.

Coraline soltó una risotada:

—Querida mía, me sorprende que aún tenga fe en la gente... El mundo es un lugar ingrato, sobre todo para las mujeres. ¿Cree usted que es justo que los hombres puedan decidir por nosotras?

—Las cosas son así —musitó Teresa.

—¿Así? ¿Cómo? —resopló—. Eso es absurdo, por muy injusta que sea una situación, como siempre ha sido así, nadie protesta... Pero nosotras somos unas afortunadas, pues contamos con un libro que nos protege y nos ayuda.

—¿De qué nos protege? ¿Y en qué nos ayuda? —gritó Teresa. Coraline calló y apretó los labios—. Ese libro es cosa de brujas.

—Le voy a demostrar que no es cosa de brujas. Vamos a probar estas tres esencias en la iglesia. Si fuera cosa de brujas, digo yo que Dios nos castigaría por profanar un lugar sagrado, ¿no le parece, querida?

Nunca había visto tanto estupor en la mirada de la trementinaire. El labio superior le temblaba más de miedo que de rabia.

—Yo no quiero participar en esto.

—Usted va a participar en esto —ordenó Coraline—, por las buenas —entonces sacó un frasquito de su bolsillo y lo movió de lado a lado con una sonrisa helada— o por las malas. Bastarán unas gotitas de este perfume para que le encante la idea. Usted escoge...

Asintió levemente varias veces con la cabeza con los ojos en llamas.

—Si lo hago por usted, querida... Así se quedará tranquila, porque ninguna bruja se santiguaría con agua bendita —soltó nuestra Máguissa, y ya no pude dilucidar si lo dijo con condescendencia, inocencia o manifiesta crueldad.

Aquella misma tarde nos adentramos en la iglesia y Coraline sumergió la mano en el agua bendita mientras le guiñaba el ojo a Teresa, que daba pequeños pasos, como un animal al que arrastran al matadero. A las tres de la tarde no había ningún feligrés y nuestros pasos repicaban en el templo como notas de un órgano impertinente. El padre Antonio, al escucharlos, salió de la sacristía con los ojos abotargados de quien se acaba de despertar de una siesta.

—Buenas tardes, estimado padre Antonio. Venimos a confesarnos, si le viene bien —dijo Chantal.

El hombre asintió con resignación y se dirigió al confesionario. El padre Antonio oficiaba la misa del orfelinato y mantenía una relación muy cordial con sor Mercedes. Verlo era recordar el sabor de los caramelos que nos obsequiaba y el tono de su voz, más bien de sus voces, cuando imitaba a los diferentes personajes de la Biblia teatralizando la historia sagrada para amenizar las clases de catequesis.

Cuando Chantal se acercó a confesarse y escuchamos el llanto del hombre, estuve a punto de obedecer a Teresa, que me tiraba del brazo para que huyéramos de allí.

—No os podéis ir ahora —ordenó Coraline—. Ahora te toca a ti, Ana. ¿No querrás dejar al padre Antonio llorando desconsolado? —deslizó con cinismo.

En cuanto me acerqué y el hombre olió mi fragancia, intentó pronunciar infructuosamente el avemaría, pero una carcajada intensa y vibrante le impidió continuar. Arrodillada en el reclinatorio podía contemplar a través de la celosía al cura, desternillándose de una risa que inútilmente intentaba aplacar. La imagen perturbadora y violenta me entristeció. Sus carcajadas retumbaban en la bóveda y rebotaron en gotas de vergüenza al pensar en qué me diría sor Mercedes si me viera en ese instante. Me levanté y quise salir de la iglesia, y justo entonces Coraline le dio un golpecito en la espalda a Teresa para que se acercara al confesionario.

La mujer solo permaneció arrodillada unos segundos porque Coraline se dirigió hacia ella, la cogió del brazo y la condujo fuera, haciéndome un gesto con la mano de que las siguiera.

—El perfume del olvido es muy poderoso —le dijo a Teresa—. Por eso hemos salido de la iglesia, porque no quiero que ese pobre hombre olvide demasiado... o sufra efectos secundarios.

La trementinaire se soltó del brazo de Coraline, le giró la cara y rompió a andar. Los pasos de Teresa, en dirección contraria a la nuestra, sonaron como un pequeño seísmo, sin fuerza para cambiar nada, pero empeñados en protestar.

A partir de aquel día Teresa nos evitaba a todas, incluida a mí. Cada vez que me acercaba a ella me encargaba cualquier tarea que me alejaba de su lado. Nuestra frágil complicidad se había resquebrajado y en vez de hacer esfuerzos para remendarla a cualquier precio, que es lo que esperaba la trementinaire de mí, obré

justo de modo inverso: construí otra frágil complicidad con Coraline Frossard. Me acercaba a ella, mantenía conversaciones sobre las esencias y, cuando me sabía observada por Teresa, soltaba una risita o asentía con convencimiento. Mi recompensa fueron los resoplidos de Teresa aderezados por miradas cargadas de ira. El despecho de la trementinaire era dulce y espeso porque en él intuí un amor o, al menos, un cariño que nunca antes me había expresado. Sin embargo, mi deleite fue breve y acabó el día en que ella anunció que emprendería el viaje de invierno para vender nuestros productos y que partiría sola. Le supliqué que me llevara con ella, como habíamos hecho desde que había llegado a la casa.

Mi insistencia desairó a mis dos patronas: Teresa la encajó como desobediencia y Coraline acusó mis ganas de apartarme de su lado. La inutilidad de mis protestas culminó con la marcha de la trementinaire. Una tristeza tan honda que me obligaba a pensar en cualquier otra cosa para que no se me enquistara me pilló desprevenida. Pero me sorprendió aún más el sentimiento que le sucedió, un remordimiento difuso que me gritaba que me estaba equivocando, que las Frossard habían roto el equilibrio ancestral de la tierra y que estábamos todas malditas.

—Deja de mirarme de reojo, por Dios, Ana, que me asustas —me espetó Chantal—. No pasa nada porque Teresa se haya ido. Deja ya de actuar como si fueras una víctima desvalida y Coraline y yo constituyéramos una amenaza. Necesitas demasiada atención de todo el mundo —me reprendió y yo, como siempre, callé.

Aquella misma tarde llegó una noticia que hizo que todo lo demás se diluyera como un azucarillo en el agua: Eudald Bisbe había regresado. Según me contó Cinta, después de la victoria del Frente de Izquierdas se había quedado a vivir en Tírvia por cuestiones políticas, pero había vuelto por el aniversario de su madre. «Por lo

visto, los bolcheviques también pueden ser buenos hijos», soltó la mujer.

Arrinconé mis lúgubres presagios, me situé en el presente y todo cobró sentido. Me había convertido en Hija de Selene para conseguir el amor de Eudald y había llegado mi momento. Y así se lo expuse a mi Máguissa.

La risa espontánea de Coraline Frossard me indicó que aquel momento nunca llegaría. Al contemplar mi expresión desolada, dejó de reír y me sujetó la mano con un cariño que no le conocía.

—Querida, lo siento mucho, pero el amor es un sentimiento demasiado puro y nadie lo puede manipular. Yo no puedo crear una fragancia para que ese muchacho te ame. Lo lamento, querida, no es que no quiera, es que es absolutamente imposible. No se puede obligar a nadie a amar. Con el libro podemos conseguir que ese chico sienta deseo, simpatía, incluso lástima por ti, o que esté de acuerdo con los planes que propongas o experimente armonía a tu lado..., pero solo durante un tiempo. Y de ahí, quién sabe lo que puede suceder. Con eso sí que te puedo ayudar, y lo haré encantada. Pero el amor de buenas a primeras, no... El amor son palabras mayores. —Hizo una pausa, dedicándome una mirada a medio camino entre la compasión y el cariño, y añadió un dato revelador—: Además, también tienes que saber que, si alguien te ama de verdad, ninguna de las esencias funciona con aquella persona. Si tienes su amor, ningún hechizo surtirá efecto, porque ¿cómo puedes querer despertar otro sentimiento si ya cuentas con su amor, que es lo más importante? Mira, te recitaré uno de los fragmentos del *Kosmeticón* que habla de ello: «Si te aman, ese es tu don. No le pidas a la Tierra que manipule un corazón puro. El *Kosmeticón* jamás funcionará con los que te quieren. Tampoco pretendas imponer un amor que no

existe si no eres capaz de anidar en el corazón del otro ese sentimiento».

Entendí por qué a Arnau y a Chantal no les afectaban las fragancias que tanto nos alteraban a Teresa y a mí. Ellos querían a Coraline. Ordené mis ideas: los perfumes mágicos no influyen a las personas que te aman, porque el amor era demasiado puro para manipularse. Y las fragancias tampoco sirven para que alguien te ame... Llegué a la misma conclusión que Teresa: entonces, ¿para qué sirven?

—Pero ¿qué te ha hecho pensar que podrías conseguir el amor de alguien con el *Kosmeticón*? —insistió Coraline sacándome de mis pensamientos.

—Pues yo no me lo he inventado —repliqué—. Chantal me dijo que, si me convertía en una Hija de Selene, podría ser la novia de Eudald.

Coraline chasqueó la lengua y miró con reprobación a su hija.

—Chantal, ¿por qué mentiste a Ana? Tú sabes de sobra que lo que ella desea es imposible, ¿por qué lo hiciste?

—Porque quería que se convirtiera en Hija de Selene y, si hubiese sabido la verdad, igual no lo hubiera conseguido —respondió sonriéndome desafiante.

—Eso no está bien, Chantal, y lo sabes. A veces me das miedo, eres capaz de hacer o decir cualquier cosa para salirte con la tuya...

Para Chantal nunca había nada que pudiera frenarla. Por eso me asusté tanto aquella noche cuando irrumpió en mi habitación sujetando unas tijeras.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? —exclamé sobresaltada.

—Ayudarte —respondió abriendo mi armario y sacando mis botines.

Yo me puse en pie demasiado tarde, pues con las tijeras apuñaló un botín y después arrastró la mano hasta rasgar totalmente la piel.

—Pero ¿qué haces? ¿Te has vuelto loca? —Le arrebaté el botín, pero ya era demasiado tarde, la herida en la piel se abría cómo las alas de un pájaro en pleno vuelo.

—Te acabo de hacer un favor, para que me perdones mi mentirijilla. Mira, mañana te pones la esencia que quieras, del deseo, del interés, del cariño, de la obediencia, de la admiración..., y le cuentas a Eudald que te enganchaste el botín con una rama, que si lo descubren te regañarán, y le pides que por favor te remiende el zapato sin que nadie se entere.

—Pero si él ya no trabaja de zapatero con su padre.

—Eso es aún mejor —soltó con una seguridad que a mí me despertaba las ganas de arrearle una buena bofetada—. Deberá hacerlo a escondidas y así tendréis tiempo para estar a solas. Ya verás cómo funciona y me lo agradeces. Solo debes escoger qué fragancia quieres llevar.

Ni a ella ni a su madre les gustó mi elección: la de la lástima. «¿Por qué?», preguntaban desde la torre de marfil de su orgullo. No les di explicaciones, aunque las tenía. Me hubiera asustado despertar su deseo e ignorar cómo actuar; me hubiera incomodado sentir su admiración y no saber qué decir, y no me sentía merecedora de su obediencia o de su interés. En cambio, que él sintiera pena y quisiera protegerme y que la lástima inicial pudiera desembocar en una obligación que le uniera a mí me resultaba un escenario muy apetecible.

—Y luego la manipuladora soy yo. Te gusta demasiado hacerte la víctima, Ana Fernández —soltó Chantal intuyendo las razones de mi elección.

Aquella noche esperé a que Eudald saliera de la cantina para hacerme la encontradiza. Sonrió al verme y al poco aspiró mi fragancia y una bruma de preocupación cubrió su mirada.

—Buenas noches, ¿cómo estás? ¿Te puedo ayudar en algo? —Había bebido un poco, y las palabras se le enganchaban suavemente.

—¡Qué bien que te he encontrado, Eudald! Tengo un problema y necesito tu ayuda.

—Por supuesto. Dime qué sucede, me da mucha pena que no estés bien —dijo con un tono de voz exageradamente triste.

Saqué el botín de mi bandolera y le conté, mirando al suelo y con las palabras comiéndose las unas a las otras, una milonga de cómo mi zapato había alcanzado aquel lamentable estado. Temía que descubriera el engaño, pero apenas me escuchó, entendió que debía arreglar el zapato y me condujo al taller de su padre.

—Juré que no volvería. —Frunció el ceño—. De hecho, no sé qué hago aquí. —Entonces me miró—. Claro, perdona, he bebido un poco y no sé qué me pasa esta noche, estoy confundido, todo esto es muy irreal. —Se paró a pensar, intentando recomponer la escena —. Sí, ya lo tengo claro. Necesitas que arregle tu zapato y yo te voy a ayudar.

Me acerqué mucho a él para que me oliera, pero también para percibir su aroma a corteza de pino en un día soleado, a sal terrosa, a Eudald. Sin embargo, pronto su esencia se diluyó en la sonora nota a cuero que desprendía el taller, y que después dejaba paso a una amalgama de matices: el pegamento ocre y dulzón, la huella de la lumbre apagada y las latas de betún con la fragancia a cera picante.

—Lo habrás pasado muy mal cuando se te rompió el botín —me dijo con un mohín de preocupación, como si me hubiese atacado

una manada de lobos salvajes.

Yo asentí sin dejar de admirar sus manos ásperas y fuertes, que se habían hecho con un trozo de cuero para preparar un parche y se disponían a cortarlo a cuchilla, resiguiendo una plantilla. Repitió varias veces el gesto, hundiendo el filo en la piel mullida, en un movimiento plácido e hipnótico.

—Siento mucho todo lo que te ha pasado. ¡Ojalá pudiera hacer algo para que te sintieras mejor! —comentó con una tristeza infinita.

—Podrías... ¿Por qué no me abrazas?

Dejó el pincel de cola que acababa de coger y se levantó como con un resorte para envolverme con sus brazos, torpe al principio, pero yo me acomodé en su pecho, colgué mis manos en sus hombros y sentí cómo se relajaba, cómo me envolvía cada vez con más cariño mientras yo aspiraba su aroma salado. Me sentía en el cielo, hasta que él empezó a sollozar y se apartó.

—No sé qué me pasa, ¡qué vergüenza! ¡Yo nunca lloro! —Se secó con el pañuelo que había sacado apresuradamente del bolsillo—. Es que siento tanto todo lo que te ha pasado en la vida..., que seas huérfana, que no tengas a nadie en el mundo...

—Pero te podría tener a ti —susurré.

—Claro, a mí me tendrás siempre, yo no quiero que nada malo te pase nunca.

Experimenté unos instantes de vibrante felicidad. Me invadió una fe en el futuro, no en un futuro cualquiera: en el mío con Eudald Bisbe. Y aquella fe era tan festiva y esperanzada que nada, ni siquiera la realidad, tenía el poder para desarmarla.

Me pasé la mañana siguiente asomada a la ventana hasta que lo vi. Salí corriendo y él me recibió con una sonrisa y una mirada preocupada.

—Me tengo que ir —comentó con cierta tristeza, pero ya no tanta como la noche anterior.

Me lancé a sus brazos y él esta vez me acogió como si solo yo pudiera ocupar su pecho.

—Te esperaré —le susurré.

—Te prometo que volveré —me susurró al oído.

No volví a saber de él hasta que empezó la guerra y vi cómo asesinaba a un hombre.

2

Grasse, septiembre de 1943

El perseverante Lucien Duval llevaba un tiempo charlando con mi familia cuando entré a las cinco y media en el comedor de casa. Conversaba vivaz con Sylvie y con Marcel, con la naturalidad que generaba aquel hombre, que nunca parecía tomarse nada en serio pero que siempre estaba dispuesto a todo. Gesticulaba mucho, hablaba aún más y tenía una voz cantarina y grave a la vez. Me había olvidado de la cita, pero en aquel momento me apeteció.

—Estimada, no sabes la maravilla que estás a punto de degustar: sin duda el mejor helado que habrás probado en tu vida —anunció solemne cuando atravesamos el jardín.

No cabía duda de que su pretencioso vaticinio se iba a cumplir, pues yo no había catado en mi vida un helado. Aunque, por otra parte, no conocía ninguna heladería en Grasse y dudaba que con la falta de productos que estábamos sufriendo alguien se dedicara a elaborar una exquisitez que no saciara a conciencia el apetito.

—Agradezco tu invitación, aunque no deja de sorprenderme que un hombre tan ocupado como tú tenga tiempo para degustar helados con una recién llegada.

—Es parte de mi trabajo. —Me guiñó el ojo—. Conseguir que las recién llegadas se sientan a gusto en esta ciudad que tanto me gusta.

—¡Qué trabajo más divertido! ¿Y resulta rentable?

—Por supuesto, lo único rentable en la vida son los buenos momentos. Ese es el mejor negocio del mundo: invertir en pasarlo bien con la gente adecuada.

El camino hacia el casco antiguo se hizo empinado y él me ofreció gentilmente el brazo. Enrollé mi mano en él y experimenté un bienestar inesperado que tenía que ver con el hecho de pasear con un hombre con cierto atractivo, que poseía una llave que abría la puerta a la complicidad en todas sus relaciones. De repente, se detuvo en un pequeño edificio de pisos y llamó a la puerta. Al poco salió un hombre de unos sesenta años, calvo, con una nariz aguileña, que se secaba las manos en un delantal.

—*Signor Duval, la stavo aspettando.*

El hombre subió, con gran agilidad para su edad, por una escalera de caracol que olía a humedad, como lo hacía aún más el diminuto piso en el que nos introdujo. Una mesa con un mantel de cuadros presidía el comedor y el anfitrión hizo un gesto casi reverencial para que nos sentáramos.

—El signor Colombo es, como ya habrá sospechado, italiano, pero lleva años viviendo en Francia. Poseía la mejor heladería de Niza, es un auténtico maestro en el arte del *gelato*, pero debido a la escasez de productos se vio obligado a cerrar. Se vino aquí, a cuidar a su madre, una anciana con un carácter insufrible a la que él adoraba y que murió hace tres meses. Desde entonces el pobre está melancólico, y lo único que le consuela es preparar helados, aunque nunca cuenta con los ingredientes necesarios. Yo, cuando me es posible, se los proporciono y se pone contentísimo. Hoy le he

conseguido unos cítricos y algo de azúcar. No será su creación más refinada, pero sí el mejor helado que podremos catar en las actuales circunstancias.

Para conseguir aquellos productos, Lucien Duval tenía que estar muy bien relacionado con las autoridades o con el estraperlo. El signor Colombo apareció al momento, con dos copas anaranjadas en la mano que nos sirvió en la mesa, y acto seguido se fue, como si tuviera una prisa tremenda.

—¿No se queda con nosotros?

—Es muy peculiar el signor Colombo. Considera que no es un auténtico helado, siente vergüenza y se va a confesar. Tiene al padre Jérémie desesperado... ¡Como si no hubiera pecados más graves que escuchar en estos tiempos! Es un buen hombre el signor Colombo, con sus particularidades, como todos. —Sonrió.

La primera cucharada fue una caricia sensual en el paladar. Una extraordinaria mezcla helada de zumos en la que lo ácido y lo dulce se alternaban con una precisión estudiada. Un perfume hecho sólido.

—¡Está riquísimo!

Él sonrió y por primera vez me pareció franco, como si se hubiera librado de su máscara seductora, como si estuviera a punto de renunciar a ese juego de luces y sombras que con tanta habilidad dominaba y que conseguía mantener el misterio, pero que también imponía distancia.

—Se lo diré al signor Colombo, seguro que se alegra.

Hablaba del signor Colombo con la preocupación de las personas que saben cuidar de los demás. La mesa estaba dispuesta ante un gran ventanal por el que se filtraba la luz del atardecer, iluminando su rostro y confiriéndole un atractivo nuevo, que hasta el momento me había pasado inadvertido. Él simplemente me miraba comer el helado con esos ojos achinados que ya no parecían traviesos.

—Cuéntame cómo es Niza. Vives allí, ¿verdad? Siempre he soñado con vivir en una ciudad con mar —dije para romper el silencio, porque su mirada intensa me abrumaba.

—Vivo entre Niza y Grasse. Allá tengo un apartamento y aquí una pequeña cabaña al lado del taller de destilación. Y sí, es una ciudad muy bonita. Ya te llevaré a conocerla.

Me ilusionó la perspectiva de visitar Niza y no me molestó que él fuera mi acompañante.

—Chantal Frossard, ¿qué animal te gustaría ser? —preguntó sin que viniera a cuento.

Solté una carcajada que casi me hace escupir el helado.

—¡Vaya pregunta que se te ocurre hacerme! Una serpiente.

—¡Qué decidida eres! No has dudado ni por un segundo. La mayoría de la gente necesita tiempo para pensárselo, pero tú lo tienes muy claro. ¿Por qué una serpiente?

—Por dos razones, que también tengo muy claras. Una es porque se pueden defender con su veneno. La otra es porque cambian de piel. Dejan atrás lo que fueron y se convierten en lo que quieren ser.

—¿Y por qué querrías tú cambiar de piel?

—Para olvidarme del pasado. ¿Tú no querrías borrar algunas de las cosas que hiciste? ¿Convertirte en alguien mejor?

Asintió.

—Y tú, ¿qué animal desearías ser? —contraataqué.

—Un gato. Me encantan. Saltan, pueden ver de noche, se mueven con elegancia. Y, sobre todo, hacen lo que quieren cuando quieren: comen, duermen, juegan cuando les place sin obedecer ninguna norma, ningún horario. Son libres.

—Y tú, que vas y vienes cuando quieres, ¿no te sientes ya suficientemente libre?

—No. Yo tengo muchas obligaciones, pero finjo que no me pesan.

—¿Y por qué?

—Porque igual así las engaño y tal vez en algún momento dejen de pesarme. —Dejó escapar una sonrisa que no era alegre.

La tenue fragancia salada y herbal que desprendía Lucien se hizo más profunda, como cuando te adentras en el bosque y te inunda una mezcolanza de olores tan abrumadora que no puedes distinguir de qué está compuesta y en algún momento dejas de preguntártelo y simplemente te deleitas con ella. Seguía ignorando quién era realmente el hombre que tenía ante mí, pero ya no me era indiferente; quería saberlo.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Lucien?

—Claro, no dejas de hacerlas.

—¿A qué te dedicas?

Suspiró.

—No lo sé ni yo. Tengo una plantación de rosas de Grasse y una perfumería en Niza, tan poco transitada como la de tu familia. Pero en estos tiempos siempre se pueden hacer negocios.

—¿Estraperlo?

—Algo de eso hay...

—¿Estás en la Resistencia?

—Tal vez —se notaba que no quería continuar por ahí y le dio un giro a la conversación—. Pero si algo soy es perfumista —aseguró solemne—. Aunque esta profesión no me proporcione ahora mismo el sustento.

—¿Y qué es lo que te atrae de ser perfumista?

Él tragó saliva, dejó la servilleta y me respondió:

—Que los perfumes nos hacen creer que somos otros: más sofisticados, más deseables, más civilizados... Son una bonita mentira.

—¿Qué quieres decir?

—Todos negamos lo que somos. Los hombres y las mujeres desprendemos sudor y otros olores que no detallaré porque estoy en presencia de una dama. ¿Por qué esos olores nos parecen tan desagradables si son los propiamente humanos? Es un hecho meramente cultural. ¿Has visto algún gato o alguna serpiente perfumarse? Yo creo que nos perfumamos por el afán que tenemos los humanos de creernos divinos, como si pudiéramos librarnos de la cáscara maloliente que es nuestro cuerpo y que algún día morirá... Alejarnos de la muerte, ser dioses de pacotilla. —Se quedó pensativo —. Y a ti, ¿por qué te gustan los perfumes?

—Tengo buen olfato. Eso es algo que descubrí de mayor, porque de niña daba por hecho que todo el mundo lo poseía. La diferencia llega con la edad: cuando eres consciente de tus carencias y la envidia de los demás te hace consciente de tus habilidades. Así entendí que era una cualidad que me hacía especial, diferente. Que me definía. Eso me gustaba, pero no era lo único. A través de los olores se abre la puerta a un mundo intangible y sereno: me llegan sensaciones que no atraviesan mi cabeza, que no se empeñan en convertirse en ideas, que me permiten simplemente sentir. Emociones que no duelen.

—Eres una poeta, Chantal Frossard, y una mujer que sabe disfrutar de los placeres sensuales —dijo con su tono seductor para ponerse muy serio—. Ahora me toca a mí hacerte una pregunta. ¿Qué hiciste ayer con tus amigas? Tienes a toda la ciudad revolucionada, hablando de un momento precioso en el que os vieron aparecer con un perfume embriagador...

Me mordí el labio. «La magia tiene que ser discreta por nuestro propio bien», recordé la sabia advertencia de Coraline. Y nosotras habíamos sido de todo menos discretas.

—Salimos a dar una vuelta, nada más.

—¿Seguro?

Su entonación inquisitiva me puso en alerta.

—¿Es que no puede salir una chica a pasear con sus amigas? —pregunté con ánimo de atajar el viraje que estaba dando la conversación.

—Por supuesto... Es que cuando me lo contaron me acordé de un suceso de mi infancia. En aquella época en la que se podía comprar de todo, no como ahora, yo era un mocoso con bastantes manías, debo reconocerlo. Pero había una en especial: odiaba las acelgas. Con toda mi alma. Como solo se puede detestar un alimento a esa edad... ¡Qué cosa tan absurda! Ahora mataría por un plato de acelgas... Pero el caso es que me negaba a comerlas, pataleaba y era capaz de irme a dormir sin cenar. —La imagen del niño Lucien con el estómago vacío me provocó ternura—. Desgraciadamente para mí, en el asunto de las acelgas yo era la oveja negra de la familia, ya que mi padre y mis hermanos se deleitaban con ellas, por lo que mi madre, para mi tormento, las cocinaba varias veces a la semana. Mientras el resto de mi familia hacía los honores al plato yo cerraba la boca airado ante la desesperación de mi pobre madre. Hasta que un día, a la hora de cenar, ella se había puesto un perfume exquisito, de los mejores que he olido en mi vida. Y cuando me pidió que me comiera las acelgas, hinqué el cubierto y las devoré. Me sentí muy feliz, aunque seguían sin gustarme. Es uno de los mejores recuerdos de infancia que conservo.

Su mirada contenía un interrogante. No permití que asomara la más mínima expresión a mi rostro. Me quedé congelada como el helado, pero con el corazón martilleándome el pecho.

—¡Qué bonita historia! No acabo de entender qué tiene que ver con el paseo de ayer con mis amigas, pero tal vez te influyó en tu amor por los perfumes.

Me cogió la mano, me clavó sus ojos rasgados y susurró:

—Chantal, en mí puedes confiar.

—Me han enseñado que no me fíe de ningún hombre. —Imposté el tono seductor de nuestras anteriores conversaciones, sin mover ni una ceja para no mostrar la inquietud que me recorría el cuerpo. Aun así, una intuición desarmada de pruebas me susurraba que Lucien era de fiar.

Él me soltó la mano con delicadeza, tragó saliva y se giró hacia la ventana, desde la que se vislumbraba una plaza tomada por palomas parduzcas que picoteaban los adoquines rebañando una comida con toda probabilidad inexistente. Noté la decepción de Lucien y disimulé la mía.

—Se ha hecho un poco tarde —apunté—. Tengo que regresar.

Trufamos el camino de conversaciones banales y de silencios que lograron esquivar por muy poco la incomodidad. Antes de dejarme en casa plantándome un prolongado beso en la mano, murmuró:

—Créeme, puedes confiar en mí.

Aquella noche no pude pegar ojo. Mis sospechas, cada vez más fundadas, apuntaban en una dirección: en Grasse existió un grupo de Hijas de Selene. Y sabían que tenía el *Kosmeticón*, por eso habían registrado nuestra casa.

Me propuse al día siguiente ir a la perfumería e intentar que Maylen recordara algo más de lo que le había confiado su madre. Pero no pudo ser.

A las ocho de la mañana se presentó en la puerta de casa Lucien Duval con una sonrisa acartonada, tensa, oscura. Le pidió permiso a Marcel para que le acompañara a dar un paseo en bicicleta.

—¿Sabes ir en bicicleta, querida? —preguntó sin conseguir imprimir a su voz su habitual tono cantarín.

—Sí, por supuesto, pero ahora no me viene bien, quería pasarme por la perfumería.

—Acompaña al señor Duval —me instó Marcel—. Por desgracia no hay tanto trabajo en la perfumería como para que no te lo puedas permitir. Y, Lucien, cuida de mi nieta y compórtate como un caballero —dijo con seriedad.

Era una encerrona en toda regla. Salimos al jardín, donde Lucien había aparcado dos bicicletas de paseo, y en su mirada se dibujó una súplica que me pilló desprevenida.

—Chantal, tenemos que ir a Niza por un asunto muy urgente. Te ruego que confíes en mí y, si son ciertos esos cuentos chinos de los perfumes que hechizan o lo que sea que hagan, este es el momento de emplear su poder.

No pude evitar dar un respingo.

—No sé de qué me estás hablando.

Me sujetó la mano y me clavó una mirada acongojada.

—La vida de miles de personas está en juego. Entre ellas la de tu amiga Viviane y la de mi familia.

Saqué de mi bandolera la esencia para convencer sin ni siquiera pensarlo. Él me observó impertérrito, sin mostrar emoción alguna, pero con una chispa de curiosidad en lo más profundo de su mirada. Si era una trampa, había caído de lleno.

Pedaleamos hasta la salida del pueblo y allí frené en seco la bicicleta.

—Si no me dices qué está pasando, me quedo aquí —grité para que se detuviera.

El hombre frenó, puso el caballete a su bicicleta y yo hice lo mismo. A nuestros pies un campo de lavanda, que había sobrevivido a la poda, bamboleaba con las flores marchitas y desprendía un olor decadente y tristón.

—Chantal, lo que te voy a contar no lo sabe nadie. Los italianos han firmado un armisticio con los aliados. Se han rendido y se han cambiado de bando. Los alemanes lo sospechan, pero aún no es oficial. Pero ten por seguro que en cuanto lo sea los nazis nos invadirán.

El miedo me paralizó mientras las imágenes más cruentas que conservaba de Toulouse se sucedían en mi mente. Redadas, gritos, disparos, miradas de horror que ignorar y aquella losa en el pecho como una plancha quemándote la humanidad. El ahogo continuo de un miedo sin principio ni fin. Si los alemanes invadían Grasse nada de aquello pertenecería al pasado.

—Tenemos que llegar a Niza, a la prefectura de la policía. —Lucien movía las manos mostrando su indudable ascendencia italiana—. Allí se guardan los registros de la población judía. Es un trámite que impusieron los nazis y al que los italianos accedieron. Nunca emplearon esos datos y no tenían la más mínima intención de hacerlo. Pero si caen en las manos de los nazis, todos acabarán en un campo de concentración. Tenemos poco tiempo y, si hay algo sobrenatural o como quieras llamarlo que pueda ayudarnos, lo necesitamos más que nunca.

Ni siquiera contesté, me subí a la bicicleta y pedaleé con todas mis fuerzas.

3

Àreu, julio de 1936

Cuando me enteré de que había estallado la guerra civil, estaba inmersa en una alucinación lisérgica y la noticia me provocó una carcajada de incredulidad.

Durante los meses anteriores no hubo ni un día en el que no esperara el regreso de Eudald con una angustia que me retorcía el pecho y me recordaba lo vacía que estaba por dentro. Él seguía ocupado con sus «cosas revolucionarias», como me informaba periódicamente Cinta. Pero yo estaba dispuesta a esperar, como le había prometido.

Evidentemente, en aquella época sucedieron muchas más cosas además de mi espera desesperada. Teresa regresó animada de su viaje en solitario, exenta de reproches y con una propuesta para Coraline. La trementinaire llevaba tiempo convencida de que el estado de ánimo de sus pacientes influía en su recuperación y siendo una Hija de Selene vio un campo abonado para comprobarlo. Pretendía que en el siguiente viaje lleváramos (habló en plural, lo cual me alegró) una fragancia que inoculara esperanza a sus

pacientes para probar su hipótesis y mejorar el diagnóstico de los enfermos.

La mujer de fuego y la mujer de agua estrenaron una colaboración enriquecedora para ambas y, sobre todo, para la convivencia de la casa. Arnau fue quien con más alegría celebró nuestra recién inaugurada paz hogareña. En parte porque Coraline, al fin más en este mundo que en el de sus pensamientos, bebía menos, lo iba a recoger al trabajo, daba largos paseos con él y hacía que la cama en la que dormían crujiera con más brío por las noches.

Era curiosa la relación entre aquella imponente mujer y aquel hombre inseguro y afable. Que ella jamás se hubiera fijado en él si no hubiese tenido, por la razón que fuera, una imperiosa necesidad de huir de Barcelona era una obviedad que no creo que se le escapara ni siquiera al propio Arnau. Pero, aunque él la adoraba con una pasión que ella no correspondía, Coraline se esforzaba en que los matices rellenaran el hueco. Le preguntaba por su trabajo, se molestaba con los compañeros que no le reconocían un mérito que ella magnificaba, le contaba muy despacio que si había conseguido comprar café, que si la vaca de la vecina había parido o que si la hija de Enriqueta se iba a casar mientras él asentía, deleitándose más en la musicalidad de su voz que en el significado de las palabras. Coraline le profesaba un cariño que culminaba en una caricia en el pelo, un roce en la mejilla, una mano amasando el hombro, pero que nunca podía seguir su curso natural porque la respuesta de él, aferrándose a su cintura, insinuaba una pasión que había estallado demasiado pronto. Y, con el tiempo, funcionó como una advertencia disuasoria para que ella se abstuviera de pasear por un terreno por el que él únicamente sabía correr.

Ella también le consultaba pequeñas preocupaciones domésticas persuadiéndose a sí misma de que dependía de su respuesta. Y ese

fue el gesto más romántico que una mujer como Coraline Frossard pudo dedicarle a un hombre como Arnau Pinyol: inhabilitarse a ratitos para convencerse de que lo necesitaba y así conferirle un sentido a la relación. Y no le salió bien.

En aquellos meses de convivencia armónica, Chantal me enseñó a elaborar perfumes mediante la maceración y algunas otras técnicas, y compuse mi primera fragancia. Mezclé la esencia de la campanilla de invierno, que era dulce con un regusto a miel, con la flor de los Pirineos, fresca, herbal, y les añadí un pequeño experimento propio que me permitió extraer una esencia mineral y salada que me recordaba a Eudald. Supe que era una buena fragancia cuando Chantal soltó un «no está mal».

De aquella plácida y fugaz convivencia quedó un testimonio. Por aquellos días, un fotógrafo llegó a Àreu, un tal Jordi Oliver, un hombre de pelo cano, ojos verdes y sonrisa franca que fue llamando puerta a puerta para ofrecer sus servicios. A Coraline le encantó la idea de tener un retrato de familia y no le costó convencer a Arnau para que invirtiera en ese capricho. A mí me producía cierta ilusión, que fue truncada por Teresa: «Tú no eres de la familia, no tienes por qué salir en ese retrato». Sin embargo, justo cuando se dirigían hacia el estudio que Oliver había improvisado en una de las paredes de la iglesia, Chantal me vino a buscar. «Tú te vienes, faltaría más. Si no, yo tampoco salgo en la foto», dijo con firmeza. Hasta a mí misma me sorprendió el amor que sentí hacia Chantal en aquel instante.

El fogonazo del retrato me conmovió. Estaba ahí, formaba parte de un trozo de papel inmortal. Y aquel retrato, que pasó a presidir el comedor, me otorgaba un lugar en la familia.

Tras el revuelo que causó en Àreu la llegada del fotógrafo, uno de los escasos acontecimientos que truncó la rutina, volvimos a nuestro

cometido como Hijas de Selene. Elaboramos las esencias que nos acompañarían a Teresa y a mí en el viaje. Además de la que insuflaba esperanza y confianza a los pacientes, preparamos otras: para convencer, para que nos trataran bien, y un veneno, por lo que pudiera ocurrir.

Partimos el mismo día que Arnau viajaba junto a su jefe rumbo a Francia y se hizo un silencio en la despedida que ocultaba el temor a que aquella placidez no se sostuviera si no la aguantábamos los cinco. Y así fue: el espejismo de armonía se extinguió al cabo de un mes.

Durante el viaje y las consultas con los pacientes, Teresa ratificó sus hipótesis: la esencia de la esperanza mejoraba el pronóstico de sus pacientes. Y, a partir de ahí, todo empezó a parecerle milagroso. Porque la escéptica Teresa Pinyol había abrazado con furor la magia y la imponía en los rincones de la cotidianidad, donde yo no contemplaba más que una afortunada sucesión de casualidades.

El viaje se torció ya de vuelta, cuanto entramos en Sort y una niña de apenas cinco años, con un pelo rizado muy enredado y unos zuecos que le quedaban tan grandes que parecía que iba montada en dos barcas, nos pidió que la acompañáramos a una granja, que era poco más que un establo y un gallinero, donde nos recibió su tía, Ramona, una mujer de unos cincuenta años con los ojos tan abiertos por la sorpresa que conjuraba las arrugas.

—Tienen que ver esto —musitó mientras nos hacía pasar al establo.

Una vaca amamantaba a su becerro, pero había algo imposible en la escena. Eran dos ubres las que estaban en la boca de aquel recién nacido tembloroso que nos daba la espalda. Cuando nos aproximamos, di un respingo. El becerrito necesitaba dos tetas de su madre porque tenía dos bocas. El cuello se bifurcaba en dos cabezas

y sus cuatro ojos contenían la sinrazón de la naturaleza. El animal cayó exhausto, como si las patas no aguantaran ya más el grotesco gazapo de su vida.

—Nunca había visto algo así —comentó Teresa, ayudando al ternero a levantarse.

El animal husmeó el alimento de la vida y recorrió imantado el tramo que le separaba de la ubre. Pero solo una de las dos cabezas pudo hacerlo, y mientras esta se alimentaba con glotonería la otra boca vomitaba la leche, en un paradójico ciclo de vida y muerte. Pasamos una hora observándole, palpando la barriga y el corazón compartidos y acariciando aquellas monstruosas cabezas amancebadas. Había algo fascinante en acercarse a lo insólito, una pátina macabra que nos acompañó después de que el becerro bicéfalo muriera, con los dos hocicos manchados de espuma y los cuatro ojos en blanco.

—Dicen que traerá mala suerte al pueblo —comentó apurada la propietaria.

—Eso son supercherías, Ramona —respondió Teresa.

—Pues dígaselo usted a mis vecinos, se lo ruego, que estos me echan y me dejan en el monte con una mano delante y otra detrás.

Un corrillo de no menos de diez hombres y mujeres observaban la escena cuchicheando a unos treinta metros. Y si en aquel momento Teresa no se hubiera acercado con paso firme al grupo, la tragedia nos habría golpeado antes de tiempo. Pero una casualidad, que nada tenía que ver con aquella escena, ni con el becerro ni con Ramona, nos concedió una prórroga.

—Escúchenme bien, un ternero bicéfalo es un accidente de la naturaleza..., cómo explicarlo..., es un despiste de Dios, pero nada más —afirmó la trementinaire.

—O una advertencia del diablo —repicó un hombre de cara apergaminada.

—No, no es así, créame, por favor. La naturaleza tiene sus leyes, pero a veces también se equivoca.

Asintieron sin convencimiento y cada uno regresó a su casa. Tras los portazos, se entreabrieron las ventanas desde las que se asomaron ojos que se clavaron en Ramona.

Elisenda fue la única que permaneció con nosotras, pues le unía una amistad de años con Teresa. La mujer nos invitó a tomar leche y pan en su casa.

—La Ramona lo tiene complicado, te lo digo yo. Todo el pueblo rumorea que es gafe, porque a su marido lo mató de una coz un burro, y el único hijo que pudo tener, después de más de diez abortos, se ahogó en el pozo a los diez años...

—¡Qué barbaridad! ¡Pobre mujer! Pero tú sabes que eso es mala suerte y una tragedia para ella que no va a afectar a nadie más.

Encogió los hombros.

—Eso no lo sabe nadie... Por si acaso, mejor lejos.

—Elisenda, no digas eso, por Dios, tú no. La pobre Ramona ya ha tenido bastante con perder un becerro, que bien le hubiera ido.

El silencio de la mujer no auguraba un buen final.

—Por cierto, Teresa, cambiando de tema —y fue en el justo momento cuando la casualidad nos favoreció—, han llegado a Sort dos barceloneses de esos de ciudad que se dan ínfulas. Van preguntando a todo el que se encuentran por dos mujeres francesas. Aseguran que poseen información sobre una herencia que tienen que cobrar esas señoras y que es muy urgente que las localicen lo antes posible. A mí ya sabes que no me gusta hablar con forasteros ni meterme donde no me llaman, y por aquí muchos proceden como

yo, pero igual a ti te conviene hablar con ellos, a ver si vas a tener una cuñada rica y tú sin saberlo...

No pude escuchar más del parloteo de la mujer, pues había poco tiempo: tenía que actuar con la celeridad con la que se arroja aceite de culebra sobre una mordedura de serpiente.

—Por favor, Teresa, tenemos que encontrar a esos dos hombres y entonces déjeme hablar a mí, sígame el juego —le pedí al salir de casa de su amiga—. Chantal me indicó cómo actuar si algo así sucedía. Usted no diga nada... Y le ruego que cuando volvamos no le cuente ni una palabra de todo esto a Coraline.

La mujer resopló, como si aquello no fuera con ella. Teresa no era de tener más de una idea en la cabeza y andaba demasiado ocupada valorando cómo la esencia de la esperanza obraba milagros entre sus pacientes como para albergar otro pensamiento.

—Sea lo que sea, date prisa, que esta tarde nos puede llevar Manel en carro de vuelta a Àreu y ya estoy cansada de tanto caminar.

Me puse la esencia para convencer y ella hizo lo propio mientras me seguía como una sombra. Me concentré en una idea —cómo se comportaría Chantal en una situación como esta— y los nervios se diluyeron. Me sentí una actriz protagonista en la noche de estreno. Noté la piel más tirante y aquella belleza imperceptible que se dibujaba en mi rostro.

No fue difícil reconocer a aquellos dos hombres tan fuera de todo, tan recortados y pegados en un escenario campestre que les era ajeno. Porque se les notaba a la legua que el campo lo habían pisado poco. Solo faltaba observar su calzado: uno de ellos llevaba unos zapatos acordonados con la punta en forma de pico. Algo que ni yo ni nadie de la región habíamos visto antes. Unos zapatos tan

puntiagudos, tan desafiantes y chulescos que por fuerza no podían ser cómodos para caminar.

Al momento capté la atención de los dos hombres, que en otra circunstancia ni me hubieran visto, y saboreé el poder de mis palabras. Empecé mi actuación, que vino a ser un monólogo al que ellos no dejaron de asentir y al que incluso sonrieron con una extraña mueca de mansedumbre. Nunca nadie me había escuchado hablar durante tanto tiempo.

—Me han dicho que están buscando a dos francesas, madre e hija, altas, guapas, ¿es así? —Hicieron un gesto afirmativo—. Pues da la casualidad de que las vi en Tuixent. Me llamaron la atención porque por allí no se ven muchos extranjeros. Les vendimos unos remedios, porque a la madre le dolía la espalda. ¿Sabe que tenemos remedios muy buenos? Seguro que a ustedes también les molesta de tanto en cuando la espalda. ¿Quieren probarlos? ¿Qué clase de trementinaire sería si no tuviera los mejores remedios para cualquier dolor o molestia? —Los hombres asentían sin rechistar y yo me crecía en mi «chantalidad»—. Bueno, volviendo a lo que les estaba contando, el caso es que me compraron varios productos sin tan siquiera regatear y pensé: «¡Qué bien! ¡Ya hemos hecho nuevas clientas!». Eso es lo que le dije a mi patrona. —Incliné la cabeza hacia Teresa, convertida en una estatua de piedra—. Porque no crea que vamos sobradas y pocas han sido tan generosas, que en estos tiempos la mayoría se nos han vuelto muy agarradas. Pero no, las señoras no tenían pensado quedarse aquí. Su plan era llegar a Puig-cerdà, yo ya no sé si para irse a Francia o para instalarse ahí, porque ya no quise preguntar tanto, que igual me acusaban de cotilla. Ya me entienden... Esto es todo lo que puedo decirles. ¿Y seguro que no me quieren comprar nada? Porque nuestros remedios pueden solucionar cualquier molestia imaginable.

Los dos hombres, encorbatados, engominados y a los que el barro les trepaba desde sus elegantes zapatos con cordones e imposiblemente picudos hacia sus también finos pantalones, contemplaban como un ángel, que era una servidora, les anunciaba el camino. Además de creerme a pies juntillas, aligeraron nuestro equipaje de vuelta, adquiriendo buena parte de los productos que nos quedaban por vender.

—Esto no pinta bien —fue el único comentario que hizo Teresa cuando dejamos a los hombres de ciudad.

Al salir de Sort, desde el carro de Manel comprobé si nos seguían y lo único que vi fue a Ramona con el becerro bicéfalo en brazos caminando cabizbaja hacia la montaña. Desolada, con un cielo plomizo que parecía cargarse a sus espaldas. Intuí que ella no era gafe, pero sí la portadora de un augurio oscuro que nos acabaría golpeando. Y no me equivoqué.

Le conté lo sucedido a Chantal en cuanto nos quedamos a solas organizando el granero. Pocas veces la había visto fruncir el ceño con tanta preocupación.

—Has hecho muy bien, Ana. Estoy segura de que Félix, el hombre del que te hablé, contrató a esos hombres. Él es muy peligroso y es muy importante que Coraline no lo sepa.

—Pero ¿por qué?

—Porque si por ella fuera, lo iría a buscar y... Es igual. Lo más prudente ahora mismo es que no nos encuentre.

—Pero ¿qué quieren? ¿Qué hicisteis en Barcelona?

Me miró enojada.

—Nosotras no hicimos nada. Y deja de preguntar, que no es asunto tuyo y no te lo voy a contar. —Fue tan soberbia que me llenó

de rabia.

—Dime qué está pasando aquí o se lo cuento todo a tu madre.

—Si lo haces, te mataré.

Era la tercera vez que me amenazaba de muerte y fue la más convincente.

La evité hasta la hora de cenar y entonces mi atención se desplazó de tal modo que se me olvidó la amenaza de muerte. Fue en aquella cena cuando todo cambió para mí. Arnau hablaba de no sé qué y Coraline volvía a parecer ausente. Pero yo hacía tiempo que me había descolgado del hilo de la conversación porque todos mis sentidos se habían concentrado en otro lugar sin que yo lo hubiera decidido. Había un olor familiar que no identificaba y que requería mi atención. Me llamaba, me absorbía, jugaba conmigo al gato y al ratón y cuando estaba a punto de atraparlo se me escurría. Cerré los ojos unos instantes y lo busqué. Inhalé a sorbitos y fui separando una a una las fragancias conocidas de la casa: la de la piedra, la sopa y el pan, la lumbre, las especias de la alacena... Las fui orillando cuidadosamente para acercarme al que estaba buscando. Yacía bajo un sinfín de olores, porque seguramente era de hacía unos días, pero aun así su grito era tan poderoso, me provocaba tantas emociones, que logré reconstruirlo: terroso, salado, mineral, soleado..., como la hierba que brota de una piedra bajo un sol de justicia. Las señas de identidad de Eudald Bisbe. Él había estado en casa. No había otra explicación.

El corazón se me disparó y empujó un torbellino de pensamientos que me atrapó. La única razón por la que Eudald podía haber estado en nuestra casa era Chantal Frossard, la chica más deseada del Pallars. No tenía pruebas, pero mi certeza ya no las necesitaba. Una rabia que me desbordaba tomó el control.

—Aquí ha estado Eudald —estallé interrumpiendo la conversación.

—Niña, calla, que estamos hablando —me regañó Teresa.

Ni Chantal ni Coraline me miraron y fue la prueba que confirmó mis sospechas. Deseé con todas mis fuerzas que vinieran aquellos dos hombres y el siniestro Félix y cortaran a pedacitos pequeños a las Frossard. El olor de Eudald una vez revelado era sofocante y yo no podía continuar por más tiempo en aquella sala. Salí de la casa y corrí y seguí corriendo como si pudiera escapar de la maldición del becerro, de las dos personalidades de los vencejos y pudiera ser por una vez yo sin la medida de Chantal para achicarme en todo. El ruido de los cencerros de las vacas resonaba en la quietud nocturna. Estaba oscuro, pero me conocía de memoria el camino y alcancé la orilla del río. El agua estaba tan agitada como yo. La voz de Chantal me sorprendió, minutos después, por la espalda.

—¿A ti qué te pasa? ¿Te has vuelto loca o qué? —me reprochó.

—Me has engañado. Eudald ha estado en casa...

Se puso a reír con aquella carcajada Frossard que minimizaba el dolor ajeno.

—No te he engañado, te lo iba a contar. Vino con una de sus diatribas revolucionarias para intentar que Coraline y yo lo apoyáramos. Estuvimos hablando un rato con él y se fue. Eso fue todo.

—¿Y no preguntó por mí?

Resopló y puso los ojos en blanco.

—No hagas más el ridículo y volvamos a casa.

Obedecí, como siempre. En la cama rebusqué de nuevo su olor y mi nariz me aseguraba que había estado en la casa mucho más que unos escasos minutos.

Al día siguiente lo husmeé por el pueblo y cada esquina de piedra me devolvía su olor, pero no hubo forma de encontrarlo.

—Por Dios, Ana, olvídate de ese hombre. Está claro que no ha intentado verte. Tú puedes encontrar a alguien que te quiera a ti —soltó una mañana Chantal.

Analicé sus palabras. Encontrar a alguien que me quiera a mí, ¿porque Eudald ya la quería a ella?

Los días siguientes fueron extraños, pues yo seguía oliendo a Eudald en cada rincón, pero era incapaz de encontrarlo, lo cual, teniendo en cuenta lo pequeño que es Àreu, desafiaba a la lógica.

Durante aquellos días Chantal nos pedía a Teresa y a mí que fuéramos a recoger flores y plantas que no necesitábamos, pero que ella se había empecinado en conseguir con un entusiasmo desconocido. Parecía otra persona, eufórica y animada, alejada de sus habituales expresiones de autómata, aunque sonaba crispada por la falta de costumbre.

Chantal, con aquel ímpetu casi enfermizo, consiguió, incluso, que la trementinaire se bañara en el río, en ropa interior, mientras ella vigilaba que nadie nos descubriera. No pasó ni un alma, un hecho inaudito que me hizo caer en la cuenta de que en todas aquellas caminatas nunca nos cruzábamos con nadie, como si todos los habitantes hubiesen sido borrados, como si estuviéramos únicamente nosotras en el pueblo. Eso, como todo lo que estaba sucediendo aquellos días, era una anomalía. Y yo no supe verlo venir.

Aquel día soleado de principios de julio, Teresa pegaba gritos con cada pequeña ola.

—¡Por Dios, que no se me lleve el río, que no sé nadar! —exclamó cuando el agua le alcanzó las rodillas, y soltó una carcajada.

De vuelta, Chantal se puso a hacer sus volteretas sistemáticas y Teresa, con el pelo alborotado, sonreía y olía a madera de cerezo y a almendra recién cortada.

—¡Ay, niña! Con lo formalita que tú eres, ¿por qué te da por hacer volteretas?

—Precisamente por eso. Siempre estoy quieta. Me gusta hacer que el mundo ruede —dijo despeinada y con su habitual sonrisa hierática.

Cuando llegamos a Àreu sentí de nuevo la fragancia de Eudald.

—Estás viendo cosas donde no las hay, Ana. A mí me han dicho que está en Alins, en casa de su hermana —aseguró Chantal cuando se lo comenté. Me cogió de la mano y me miró con ternura—. Tienes que dejar de pensar en ese chico, porque te estás alejando de la realidad. Y tu olfato ha decidido engañarte. Estás confundiendo olores, puede ser el de cualquier otro que se parezca al suyo.

Su mano era suavísima y sus palabras, preocupadas, atentas, cariñosas. Me hubiera gustado poderme olvidar de Eudald y librarme de la ansiedad que se me había pegado a la piel. Y también de las constantes dudas que tenía sobre Chantal. Porque yo también temía volverme loca y era consciente de que mi comportamiento se había vuelto errático y extraño. Tenía pesadillas que olvidaba al abrir los ojos, pero que me dejaban una inquietud que me acompañaba todo el día. Además me picaban los pies a todas horas con una comezón que no era normal.

—Por favor, Ana, vuelve a ser tú... Tengo miedo de que pierdas la razón —me suplicó aquel día Chantal.

—Es que no sé qué me pasa, no es solo Eudald, es que estoy alterada todo el día, la cabeza me da vueltas de una idea a otra. Solo tengo ganas de estar fuera de casa, de caminar a toda prisa sin parar ni un momento, no me puedo centrar en las conversaciones... —confesé poniendo voz a lo que llevaba días tratando de disimular.

Era lo que hacía a diario: caminar sin parar de un lugar a otro, sintiendo temor a quedarme quieta y miedo a dormir. Nunca me

había sentido tan cerca de volverme loca hasta que Chantal me hizo una propuesta que o me hacía enloquecer del todo o me devolvía a la cordura.

4

Grasse y Niza, 3 de septiembre de 1943

Tres horas tardé pedaleando con todas mis fuerzas en recorrer el trayecto de Grasse a Niza, contemplando, de reojo, los campos vacíos de flores ya recolectadas y husmeando una última huella olfativa de sus cadáveres que me insuflara ánimo para que mis piernas no desfallecieran. Era difícil hablar con mi compañero, un Lucien Duval con la expresión contrita que giraba la cabeza de vez en cuando para comprobar que seguía detrás de él.

—¿Estás bien? —me preguntó en un par de ocasiones.

Y yo asentía, al límite de mis fuerzas, con la adrenalina sosteniéndome, concentrada en impulsarme con cada nuevo pedaleo para no quedarme atrás.

Llegamos hacia las doce a aquella ciudad que tanto había deseado visitar y que tan poco pude apreciar. Los escasos fragmentos que oteaba describían un lugar espléndido, estampado por las típicas casas provenzales coloridas, pero el cansancio del camino y la ansiedad de lo que estaba por venir deslucieron mi primer contacto con Niza.

—Es aquí —indicó Lucien cuando llegamos a la plaza Saint-Dominique, presidida por un gran campanario y rodeada de edificios, y por la que no discurría un alma—. Vamos a adecentarnos un poco.

Dejamos la bicicleta, me cogió de la mano y me condujo a una fuente, donde nos refrescamos la cara e intentamos descansar unos minutos. Respiramos hondo, nos miramos a los ojos diciendo muchas cosas, no sé si las mismas, pero sé que eran muchas.

—Vamos a entrar en la Préfecture de Police des Alpes-Maritimes —Señaló el edificio—. En principio, no deberíamos tener ningún problema, porque tengo una carta de Guido Lospinoso, el inspector general de la Policía Racial, que me autoriza a hacerlo. Pero la colaboración entre los franceses y los italianos nunca ha sido fluida. No sé qué nos podemos encontrar. Lo que tú tienes que lograr, si es que tus cuentos de brujas funcionan —sonrió—, es que los policías se vayan y nos dejen en la sala donde están las fichas policiales.

Asentí y sin que me lo esperara me plantó un beso en la mejilla.

—Chantal, siento mucho haberte metido en todo esto..., pero no tenía alternativa. Gracias.

Sobre los ojos achinados de aquel hombre que habitualmente desprendía seguridad a raudales cayó un velo de preocupación. Con aplomo y cogiéndome de la mano, me condujo hasta la entrada de la prefectura.

—Soy el enviado especial de Guido Lospinoso. —Le tendió una carta a su interlocutor, quien la leyó con una mueca de escepticismo.

—Tendría que hacer algunas llamadas para comprobarlo —respondió el hombre—. Y ahora no sé a quién voy a encontrar. ¿No podría pasarse otro día?

Yo, que me había situado detrás de Lucien, me adelanté y clavé mi mirada en el funcionario.

—Debe comprender que es un encargo urgente, que no podemos esperar.

El hombre ceñudo súbitamente sonrió, mecido por mi esencia, y contestó:

—Por supuesto, los registros están en el sótano.

Nos dirigimos a una sala amplia, en la que los archivadores cubrían hasta el último rincón de las paredes. Tres hombres de mediana edad que podrían haber pasado por hermanos —misma ropa, mismo gesto enfurruñado, mismas cejas hirsutas— fumaban sentados en sus escritorios y levantaron la vista sorprendidos al vernos llegar. Esta vez fui yo la que tomó la iniciativa.

—Buenos días, agentes. —Me miraron extrañados. Las tres mesas estaban muy juntas, así que me coloqué frente a la central rezando para que mi aroma irradiara a las colindantes—. Somos los enviados de Guido Lospinoso y tenemos que comprobar unos archivos. —Sin que mediara palabra, Lucien mostró la documentación—. Necesitaríamos cierta intimidad. Es ya casi la hora del almuerzo, por lo que habíamos pensado que tal vez ustedes quieran aprovechar para comer y nosotros podríamos quedarnos solos aquí.

La rapidez con la que los tres hombres cogieron las americanas colgadas de las sillas y salieron de la sala sorprendió a Lucien.

—Entonces es cierto —me dijo abriendo los ojos todo lo que podía —. ¡Esto es magia! En otro momento me contarás cómo funciona — comentó mientras abría los archivadores, que contenían pequeñas fichas que lanzaba a la papelera.

Cuando esta estuvo repleta hasta los topes, extrajo una cerilla y la lanzó. La papelera ardió. El olor era fortísimo y, al cabo de unos minutos, entraron cinco policías, apuntándonos con sus pistolas.

—¿Qué están haciendo? —dijo el que parecía al mando, un hombre bajo y fuerte, con cara de muy pocos amigos.

Estaba demasiado lejos para percibir mi olor y no me atrevía a acercarme.

—Pongan las manos en alto.

Levanté las manos. Lucien hizo lo propio antes de decir:

—Si no quemamos estos registros, miles de personas morirán.

El hombre que estaba al mando lanzó un suspiro doloroso y arqueó las cejas.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Los italianos van a firmar la paz con los aliados? ¿Nos van a dejar con el culo al aire?

—Sí, lo están haciendo en estos precisos momentos y los alemanes no tardarán en invadir la Provenza.

—¡Dios mío! —exclamó el policía más joven con una expresión de terror, como si hubiera visto entrar en la sala a un dragón escupiendo fuego.

No hicieron falta más palabras y ni siquiera el efecto de mi perfume. Los agentes de la prefectura enfundaron sus armas y se movilizaron. Remaron en nuestra dirección. Sacamos entre todos las fichas a la plaza y allí hicimos una inmensa hoguera. Decenas de agentes y personas que creo que ni siquiera pertenecían a la policía extraían más y más fichas para lanzarlas el fuego. Parecía una de las cadenas humanas que se organizan para apagar un incendio, pero el objetivo era justo el contrario: avivarlo, quemar el dolor que se aproximaba.

El fuego me calentaba la cara y el miedo me enfriaba las manos. Helada debía de estar la que instintivamente buscó la de Lucien, quien la apretó con fuerza.

—¿Crees que esto servirá?

—Solo ganaremos tiempo —respondió con tristeza—. Lo que va a venir, tú ya lo has vivido en Toulouse. Mucha gente va a morir, pero algunos, gracias a esto, tendrán tiempo de huir.

Me resistía a creer que el espléndido espectáculo de la hoguera en medio de la plaza no fuera más que un simple parche humeante para retrasar momentáneamente una barbarie que yo tan bien conocía. Mientras los policías seguían lanzando las fichas al fuego, Lucien y yo nos dirigimos cabizbajos hacia las bicicletas.

—Aún tienes que hacerme otro favor. El más importante para mí. —Me miró y noté que le temblaba el labio—. Debemos ir a casa de mi hermano y tienes que convencerle de que huya con su mujer, que es judía. Es el hombre más testarudo y más optimista que conozco. Incapaz de ver que, si no actúa con rapidez, acabarán en un campo de concentración.

Simplemente asentí y pedaleé como su sombra hasta llegar a un bonito edificio con vistas a la playa. ¡Cómo me hubiera gustado conocer aquella ciudad en otro momento! Flotaba un olor curioso, marino, caprichoso, al que apenas pude prestar atención.

—Mi hermano es una versión mejorada de mí —comentó mientras llamaba a la puerta—. Mucho más guapo, pero yo soy el listo de la familia.

El piso de Bastian Duval era, seguramente, el más exquisito que había visto nunca, con vistas a la playa y decorado con una delicadeza que para mí era desconocida. No había visto nunca un lugar tan cuidado, tan bello hasta en los detalles más nimios. Estaba concebido para procurar una serenidad a sus moradores que en las actuales circunstancias se nos negaba.

Nos recibió un hombre que tal y como había descrito su hermano era una versión mejorada de él: más alto, más corpulento y, para qué negarlo, más guapo. Le acompañaba una mujer rubia, de rasgos delicados, que lucía una incipiente barriga de embarazada.

—Bastian, tienes que irte ahora mismo. Está todo preparado. Un camión de *carabinieri* que quieren huir a Italia os conducirá a

Ventimiglia, allí cogeréis el tren, llegaréis hasta Chiasso y pasaréis a Suiza.

Suiza era para ellos como España: un país supuestamente neutral sin esvástica izada en el que tampoco resultaba tan fácil entrar. Pero, contemplando el apartamento que poseía aquel matrimonio, no me quedó la menor duda de que dinero e influencias no les faltaban para asentarse allí.

—¡Estás loco! —exclamó Bastian—. No podemos dejar nuestra vida aquí. Hemos conseguido documentos falsos para Marie, serán unos meses duros, pero tienen la guerra perdida.

—No digas tonterías, Bastian. ¿Cuánto tardarán en descubrir las falsificaciones? ¿Y si un vecino os denuncia para proteger a su familia? ¿O torturan a alguien y acaba diciendo que Marie es judía? Y aunque ganemos la guerra, ¿cuánta gente puede morir antes del final? —No había visto nunca a Lucien tan fuera de sí, tan lejos de su personaje.

Me acerqué a Monique, que observaba la discusión entre los dos hermanos con una mano en la barriga y otra en el pecho, con el rostro acongojado de tanto intentar contener el llanto. La sujeté suavemente indicándole que nos retirásemos al dormitorio a hablar alejadas de la trifulca Duval.

—¿De cuánto está? —le pregunté.

—De cuatro meses. —Tenía una voz aguda, aunque hablaba muy bajito.

—Tiene que convencer a su marido de que deben huir hoy mismo. —La mujer me miró con un convencimiento sumiso—. Es lo mejor para usted, para su marido y sobre todo para el bebé.

Cuando salimos de la habitación, los dos hermanos seguían discutiendo acaloradamente, pero ella posó la mano en el hombro de su marido y simplemente le dijo:

—Nos vamos, Bastian. Es nuestra única oportunidad.

Él la miró con los ojos desorbitados.

—¡Es una locura!

—La locura es quedarnos aquí —dijo ella con una serenidad que su marido no esperaba.

Bastian se llevó la mano a la cabeza por unos instantes rebuscando alternativas que no iban a surgir. Después se acarició la barbilla mientras ladeaba la cabeza.

—¿Dónde tenemos que ir?

Cuando los dejamos en el camión, rodeados de personas con el mismo miedo impreso en la mirada y contemplamos el vehículo arrancar, Lucien y yo alzamos la mano a modo de despedida. Y en ese momento me giré hacia él y me pareció ver una única lágrima recorriendo su rostro que rápidamente se fundió con el sudor sin dejar huella.

—Espero que no me haya equivocado y no les ocurra nada durante el trayecto —murmuró.

Me abrazó, pude sentir no solo sus extremidades, sino todo su cuerpo aferrándose, y yo le correspondí pegándome a él con fuerza, como si nos pudiéramos fusionar. Cuando deshicimos el abrazo, algo de él había quedado en mí.

Debían de ser las seis de la tarde y aún quedaban tres horas en bicicleta hasta Grasse.

—Debes de estar agotada. Me encantaría invitarte a mi apartamento en Niza, eso sí —recuperó la expresión seductora de siempre—, comportándome como un caballero, como le prometí a tu abuelo, pero los alemanes pueden tomar la ciudad en cualquier

momento y entonces será más difícil regresar. ¿Podrás aguantar el camino?

Saqué de mi bandolera un remedio de trementinaire para aumentar la energía y el ánimo, y le pedí que se tomara la mitad.

—¿No será una de tus brujerías?

—No, este es un remedio natural. Un tónico para levantar el ánimo. Tómatelo ya. ¿O es que ahora eres tú el que no confía en mí? —Entorné los ojos—. Por cierto, hay algo que con todo esto se me ha olvidado preguntarte. ¿Por qué dijiste que mi amiga Viviane estaba en peligro?

—Su abuela materna es judía, aunque se convirtió al catolicismo cuando se casó con su abuelo. Pero ya sabes que los antepasados judíos son también un crimen para la Gestapo. Y tiene otro problema: su familia siempre ha sido rica y eso genera muchas envidias. Alguien los denunció y fueron inscritos en el registro de judíos, pero me consta que sus fichas estaban entre las que quemamos. —Me quedé callada, regurgitando preocupación—. Se ha hecho demasiado tarde, tenemos que volver.

Pedaleamos aún con más ahínco, deseando que aquella fuera la tarde más larga del año y que la noche nos alcanzara lo más cerca posible de Grasse. El cielo se hizo opaco en Plascassier, donde estaba la plantación de Lucien.

—Paremos a descansar un momento y permíteme que compruebe una cosa.

Le acompañé hasta el taller de destilación, que parecía cualquier cosa menos un taller de destilación. Sobre el suelo se amontonaban infinidad de mantas y algunos enseres personales demostraban que ahí había estado durmiendo un nutrido grupo de personas. Con toda probabilidad, «sus primas».

—¡Menos mal que han podido huir! ¡Me quedo más tranquilo! —comentó.

Me daba la espalda mientras contemplaba el caos que habían dejado atrás las fugitivas y aproveché para sacar de mi bandolera una esencia y ponérmela rápidamente.

—Ellas van a tener un camino más duro que el de mi hermano y mi cuñada. Tendrán que llegar a pie a un campo de maquis... Es todo lo que he podido hacer.

Cuando se giró hacia mí, yo me acerqué mucho a él, con la intención de maximizar el efecto de la esencia.

—Dime qué sabes de mis perfumes. —No fui dulce, estaba dándole una orden.

—Dime tú de dónde vienen y qué hacen, porque hasta que los he visto en acción no tenía la más mínima fe en que funcionaran.

Me sorprendió su respuesta y sobre todo el silencio que la siguió. La esencia de la verdad no surtía efecto en él. Hice otra prueba.

—Dime el nombre de las personas que te están ayudando en todo esto.

Movió de lado a lado la cabeza.

—Pero ¿por qué? —Gesticuló y frunció la nariz como si hubiera olido a pescado podrido—. Solo pondría en peligro a esas personas y a ti. Por tu bien es mejor que te olvides de todo lo sucedido hoy.

—Dime cuándo te enamoraste por primera vez.

—¡Chantal, por Dios! ¿A qué viene eso? ¿Es que te estás volviendo loca?

Loca no, absolutamente anonadada, sí. Solo existía una razón para que una esencia fuera ineficaz. No que yo le gustara, no que quisiera seducirme, no que su atención fuera un ardid para hacerse con el *Kosmeticón*: la única razón por la que aquello podía estar sucediendo era porque aquel hombre me amaba. Guardé silencio.

Confusa. Sopesando en una balanza interior qué cantidad de sentimientos despertaba él en mí. Y la respuesta me confundió todavía más.

—¿Qué te ocurre ahora? Volvamos a Grasse, tu familia me va a matar, aunque son los menos peligrosos en lo que llevo de día.

No quise seguir poniendo a prueba el poder de la ineficaz esencia, pero necesitaba una respuesta.

—Lucien, si quieres que confíe en ti necesito que contestes a lo que te he preguntado. Qué sabes tú de lo que llamas «mis brujerías».

Suspiró.

—Te lo voy a contar, lo iba a hacer de todas formas, porque podrías estar en peligro y debes saberlo. Cuando llegaste a Grasse interceptamos una comunicación de los nazis que pedía a los italianos la detención de una mujer que llevaba unas esencias que podían manipular los estados de ánimo y que era muy peligrosa. Además de detenerla, ordenaban que le quitaran un antiguo libro con poderes mágicos o yo qué sé... A los italianos esta obsesión de los nazis por las reliquias y la magia les provoca un poco de risa. A mí hasta ahora también. Después escuché la historia de ese paseo que diste con tus amigas y que tanto llamó la atención porque dejaba a la gente como hechizada a vuestro paso, y até cabos. —Tomó aire para proseguir—. La historia de las acelgas es cierta, ya de mayor mi madre siempre me decía que tu abuela le había regalado un perfume para ayudarme a vencer la repugnancia que me producían. Hablé hace poco con ella y se ratificó en la historia. Y también que después de aquello se asustó un poco. Ella era íntima de tu abuela y me confesó que se apartó de Brigitte Frossard porque tenía un grupo de amigas muy extrañas que conseguían siempre lo que querían, y que en Grasse se rumoreaba que practicaban la

brujería. Yo no sabía si era verdad o no, pero si había alguna posibilidad hoy era el mejor momento para tener la magia o lo que diantres sea eso de nuestro lado.

De toda aquella historia, las primeras frases se me habían atragantado.

—Entonces, ¿los nazis me buscan?

—No en Grasse. Conseguí que respondieran que aquella mujer había entrado en Montecarlo. De todas maneras, debes tener mucho cuidado. Y, por favor, si sospechas que estás en peligro, vente directamente a Plascassier, si no estoy yo te atenderá el capataz, que es de la Resistencia y te pondrá a salvo. Y ahora, ¿me quieres explicar qué narices contiene ese perfume que te pones?

—He hecho un juramento y no te lo puedo revelar. Pero básicamente, sin faltar a mi juramento, ya has visto lo que ocurre.

—¿Sabes el poder que esto tiene en mitad de una guerra? ¿Eres consciente de cómo podría ayudar a los espías de cualquier bando? ¿Y lo de lo que haría cualquiera ahora mismo para arrebatártelo?

Lo sabía, y también que los nazis no eran los únicos que perseguían el *Kosmeticón*.

5

Àreu, 1936

Las pesadillas se sucedían a diario y mis ganas de salir de la casa, de caminar y caminar sin rumbo por no estar quieta, me hacían dudar de mi cordura. Chantal se plantó un día ante mí con la más descabellada de las soluciones.

—Chica, esto que te pasa no es normal. Yo, cuando siento que no puedo más, me tomo una infusión de cornezuelo del centeno y de ese modo... —Puso un mohín travieso—. Vuelo un poco fuera de mí. Y estos días he ido cogiendo unos cuantos. ¿Quieres que lo hagamos juntas? Por cierto, sabes lo que es, ¿verdad? —preguntó risueña.

Asentí con estupor. Cornezuelo del centeno, el grano maldito, el veneno de las brujas... Mil nombres denominaban a aquel hongo parásito con forma de cuerno que se enroscaba como una uña sucia en el centeno o en las gramíneas. Un alucinógeno potentísimo cuya sola mención asestó un nuevo golpe a los muros de la realidad. ¿Cómo podía ser que la perfecta Chantal ingiriera un alucinógeno para «volar fuera de ella»? Estábamos en la cocina y me quedé paralizada mientras la francesa, con su desenvoltura habitual, preparaba la infusión, que me sirvió al momento.

—No tengas miedo, que nos lo pasaremos muy bien. Tómate la infusión y nos iremos a pasear. Se te pasará ese malestar que sientes, confía en mí.

No sé si lo bebí porque siempre hago lo que me dicen, por curiosidad o por esperar una solución a mis males. Pero lo hice, y de un solo sorbo. Ella me cogió de la mano y me condujo por el camino del río.

—Pero ¿hace mucho que tomas esto? —pregunté cuando llegamos al riachuelo.

—No recuerdo desde cuándo..., igual desde los nueve o los diez años. Pero no se lo cuentes a mi madre, que no tiene ni idea.

—Pero ¿por qué lo haces?

Resopló poniendo morritos.

—Ya te lo he dicho, para volar un poco fuera de mí. Para ver las cosas que habitualmente no puedo ver, para relativizarlo todo... Es una experiencia muy bonita, ya lo verás. Es como entrar en otro mundo. Y yo a veces estoy ya un poco cansada de este.

Creí que el efecto sería inmediato, pero los sentidos continuaban sin emborronarse, tan nítidos como siempre.

—Y ahora, ¿por qué has querido tomarlo?

—Me pone muy nerviosa verte a ti tan alterada y también estoy preocupada por lo de esos dos hombres que te encontraste.

—¿Por qué no me cuentas lo que pasó en Barcelona?

—¡Qué curiosa eres, Ana Fernández! —Hizo una pausa—. Tal vez te merezcas saberlo...

Pero Chantal, con las pupilas un poco dilatadas, no inició el relato en el punto que a mí me interesaba. Se remontó a sus primeros recuerdos en Barcelona, en un piso pequeño cerca del mar, con humedades y escasa luz.

—Hacía frío por las noches, pero Coraline me abrazaba fuerte. —Me acordé de sor Mercedes—. El problema era cuando me despertaba a medianoche...

—¿Por qué?

—Pues porque ella muchas veces no estaba... Le gustaba salir. Siempre le ha gustado demasiado salir. No lo hacía cada día, pero a mí me quedaba la duda de si me despertaría sola en aquella casa oscura. Tal vez por eso, desde entonces, me despierto varias veces por la noche con el temor a estar sola... No te lo he dicho nunca, pero cuando vine aquí tenía la esperanza de que tú y yo pudiéramos dormir juntas...

No sé si las drogas habían hecho su efecto, pero me resultaba imposible concebir que Chantal Frossard me hubiera necesitado.

—¡No pongas esa cara! —rio—. Es que tú no miras a la gente, no intentas comprenderla, Ana, lo único que haces es compararte con los demás y ver lo que te falta. Ni siquiera eres consciente de que tú tienes cosas que les faltan a los otros. No te das cuenta de que todos estamos incompletos, porque te obsesionas con tus carencias, con lo que querrías tener, e imaginas que los demás somos perfectos y no, a todos nos asaltan las dudas...

—¿De verdad querías dormir conmigo? —pregunté.

En ese momento el cielo se había vuelto brillante y la piel se me erizaba con la brisa. Era una sensación intensísima que me provocaba una calidez en el pecho.

—Dormiría contigo o con cualquiera por no hacerlo sola, que es lo que más odio.

Ya había vuelto la despreciativa Chantal de siempre, pero sus anteriores palabras resonaron durante mucho tiempo. Nunca había imaginado que yo tenía algo que a alguien le faltara. Ni me había planteado jamás que solo miraba a los demás para ver en ellos lo

que yo no podía tener. Y aquella revelación me dejó un poso denso, mucho más espeso que el de la infusión alucinógena, que ya nunca se fue. Pero en aquel momento había una tenue ofensa en que Chantal hubiera dicho que dormiría con cualquiera y no solo conmigo para no estar sola, y no recuerdo si la verbalicé o ella supo leerme.

—¡Ay, por favor, Ana, deja de sentirte ofendida por todo! Chica, es que siempre estás buscando atención, vas de discreta pero lo que esperas es que la gente te cuide. Tienes que cuidarte tú. —No lo dijo con maldad—. ¿Qué es lo que deseas, Ana Fernández, además de ese chico que no te merece y del que debes olvidarte para ser feliz?

—Yo deseo tener lo que tú, Chantal: una madre que me quiera, una familia en Francia. —Tomé aire—. Y, por supuesto, digas lo que digas, quiero casarme con Eudald.

Ella obvió la última parte de mi lista de deseos.

—Ana, no creas que mi vida es más fácil. Adoro a Coraline, pero es una carga, con sus errores constantes, con su egoísmo atroz... Todo lo que nos toca vivir tiene una parte buena y una parte mala.

Estábamos sentadas en dos rocas al lado del río, los cencerros de las vacas y el murmullo del agua orquestaban una canción confusa que escuchaba en mi cabeza y la cristalina voz de Chantal, con su dulce acento francés, era la de la cantante solista.

—Una pregunta, Chantal: ¿sabes quién es tu padre? —No sé por qué me surgió aquella duda, pero era una duda que siempre había tenido.

—La verdad es que no. No creo que ni mi madre lo sepa... Nunca me ha preocupado. No lo he conocido, así que no lo puedo añorar. Pero debía de ser español, porque yo mucha pinta de francesa no tengo. Y me da rabia parecerme a él y no a mi madre..., que es tan elegante y tan hermosa. —Se quedó callada—. Pero eso no importa, todos ansiamos lo que no tenemos. Es lo mismo que te pasa a ti con

esos deseos de tener una familia. —Hizo una pausa y me miró fijamente a los ojos—. Deberías aceptar tu situación y no pretender que los demás sientan pena por ello. Ana, eres una mujer fuerte y espabilada, deja de hacer eso de envidiar a todo el mundo porque te empequeñece. Es lo mismo que hiciste con Eudald. —Oír de nuevo su nombre me sacó un poco de aquella ensoñación, pero muy poco, porque todo lo que me había preocupado hasta entonces era liviano al son del cornezuelo del centeno—. No sé por qué elegiste una esencia para darle lástima. Las cosas serían diferentes si no lo hubieras hecho... Serían mejores para todos, créeme. —Había en su tono de voz un reproche inesperado.

La plácida sensación se oscureció, pero fue un nubarrón que acabó por deshacerse en el oleaje de bienestar por el que navegaba. Hasta mucho tiempo después no comprendí el mensaje que contenían aquellas palabras, que no eran una reflexión sino una revelación.

—¡Va, Chantal, continúa con lo que me estabas contando antes! Cuéntame lo que ocurrió cuando estabais en Barcelona.

La charla que manteníamos orbitaba de un tema a otro de forma aleatoria, como si el orden perteneciera a otra dimensión y lo asumiéramos, pero de vez en cuando quisiéramos recuperar la linealidad del diálogo.

—¡Ja, ja, ja, ja! Es verdad, lo de Barcelona. ¡Se me había olvidado! Pierdo el hilo de lo que quiero contarte. Por aquella época contábamos con el *Kosmeticón*, pero solo había sido traducida una pequeña parte, que no sé cómo consiguió mi madre, y podíamos hacer muy pocas esencias. Coraline me preparó una para que me valoraran más en el colegio y ¡fue increíble! Profesores y alumnos estaban maravillados conmigo. Ya sabes que yo siempre lo hago todo bien, pero por eso mismo la mayoría de mis compañeras me

tenían manía. Y, a partir de entonces, sentí su admiración y me dije a mí misma que aquello era lo que quería que sucediera siempre, con esencia o sin ella. —Hizo una pausa—. ¡Qué curiosa es la vida, porque ahora que lo he conseguido tampoco me parece tan importante! De hecho, a veces, me resulta muy cansado.

—¿Y cómo consiguió tu madre el resto de las traducciones?

—Coraline, que por entonces trabajaba en una pequeña perfumería, fue a la universidad con una esencia que le permitió descubrir quién era el mejor profesor de griego de la ciudad. Se llamaba Félix, era de familia extranjera pero desde pequeño vivía en Cataluña.

»Los dos estaban en mundos que no les pertenecían, extranjeros en una tierra que habían adoptado o los había adoptado... y se sintieron atraídos por eso y por más cosas, supongo. Extranjeros de sí mismos, decía ella. ¡Es bonita la frase! Al principio empleó una esencia para llamar su atención, pero lo que vino después no tenía nada que ver con hechizos. Estoy segura de que se enamoraron de verdad. Nunca había visto así a Coraline y nunca la he vuelto a ver tan feliz, tan generosa, tan entregada. Ha perdido la cabeza por la pasión infinidad de veces, pero un amor así no lo ha tenido...

Siguió y sus palabras flotaban y me arrullaban. Félix la ayudó a traducir el *Kosmeticón*. Por aquella época, Coraline se había hecho amiga de otra madre del colegio que a diario llegaba a la escuela con mantilla o sombrero calado para disimular los morados que le propinaba su marido.

—Y mi madre la ayudó —dijo quedándose embobada por unos momentos.

—¿Cómo?

—Pues ¿cómo quieres que la ayudara? De la única forma en que nos podemos defender las mujeres: preparando un veneno para que

aquel malnacido pasara a mejor vida.

Me fue imposible disimular mi estupefacción.

—Sé lo que estás pensando, Ana Fernández, que matar está mal. Pero hay excepciones para todo, y si el *Kosmeticón* contiene una larguísima lista de venenos es para que podamos defendernos. Y el mundo es un lugar mejor sin un maltratador.

—Pero, pero... —balbuceé—. Estás hablando de matar a una persona...

—Sí. —Soltó una risita—. Y sé que es pecado... menos cuando es en defensa propia, pregúntaselo al padre Antonio, que seguro que me da la razón. Bien, ¿quieres que te siga contando la historia o vas a continuar con tus remilgos?

Asentí con la cabeza.

Aquella mujer heredó un pequeño palacete e invitó a Coraline y a Chantal a vivir con ellas. Con el tiempo aquel lugar albergó a otras mujeres que huían de situaciones difíciles o que simplemente querían una libertad que no podrían lograr en ningún otro sitio. Ellas fueron sus primeras Hijas de Selene.

—Coraline decía que era un gran gineceo, aquellas salas de la Grecia clásica destinadas únicamente a las mujeres. Pero a nosotras nadie nos lo había impuesto, habíamos elegido vivir así. Algunas, como mi madre, tenían parejas que las visitaban. Lo compartíamos todo y siempre sentí que tenía muchas madres, que todas ellas me estaban criando y que ya no debía sentir miedo si mi madre salía por la noche, porque no estaría nunca sola... Pero todo se acabó de una forma terrible por culpa de ese Félix... Y hay algo que no te he dicho. —Se le escapó una risita traviesa—. La misión que nunca os dice Coraline es... —Se me acercó al oído.

Justo en ese momento se aproximaba a nosotras un pastor con un grupo de vacas y el ruido de los cencerros y los mugidos era tan

ensordecedor que solo sentí un cosquilleo en la oreja y no pude descifrar sus palabras. Tampoco me preocupé por ello. Estaba en un presente precioso sin pasado ni futuro. En ese instante nada era importante. Aunque poco después lo sería y mucho más de lo que imaginaba en ese instante.

—Oye, fíjate en esa nube... —exclamó.

Levanté la cabeza hacia el cielo y todo lo demás se disipó porque los contornos de la nube se movían a una rapidez imposible en aquel día sin viento, creando imágenes bellísimas.

—¡Tiene la forma de un ángel! —afirmé.

—Yo creo que es una diosa... Una diosa que nos protege o quizá la propia Cleopatra que ha venido a visitarnos. Pero no nos quedemos sentadas, es mejor caminar, créeme. Las sensaciones se hacen más intensas.

Me había descalzado y aunque la hierba me cosquilleaba los pies yo no tocaba el suelo, sino que flotaba como una pompa de jabón. Nadaba en el aire. Los colores, más que tonalidades, eran emociones, explotaban vibrantes con una intensidad conmovedora. Pero lo más curioso era el olor, que no se parecía a nada, que venía de un lugar divino porque algo tan precioso no podía ser humano: dulce, penetrante, de una pureza casi mística.

—Mira esta flor —me indicó Chantal.

Era una anémona alpina y sus cuatro pétalos blancos palpitaban al unísono, abriéndose y cerrándose, e imaginé que trataban de proteger su centro peludo, de un amarillo vibrante. Pero pronto comprendí que aquello no era el núcleo de la flor, sino un ojo amarillo, como el de los gatos negros, que nos observaba.

—Sí, nos mira.

—¿Y estás escuchando lo mismo que yo? —preguntó Chantal.

El sonido de la brisa se hizo un bisbiseo de voces femeninas que transmitían un mensaje en una lengua antigua que no comprendía.

—¿No es maravilloso? La naturaleza nos habla, los colores estallan, los olores se intensifican..., salimos del mundo real. ¿No crees que ha sido una buena idea tomarnos el cornezuelo? ¿No está siendo la mejor experiencia de tu vida?

Lo era. Hasta que dejó de serlo abruptamente. Nos habíamos alejado bastante de casa, de hecho ignoraba dónde estábamos. Y, entonces, oímos unos gritos.

—Niñas, ¿qué hacéis aquí? ¿Es que no os habéis enterado de lo que ha ocurrido? —Era Manel, el hijo de Cinta.

Me quedé embobada observando su bigotito de puntas enroscadas y pensé que era un tobogán por el que las hormigas podrían divertirse lo indecible, pero dudé si los insectos tendrían la capacidad de deslizarse o morirían atravesados por la dureza del vello.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Chantal con un aplomo que me maravilló, pues yo no hubiera podido articular una palabra coherente.

—¡Que ha empezado la guerra! Volved a casa, por Dios.

Estallé en una carcajada incontenible. ¿Qué guerra? ¿La de las hormigas contra los bigotes? Yo estaba en un lugar donde la realidad se había escurrido. En cambio, Chantal había recuperado el control de la situación.

—Vámonos ahora mismo a casa. —Me tiró del brazo mientras yo buscaba anémonas con la vista.

El bosque seguía vivo, las plantas palpitaban y susurraban, pero ahora no lo hacían con dulzura, sino con ira, enojadas conmigo: estaba maldita por haber invadido su mundo secreto a través del cornezuelo.

—Por Dios, Ana, camina más deprisa —me instó Chantal.

—Es que los árboles nos vigilan.

Paró un momento y me acarició la mejilla.

—Es solo una alucinación, no tengas miedo, se pasará, pero debemos llegar a casa.

Entonces, observé algo que me paralizó por completo. En el tronco de un árbol había un agujero enorme y en aquella cavidad observé claramente mi imagen atrapada en un cristal, mi rostro deformado pegado al vidrio que me encarcelaba.

—Chantal —grité—. Soy yo, estoy atrapada en el hueco del árbol y hay un cristal que me impide salir.

Ella no se sorprendió, más bien al contrario. Buscó un palo y me lo tendió.

—Escúchame, Ana, eso es un recuerdo que tienes escondido. Debes darle con este palo con todas tus fuerzas para liberarlo, pero justo después tienes que cerrar los ojos y no ver qué es porque... porque podría ser muy malo para ti. ¿Estás preparada para hacerlo?

Asentí y le pegué un golpe, pero el cristal no se rompió. Le asesté otro golpetazo y nada, y hasta el tercero no escuché el estrépito del cristal quebrándose y cerré los ojos. Cuando los abrí no había ni un cristal roto ni nada más que no fuera un tronco horadado por un gran agujero.

—Has hecho muy bien, Ana, esta es una de las razones por las que quería que te tomaras el cornezuelo, tenías que olvidar eso...

Aunque era un caluroso día de verano, yo sentía un frío helador y el bosque nunca me había parecido tan amenazador. Chantal me sujetaba de la mano y tiraba de mí, y finalmente pasó su brazo por mi hombro y me acompañó así hasta que llegamos a Àreu. Entonces una fuerte fragancia me golpeó y me hizo volver a la realidad: se trataba de la de Eudald y no era una alucinación. Estaba ahí. A unos metros de nosotras.

Lo divisé a lo lejos, con otros dos jóvenes del pueblo y un hombre que me resultó lejanamente familiar. Chantal me empujó y las dos caímos al suelo, me tapó la boca. Nos quedamos echadas en la hierba, me destapó la boca y me hizo un gesto con el índice para que callara. Estaba claro que el hombre al que Eudald y sus amigos estaban rodeando y que gesticulaba con las manos estaba aterrorizado y que ninguno de ellos le deseaba ningún bien.

Yo sé lo que vi en aquellos escasos minutos y también sé que no era fruto de la alucinación. Contemplé con toda claridad como Eudald sacaba una pistola y le pegaba dos tiros en la cabeza a aquel tipo que me resultaba familiar. El hombre se desplomó y Chantal me indicó que retrocediéramos, reptando por la hierba hasta llegar a unos arbustos. Entonces me cogió de la mano, tiró de mí y corrimos en dirección al pueblo. Yo me giré por un instante y volví a ver a Eudald con la pistola y al hombre sin vida en el suelo.

6

Grasse, 1944

Tras el anuncio de que los italianos habían cambiado de bando, Lorenzo, el soldado que ya le había pedido matrimonio a Maylen, desertó y se unió a la Resistencia de los maquis de Saint-Auban, a unos cuarenta kilómetros de Grasse. En los maquis, zonas boscosas en las que se escondían los resistentes para orquestar sabotajes y atentados, los desertores italianos, antes ocupantes, suscitaron recelos durante los escasos días que bastaron para demostrar la utilidad de sus conocimientos militares y la sinceridad de su renuncia al fascismo.

—Maylen, él estará bien —la animó Aimée—. Y nosotras también, Grasse es una ciudad muy pequeña, sin mayor interés para los alemanes.

La terraza en la que acostumbrábamos a encontrarnos había cerrado y nos reuníamos en la perfumería.

—No seas ingenua, por amor de Dios. —La voz de Viviane retumbó en la sala—. ¡Son nazis! Van a arrasar con todo lo que encuentren a su paso, sea pequeño o grande.

Las palabras de mi amiga se cumplieron al pie de la letra.

Marcel Frossard, pese a las continuas súplicas de su nuera, cada mañana se empeñaba en acudir a la perfumería. Antes lo hacía un par de veces a la semana, pero desde la ocupación alemana no faltaba ni un solo día. Sylvie lo achacaba a un acto de pura rebeldía, pero yo sospechaba que el anciano se refugiaba en los olores para evadirse de la realidad.

Yo le acompañaba, pues el hombre cada vez veía peor, y en esos paseos intentaba ayudarle a recuperar la alegría que le había despertado mi llegada y que se había disipado como el mundo que él había conocido. Y, de paso, intentaba también recabar información.

—Háble me de mi abuela. Ya que no la conocí me gustaría saber más de ella —le pedí una mañana soleada.

El hombre se detuvo a tomar aliento. De nuestra casa a la perfumería no había más de quince minutos caminando, diez al paso de Inès, pero al del anciano el trayecto se alargaba hasta los cuarenta.

—Brigitte era una mujer increíble —sonrió, y continuó el camino apoyado en el bastón y en mi brazo—. La más bonita que yo había visto nunca. Tu madre es su vivo retrato. —Aunque llevábamos más de cuatro años sin saber de ella nos resistíamos a emplear el pasado para referirnos a Coraline—. Físicamente eran dos gotas de agua, aunque su carácter... En eso no tenían nada que ver. Tu abuela siempre supo cuál era su lugar... Y mi hija siempre quiso estar en cualquier lugar que no fuera el que le correspondía. —Se quedó unos instantes abismado—. Pero a lo que íbamos: tu abuela. La conocí cuando ella tenía diecisiete años y su belleza y algo más a lo que nunca he sido capaz de ponerle palabras me conmovieron. —Se tocó el corazón con un gesto que lo rejuveneció—. La encontré paseando por un campo de lavanda y supe que solo podría ser feliz

si me casaba con ella. Sin aquella mujer sería un desgraciado toda mi vida. ¿Sabes lo que es sentir una certeza así? Me oprimía el corazón, pero me daba coraje para luchar. Y te aseguro que no fue fácil. Su padre sabía que una flor tan delicada como Brigitte podría aspirar a mucho más que a un modesto perfumista. Prefería casarla con algún banquero de Niza de los que hacían cola a su puerta. —Los recuerdos le habían insuflado brío y caminaba incluso más aprisa —. Pero yo no me iba a rendir. Me hacía el encontradizo en la plantación. Brigitte tenía un olfato exquisito y yo la obsequiaba con perfumes que elaboraba para ella. Solo destaparlos tu abuela adivinaba cada uno de los elementos que los componían. Así que establecí un código. Un día le tendí un papel con las claves del significado que en nuestro lenguaje secreto les otorgaríamos a las flores: violeta era que la esperaba en el taller de destilación; lavanda, que al día siguiente nos reuniríamos al alba para compartir unos minutos, y la rosa de Grasse, que la amaba. Y, como puedes imaginar, la rosa de Grasse estaba presente en todos los perfumes. Un día, muchos meses después y sin que me lo esperara, fue ella la que me regaló un perfume, aunque en realidad no era un perfume, eran unas gotitas de absoluto de rosa de Grasse. Solo sonrió y se fue. Y yo fui el hombre más feliz del mundo. Me quería. Estoy seguro de que nunca he experimentado tanta felicidad como la que sentí aquel día. A partir de ese momento rechazó a sus pretendientes, y les dijo a sus padres que o se casaba conmigo o se metía a monja.

—¡Qué bonita historia! —exclamé—. ¿Y cómo fue su vida de casados? A mí me han contado que tenía un grupo de amigas que la querían mucho.

—Sí, tu abuela era una mujer excepcional. Tenía muchas amigas, le gustaba ir a buscar flores y plantas. Y a veces elaboraba perfumes exquisitos. Es muy difícil que una mujer llegue a ser perfumista,

porque siempre ha sido un oficio de hombres, pero a ella no le importaba estar en la sombra y me ayudó en todas mis creaciones. Por eso le puse Brigitte al perfume que más se ha vendido, porque sin tu abuela no hubiera sido el mismo.

Nos estábamos despistando de la cuestión que me interesaba.

—¿Y cuáles eran aquellas amigas? ¿Siguen vivas?

Habíamos llegado a la perfumería y ya no escuché su respuesta. Marcel, con su vista sumida en la niebla, no distinguió a los tres soldados alemanes que intentaban forzar la puerta de nuestro establecimiento.

—Quédese aquí, por favor, no se mueva —le pedí, y avancé unos escasos metros hacia el portón de entrada a la perfumería. Uno de los soldados estaba a punto de darle una patada.

—Espere, por favor, llevo las llaves —le rogué, gesticulando para que parara, y se las mostré, pues desconocía si comprendían el francés.

En cuanto abrí me dieron un empujón para entrar antes que yo. Solo traspasar el umbral del establecimiento, se precipitaron sobre los perfumes y los arrojaron en un inmenso saco.

—¿Qué es lo que quieren? —pregunté.

El más alto, calvo, con los ojos azules y una cicatriz en el pómulo, respondió en un francés rudimentario:

—Les hemos pedido que nos entreguen el alcohol que tengan. Alcohol no para estúpidos perfumes. Alcohol para soldados en el frente, para combustible... ¡Y no han obedecido!

—No sabíamos que había una orden. Lo siento.

Uno de los soldados, el más bajito, blandió su porra para barrer los delicados frascos que decoraban el mostrador hasta que se estrellaron estrepitosamente contra el suelo y después rio.

—La orden fue ayer noche. Han de ser rápidos. Han de cumplir órdenes. Si no, castigo.

—Lo siento mucho. Ahora les entrego el alcohol.

En ese momento apareció Marcel Frossard con un caminar trémulo pero una determinación iracunda.

—¡Pero qué se han creído! ¡No pueden entrar así en mi tienda! ¿Qué quieren? —El patriarca, agitando las manos con impotencia, acababa de firmar su sentencia.

No le respondieron. El más bajito de los nazis le propinó un empujón, que le hubiera hecho caer si yo no me hubiese colocado detrás de él para impedirlo. Los tres rodearon a Marcel y hablaron entre ellos en alemán. Acto seguido lanzaron varios insultos en francés: «viejo tullido», «inútil», «escoria». Yo me puse a su lado y le sujeté la mano, tratando de contenerle, para que entendiera que lo más inteligente en aquel momento era callar. Marcel por unos instantes se aferró a mi mano y pude intuir su miedo. Pero al instante se desprendió de ella y alzó el puño, indignado ante las sombras que vislumbraba.

—¡Granujas! —gritó, y ya no hubo tiempo de más porque la lluvia de golpes cayó.

Del primer bofetón lo tiraron al suelo. Yo intenté interponerme, pero uno de los hombres me asestó un puñetazo en la nariz y el dolor me dejó sin aliento, incapaz de moverme, sintiendo cómo la sangre corría por mi garganta y chorreaba por los labios. Marcel yacía en el suelo mientras los alemanes le daban patadas.

—Por favor, por favor, déjele, llévense el alcohol y lo que quieran, pero no le hagan más daño —alcancé a suplicar cuando me repuse del golpe.

Se detuvieron, más por cansancio que por mis ruegos, y corrí a arrodillarme al lado de Marcel. Los esfuerzos que hacía para

mantener su dignidad desde el suelo, para evitar gritar de dolor, con la cara ensangrentada y el gesto contraído, fueron tan heroicos como inútiles cuando su cuerpo involuntariamente empezó a temblar y las lágrimas rodaron incontrolables por sus mejillas. Entonces, el más alto levantó la pierna y comprendí que iba a estrellar su bota con todas sus fuerzas contra la rodilla del anciano. Si descargaba su peso, Marcel nunca podría volver a caminar. Junté las manos a modo de súplica.

—Por favor, por favor, déjenlo —imploré.

El pie del alemán se detuvo a escasos milímetros de la rótula de Marcel y me gritó:

—El alcohol.

Me levanté como pude, la sangre de la nariz que descendía por mi garganta apenas me permitía respirar. El dolor era fortísimo, pero el miedo me guio hasta la sala en la que almacenábamos el alcohol. Todas nuestras reservas, que no solo permitían preparar los perfumes, sino también las esencias del *Kosmeticón*. Nuestra única protección. La impotencia era tan grande como el dolor.

Una vez que aquellos indeseables desaparecieron con su botín y nuestra sangre, con mucho esfuerzo, conseguí levantar a Marcel y sentarlo en una silla. El hombre seguía temblando, con la mirada más perdida que nunca.

Al poco llegaron Maylen y Lucien. Ella, al ver a los alemanes a través del escaparate de la tienda, había corrido a avisarlo.

—Hijos de puta —masculló Lucien mientras contemplaba mi rostro asustado, que debía de ser aún más monstruoso de como yo lo sentía—. Actúan de forma brutal como escarmiento, para asustar al resto. Y esta vez os ha tocado a vosotros.

Empapamos pañuelos del perfume esparcido por el suelo y lo empleamos como sucedáneo del alcohol en las heridas de Marcel y

en mi nariz.

Lucien me abrazó y acarició mi cabello con suavidad.

—¿Cómo estás? ¿Te duele mucho?

—Solo un poco —mentí.

Me hundí en su pecho sin decir nada más, sintiendo como aquel hombre se preocupaba por mí y me cuidaba.

Marcel Frossard no había pronunciado ni una palabra. Tampoco lo hizo en el trayecto a casa ni durante los días siguientes. Su mundo, que ya no tenía luces, perdió también las palabras.

Sylvie lo cuidaba sin romper aquel silencio cuando él estaba presente y estallaba en reproches cuando nos quedábamos a solas.

—El viejo testarudo, ¡ya le decía yo que no saliera de casa! —dijo apesadumbrada más que enfadada.

En ese momento las lágrimas le rodaron por la cara mientras apretaba el medio labio que no tenía paralizado. La abracé y sentí que la fuerza de la mujer la abandonaba, que su cuerpo era una cáscara hueca.

—Perdona. Es que hoy he recibido una carta de August y, aunque no lo diga, yo sé leerle entre líneas. —Se deshizo de nuestro abrazo y se secó las lágrimas con un pañuelo—. Está enfermo. No deja de repetir que nos quiere a mí y a nuestros hijos, y todo suena a despedida. ¡No sé cuánto va a poder aguantar mi pobre marido!

Estábamos de pie en la cocina y ella intentó aspirar profundamente un aire que parecía no alcanzarle los pulmones. Repitió la operación con idéntico resultado.

—Salgamos, necesito que me dé el fresco. —Tenía la cara pálida y un sutil temblor en el labio.

Arrastró los pies hasta el pequeño jardín y nos sentamos en dos sillas. Yo con la mirada clavada en ella y la suya abismada, más

perdida que nunca. Era otoño y Grasse empezaba a teñirse del naranja y el ocre de la estación.

—Disculpa, es que a veces no puedo más —confesó la mujer, que seguía sin poder respirar con normalidad.

—No te preocupes, Sylvie. Es normal... Nos están pasando demasiadas cosas. Pero esto acabará, los alemanes terminarán perdiendo la guerra.

—Ojalá. Pero no las tengo todas conmigo. Y temo que entonces sea demasiado tarde para August y para mi hijo, Laurent... Y para el viejo testarudo... —Había dejado de llorar y hablaba con lucidez. Se quedó pensativa contemplando el jardín—. Tienes que prometerme algo —asentí con la cabeza—: no permitas que Inès se meta en problemas.

—No te preocupes.

Mentí. Era muy difícil cumplir con aquel encargo porque las Hijas de Selene formábamos ya parte de la Resistencia. Y eso, sin duda, era meterse en problemas.

Nuestras misiones acostumbraban a ser sencillas, pero desde la ocupación nazi no había nada que no fuera peligroso. Recorríamos largas distancias en bicicleta para entregar planos, documentación falsificada u órdenes encriptadas que escondíamos habitualmente en el manillar o en el asiento.

Yo no quería que la joven Inès se pusiera en peligro. Temía por ella y también por Sylvie, que no soportaría otro golpe de la vida, desde mucho antes incluso de que me planteara aquella petición. Pero la chica era imparable, testaruda y una de las mensajeras más rápidas, porque aunque su ansiedad se había calmado, seguía moviéndose a toda prisa y pedaleaba a una velocidad portentosa. Era capaz de recorrer la distancia que fuese en la mitad de tiempo que cualquier otra persona.

Cada una de las Hijas de Selene tenía su cometido. Aimée, por ejemplo, con su elegante apariencia y su extenuante trabajo de modista, era nuestra mejor infiltrada en la retaguardia enemiga. Cuando corrió la voz entre las esposas de los altos cargos alemanes de que era costurera, no le faltó trabajo. Ella podía entrar y salir sin problema de sus casas y nos proporcionaba chivatazos de cuándo y a dónde se trasladaban los maridos de sus clientas. Aimée era la más prudente del grupo, nunca quiso participar en otras operaciones, pero su información era la más valiosa.

A Viviane, como mujer de fuego, le sobraba el valor y le faltaba la prudencia y se apuntaba a las misiones más arriesgadas. Mientras que Maylen y yo hacíamos de correos o intentábamos ayudar a escapar a los judíos por las rutas que preparaba la Resistencia. Una tarea difícil, pues la Provenza estaba plagada de judíos que se habían desplazado hasta allí para beneficiarse de la benevolencia italiana. Conscientes de ello, los nazis los persiguieron con ahínco. La virulencia de lo que denominaron con un siniestro eufemismo «la solución final» cristalizó en redadas continuas sobre todo en Niza, pero también en Grasse. Era desolador lo poco que podíamos hacer para que no desfilaran aquellos camiones repletos de judíos rumbo a los campos de la muerte.

—Los han encontrado —me dijo una tarde oscura el padre Jérémie con la voz quebrada.

Yo visitaba a menudo al cura en la catedral de Nuestra Señora de Le Puy por diferentes razones. Había un motivo de peso, que tenía que ver con la petición que le hice cuando llegué a Grasse. Pero después se sumaron otras, porque el padre Jérémie era un miembro imprescindible de la Resistencia. Y todo por una afición que cambió

en varias ocasiones el rumbo de su vida. El religioso provenía de una familia de encuadernadores y tenía una extraña afición para un niño: se le pasaban las horas imprimiendo biblias, encuadernándolas, decorándolas, personalizándolas, reproduciendo textos de su puño y letra. No era algo que en su familia le pidieran que llevara a cabo, más bien al contrario: intentaban que no hiciera gala de su creatividad en un tipo de pedidos que se caracterizaba por su sobriedad. Pero el revoltoso niño Jérémie siempre conseguía algún ejemplar sobrante (o se compinchaba con el impresor para que hiciera uno de más) que decoraba a su gusto.

Contaba con trece años cuando obsequió con una de sus creaciones a un cura que, impresionado por la habilidad del muchacho, lo invitó a visitar su orden. La llamada del Altísimo, contaba el padre Jérémie, le llegó de la mano de unos exquisitos polvorones con los que le agasajaron en su visita. «¡Eran divinos!», me había confesado el cura, que siempre temió que la gula acabara condenándolo al infierno. El goloso padre Jérémie acumuló kilos al ritmo de la alegría que le procuraba la buena comida y se convirtió en un hombre regordete y afable. Ahora, delgado y con los pliegues de piel colgando fláccidos, solo tenía una petición. «Espero volver a probar el chocolate antes de morir. Es lo único que le pido al Señor para mí», me comentó en una ocasión.

La afición a encuadernar y crear documentos era mucho más que un pasatiempo que conservó toda su vida, pues el padre Jérémie se había convertido en uno de los mejores falsificadores de la Resistencia. Y de los más discretos, pues era difícil imaginar que aquel cura bonachón tuviera un auténtico taller de reproducción de documentos oficiales instalado en su celda.

—Esta vez no esperaba que los encontraran —musitó el padre Jérémie aquella tarde de impotencia.

Otro de sus cometidos para la Resistencia era enviar a niños judíos a internados católicos, con documentación falsa, esmerándose en resumirles los principios de la religión católica para que pasaran inadvertidos. Pero habían descubierto a dos de sus pupilos y los habían deportado a un campo de concentración.

—Lo siento muchísimo.

—Antes, cuando la gente me preguntaba cómo Dios permitía que pasaran tantas desgracias en el mundo, me veía capaz de responder. Ahora ya no. Ahora soy yo quien me hago esa pregunta.

El padre Jérémie, lastrado por sus dudas de fe, me hizo la señal de la cruz en la frente antes de que abandonara la catedral.

Por aquellos días yo hice una aportación que ayudó no solo a mis amigas, sino a todas las mujeres de la Resistencia. Y no fue una idea original mía, la plagié de Marcel Frossard. Uno de los riesgos que padecíamos a menudo en la Resistencia era la infiltración de colaboracionistas francesas que se hacían pasar por miembros de la lucha antifascista. La cadena de entrega de los documentos era larga: una mujer recorría una distancia en bicicleta y se los entregaba a otra a quien en la mayoría de las ocasiones ni conocía. Teníamos claves, diálogos absurdos que podían ser descubiertos por los nazis si torturaban a algún eslabón de la cadena. O si alguien decidía delatarnos para conseguir un trato de favor. La traición en ocasiones obedecía al amor: salvar a algún ser querido, lograr un salvoconducto para poner a una familia a salvo.

Así que yo propuse una alternativa. En vez de reconocernos por las contraseñas, lo haríamos por el olor: creé un perfume, con elementos muy reconocibles de la región, lila y rosa de Grasse, principalmente, y en cada pequeño frasquito añadí unas gotas de las

esencias de la protección. Los repartimos en las diferentes células de la Resistencia. Entre nosotras le pusimos nombre a la fragancia: Liberté. Las mujeres que se encontraban se daban un abrazo y, si percibían la fragancia, sabían que la otra era de los nuestros.

Las había podido elaborar gracias a que Lucien había escondido alcohol, algo que podía costarle la vida si los alemanes lo descubrían. Pero en aquella época casi todo lo que hacíamos podía depararnos una muerte horrible.

Yo iba a menudo a visitarle a Plascassier, a la cabaña situada al lado de su plantación, donde se alojaba cuando no estaba en Niza. Evidentemente, aquellos viajes obedecían a los intereses de la Resistencia. Pero mis visitas no. Charlábamos y a ratos me sentía tan a gusto que se me olvidaba que estábamos en guerra.

—Me gustará tanto llevarte de nuevo a Niza cuando acabe la guerra... Será verano... y nos bañaremos en la playa —me dijo un día.

Cuando soltaba aquel tipo de afirmaciones, le decía que me tenía que ir, pero me pasaba todo el camino pensando en él. Me estaba enamorando de Lucien, pero seguía disimulándolo.

—Es que tú te piensas demasiado las cosas —me soltó Maylen—. Tienes que estar menos aquí —señaló su frente— y más aquí. —Se puso la mano en el corazón.

—Lo sé, pero cuando lo he hecho en el pasado nunca me ha salido bien.

—Pero ¿a ti él te gusta?

—Sí.

—Pues ve ahora mismo a su cabaña. Estamos en una guerra. Mañana podríamos haber muerto todos.

Y pensé que sí, que tenía toda la razón del mundo y fui a visitarle a Plascassier, dispuesta a dejar de disimular. Pero me volví a

equivocar. Cuando me acercaba a la plantación me llegó ese olor de cuero, metal, óxido y sal de los nazis. Bajé de la bicicleta e intenté ocultarme entre los arbustos despoblados de la rosa de Grasse. Demasiado tarde descubrí que ese olor que definía a un nazi estaba demasiado cerca. Sentí el frío de una pistola apuntando a mi cabeza.

—¿Buscas a Lucien Duval? —En pocos meses el francés del hombre calvo de la cicatriz en el pómulo que había golpeado a Marcel había mejorado—. Porque nosotros también. Levántate, que te vamos a interrogar.

Tercera parte
En guerra

El *Kosmeticón* no se puede emplear en guerras que solo destruyen los frutos de la tierra. El *Kosmeticón* es tierra, vida y protección. No tiene más ideología y no sirve más bandera que la de las mujeres de la tierra.

CLEOPATRA EN EL *KOSMETICÓN*

1

Àreu, 1936-1937

La imagen de Eudald desenfundando una pistola, apuntando a la sien de otro ser humano y disparándole a sangre fría dos tiros que convirtieron su rostro en un amasijo no se me iba de la cabeza.

De no haberme perturbado tan profundamente aquella imagen, lo hubiera hecho la que descubrí justo a continuación, cuando entramos en casa, pues nunca había visto llorar a Teresa y no me imaginaba que pudiera hacerlo tan desconsoladamente, con unos hipidos que intercalaban pequeños suspiros de desconsuelo. Lo hacía abrazándose a Arnau, otro gesto insólito, pues entre los dos hermanos las muestras de amor no abundaban. Coraline contemplaba la escena con los ojos cuajados y los labios apretados mientras sostenía una copa de vino.

—Arnau se tiene que alistar —dijo la francesa tras apurar la copa.

Nos contaron, atropelladamente, lo que había sucedido mientras Chantal y yo navegábamos a lomos de nuestra alucinación por el bosque. La noticia del levantamiento militar contra la República había llegado dos días después, ya que en Àreu siempre nos enterábamos tarde de todo, y vino acompañada de otra: para

sofocarlo, el presidente de la Generalitat había entregado las armas a los comités revolucionarios. Y eso, como constatamos en los siguientes meses, lejos de acercarnos a una revolución justa, nos despeñó a lo más injusto de la condición humana. Como en todas partes, el Pallars y Àreu eran caldo de rencillas, envidias, odios cultivados a la sombra de años de miseria que poco tenían que ver con la justicia social, que siempre escaseó en nuestras tierras. Estos escuadrones se dedicaron a ajustar las cuentas, asesinando a sus enemigos o a todo aquel que desprendiera aroma de patrono.

La profesión de Arnau, como asalariado de una herrería, siempre había provocado cierta animadversión. Él no tenía que arrastrar el ganado de sol a sol en busca de pastos y tampoco se deslomaba en una fábrica. A ojos de muchos era un privilegiado y la revolución pasaba los privilegios por la picota. Nuestra casa, humilde como todas, era un poco más grande que la del resto y esos escasos centímetros generaban un resentimiento enconado.

Unas horas antes de que llegáramos, Eudald —oír su nombre cuando Coraline con voz monocorde desgranó lo ocurrido me disparó el corazón —se presentó en casa para avisar de que Arnau formaba parte de una lista de personas a las que querían ajusticiar en nombre de una desvirtuada revolución. Eudald propuso una solución: que Arnau se alistara. Así su lealtad hacia la República sería incuestionable y nosotras estaríamos a salvo al amparo de un familiar en el frente.

Llegamos justo para despedirnos del herrero. Arnau se dejó abrazar por Teresa como un fardo inerte con una resignación conmovedora. Después besó a Coraline, le acarició el rostro y la observó con aquella expresión bobalicona que se le ponía cuando la contemplaba.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

Ella calló, apretó los labios sin poder contener dos lagrimones.

Aquella misma noche Arnau partió a una guerra que hacía unas horas ni siquiera sabíamos que existiera.

La reacción que provocó su ausencia fue muy diferente para cada una de nosotras. Yo sentía nostalgia por aquel hombre discreto de buen corazón que me había rescatado en más de una ocasión de los crueles castigos de Teresa. La trementinaire perdió empuje, dejó de moverse apresurada de un lugar a otro y caminaba con una cadencia lenta, como si cargara una mochila muy pesada. Pero lo que más me sorprendió fue la reacción de Chantal, que fue de puro enfado. Repetía: «Esto es injusto», «Esto no tendría que haber pasado», «Arnau no se lo merece». Tan flemática ella, había perdido su frialdad y no supe si aquella fue la causa o la consecuencia de que empezara a discutir con su madre. Coraline había vuelto a beber, pero no se había ensimismado en su mundo. De hecho, estaba animada y más activa de lo que yo la había conocido.

Nos hizo preparar una esencia para proteger la casa y otra para protegernos a nosotras, mientras repetía que no nos preocupáramos, que a Arnau, con sus habilidades como herrero, no le destinarían a la primera línea de fuego y regresaría a casa en cuanto ganáramos la guerra. También repetía que la revolución era lo mejor que nos podía haber sucedido y a menudo se ausentaba durante días para acudir a reuniones políticas en Llavorsí o en Tírvia.

Chantal detestaba los aires revolucionarios que se daba su madre y le reprochaba que no podía luchar por una revolución de un país que ni siquiera era el suyo. Coraline simplemente se encogía de hombros y respondía que la libertad no tiene bandera. La relación entre madre e hija se deterioró de la noche a la mañana y era habitual que salieran de casa para que no las escucháramos discutir.

Mientras los cimientos de nuestra casa se tambaleaban por las desavenencias internas, yo le pregunté decenas de veces a Chantal sobre el asesinato que habíamos presenciado.

—Deja de darle vueltas a ese tema, que vi lo mismo que tú, Ana. Son cosas que pasan en la guerra. Y deja de pensar tanto en Eudald, que no te hace ningún bien.

Aquella insistencia suya para que me olvidara de Eudald avivaba mi desconfianza. Durante unos días no me atreví a acercarme al lugar donde se había producido el asesinato, temiendo que el espíritu del difunto revoloteara y me culpara de no haber impedido su muerte. Pero pasada una semana reuní el valor para visitar el enclave y encontré, escondido entre las piedras, un zapato. Pero no era un zapato cualquiera, no se trataba de una alpargata ni de un zueco, ni siquiera de un botín, que eran todas las modalidades de calzado con las que pisaban los habitantes de la región. Eran unos zapatos puntiagudos de cordones, de ciudad, y yo solo había visto unos así en Sort, enfundando los pies de uno de los hombres que buscaban a las Frossard.

—No tengo la menor idea de qué hace ahí ese zapato —me respondió Chantal cuando compartí mi hallazgo—. Además, ya tengo bastantes problemas para pensar en cosas que ni me van ni me vienen.

¿Cómo no le podía ir ni venir ver el asesinato de un hombre ante sus propias narices? Aquella imagen me atormentaba y sentía la necesidad de confesarme, pero todos los curas habían sido asesinados, habían huido o estaban escondidos.

Unos días después Coraline, que era la única en casa que a ratos estaba animada, nos hizo un anuncio: había decidido mudarse a

Tírvia para unirse a un comité revolucionario.

—Por primera vez las mujeres tenemos un papel relevante y quiero formar parte de este momento histórico. Pero no os preocupéis, que iré viniendo, que por algo soy vuestra Máguissa.

Teresa resopló y movió la cabeza de un lado a otro, superada por el descaro de la francesa. Chantal tiró la servilleta, se levantó y la apuntó con el dedo.

—Tú no quieres hacer ninguna revolución, lo que te pasa a ti...

—Calla y no te atrevas a hablarme así —respondió también de pie, mirando a su hija con el desdén que habitualmente nos reservaba a nosotras.

Tras aquel conato de explosión, las dos se calmaron y se sentaron, aunque Chantal se retorcía en la silla a cada palabra de su madre. La francesa lo tenía todo planeado: nosotras protegeríamos el *Kosmeticón*, por eso no podíamos acompañarla ni dejar nunca sin vigilancia la casa. Yo la escuchaba hablar, con ese fervor revolucionario, y tuve claro lo que deseaba: luchar codo con codo con Eudald por la revolución.

—Me gustaría acompañarla. —Me salió una voz tan baja que desmereció mi firme decisión.

Noté la incomodidad de Coraline.

—Eso no puede ser. Ahora no, si es posible te avisaré más adelante, te lo prometo.

—¿Seguro que la avisarás? —añadió su hija con un tono irónico que no venía a cuento.

—No seas insolente, Chantal.

La disputa que se desencadenó entre madre e hija dejó en segundo plano mi petición. Pero mientras las oía discutir de fondo yo me veía vestida de miliciana, con Eudald a mi lado, lejos de las

cadenas de aquella casa, de los gritos de Teresa, de las humillaciones de Chantal, de la arrogancia de Coraline.

Tomar una decisión tan radical no era fácil para alguien como yo, que duda hasta de su sombra. ¿Dónde viviría? ¿Podría desempeñar alguna función que fuera útil, yo que solo sabía del campo y de las plantas? Aquellas cuestiones no me preocupaban, pues estaba convencida de que alguna fuerza superior las resolvería. Por las noches rezaba, aunque sabía que aquello no era muy revolucionario, y me encomendaba a Dios o a la madre Tierra para que me regalara mi futuro soñado de miliciana. Imploraba una señal que me indicara qué camino tomar. Y la señal llegó, pero no estuvo, desde luego, ni remotamente acorde a mis expectativas.

Un mes después del levantamiento, a las diez de la noche, llamaron a la puerta. Teresa estaba dormida y Chantal abrió, me comunicó que era una visita para mí y volvió a acostarse sin otorgarle la menor importancia.

La mujer que estaba ante mí, bajita, delgada, con una piel que había sido muy blanca pero que ahora amarilleaba, poco tenía que ver con la sor Mercedes que yo recordaba y no era únicamente porque se hubiera despojado del hábito.

—Dios mío, ¡cómo has crecido! Eres ya una mujer. —Su tono sostenía un cariño que se le escapaba por las grietas del agotamiento.

Sor Mercedes parecía mucho mayor y mucho menos ella sin su sonrisa.

—¿Me puedo sentar? —susurró.

Las dos tomamos asiento y habló con la voz queda, pero no sé si era porque no quería despertar a nadie o porque no le quedaban

fuerzas.

—¿Está bien? ¿Ha podido esconderse? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Sí, hija, por mí no te preocupes. Estoy en casa de mi hermana. —Tragó saliva—. Ahí no corro peligro. No es por mí por quien sufro... Es por otra persona.

Me reveló, sin más circunloquios, el motivo de su visita: el padre Antonio corría peligro, se había escondido, pero lo estaban buscando y tenía que huir a Andorra. Me pidió que lo acompañara. En aquellos tiempos convulsos muchos pastores y contrabandistas se dedicaban a hacer de pasadores acompañando a personas perseguidas hasta Andorra o Francia. Si se encontraban con una patrulla de milicianos, estos ajusticiaban al instante a los huidos, y por ende al pasador, y si topaban con el ejército regular los conducían a la cárcel, donde pasados unos días corrían la misma suerte. Sor Mercedes, que me había protegido siempre, ahora me rogaba que pusiera mi vida en peligro para salvar la de aquel cura amable, aquel hombre al que habíamos utilizado como conejillo de Indias de nuestras esencias.

—Es que yo soy una revolucionaria —dije deseándome creerlo.

—Ana, esto no va de revolución, sino de piedad. Si no lo ayudas, ese hombre morirá.

Recuperó la compostura de la profesora que me ordenaba qué deberes me tocaba hacer y solo pude asentir.

—¿Qué tendría que hacer?

Sor Mercedes me detalló un plan y comprendí que nunca se planteó la posibilidad de que yo pudiera negarme. Al cabo de dos días recogería al cura, que se hallaba escondido en una borda, un refugio de pastores, entre Norís y Tor, y de allí lo guiaría de noche hasta Andorra, donde nos estarían esperando.

Sor Mercedes, después de proporcionarme la información, hizo el ademán de levantarse.

—Pero ¿dónde va a ir a estas horas? Puede encontrarse con una patrulla...

Ella suspiró con resignación.

—Por favor, quédese a dormir conmigo y, en cuanto salga el sol, se vuelve.

La monja asintió y volvimos a compartir cama.

—¿Cómo te ha ido con la trementinaire? —me susurró.

—No es una mujer fácil, pero he aprendido mucho de ella... Aunque la he echado tanto de menos, sor Mercedes...

—Lo sé, Ana, yo también te eché mucho de menos. Pero mira lo que son las cosas, niña, si te hubieras ordenado monja, como yo deseaba, ahora también estarías en peligro.

Aquella noche la presencia de sor Mercedes en mi cama fue tan balsámica que por primera vez en meses dormí de un tirón. Su olor a heno se había resecado hasta ahumarse, pero aun así me resultaba tan familiar que me transportó a un lugar plácido. Cuando me desperté, ya no estaba.

Teresa ni siquiera se enteró de aquella visita, pero Chantal, que había escuchado nuestra conversación, se divertía.

—¡Qué dudosa eres, Ana Fernández! Un día estás convencida de que quieres ser una miliciana y al otro te dedicas a salvar curas. Supongo que, como siempre, tendré que ayudarte...

Su condescendencia no me molestó porque Chantal siempre contaba con soluciones para todo.

—Tendrás que llevar la esencia que hace que la gente se aparte de ti.

—¿Hay una esencia para eso?

—Claro, y funciona muy bien... Solo la persona a la que tú le coges la mano no tiene ganas de apartarse. La gente con la que te cruzas siente el impulso de alejarse de tu camino. También tendrás que llevar la esencia de la esperanza que prepararon Teresa y Coraline, porque el pobre hombre debe de estar asustado como un pajarillo y el camino es duro. Si está esperanzado, todo resultará más fácil.

Aquella aventura me atraía y era muy similar a mi deseo de ser miliciana: me permitía huir del aburrido mundo cotidiano y ser yo. Yo en estado puro, como las esencias antes de mezclarse.

Tal y como había imaginado Chantal, el padre, sin su sotana y con el miedo pegado en los huesos, parecía un pajarito abandonado, pero en cuanto inhaló mi esperanzador aroma se irguió al instante. A las ocho de la noche iniciamos el camino: atravesamos sigilosamente el pueblo de Tor y desembocamos en la pista forestal que nos conduciría hasta Andorra. No encendí la linterna: mi brújula eran los olores y mi memoria. El crepitar del bosque y los aullidos de los lobos, inquietantemente cercanos, sobresaltaban al cura y hacían que se rezagase. Con los primeros rayos de luz, el hombre resollaba por el cansancio y la inestabilidad de sus piernas le obligaba a apoyarse en mí.

—Queda muy poco. Dentro de una hora habremos llegado —le susurré al alba.

Tardamos más de dos horas en alcanzar la frontera y cuando estábamos a punto de cruzarla escuché los cascos de dos caballos. Tiré del brazo del padre Antonio y le di un leve empujón para que se tumbara sobre la hierba. Estábamos echados boca abajo en los márgenes del camino y seríamos perfectamente visibles si avanzaban unos pasos más. Los caballos relincharon y el padre Antonio me sujetó la mano con todas sus fuerzas, que tampoco eran

muchas. Alguna vez me había planteado si las esencias afectaban también a los animales y aquel día obtuve la respuesta.

—¡Vámonos, que aquí no hay nadie y los caballos se están encabritando! —le gritó un jinete al otro.

Cuando se alejaron, le hice una señal al padre Antonio, pero no me respondió. Estaba inerte y comprobé su pulso, que era muy débil. Cogí un pañuelo y lo impregné con la esencia de la esperanza. Costó un poco, pero abrió los ojos con una expresión embobada. Me pasé su brazo por los hombros y recorrí así los escasos kilómetros que nos separaban de la frontera y de la borda donde nos aguardaban. En una fuente me lavé frotando con fuerza en los lugares en los que había puesto el perfume para evitar ahuyentar a nuestros cómplices.

En la borda nos recibieron dos hombres de aquella edad difusa entre los cuarenta y los cincuenta que siempre tengo dificultades para concretar. Al padre Antonio no le quedaban fuerzas ni para entrar en el refugio. Se desplomó en una roca y su rostro, más que pálido, estaba ausente de color, casi líquido. Los dos hombres bajos, con la piel cetrina, las manos callosas y esa forma compacta con la que se mueven los pastores, lo observaban con preocupación.

—¿Cómo está, padre?

El religioso hizo un gesto con la cabeza, un asentimiento muy sutil.

—Este no puede ir a caballo, cogeremos el carro.

—Yo me vuelvo —les dije.

—No —atajó uno de ellos—. Tienes que venir con nosotros, así nos lo han encargado.

Estaba demasiado agotada para discutir e, incluso, para asustarme, así que acabamos el padre y yo en el carro que los dos pastores condujeron hasta Andorra la Vella. Me sorprendió ver tantas

tiendecitas, de quesos, de lana, de tabaco, muchas de la misma especialidad, pequeñas pero animadas, repletas, jolgoriosas, presididas por un edificio señorial, que fue justo donde detuvieron el carro.

—Esa es la Casa de la Vall, allí los atenderán.

Ayudé al padre Antonio a bajar del carro y a caminar hasta la puerta, donde nos atendió una religiosa, que rápidamente se llevó al cura.

—Gracias, Ana, sin ti no estaría vivo —me dijo con voz ronca.

Me halagó su agradecimiento, así como el hecho de traspasar las puertas de la sede del Gobierno andorrano, que nunca se habrían abierto a una chica de pueblo como yo. Escuché una voz masculina:

—Señorita, tengo que hablar con usted.

El señor que se acercó iba elegantemente vestido y sus cuidadas manos delataban que su sustento nunca había dependido de ellas. Me sentí un poco avergonzada; además de mi atuendo vulgar, estaba sudada y no olía, precisamente, como una señorita, pero él me pidió que le acompañara con la delicadeza con la que hubiera tratado a una marquesa. Entramos en un pequeño despacho, él abrió un cajón y me tendió una suma de dinero que no pude identificar porque yo apenas había visto billetes; Teresa solo me soltaba monedas.

—Son mil quinientas pesetas, por sus servicios.

—Yo, yo... no sabía que iba a cobrar.

—Eso la honra, señorita, pero usted se ha jugado la vida y se ha ganado este dinero.

La visión de aquella suma en mi mano me produjo una emoción inesperada. Mil quinientas pesetas eran mucho dinero, más del que yo había visto en mi vida, y el tacto de aquellos billetes me cosquilleaba algo más que la mano. Me proporcionaba una sensación

de calidez en el pecho. Me otorgaba tranquilidad. Me daba importancia. No era solo una huérfana trementinaire, era una joven que había conseguido ganar mil quinientas pesetas. En ese momento inicié una relación con el dinero que nunca antes había tenido. Un extraño vínculo en el que aquellos pedazos de papel timbrado pusieron precio a mi seguridad, pero nunca me hicieron merecer una mejor vida.

—Estamos muy contentos con su trabajo y nos gustaría contar con usted en ocasiones futuras. —El hombre era educado sin ser ampuloso y sus ojos desprendían un brillo vivaz—. Mi nombre es Jaume Piqué, soy el secretario de algunas de las personas de esta casa que quieren salvarles la vida a los religiosos que están en peligro. Y usted puede sernos de gran ayuda.

—¿Yo? Pero si hay muchos contrabandistas y pastores con los que pueden contar. Yo esto lo he hecho como un favor personal, porque me lo pidió sor Mercedes y porque conozco al padre Antonio, es que, además, yo... —Me mordí la lengua a tiempo porque a punto estuve de soltarle que yo era revolucionaria.

—Usted es la persona ideal. Me he dado cuenta en cuanto la he visto entrar. Es mujer, es joven, es trementinaire, por lo que a nadie le extrañará verla en diferentes lugares y se conoce bien la geografía. Además, es de fiar.

—¿Y cómo lo sabe? —Las palabras salieron antes de que les diera la orden de hacerlo y callara, como la señorita educada que no era.

—Tengo cincuenta y tres años y he viajado mucho antes de acabar aquí. Identifico sin dificultad a la gente y usted me inspira confianza. Y, por cierto, antes de irse le entregaremos también una caja con tabaco y licores, que podrá vender.

—Pero si yo no soy contrabandista.

—Es una chica lista, seguro que aprende rápido. Estimada señorita Fernández, la avisaremos cuando volvamos a necesitarla.

Antes de irse dejándome con la palabra en la boca me besó la mano.

Yo no quería ser pasadora, yo quería ser revolucionaria y acompañar a Eudald. Vestir pantalones con tirantes, calarme una boina y que él me cogiera por la cintura y me besara la boca. Eso era lo que pensaba mientras me bañaba en una habitación del hotel Mirador, al lado de la Casa de la Vall, en el que me habían alojado para que descansara antes de regresar a Àreu. ¡Una habitación de hotel para mí! ¡Para que descansara! ¡Con baño! El agua se había enfriado de tanto que esperé yo a meterme en la bañera. No acababa de confiar en que aquella barca blanca y brillante, anegada de agua que a la sazón no brotaba de una fuente sino de un grifo, estuviera dispuesta para mí. Exclusivamente para mí. Quedaba tan lejos del río en el que me lavaba o del barreño de zinc en el que una vez a la semana Teresa me concedía no más de diez minutos para asearme que a ratos me convencía de que solo podía tratarse de una alucinación, como si nunca hubiera despertado de los efectos del cornezuelo del centeno.

El jabón espumoso que flotaba en la bañera olía a tomillo, y cuando me sumergí sentí que mudaba de piel, como una serpiente. Y no quería salir, aunque el agua estaba ya helada y mi cuerpo arrugado, pues temía ser solo hueso al abandonar aquella crisálida. Pero mi piel seguía ahí, y no acababa de comprenderlo porque la que salió de aquella bañera no era la misma que había entrado en ella.

Nunca había pensado en mi vida que yo pudiera estar en un lugar como aquel. Ni que pudiera tener mil quinientas pesetas en el bolsillo. Pero aquello no era lo que yo deseaba. ¿O sí?

2

Grasse, 1944

Los perros ladraban y los nazis los azuzaban con alguna prenda de Lucien para que se lanzaran en su busca. Eran pastores alemanes, los mamíferos con mejor olfato, más fino que el mío y el del perfumista más dotado de Grasse juntos. Si había huido a pie, seguirían su olor con la facilidad de quien despliega un mapa.

Que un nazi de metro noventa que había apalizado a Marcel me apuntara con un arma me importaba menos que la posibilidad de que Lucien cayera en sus manos. La escandalera de los animales me sobresaltaba más que el chasquido del revólver cuando el alemán retiró el seguro. Pero no es que yo fuera una heroína abnegada sin miedo a la muerte. Jugaba con ventaja. Ya nunca salía de casa sin aplicarme la esencia para convencer ni sin mi bandolera bien surtida de todo tipo de fragancias de efectos diversos.

—Sígueme con las manos en alto, que vamos a interrogarte —repitió el nazi.

—Por supuesto que le seguiré. Pero permítame un momento que abra mi bolsa y me ponga un perfume.

Eso era lo más curioso de la esencia para convencer: podías plantear la petición más estrambótica sin que tu interlocutor levantara ni una ceja inquisitiva. Me coloqué la esencia del olvido y entonces le dije:

—¿Puede esperar un momento, por favor? Es que necesito... Le importaría que hiciera... pipí, aquí al lado, detrás de estos arbustos, para que tenga la seguridad de que no me escaparé.

Por supuesto, asintió. Fingí orinar, lo suficientemente cerca del hombre para que siguiera aspirando el olvido, y cuando consideré que no recordaría ni qué había desayunado aquella mañana corrí hacia mi bicicleta y pedaleé en sentido contrario a los perros y los alemanes. Con el corazón encogido. Pensando en Lucien. En todas las palabras que no le había dicho.

Fui directamente a casa de Viviane, una de las más bonitas de las afueras de Grasse, de un azul clarísimo, con tres imponentes plantas y otros tantos balcones que siempre permanecían cerrados. La respetable familia de banqueros De Rohe había sorteado, de momento, la acusación de su ascendencia judía gracias a las fichas que habían ardido en la prefectura de Niza y también a un libro de familia que el padre Jérémie falsificó con esmero. De todas formas, aquello no era garantía de nada y los De Rohe lo sabían: tenían las maletas preparadas bajo las camas.

Los padres intentaban pasar desapercibidos, aunque les resultaba bastante difícil con tres hijos metidos hasta las cejas en la lucha contra el fascismo. Y de los tres, dos varones y Viviane, ella era la más activa. Ya no disponía de tiempo para peinarse con esos tirabuzones perfectos que lucía en nuestro primer encuentro y habitualmente se recogía el cabello en una coleta y como mucho se hacía un moño para ir a misa. Sus delicadísimos rasgos de muñeca antigua ya no retrataban a una chica mansa y dulce, porque una

expresión de fiera se había apropiado de ellos y les había conferido otro significado. Mucho más peligroso. Mucho menos plácido para los que la contemplaban, pero sobre todo para ella.

Cuando vio mis ojos desorbitados no tuve que formular ni siquiera la pregunta:

—Tranquila. Lucien ha podido huir. Mi hermano lo avisó y guardaba una moto escondida para este tipo de emergencias. Se fue campo a través hasta el maquis de Saint-Auban, donde está el novio de Maylen. A estas alturas ya habrá llegado.

Lucien siempre tenía un as en la manga. Me lo imaginaba huyendo a lomos de la motocicleta con una sonrisa irónica plantada en el rostro. Tras la tranquilidad que me regaló saber que estaba a salvo, me sorprendió una inmensa sensación de soledad. Era injusto y lo sabía, pero me sentí abandonada. Veía a Lucien varias veces a la semana y sobrellevar su ausencia me causaba un vacío de un calibre para el que no estaba preparada. También me enfadé conmigo misma por haber desperdiciado tanto tiempo.

Aquellos pensamientos se agolpaban en mi cabeza, plenamente consciente de que eran una minucia de niña caprichosa y que no podía compartirlos con mi amiga. Porque Viviane contaba con más razones que yo para el abatimiento. Hacía un mes que habían apresado a su novio, Étienne, un valiente joven anarcosindicalista con el que compartían conversaciones revolucionarias y una pasión que Viviane nos confiaba con una profusión de detalles que tal vez no hubiéramos precisado conocer. Nunca la habíamos visto tan radiante, tan habladora, tan en paz en un mundo en guerra.

Tres meses atrás capturaron a Étienne en una redada y lo trasladaron a la prefectura, el lugar donde torturaban con más saña a los prisioneros. Durante tres días Inès, Maylen, Aimée y yo no nos separamos del lado de Viviane. En silencio. Cogiéndole la mano

cuando lo necesitaba y respetando que la retirara abruptamente y diera vueltas de gato encerrado por la habitación. Nos impregnamos la esencia del consuelo, de la alegría, de la armonía, pero no surtían efecto porque ella era nuestra amiga y nos quería. Las esparcimos por la habitación, aunque nunca supimos si surtieron algún efecto y sin ellas el ánimo de nuestra amiga hubiera sido todavía peor. Aunque era difícil de concebir que alguien pudiera sufrir aún más de lo que lo hacía Viviane.

Solo podíamos estar a su lado, porque cuando intentábamos entretenerla con alguna conversación banal, nos ordenaba que calláramos y nos instaba a que nos fuéramos. Siempre nos negamos pese a su insistencia. Viviane rellenaba cada instante con el dolor extremo que estaría padeciendo Étienne. Quería sufrir mentalmente cada segundo, de la misma forma en que su amor lo hacía físicamente, para acaso estar de ese modo más cerca de él.

Hasta que explotó y no lo vimos venir. Al segundo día se levantó muy seria, se fue a un extremo de la habitación y echó a correr con todas sus fuerzas. Atónitas no alcanzamos a detenerla y su cabeza impactó contra la pared. Cayó al suelo, sangrando y haciendo el ademán de levantarse para repetir el movimiento. Buscando el dolor para librarse de un dolor aún más lacerante. Solo entonces, rodeada por todas nosotras, pudo llorar y no dejó de hacerlo hasta que abandonaron el cuerpo de Étienne en medio de una plantación de jazmín que aún no había empezado a florecer. Los alemanes eran muy dados a aquellas crueldades: lanzaban los cuerpos torturados, amasijos sanguinolentos, a modo de advertencia. Los cadáveres no se podían tocar so pena de correr la misma suerte. Un escarmiento atroz que se alargaba más allá de la muerte de la víctima.

Los padres de Viviane no tuvieron más remedio que encerrarla en la habitación bajo llave para que no se precipitara sobre el cuerpo

sin vida de su amado. Nosotras nos fuimos turnando para no dejarla sola en su cárcel de sufrimiento. Una semana después, enterraron el cadáver y sus padres abrieron la puerta. La Viviane que salió de allí no fue ya nunca la misma. Estaba poseída por una rabia a la que daba salida arriesgándose en las operaciones más peligrosas, sobre todo si suponían el asesinato de nazis.

—Gracias, Viviane, me quedo más tranquila con lo que me has dicho.

—Si están buscando a Lucien, es posible que haya redadas por todo Grasse y ya es prácticamente la hora del toque de queda. Quédate en casa a dormir.

—Tienes razón. Es lo mejor. Muchas gracias. —Hice una pausa, porque nunca sabía cómo abordar el tema—. ¿Tú cómo estás?

—Bien —respondió con una sonrisa malévola—. El otro día volamos un puente justo cuando pasaba un camión alemán y vi a tantos de esos cerdos morir que se me borró durante un ratito la tristeza.

Aquella tristeza tan honda no se borraría matando nazis, por mucho que ella se empecinara en creer que la sangre alemana era un bálsamo para sus heridas. De aquel modo solo crecería una rabia que consumiría a mi amiga. Aún era demasiado pronto para decírselo. Y demasiado tarde para que no la estuviera devorando ya.

—Estoy convencida de que hay un traidor entre nosotros —afirmó Viviane—. Y te aseguro que, si lo encuentro, lo que le hicieron a Étienne no será nada con lo que yo le voy a hacer a él.

—Por Dios, Viviane, no puedes hablar así. Si estamos en la Resistencia es porque nosotros no somos como ellos, nosotros no hacemos lo mismo que los fascistas.

—Bueno —soltó sin mucho convencimiento—. Ya se verá. Yo no voy a tener piedad con los que nos traicionan.

—Pero ¿qué te hace pensar que hay un traidor? Las actividades de Lucien no pasaban precisamente inadvertidas. Yo llevaba mucho tiempo advirtiéndole que debía ser más discreto.

Lucien parloteaba con todo el mundo como si no estuviéramos en guerra, lo cual para muchos ya resultaba sospechoso. Además, les vendía tabaco y licor a los alemanes para sonsacarlos, pero, evidentemente, traficar con el enemigo no es una actividad ni precavida ni discreta.

—No te preocupes, Chantal, no matarán a la gallina de los huevos de oro —me respondía él sonriente.

Yo no las tenía todas conmigo y el tiempo, desafortunadamente, me había dado la razón.

—Estoy segura de que alguien nos está delatando. Los alemanes se enteran de demasiadas cosas y demasiado pronto —insistió Viviane.

No había un topo concreto, había decenas. Agentes infiltrados, la milicia francesa de colaboracionistas, combatientes que sucumbían a la tortura... La Resistencia se había hecho más fuerte y el nivel de violencia para reprimirla se había incrementado exponencialmente.

—Hace tiempo que te quiero pedir una cosa... —dijo Viviane—. Me gustaría que preparásemos un veneno.

No sé cuál sería mi expresión, pero mi amiga la leyó.

—No, no estoy pensando en suicidarme. Aún me quedan muchos nazis que matar. Lo que pasa es que creo que todas tendríamos que llevar siempre encima un veneno rápido e indoloro, por lo que pudiera pasar.

«Por lo que pudiera pasar.» No hacía falta decir más. En una guerra, convives con la muerte. En cambio, la tortura era una

cuestión completamente diferente.

—Tienes razón, el viernes los prepararemos.

Aquella noche dormí en la cama de Viviane, que se despertó agitada varias veces. Traté de reconfortarla acariciándole la cabeza para que volviera a conciliar el sueño.

Cuando llegué a casa, todos estaban preocupados por mi desaparición. Inès me abrazó muy fuerte sin mediar palabra y Sylvie, después de regañarme por el susto que les había dado, sonrió y dejó escapar: «No soportaría que te ocurriera algo». Le habían ocultado a mi abuelo que no había pasado la noche en casa, pues el hombre estaba muy sensible y no habían querido alterarlo.

Tres semanas después el vacío que me producía la ausencia de Lucien se me hacía insoportable, provocaba que cada mañana, cuando abría los ojos y constataba que no estaba, se me comprimiera el pecho. No me atrevía a compartirlo con Maylen porque me parecía ridículo. Ella llevaba mucho más tiempo sin encontrarse con Lorenzo, que además era su prometido. Pero a la perspicaz Maylen nunca se le escapaba nada:

—Tú quieres ver a Lucien, ¿verdad?

Bajé la cabeza, como una niña pequeña que desea llevar a cabo una travesura, y solté un sí.

—Bien, pues vayamos a verlos. Yo no soporto más estar sin Lorenzo.

—Pero es peligroso. Nos podrían seguir.

—¿Qué clase de Máguissa eres tú? Tenemos el *Kosmeticón*. Prepara el cóctel de esencias que nos permita esquivar cualquier peligro.

Sonreí.

—Eso es imposible, pero unos cuantos seguro que esquivaremos.

—Pero no podemos decirle nada a nadie, ni a nuestras amigas. Porque dirán lo mismo que tú, que es peligroso.

—Será nuestro secreto —respondí.

3

Àreu, 1937

Me convertí en la mejor pasadora del Pallars. Y ni uno solo de esos días abandoné mi sueño de convertirme en miliciana.

—Nunca dejas de sorprenderme. No se puede ser tan contradictoria, Ana Fernández, te lo digo con el corazón en la mano. Si ahora cumplieras tu sueño de ser una miliciana, ¿no te sentirías que has traicionado a «los tuyos»? Bueno, el caso es que tú ni siquiera sabes quiénes son los tuyos.

Chantal se equivocaba. Tenía muy claro quiénes eran los míos: yo me sentía republicana desde el dedo pequeño del pie hasta el último cabello de mi cabeza, pero no consideraba que eso pudiera interferir en que ayudara a salvarles la vida a personas inocentes. Y, de paso, ganara un dinerito y me bañara en un bonito hotel.

Seguía sintiéndome republicana hasta la médula mientras atravesaba la frontera de noche acompañada de algún religioso o de propietarios y empresarios que huían con su familia. Para estos últimos, Andorra no era el destino final, sino una parada en el camino que los conduciría a Francia. En Andorra, como el copríncipe era el obispo de la Seu de Urgell, se daba cobijo a curas y monjas.

«Nos resulta imposible albergar a todas las personas que llegan, somos un país demasiado pequeño. Pero al menos aquí pueden hacer una parada, reponer fuerzas y continuar después su segunda etapa del viaje», me contó un día Jaume Piqué.

Hacer el viaje del tirón para muchos hubiera supuesto una muerte segura. Sobre todo, en invierno. En verano cruzar la frontera a cualquiera de los dos países vecinos era duro y complicado, en especial para personas que no estaban acostumbradas a los intrincados caminos de montaña y a las nieves eternas de algunos tramos. Pero con un poco de la esencia de la esperanza y otro poco de pericia, escogiendo con inteligencia la ruta y regulando las paradas, resultaba sobrellevable. En cambio, en invierno era un ejercicio agotador: caminar de noche con un frío que te helaba los huesos, desplazándote con dificultad sobre la nieve e intentando dormir sin mucho éxito con la luz del día y con una mezcla de sentimientos por digerir: pena, rabia, miedo... Cada uno elegía los suyos, pero todos consumían por igual.

Yo veía los rostros cuando iniciábamos el viaje y cuando lo concluíamos, y parecía que aquellas personas se hubieran echado encima cinco años, a veces diez.

A Piqué le admiraba mi capacidad para escoger diferentes rutas dependiendo de las personas que huyeran, de su condición física, del equipo que llevaran, y que siempre acertara. «Tienes muy buena intuición», me dijo en una ocasión. Entre aquel señor distinguido y yo se había entablado una relación amistosa, casi paternal, en la que él intentaba favorecerme. Y me enorgullecía que Jaume Piqué apreciara a Ana Fernández, no a la protegida de sor Mercedes, no a la ayudante de la trementinaire, no a la amiga de la sensual Chantal Frossard. Nunca había sido tan yo a secas. Ana Fernández sin más.

Jaume Piqué me orientó en la decisión más importante que tomé en aquella época. Me aconsejó que cobrara mis servicios en francos, que vista la situación política era una moneda más estable, y me instó a que depositara el dinero en una caja de un banco que gracias a su intervención me permitieron abrir a mi nombre. A nombre de Ana Fernández. Ese nombre pobre, con el que volaba bajo, pero que ya tenía una caja en un banco andorrano con muchos billetes. Me proporcionaron una llave que me colgué del pecho y una copia que guardé en la bandolera. No me importaba no disponer del dinero, porque lo que me serenaba era poseerlo. Nunca me compré nada, no merecía la pena hacerlo. Cada noche antes de dormir repasaba el papel en el que apuntaba mis ganancias, tocaba la llave y sentía una emoción al imaginar todo aquel dinero amontonado en la caja, inmóvil, protegido... y, sobre todo, mío.

De regreso de mis viajes como pasadora vendía el tabaco y el licor de contrabando y así conseguía algo de dinero para que pudiéramos comprar alimentos. En casa siempre les hice creer que aquellas eran las únicas ganancias que percibía como pasadora. Cuando la ruta me lo permitía me acercaba a la casa en la que se refugiaba sor Mercedes y le regalaba una botella de alcohol.

—Sé que no es un regalo muy apropiado para una monja, pero si su hermana la vende sacarán algo de dinero.

En todos y cada uno de aquellos momentos seguía planeando otra vida: la de la aguerrida republicana que soñaba ser. Estaba convencida de que aquella Ana miliciana habitaba en un futuro cercano y solo debía encontrar el camino para dirigirme hacia ella. Mis fantasías se truncaron, como todo, por dudar demasiado. En mayo de 1937 se acabó la revolución y las fuerzas del orden asumieron el control de la situación. Se acabaron los comités, se disolvieron los escuadrones y desaparecieron las mujeres que

luchaban codo con codo con sus camaradas. Todos tenían que volver a casa. Mi sueño se había desvanecido y también empecé a tener menos trabajo como pasadora, pues se inició una temporada de relativa estabilidad.

Acompañaba, ocasionalmente, a desertores republicanos que huían a Francia para evitar enrolarse en el ejército. Estos no me despertaban demasiadas simpatías, pero a cambio eran jóvenes y podían asumir las rutas más exigentes.

Teresa y yo dimos por hecho que sin revolución por la que combatir Coraline regresaría a casa.

—No lo creo —sentenció Chantal, y, como siempre, acertó.

Desde que la excéntrica miliciana Coraline se fue a Tírvia tenía a bien visitarnos aproximadamente una vez al mes. Sus visitas seguían una liturgia que sin ser buscada acabó volviéndose inamovible. Llegaba tan exultante que no parecía percibir que su alegría por reencontrarnos carecía de reciprocidad. Preparábamos las esencias que nos ordenaba. Durante la elaboración se desataban las amargas discusiones entre madre e hija, que tenían lugar fuera de la casa para ocultarnos el motivo o para ahorrarnos el espectáculo. En la mayoría de las ocasiones Coraline se iba de buena mañana sin despedirse.

Yo veía que Chantal cada día estaba más triste. Pero no me daba pena. Al menos no me daba demasiada pena. Seguía sospechando que ocultaba algo. Y estaba convencida de que tenía que ver con la noche en la que Eudald mató a aquel hombre. Intenté hablarlo con Teresa, que era la única que estaba aquella noche en la casa. Le pregunté qué había sucedido.

—Es que no recuerdo mucho, hija, fueron demasiadas emociones juntas —dijo la mujer rascándose las manos comidas por un eccema que no remitía con ninguno de sus remedios.

La irritación era idéntica a la que yo había padecido en los pies. Además, Teresa se levantaba ojerosa y sin fuerzas, y un día me confesó que le había cogido miedo a dormir, pues cada noche sufría unas pesadillas horribles. Y lo único que la serenaba era caminar y caminar a toda prisa por el monte. Lo mismo que me había ocurrido a mí.

Estaba convencida de que Chantal sabía más de lo que decía sobre todo aquello, pero de todas formas resulta complicado desconfiar a diario de una persona con la que convives. A ratos, bajaba la guardia. Y una de las veces que no pude mantener la distancia fue cuando descubrí a la francesa llorando. Solo vi llorar cuatro veces en mi vida a Chantal Frossard y en aquella ocasión me impresionó tanto que intenté consolarla. Hacía poco que su madre se había ido tras una discusión de las suyas y ella estaba de espaldas, sentada en la mesa en la que comíamos, agitando el cuerpo por culpa de unos pequeños hipidos. Me acerqué y se secó las lágrimas con el puño, con una vergüenza que no pudo sostener cuando la asaltó el siguiente torrente de lágrimas.

—¿Qué ha pasado, Chantal? ¿Por qué discutes tanto con tu madre?

Levantó los hombros con resignación.

—Porque es una mujer de agua, que lo tiene que arrasar todo a su paso. —Había más tristeza que reproche en sus palabras—. Ella no puede estarse quieta, siempre es ella, su egoísmo y sus pasiones, siempre buscando el límite y el exceso... —Cogió uno de sus pañuelos bordados para sonarse e incluso aquel gesto fue delicado y elegante—. Yo no quiero esta vida. Yo quiero irme de aquí. ¿Por qué tendríamos que seguir viviendo en un país en guerra cuando podríamos estar tranquilamente en Francia? Lo he estado pensando. —De repente sonrió y me cogió la mano con ese ímpetu suyo de

mujer de aire capaz de cambiar de estado de ánimo en cuestión de segundos—. Me gustaría que nos fuéramos a Toulouse.

—¿Todas?

—Se lo proponemos a Teresa y a Coraline, y si no quieren, que seguro que no querrán, pues nos vamos nosotras dos.

—Pero ¿de qué íbamos a vivir?

—¡Ay, Ana, no seas tan miedosa! Podemos vivir de muchas cosas. Tú puedes hacer de trementinaire o de ayudante en una botica... Yo soy buena cosiendo, tejiendo... Puedo aprender cualquier oficio que me proponga. Lo acabo haciendo todo bien. Algo encontraríamos—. Pasó del llanto a la sonrisa con aquella cualidad voluble tan suya—. Aunque yo no recuerde Toulouse, mi madre dice que es muy bonita.

—¿Tiene mar? Siempre he querido vivir en una ciudad con mar.

Rio con los ojos aún congestionados.

—No, pero a cambio tiene un río que dicen que es precioso. Nos encantará, ya verás. Y estoy segura de que encontrarás un novio francés guapísimo que te hará olvidar al tonto de Eudald...

Su nombre me sacó de aquel escenario idílico y avivó mi desconfianza.

—¿Por qué siempre quieres que me olvide de Eudald? ¿Qué interés tienes en él? —solté por fin la pregunta.

—Te puedo jurar que yo no he tenido nunca nada con el Rubio, que no me interesa y que nunca en mi vida me interesará. Sería lo último que haría. —Me clavó la mirada—. ¿Me crees?

Bajé la cabeza y ella me levantó con la mano la barbilla y volvió a repetir.

—¿Me crees?

¿Se podía creer a Chantal Frossard? No sé si cometí un error, pero yo en ese momento lo hice.

—Te creo.

—¡Pues vámonos a Toulouse juntas! —exclamó.

Por un momento me vi lejos de Àreu, de los fríos inviernos del Pallars, de la gente conocida, resentida, cotilla, con las manos callosas y la cabeza baja. Me embutí en un vestido floreado como los que lucía Chantal en verano, paseé por avenidas salpicadas de tiendas con bonitos carteles, oliendo a río, a adoquines y a ramos de flores, a la harina de las panaderías... Y también sonreí. Pero en ningún instante me pude ver con un guapo francés cogida de su brazo porque por mucho tiempo que hubiera pasado seguía acordándome de Eudald.

—No lo sé, Chantal, tenemos que pensarlo bien.

—Ana Fernández, tú no haces otra cosa que pensar y dudar. ¡Decide de una vez! ¿Qué es lo que necesitas para darte cuenta de que lo mejor que puedes hacer es dejar todo esto atrás y empezar de nuevo conmigo? No vas a tener ninguna otra oportunidad así en la vida. —Volvía a ser la Chantal condescendiente la que hablaba.

Y entonces, sin pensarlo, me escuché decir a mí misma:

—Para irme contigo, tendría que poder confiar de verdad, del todo, saber que nunca me engañarías..., y para eso tendrías que contarme qué pasó antes y después del día en que nos tomamos el cornezuelo del centeno.

Resopló y a continuación me clavó unos ojos más contrariados que enfadados.

—¡Qué pesada eres con el pasado! ¡No estás apreciando la oportunidad que te estoy brindando! Olvídate ya de lo que ocurrió, eso ya no se puede cambiar. Y, además, tampoco lo vas a poder saber por muchas vueltas que le des...

—¿Por qué no lo voy a poder saber?

—Pues mira, te voy a decir lo que sé, para que confíes en mí, para que veas que yo no te engaño. No lo vas a poder saber porque

Coraline, en momentos diferentes, os hizo oler a ti y a Teresa la esencia del olvido. Por eso os picaba todo, teníais pesadillas y solo queríais caminar. Son los efectos secundarios, porque es una esencia muy poderosa.

Lo dijo con una tranquilidad pasmosa, sin ser consciente de la enormidad que suponía convivir con alguien que te ha robado un pedazo de tu vida. Sin entender que, al saber que faltaba algo, me obsesionaría por descubrir qué era.

—¿Por qué lo hizo? ¿Qué es lo que vimos tan terrible para que tuviéramos que olvidarlo?

—Seguro que no era nada grave, alguno de sus secretitos estúpidos. Coraline no me lo contó. Pero, por favor, cambiemos de tema. —Para ella todo lo que no le afectaba era un engorro—. Lo importante ahora es nuestro futuro. ¡Vayámonos a Toulouse!

En ese instante me vino a la mente la alucinación que tuve bajo los efectos del cornezuelo del centeno: cuando me vi a mí misma atrapada, con el rostro pegado a un cristal, encarcelada en el tronco de un árbol. Y comprendí que ahí yacía mi memoria, encapsulada, aislada, sufriendo por algo que quería gritar.

—¡Por eso me hiciste tomar el cornezuelo del centeno! Porque querías que me olvidara del todo... Fingiste que era algo espontáneo, que se te acababa de ocurrir, pero como siempre tenías un plan.

No era más que un peón en el tablero que ella y su madre controlaban, y nunca jugaría mi propia partida. Chantal suspiró con hartazgo.

—Es verdad, lo reconozco, pero no te pongas así. Lo hice por tu bien, para que te sintieras mejor. Te estaba dando mucha ansiedad y bajo la alucinación y con el golpe que le diste a ese recuerdo pudiste

librarte de todos esos síntomas que te hacían sufrir... Me ponía muy nerviosa verte todo el día así —dijo a modo de queja.

—Y, al romper aquel cristal, rompí también el recuerdo...

—Pero ¿no te sentiste mejor? Deja de darle vueltas, por favor. Ha pasado más de un año.

—¿Qué nos quería hacer olvidar tu madre? ¿Y tiene algo que ver con la época en que estuve tanto tiempo oliendo a Eudald y sin encontrarlo? —le grité.

Se le escapó un suspiro de pesadez.

—Eso fue otra cosa. No tenías que encontrártelo porque no iba a ser bueno para ti. Te hacía sufrir. —Gesticuló con las manos en un gesto entre impotente y enojado—. Y fui yo la que me puse la esencia que aparta a la gente. Era lo mejor, te hice un favor —soltó con una insolencia que me sacó de mis casillas.

—¡Me hiciste creer que me estaba volviendo loca!

El rencor acumulado tras años de convivir con la perfecta Chantal Frossard encontró, al fin, una justificación. Me vi a mí misma saltándole al cuello, ahogándola hasta conseguir que su frialdad cínica se convirtiera en miedo. Me imaginé cogiendo un cuchillo de la cocina y clavándoselo en la yugular, para que se desangrara como un cerdo... O desfigurándole su preciosa cara a base de puñetazos repetitivos, húmedos, despiadados.

Pero, como siempre, fui incapaz de actuar. Me quedé sentada.

—Quiero saber qué es lo que me hizo olvidar tu madre. Voy a ir a Llavorsí. Está ahí, ¿verdad?

—Eso es justo lo que te iba a comentar ahora... Mi madre ha dicho que necesita a las Hijas de Selene en Llavorsí y que llevemos con nosotras el *Kosmeticón*. Vamos a ver qué quiere, tú le preguntas lo que deseas saber y nos vamos a Toulouse.

—Vamos a ir a Llavorsí y tu madre me va a decir qué es lo que me ha hecho olvidar. Aunque sea lo último que consiga en mi vida. Y después por mí te puedes ir al mismísimo infierno, pero bien lejos de mi lado.

4

Grasse, 1944

Antes de nuestra escapada al maquis de Saint-Auban, Maylen y yo nos impregnamos de un amplio surtido de esencias: para convencer, para que no se cruzaran en nuestro camino, para que nos obedecieran. Y tampoco nos olvidamos del perfume Liberté, el que nos distinguía como miembros de la Resistencia.

Tres horas en bicicleta nos separaban de nuestro destino, un camino con subidas y bajadas flanqueado por campos de flores descabezadas y arbustos resecos de olor triste.

—Deja de darle vueltas —me dijo Maylen adivinando mis pensamientos—. Lucien se va a alegrar de verte.

—¿Segura?

—¡Claro que sí! ¿Cómo puede ser que le tengas más miedo a un hombre al que es evidente que le gustas que a que nos pillen dirigiéndonos a un maquis?

Pero era así. Me moría de ganas de ver a Lucien, pero me aterraba que su reacción truncara la dulce excitación que yo sentía.

Una pareja de *maquisards* de guardia nos detuvo un par de kilómetros antes de llegar, armados con metralletas y con un aspecto

rudo. La escena que sucedió a continuación, vista desde fuera, no dejaba de ser cómica. Los corpulentos hombres nos olisquearon como dos perritos y, al inhalar el perfume Liberté, nos indicaron ladeando la cabeza que podíamos avanzar. El camino que nos quedaba por recorrer era intrincado y aparcamos las bicicletas para hacerlo a pie. En cuanto alcanzamos el asentamiento, Lorenzo distinguió la silueta de su prometida y echó a correr, mientras ella lo imitaba. Se fundieron en un abrazo, se cogieron de la mano y no supe a dónde fueron, pero me imaginé lo que estuvieron haciendo, porque no aparecieron hasta muchas horas después.

Yo me acerqué al campamento dando pequeños pasos dubitativos. No era la primera vez que estaba en un maquis y guardaba un mal recuerdo de mi anterior visita. Un grupo de hombres, que paseaban de un lugar a otro sin hacer nada en concreto, me observaban con atención, controlando cada uno de mis movimientos en silencio. El frío me calaba los huesos. Pero había otra clase de frío en aquel lugar desangelado que llegaba más adentro.

—Busco a Lucien Duval —le dije a un chico joven, que presupuse el más amable.

—No sé dónde está. Tal vez se haya quedado en la cabaña. Te acompañaré.

Le seguí y en un rincón boscoso apareció una rudimentaria cabaña, fabricada con troncos de madera y lonas de paracaídas. Al entrar en ella, me inundó un olor tan fétido, rancio, masculino y decadente que me produjo más tristeza que repugnancia. No podía concebir que el elegante Lucien sobreviviera allí. Pero el hombre al que buscaba no estaba.

—Ha salido con un grupo a cazar algo —comentó un tipo de barba cerrada, como todos ellos, mirándome de arriba abajo.

Me sentí intimidada. Nunca había estado rodeada de hombres que, aunque compartieran mis ideales, hacía meses que no veían a una mujer y se habían acostumbrado a vivir como animales. Ya era mediodía y nosotras habíamos llevado leche, huevos y patatas, lo único que habíamos conseguido. En el centro del campamento había una olla rudimentaria con algo de leña para calentarla. Un hombre, no muy alto, moreno, de piel cetrina y manos callosas, empezó a cocinar.

—Esto va a quedar riquísimo —dijo en español, y rio.

Me acerqué a él y también en español me ofrecí a ayudarle. Entre los dos preparamos una tortilla, que podría haber sido cualquier otro plato, porque mucha apariencia de tortilla no tenía. Aun así arremolinó a unos veinte hombres alrededor de la improvisada cocina.

—¿Eres española? —me preguntó el cocinero.

—No, soy francesa, pero viví mucho tiempo en los Pirineos.

—¿En qué parte? —se interesó el hombre removiendo con brío aquella especie de engrudo.

—En Cataluña, el Pallars.

—La mayoría de los que estamos aquí somos también de los Pirineos, pero de Huesca. —Hacía esfuerzos porque me sintiera cómoda, lo cual era de agradecer.

—¿No sabrás cuándo volverá Lucien Duval? —le pregunté.

—¡Uf! Aquí el tiempo corre de una forma muy diferente. Yo la mayor parte del día no sé ni qué día ni qué hora es. —Amagó una sonrisa—. Ha ido a cazar. Pero, en verdad, no es cazar en el sentido literal, no te lo imagines con una lanza persiguiendo a un jabalí. —Soltó una carcajada—. En las aldeas cercanas nos proporcionan alimentos y él es un hacha consiguiendo lo que necesitamos para, ya

ves, sobrevivir. Tener algo de energía, porque, si no, no podremos pelear contra esos cerdos fascistas.

Así era Lucien Duval, el gran conseguidor incluso en medio de un monte perdido de la mano de Dios. Los hombres, que a ratos no podían evitar mirarme memorizando cada rincón de mi piel, intentaban transmitirme tranquilidad con sus palabras, ya que con las miradas estaba claro que eran incapaces.

—¿Eres su novia? —me preguntó en español otro de los republicanos.

Dudé. Hubiera querido contestar: «Sí, pero él no lo sabe». Sin embargo, asentí con timidez.

—¡Qué suerte tiene! —contestó otro, y en su voz se coló la pena —. Mi novia está en Huesca. —Sacó del bolsillo de una especie de casaca raída la foto de una chica, de tez redonda y peinada con unos cuidados tirabuzones.

—Es muy bonita —respondí.

—Llevamos años sin vernos... Durante un tiempo aún podía enviarle cartas. Pero ahora que estamos aquí me es imposible. Aunque te juro que cuando acabemos esta guerra y los aliados nos ayuden a ganar la nuestra, la voy a tratar como a una reina. —Calló de repente y miró el revoltillo con tristeza.

—Si no se ha casado con otro —soltó un hombre corpulento, con la mirada vacía.

—Que te haya pasado a ti no quiere decir que me vaya a pasar a mí —replicó el otro.

Se miraron como a punto de enzarzarse en una pelea, pero al poco volvieron a rascar lo que quedaba del plato.

Aquellos españoles harapientos, curtidos por el frío y delgados como un cristo habían perdido una guerra y aun así se resistían a sentirse derrotados. Su aspecto hosco me siguió cohibiendo durante

aquel día eterno, hasta que hacia las cuatro se presentó Lucien con otros tres hombres cargando con varios sacos. Lucien era el único que lucía una perfecta perilla. Al verme abrió sus ojos achinados como si se le hubiera aparecido la Virgen de Fátima. No corrió hacia mí, como había hecho Lorenzo con Maylen, caminó a paso ligero y me dijo:

—Pero ¿qué haces tú aquí? —Sonó a reproche y no me atreví a contestar.

Puso los ojos en blanco, me cogió de la mano y como si llevara a una niña pequeña, con un gesto más autoritario que cómplice, me arrastró a un rincón del campamento.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido venir? Es muy peligroso.

—Necesitaba verte. Te echaba de menos.

No me atrevía a ser más explícita, tampoco hizo falta. Su expresión cambió, un brillo apareció en sus ojos y la sonrisa que me dedicó fue la más luminosa que le había visto.

—Mira que ha habido ocasiones... Yo disponía de un comodísimo piso en Niza y una acogedora cabaña en Grasse, y no he ahorrado requiebros para que me hicieras caso. Y tiene que ser aquí, en este lugar inmundo —dijo en un tono divertido por la propia situación desesperante.

—Soy un poco lenta con mis sentimientos.

Volvió a regalarme su peculiar sonrisa y se hizo un silencio extraño, que contenía muchas palabras, pero también una espera tensa.

Me acarició la mejilla y me cogió de la cintura atrayéndome hacia él con la proporción justa entre la seguridad y la dulzura. Olía a muchas cosas, pero no me importaba, porque incluso las menos agradables formaban parte de él. Nuestros rostros avanzaron milímetro a milímetro hasta que me besó. Y mientras nuestras bocas

se buscaban, también lo hacían nuestros cuerpos, rozándose y pegándose con avidez.

Oímos los aplausos del grupo de *maquisards* y algún que otro silbido. Nos habían estado observando durante todo aquel rato, y cuando nos separamos yo tenía las mejillas incendiadas del rubor.

—¡Mucha envidia es lo que tenéis! —les gritó Lucien.

Nos dirigimos hacia una zona apartada de las miradas de los envidiosos *maquisards*. Encontramos un árbol, con unas enormes raíces, en el que nos sentamos. Me pasó el brazo por el hombro y yo apoyé mi cabeza en él.

—¿Cómo te sientes estando aquí? —Solo decirlo me di cuenta de lo ridículo de mi pregunta.

Suspiró.

—He estado en sitios mucho mejores, pero al menos sigo vivo. Como habrás visto, muchas comodidades no se puede decir que tengamos. —Volvía a ser el Lucien Duval irónico de siempre.

—¿Y cómo puede ser que vayas tan arreglado, sin la barba descuidada como tus compañeros?

—Es parte de mi trabajo.

—¿No estarás dedicándote a acompañar señoritas para que se enamoren del maquis de Saint-Auban como hacías en Grasse? —bromeé.

—No. Ya me he retirado de ese oficio. Yo soy el único que entra y sale del maquis y se desplaza a las ciudades. Debo cuidar mi apariencia para pasar desapercibido. Tengo incluso ropa de vestir colgada de un árbol.

—Pero los alemanes te buscan, es peligroso que te acerques a cualquier ciudad.

—¡Me encanta que te preocupes por mí! —Me guiñó el ojo—. Pero lo hago a menudo. —Se apartó para poderme mirar de frente,

sujetándome las manos, y el tono de su voz se volvió más grave—. Estoy preparando una misión muy importante, Chantal. Y créeme que no hay nada que me frustre más que desperdiciar el poco tiempo del que disponemos hablando de ella. Pero tú estás involucrada y no sabía cómo informarte. Sin embargo, ahora que estás aquí... Escúchame bien: tengo una ruta para salvar a un grupo de judíos.

Era imposible, porque las redadas y las deportaciones se llevaban a cientos al día en Grasse y, sobre todo, en Niza. Todas las rutas de escape estaban controladísimas. Pero, más allá de eso, también me quedé un poco frustrada por el cambio de tono de la conversación, porque no es lo que yo esperaba ni deseaba de aquel momento.

—¿Conoces Cassis?

Negué con la cabeza.

—Es un pequeño puerto pesquero a unos veinte kilómetros de Marsella. Desde ahí, con una embarcación pesquera se puede llegar a Córcega, que ya ha sido liberada por los aliados.

—Pero ¿cómo van a llegar los judíos desde Niza o Grasse hasta Cassis? Los apresaría la primera patrulla nazi que encontraran.

—Es aquí donde entráis tú, tus brujerías y tus amigas.

—¿Quieres que los acompañemos hasta allí?

—Sí. ¿Cuántas sois las que tenéis esos poderes?

—Nos llamamos Hijas de Selene y somos cinco —respondí molesta, por su ironía y también porque yo quería fundirme en un excitante beso con él y olvidarme por un rato de la Resistencia.

—Cada una podría acompañar a un grupo de diez a quince personas, que son los que caben en una de esas embarcaciones. Tal vez no sea mucha gente, pero cualquier vida que salvemos cuenta.

—Y una vez allí, ¿cómo volvemos?

Se quedó en silencio.

—No volvéis. Os quedáis en Córcega a salvo hasta que acabe la guerra.

Era demasiada información, demasiados cambios y un plan demasiado diferente al que yo había imaginado para nuestro encuentro. Pero él proseguía:

—No sé la fecha todavía, pero haré que te avisen. ¡No pongas esa cara! En cuanto acabe la guerra iré a buscarte.

Aquel plan, que supondría separarme de él, no era lo que yo quería ni lo que yo esperaba aquel día. En ese momento llegó Maylen cogida de la mano de Lorenzo.

—Siento interrumpir, tortolitos, pero me temo que nos tenemos que ir. Es muy tarde. —Estaba despeinada, con la piel radiante y una sonrisa pícara.

—Ahora te alcanzo, dadnos unos minutos —pedí.

Maylen y Lorenzo nos dejaron solos y fui yo la que buscó sus labios y me aferré a su cuerpo. Él me abrazó con fuerza mientras seguíamos unidos por un beso que tenía los segundos contados.

—¡Chantal, se hace tarde! —interrumpió la voz de Maylen.

—Tienes que irte. —Lucien repitió lo obvio y se puso serio—. Me tienes que prometer que no volverás.

—¿Por qué? —pregunté yo, que ya había planificado un encuentro más prolongado y menos accidentado.

—Porque es peligroso y porque dentro de muy poco nos mudaremos bosque adentro. Ya hemos visto por aquí algunas patrullas de nazis.

—Pues qué remedio, entonces te lo prometo —dije sin esconder el chasco.

—Tendrás noticias de todo lo que te he contado.

Lorenzo y Lucien nos acompañaron hasta el lugar donde habíamos aparcado las bicicletas. El beso de despedida, más frío, menos

urgente, me dejó un sentimiento agridulce, que se fue agriando en el camino de vuelta.

—¡Qué pena que no hayáis podido estar más tiempo juntos! —Maylen incidió en la herida.

—No me lo recuerdes —contesté enojada, y un poco envidiosa de lo bien que se lo había pasado ella.

Seguí decepcionada y malhumorada durante varios días. Yo no quería irme de Grasse ni esperar al final de aquella interminable guerra para volver a ver a Lucien.

Mis amigas reclamaban mi atención y me costaba demasiado dispensársela. Hasta que Inès me dio una noticia que desencadenó una serie de acontecimientos que me sacaron de mi letargo.

Me avisó de que el padre Jérémie necesitaba verme con urgencia. Acudí a la catedral, el religioso me hizo pasar a la sacristía y habló muy bajito, como hacíamos todos en aquellos tiempos en que las paredes tenían oídos.

—Chantal, qué bien que hayas venido —me dijo el hombre, que siempre intentaba mantener el buen humor—. Hay alguien que te está buscando.

Torcí el gesto.

—No, no te alarmes, hija. Es una persona que nos está ayudando. Te aseguro que es de fiar. Además, dice que te conoce.

—Pero ¿cómo se llama?

—Aquí ya sabes que todos tenemos mil nombres... Así que vete tú a saber. Lo único que te puedo decir es que a mí se me ha presentado como Gustav Dubois y que es importante que te reúnas con él mañana por la tarde: a las cuatro en punto pasará por la

perfumería. Debes estar sola, por mucha confianza que tengas con tus amigas.

—¿No le habrá dicho nada de...? Ya sabe..., de nuestro secreto.

—No, por supuesto. Es para mí un secreto de confesión. —Me guiñó el ojo.

El supuesto Gustav Dubois era la última persona que esperaba volver a encontrarme en mi vida.

5

Àreu, 1937

Que te roben un pedazo de tu historia genera una inquietud difícil de manejar. Me obsesionaba, inútilmente, por averiguar cuál era la pieza que faltaba en mi memoria y por qué. Estaba convencida de que así se sentiría cualquier persona en ese trance. Esperaba que Teresa, como buena mujer de fuego, se sulfuraría al descubrir que nos habían sometido al olvido. Pero a mi revelación me respondió con un cansancio y una resignación muy impropios de ella.

—Yo ya no sé qué es lo que nos han hecho esas brujas —dijo abatida—. Y no me importa. Yo no aguanto más aquí. Solo me he quedado para recibir las cartas de mi hermano y para que esas arpías no se apropien de la casa de mis padres, pero me voy a ir... Ya sabes a dónde.

Lo sabía. El secreto mejor guardado de la trementinaire; si bien nunca me lo contó, fui testigo de él.

Se remontaba a mi primer verano en Àreu. Aquella era la estación más tranquila para la mayoría de las trementineras, porque recolectaban cerca de casa y podían dormir en su hogar. Ese nunca fue nuestro caso.

Teresa programaba largas excursiones que nos alejaban de Àreu. Mantenía que las mejores plantas crecen en los enclaves más inexpugnables. Nos desplazábamos hasta la frontera de Francia, para buscar, según ella, un espécimen único. Pero aquellos especímenes eran la mar de vulgares y se encontraban sin mayor dificultad en el valle Ferrera. El espécimen único que no se divisaba en las inmediaciones de nuestro hogar se llamaba Honoré Bertrand, un francés que vivía en una masía enorme, aislada en un prado de difícil acceso. La primera vez que me condujo hasta aquel paraje, me contó que un amigo suyo nos acogería en su casa y enseguida matizó que no había espacio para mí en la vivienda principal y que yo dormiría en una pequeña cabaña cercana. Costaba creer que aquel edificio imponente albergara únicamente dos habitaciones. También me indicó que, mientras estuviéramos allí, nos dividiríamos: yo iría por mi cuenta a recolectar y ella haría lo mismo. No se me escapó que el objetivo era perderme de vista.

La cabaña en la que yo vivía era pequeña, pero agradable. Teresa me traía cada noche un cocido que era más abundante y suculento que la comida que me dispensaba en casa. La trementinaire era bastante tacaña y siempre me alimentaba lo mínimo posible. Sin embargo, en aquel lugar se volvía generosa con la comida e, incluso, llegó a traerme mantas para que no pasara frío. Era otra. La que quería que Honoré Bertrand contemplara.

Durante esos días, que en la mayoría de las ocasiones se convertían en semanas, yo también me transformaba. Disfrutaba de aquella casa para mí sola y jugaba a ser la hija que vivía con un padre, una madre y una hermana que habitaban en mi imaginación. Él era alto y con mostacho, y ella bajita, un poco regordeta y llevaba un delantal a cuadros. Al acostarme les daba las buenas noches. Por fin tenía una familia.

Recorría el campo, fantaseando con que mi hermana pequeña, que se llamaba Elena y tenía la cara llena de pecas, escuchaba admirada los secretos de la tierra que yo le revelaba. En las largas excursiones que llevaba a cabo no temía perderme porque los olores eran mi brújula.

Cuando abandonábamos los territorios de Honoré Bertrand, en el camino de vuelta Teresa se mostraba aún más malhumorada que de costumbre y apenas me hablaba, aunque la primera vez pronunció las palabras más bonitas que le había escuchado: «No digas nada de esto a nadie». «Esto» no era cualquier cosa, era algo que solo sabía yo, un retazo de su vida que me había mostrado, aunque fuera desde una rendija. Y «a nadie» estaba cargado de significado. Porque era su adusta forma de decirme que yo era «alguien».

En la tercera visita, Honoré Bertrand me invitó una noche a cenar en la casa principal y es ahí donde aprecié la esplendorosa transformación de mi patrona. Reía, entornaba los ojos cuando él le hacía algún comentario y me trataba afectuosamente. Honoré Bertrand tenía una mandíbula demasiado prominente cubierta por una barba cuidada. Llevaba un jersey de cuello alto de color mostaza que le apartaba sutilmente de la imagen de un rudo hombre de campo que me había forjado en la distancia. Durante la cena, le pasaba la mano por el hombro a Teresa y ella en una ocasión le acarició la mejilla. El hombre fue amable conmigo e insistió en que tomara postre.

Aquellas cenas a tres se repitieron muy esporádicamente en algunas de nuestras visitas y así fue como me enteré de más detalles de aquel desconcertante hombre. Honoré Bertrand era ornitólogo, que era la palabra más extraña del mundo, sobre todo porque la dijo en francés, *ornithologue*, pero cuando me aclaró su significado no salí de mi asombro. Se dedicaba a estudiar los

pájaros. ¡Y el Gobierno francés le pagaba por ello! Teresa resoplaba porque no entendía que alguien cobrara un sueldo por mirar al cielo y no por descubrir los secretos que escondían las entrañas de la tierra. A mí me hubiera encantado que me pagaran por contemplar a los vencejos.

Honoré y Teresa eran dos seres casi idénticos en lo esencial: dos personas que huían de la gente y nunca podrían sentirse solos en la quietud de la naturaleza. En cambio, en lo anecdótico, que es lo que se ve a primera vista, no tenían nada en común: él era conversador y alegre. Ella, práctica y gruñona.

Debió de ser después de nuestra cuarta visita cuando de regreso se le escapó una lágrima a Teresa. Duró tan poco que podría haber sido un espejismo, pero entonces murmuró: «Si no fuera por mi hermano y por la esposa de Honoré, me quedaba a vivir aquí».

—¿Está casado?

Se giró con tanta furia que creí que iba a abofetearme, pero en lugar de eso escupió palabras.

—Sí, hija, con una francesa de esas liberales que viene a verlo de vez en cuando y a la que no le importaría que viviéramos los tres juntos. Así de claro me lo ha dicho, pero a mí esas cosas no me gustan. No, no, no. ¡Qué horror! No soy esa clase de mujer.

Me alegré de que no fuera esa clase de mujer porque así no corría el riesgo de perder a la insoportable trementinaire, que era mi único punto cardinal. Pero la guerra nos había convertido a todos en otra clase de personas, en otra clase de mujeres. Y Teresa iba a aceptar aquella invitación.

—Por favor, no se vaya aún —le supliqué—. Le pido únicamente que me acompañe a Llavorsí.

—No sé, hija... Yo solo quiero perder de vista a esas dos malnacidas.

—Se lo suplico, solo ese viaje. No me deje sola.

—Supongo que no vendrá de unos días.

Ese fue el único sacrificio que hizo por mí en todo el tiempo en el que convivimos. Y el único que no debí pedirle.

Cuando llegamos a Llavorsí, Chantal nos condujo a un piso con vistas al río, justo delante de uno de los puentes. Era pequeño y no tenía habitaciones, todo estaba a la vista: la cocina, la cama de matrimonio, una mesita para comer y un desván sin puerta al que se accedía por una escalera de madera. El espacio desprendía una fragancia intensa, a pueblo concentrado, y bajo esos olores recios sobresalía el de Eudald. Pero en este caso no tuve que hacer conjeturas, pues ahí estaba él y me saludó con un gesto circunspecto.

Coraline seguía vistiendo de miliciana, con unos pantalones y una camisa que insinuaba calculadamente su escote. Llevaba el cabello suelto, alborotado y los labios rojos, eso sí. Estaba tensa y lo disimulaba mostrando una alegría afectada por nuestra llegada. Nos abrazó sin que nosotras supiéramos cómo responder a tanta efusividad. Eudald únicamente levantó la vista a modo de saludo para después posarla en los grandes ventanales de la casa.

—Es peligroso tenerlos abiertos —soltó antes de cerrar los postigos y sumirnos en una incómoda oscuridad.

—Peligroso, ¿para qué? —preguntó Teresa.

—Para muchas cosas que os he de contar. Pero no os preocupéis, que Eudald y otros soldados nos van a ayudar a salir de esta.

Yo tenía un objetivo: que Coraline me confesara qué era lo que nos había hecho olvidar. Me incomodaba la presencia de Eudald para

abordar el tema, pero no iba a esperar más. Las necesidades de Coraline no iban a situarse una vez más por encima de las mías.

—Coraline, quiero hablar con usted.

—Ay, nena, ¿no puedes esperar? Nos enfrentamos a un asunto muy grave. Y tenéis que estar informadas.

—No, no puedo esperar —respondí con firmeza.

—Ana —intervino Eudald mirándome con dulzura—, créeme cuando te digo que lo que está pasando es muy serio. Sea lo que sea lo que quieres comentar, espera a saber lo que ocurre en estos momentos y estoy seguro de que después Coraline atenderá cualquier asunto que te preocupe. Confía en mí.

En él quería confiar, aunque seguía sin entender qué hacía allí y temía que alguna esencia le estuviera obligando a jugar un papel en aquella historia. Miró a Coraline instándola a hablar.

—No me voy a ir por las ramas. El *Kosmeticón* está en peligro. Hay un hombre, Félix..., alguien a quien conocí en Barcelona, que hace tiempo que me persigue... Tuvimos que huir de él y esa es la razón por la que me casé y vinimos aquí.

Teresa resopló. Una cosa era intuir que habían utilizado a su hermano y otra aquella confirmación tan despegada, tan anecdótica, lanzada a la carrera que pisoteaba sus sentimientos.

—Siento el daño que pueda haber causado. —El mohín de Coraline mostraba un arrepentimiento inexistente—. Pero ahora no hay tiempo de pensar en el pasado. Ese hombre que persigue el *Kosmeticón* es muy peligroso y viene acompañado de otros, probablemente espías.

—A nosotros ese tipo nos engañó —interrumpió Eudald mientras aún digeríamos la palabra *espías*—. Durante el tiempo de la revolución, se hicieron pasar por un escuadrón de la CNT y la FAI,

pero ese hombre no tiene nada que ver con nuestra ideología... Es un fascista.

Eudald volvió la mirada a Coraline, indicándole que tenía de nuevo la palabra.

—Ahora Félix va a venir a buscar el libro. Está en camino. Y tenemos que protegerlo, no puede caer en sus manos —prosiguió Coraline—. Lo que él no sabe es que le hemos tendido una trampa... y lo que también ignora es que va a morir. —El brillo maligno y confiado de sus ojos me asustó.

—Yo me voy. Yo no quiero estar involucrada en este asunto —dijo Teresa haciendo el ademán de levantarse, pero Coraline le sujetó la mano —. A mí déjenme en paz con mis plantas y mis remedios.

—No puede irse.

—¿Qué va a hacer si me voy?

—Es que no va a poder irse —insistió Coraline con suavidad—. La misión que no os revelé en su momento como Hijas de Selene es que tenemos que matar a ese hombre.

—¡Está loca! Si lo llego a saber, nunca hubiera estado de acuerdo. ¡Yo no soy una asesina! Coraline, no sé qué pretende, pero ha perdido la cordura —dijo Teresa acercándose decidida a la puerta.

Se quedó ante ella, plantada.

—¿Qué pasa? Yo me quiero ir, pero el cuerpo no me responde, no puedo abrir la puerta —comentó angustiada.

—Porque tienes que cumplir tu juramento como Hija de Selene.

Nunca había visto los ojos de Teresa tan abiertos, como a punto de saltar de las cuencas en una expresión en la que el miedo y la ira guardaban exactamente la misma proporción.

Coraline se levantó, le sujetó la mano y la acompañó al borde de la cama donde ella estaba sentada.

—No se asuste, Teresa, la razón es esta: tiene que cumplir con su misión como Hija de Selene y después ya será libre para siempre. Cuando esto acabe, nosotras nos iremos a Toulouse. Chantal me ha convencido, es lo mejor. Y podrá decidir si acompañarnos o quedarse aquí. Ya no habrá ninguna amenaza y nadie nos perseguirá nunca más.

Teresa no salía de su estupor y ladeaba la cabeza de izquierda a derecha, negando lo que estaba viviendo. Ni siquiera se había sulfurado, en mi vida nunca había visto su tez tan blanca. Yo compartía en silencio su miedo con tal intensidad que en ese momento el olvido que nos había inducido me pareció una nimiedad en comparación con lo que pretendía aquella monstruosa mujer.

—Créanme, no deben preocuparse, estarán protegidas por mí y por mis soldados —intentó tranquilizarnos Eudald.

—Pero ¿qué pretenden que hagamos nosotras? —pregunté—. Yo también me quiero ir de aquí.

—Ya he dicho que eso no es posible. Y lo que tienen que hacer es muy sencillo —respondió la Máguissa mirando a Teresa—. He quedado en el puente con Félix mañana a las once. Mediante un intermediario hemos acordado que le daré el libro a cambio de una gran cantidad de dinero. Tienen que acompañarme hasta la mitad del puente, donde él nos estará esperando. Yo dejaré el *Kosmeticón* y él el dinero. Entonces lo mataré. Cogeré el dinero, que servirá para que el ejército compre armas para los republicanos.

—Pero eso no tiene ningún sentido. Él cuenta con varios hombres, espías, según han dicho. Nos acribillarán a todas —repliqué asustada.

—Ahí es donde entran Eudald y sus soldados, que los quitarán de en medio —dijo Coraline con una tranquilidad que me puso los pelos aún más de punta.

—¡Nos está pidiendo que participemos en una matanza! —exclamé más aterrorizada que indignada.

—En la guerra mueren muchos hombres, Ana —respondió Eudald —. Nos libraremos de enemigos que acabarían matando a los nuestros.

Chantal permanecía con su cara de figura de cera, contemplando la escena sin abrir la boca, y yo la observaba con la esperanza de que se diera cuenta de la locura que aquello significaba, pero no movía ni una pestaña.

¿Cómo podía ser que nos estuvieran ofreciendo, o mejor dicho imponiendo, aquel plan desquiciado con tanta naturalidad?

—Pero si es tan fácil, ¿por qué nos necesitan? Va usted, Coraline, con el libro, hace el intercambio, mata a quien le dé la gana y a nosotras nos deja al margen —propuso Teresa.

—Eso es imposible, lo siento. —No dio más explicación.

Todas nos quedamos calladas.

—Las veo muy preocupadas, tal vez esto podría mejorar con una esencia de la armonía —ofreció Coraline.

Yo miré a Eudald, que no había parecido sorprenderse ni por la existencia del *Kosmeticón* ni de las esencias. ¿Desde cuándo conocía nuestro secreto? ¿O harían que se olvidara de todo cuando hubiera cumplido con su cometido?

—Por favor, Coraline, no —intervino Chantal—. No es momento de manipular el estado de ánimo de nadie. Ya que Teresa y Ana no tienen más remedio que cumplir con la misión, déjalas que al menos sean conscientes.

—Sí, por favor —la apoyé yo, que lo último que deseaba era una armonía de cartón que me impidiera calibrar el peligro al que me estaba enfrentando.

—Como prefieran. Yo solo lo hacía por ayudar —contestó contrariada.

Estaba anocheciendo y ninguna de nosotras teníamos hambre. Por primera vez renunciamos a la cena de forma voluntaria, no porque no hubiera nada de comer.

—Es importante que descanséis bien —aconsejó Coraline como si al día siguiente tuviéramos que ir a la escuela—. Yo ahora saldré un rato. Necesito que me dé el aire, llevo demasiado tiempo encerrada aquí —dijo con todo el cinismo, para añadir—: Pero, aunque yo no esté, vosotras no podréis salir. El *Kosmeticón* lo impedirá.

Se fue y yo no la escuché volver en toda la noche. La trementinaire y yo nos plantamos como dos pasmarotes ante la puerta porque nuestros brazos no respondieron a la orden de abrirla. La sensación era terriblemente angustiosa. No solo estábamos atrapadas en aquella casa, también lo estábamos en nuestro propio cuerpo.

—Esa mujer es el diablo —soltó Teresa con los puños apretados.

—¿Qué podemos hacer? —le pregunté a mi patrona esperando que ella tuviera, como siempre, alguna solución.

—Nada —dijo, ahora sí con la cara sulfurada—. Si no fuera por ti, no estaría aquí. No quiero ni verte.

Respeté el deseo de la trementinaire y me aparté de ella.

—Subamos al desván a intentar dormir —me propuso Chantal.

La obedecí y las dos nos sentamos encima de la paja que tenían almacenada ahí. Había un sutil matiz en su expresión hierática de siempre que me hacía intuir que ella no estaba de acuerdo con su madre.

—Chantal, por amor de Dios, esto es una insensatez. Cuéntame por qué tu madre quiere matar a ese hombre. ¿Por qué no huimos, que sería lo más razonable?

Inhaló aire profundamente y lo exhaló dejando escapar un cansancio infinito.

—No he podido convencer a Coraline. Está cegada por el odio. Ya te conté la historia de Félix, de ese hombre que nos ayudó con las traducciones y que fue pareja de mi madre... Mi madre le amaba, pero él la dejó de querer. O quizá el poder del *Kosmeticón* despertó en él un anhelo que le enamoró de la ambición de poseerlo... Fuera lo que fuese, él la traicionó y por eso ella quiere vengarse.

Me importaban poco las terribles traiciones que hubiera podido vivir la detestable Coraline, pero tal vez ahondando en lo sucedido podría comprender el disparate en el que estaba inmersa y acaso escapar de él.

—¿Cómo la traicionó?

—Se acostó con una de las Hijas de Selene, Conchita, una mujer que siempre halagaba a Coraline y a quien, ahora comprendo, se la había comido la envidia. La envidia es muy mala, Ana. —Obvié la indirecta —. No sé si él quería a aquella mujer, si ya se había cansado de las excentricidades de Coraline o si simplemente la utilizó. El caso es que ella accedió a robar el *Kosmeticón*. Y mi madre lo descubrió.

—¿Cómo?

—Mi madre siempre lo descubre todo. A ella es muy difícil engañarla. —Respiró hondo—. Coraline enloqueció por la traición de su amiga y del hombre al que amaba. A ella todo el mundo la adora, no está acostumbrada a que alguien no sucumba a su personalidad arrolladora... —Detecté un velado desdén en sus palabras—. Y no lo superó. Así que..., bueno..., hizo cosas malas.

—¿Qué hizo?

—Hay una esencia terrible, que no conocéis. Es una esencia que te obliga a hacerte a ti misma lo peor que le hayas hecho a alguien.

Y mi madre la empleó con Conchita... porque sabía lo que había hecho ella.

—¿Y qué era?

—Había envenenado a su marido. Así que, en cuanto olió la esencia, ella misma preparó el veneno que acabó con su vida. Por mucho que se negara a tomarlo, sus manos lo llevaron a su boca y esta se abrió para ingerirlo. No me puedo imaginar una muerte peor..., sabes que vas a morir y eres tú misma quien va a ocasionarte la muerte, pero no puedes hacer nada por evitarlo. Es monstruoso... Por suerte yo no estaba presente cuando sucedió. Me lo contó mi madre..., y a ella no le pareció tan monstruoso. Después de aquello teníamos que huir y fue cuando Coraline enamoró a Arnau y nos vinimos aquí.

—¿Y cómo le dio tiempo de hacer todo eso sin que Félix os descubriera?

—Aprovechó que él estaba fuera, de viaje. Ya te conté que Félix era también de familia extranjera y que ella siempre decía que coincidían en que los dos eran «extranjeros de sí mismos». Pero él, por lo visto, no era tan extranjero de sí mismo, y seguía sintiendo su patria muy suya. Félix Müller es alemán, aunque se crio en España, y le contactaron de la Abwehr, los servicios de inteligencia alemanes. Buscaban reclutar personas de su perfil: extranjeros que llevaran tiempo en otro país y que no levantaran sospechas. Yo sé que mi madre, cuando aún estaban juntos y eran felices, le aconsejó que rechazara aquella propuesta. Pero él no le hizo caso y, cuando le propusieron que viajara a Berlín, aceptó. Y fue justo en ese momento cuando mi madre aprovechó para vengarse de Conchita y escapar.

—Entonces, ¿ese tal Félix es un espía alemán?

Asintió.

—Por eso mi madre huyó, porque él tenía demasiados contactos influyentes y durante todo este tiempo ha estado preparando su venganza, convencida de que sería él quien nos encontraría. Y como siempre no se equivocaba.

—Pero ¿cómo nos vamos a enfrentar a un grupo de espías alemanes, por mucho que Eudald y sus hombres nos protejan? Todo esto es un despropósito. Además, si los republicanos sabían que era un espía que se había infiltrado en los escuadrones revolucionarios, ¿por qué no lo apresaron y lo fusilaron?

—¡Eso es lo que yo intenté! Quise convencerla de ello. Hubiera sido lo más fácil para todos. Pero mi madre ordenó que no lo mataran. Quiere ser ella quien lo haga. Es su venganza... Por eso también te pedí, cuando te encontraste a aquellos dos hombres que nos buscaban, que no les dijeras nada. Sabía que Coraline los iría a buscar para encontrar a Félix y matarlo. Y tenía miedo de lo que pudiera pasarle... O pasarnos. —Se quedó callada, mirando a un punto indefinido de aquel desván, y después se giró y con los ojos muy abiertos me dijo—: Créeme, yo no quería que nada de todo esto sucediera. Y si pudiera hacer lo que fuera para evitarlo, ni lo dudaría. Pero mi madre ya no me escucha. Ella es así.

Sentí escasa lástima por la chica, por ese amor leal a una madre amorosa con ella y destructiva con el resto de sus semejantes. Pareció que Chantal me leyera el pensamiento.

—A veces pienso que Coraline y yo destrozamos la vida de la gente que nos cruzamos en nuestro camino. Aquel chico, Félix, tan joven, tan inmerso en sus libros de griego, se convirtió en otro cuando una mujer como ella se fijó en él.

—¿Tan joven? —Me extrañó aquel calificativo.

—Sí, esa es otra de las peculiaridades de Coraline. Félix tiene trece años menos que mi madre... A ella siempre le gustan más jóvenes

—dijo con desdén—. Seguramente, si Coraline no se hubiera cruzado en su camino, si no hubiera sabido del *Kosmeticón*, habría sido un buen hombre... O no. Eso nunca podremos saberlo. Cada uno toma sus propias decisiones. —Se quedó ensimismada unos instantes—. Pero cuando todo esto acabe, quiero que empecemos de cero en Toulouse. Las tres, pues dudo mucho que Teresa se una a nosotras. Pero tú tienes que acompañarnos, por favor, Ana, prométeme que vendrás.

En la súplica de Chantal no sé cuánto había de amor hacia mí o de miedo hacia su incontrolable madre.

—Ya veremos —dije para ganar tiempo.

—No, ya veremos no. Quiero que vengas. Eres la única amiga que he tenido. Podemos dejar atrás el pasado y empezar de nuevo.

—Solo si me dices qué es lo que nos hizo olvidar.

Resopló y puso los ojos en blanco.

—A estas alturas tendrías que saberlo ya. ¡Qué poco observadora eres! Fíjate mejor en lo que tienes ante tus narices y encontrarás la respuesta por ti misma.

Ya no quería seguir hablando con ella. Me di la vuelta y durante toda la noche sentí su plácida respiración de dormida mientras yo no pude pegar ojo. Las Frossard, una vez más, jugaban una partida en la que yo solo era una ficha.

6

Grasse, 1944

A las cuatro tenía una cita con un tal Gustav Dubois, pero aquella mañana había un asunto que me inquietaba y tenía un nombre: Aimée Aubert. Había quedado con mi amiga modista cerca de una perfumería de la competencia, un lugar discreto donde nadie esperaría encontrarnos y en el que podríamos abordar una cuestión incómoda.

En mis malhumorados paseos por las afueras de Grasse durante los días posteriores a mi excursión a Saint-Auban, la había divisado a lo lejos en uno de los enclaves menos transitados de las afueras. Y no iba sola. El problema era quién la acompañaba: un soldado alemán con el que no dejaba de besarse y manosearse hasta que se echaron al suelo camuflados entre los arbustos. Me fui por otro lado con la sensación de que estaba sentada encima de un cartucho de dinamita.

Aimée últimamente se mostraba esquiva con nosotras, se excusaba en el trabajo y apenas acudía a nuestras reuniones. Únicamente aparecía cuando contaba con información relevante de alguna de sus clientas alemanas. Me costó, incluso, que accediera a

que nos reuniéramos. Yo estaba muy enfadada y, después de saludarla, sin preámbulos le reproché:

—¿Estás loca o qué? Si los alemanes se enteran de que estás en la Resistencia, te matarán. Y si la Resistencia se entera de que andas con un alemán, también. ¿Qué se te ha pasado por la cabeza?

Fuera lo que fuera, la agachó al instante.

—¿Cómo lo sabes?

—Te vi el otro día a las afueras. Pero tal y como yo te vi, te pudo ver cualquiera.

—Es que no lo he podido evitar, créeme, Chantal.

—¿Vas en serio con ese alemán? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—¿Te has enamorado? —insistí.

Volvió a ladear la cabeza para respaldar la negación.

—Es otra cosa... más intensa.

Yo sabía que Aimée había estado prometida y que la principal motivación fue la insistencia de su familia. Su prometido era un chico agradable y educado, pero ella no sentía nada a su lado. «Debía encontrar un novio y casarme y después tener hijos, ¿no? Pero yo me aburría con él», me confió en una ocasión. Sintió cierto alivio cuando él se alistó y volvió a recuperar cada minuto de su ajetreada vida. Se entristeció cuando murió, porque albergaba sentimientos hacia él, aunque no se pudieran calificar de amor.

—Si no estás enamorada, ¿por qué te pones en peligro? Y nos pones en peligro a todas. ¿Te está obligando a algo?

—No, qué va, no es eso.

—¿Entonces?

Recordó cómo lo había conocido. Ella iba con la bicicleta, tropezó en un bache y cayó. Él, que estaba de permiso aquel día, la fue a ayudar. En el momento en que le tendió la mano para que se

levantara con la mirada clavada en ella, experimentó una excitación inesperada, pero intensa. El soldado no hablaba francés ni ella alemán, pero los gestos sirvieron para comunicarse.

—Y acabó pasando —concluyó sin ganas de continuar.

—Acabó pasando... ¿el qué?

—Hija, pues yo tengo deseos y aquí apenas hay hombres. Y ellos tienen deseos y están aislados en sus cuarteles.

—¿Me estás diciendo que lo que te une a ese soldado es simplemente el sexo?

—No puedes decir que es «simplemente» el sexo. Podemos morir en cualquier momento, ahora, lo único que nos queda es el placer. Y ese hombre —entornó los ojos— es la cosa más increíble que he encontrado jamás.

—Por Dios, Aimée, si ni siquiera podéis hablar en el mismo idioma...

—Precisamente por eso. No lo necesitamos. Y no entiendo qué mal hago. Él no sabe que estoy en la Resistencia. No me puede sonsacar nada, pues no hablamos la misma lengua.

Era peligroso, era dañino, pero de alguna manera la comprendía.

—Aimée, por Dios, ¿no te das cuenta del peligro que corres?

Su respuesta me dejó sin argumentos:

—Sí, y eso lo hace más excitante.

—Tienes que dejarlo, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé, claro que lo sé —respondió contrariada—. Pero ¿con qué voy a sustituir lo único que me proporciona alegría?

—Hija, no lo sé, pero debes romper inmediatamente esa relación o lo que sea que tienes con ese nazi. Porque, si no, vas a quedarte sin vida para tener alegrías.

—¿Me guardarás el secreto? —dijo con resignación.

—Solo si me prometes que esto se va a acabar.

—Te lo prometo.

Podía entender a Aimée, pero sabía que nadie más lo haría. No quería ni imaginar lo que sucedería si, por ejemplo, Viviane se enteraba. Sospechaba que en su balanza pesaría más la lealtad a la Resistencia que a su amiga. Maylen, por ejemplo, podría ser más comprensiva por su romance con Lorenzo, pero dudo que pudiera justificarla sin el paraguas del amor.

La conversación con Aimée me alteró tanto que casi se me olvidó la cita con el misterioso Gustav Dubois. A las cuatro menos cuarto me dirigí a la casa Frossard, uno de los establecimientos más húmedos de Grasse, siempre a la sombra y sin combustible para calentarlo. Un escenario por el que en otros tiempos desfilaron distinguidas clientas husmeando una refinada fragancia que las definiera. Ahora lo único que husmeaban aquellas damas era un pedazo de lo que fuera para llevarse a la boca.

Me había costado convencer a Maylen de que no acudiera aquella tarde a la tienda. Y no porque interrumpiera su jornada laboral, pues hacía mucho que lo que cobraba de mi familia era tan insignificante que difícilmente encajaba en la definición de sueldo. La razón era que mi amiga no se llevaba bien con su padre y, entre pasar frío con él en su casa o hacerlo conmigo en la perfumería, se decantaba por la segunda opción. Acordamos que vendría a las cinco, pues contaba que una hora era tiempo suficiente para despachar aquel enigmático encuentro auspiciado por el padre Jérémie.

Al hombre que entró en la tienda le precedió su inconfundible fragancia, no porque tuviera un carácter marcado, sino precisamente por lo contrario: carecía de ningún rasgo definitorio. Neutra. Aséptica. Vacía. Insulsa. Y a la vez terriblemente característica. Y un

paso por detrás de su olor llegó el supuesto Gustav Dubois. Tan atractivo como de costumbre: alto, rubio, ojos verdes, espaldas anchas. Un prototipo de belleza cuyo atractivo aumentaba por la escasa importancia que él le otorgaba. Y que disminuía por su anodina fragancia, que desarticulaba de un manotazo el encanto físico.

Esbozó una sonrisa tímida.

—Hola..., Chantal Frossard.

No supe cómo reaccionar. No tenía ni idea de qué hacía allí, pero al menos no seguía enojado conmigo.

—Hola, señor Dubois. ¡Cuánto tiempo! —me obligué a responder.

No se puede decir que aquel hombre que ahora respondía al nombre de Gustav Dubois fuera tímido, aunque aquella era la primera impresión que ofrecía al mundo. Encajaba en la definición de hombre serio, formal y extremadamente competente en su trabajo, que es lo que era, aunque su trabajo distaba mucho de ser rutinario.

—Me alegra que nos reencontremos —dijo.

Me sorprendió su perfecto francés sin acento, pues yo siempre le había oído hablar en un impecable castellano con acento catalán, pese a que ninguna de las dos era su lengua nativa.

—A mí también —sonreí.

—No esperaba que nos volviéramos a ver, después de nuestro último encuentro. —No había tono de reproche, aunque razones le sobraban para el rencor—. Pero ya puedes imaginarte por qué estoy aquí.

Ese era «Gustav Dubois», al que yo siempre había conocido como Castor, su nombre en clave en la Resistencia en Toulouse: directo y al grano.

—Debe de ser un asunto muy importante para que hayas cruzado media Francia en plena guerra —me hice la tonta.

—Lo es, y no disimules, porque lo sabes. Pero tengo también otras operaciones muy importantes que llevar a cabo... además de la que te atañe a ti especialmente.

Sabía a qué se refería y no me gustaba.

—¿Y ahora vives en Grasse? ¿No despertará sospechas que en medio de una guerra hayas decidido mudarte aquí?

—Ya sabes que a mí estas cosas se me dan bien. —Hizo una pausa.

Iba impecablemente vestido, con un traje negro, una camisa blanca, un gabán gris y un fedora del mismo color. Demasiado bien vestido para aquellos tiempos de remiendos.

—He alquilado una pequeña casa a las afueras que había quedado vacía. Me temo que perteneció a una familia judía. Tengo pasaporte de Montecarlo y he venido aquí para hacer algunos negocios discretos.

—¿Con los nazis?

Asintió con la cabeza.

—Son humanos con sus ambiciones. Y no son tontos. Algunos de ellos ya dan por perdida la guerra y necesitan a un discreto hombre de negocios que ponga a buen recaudo sus ganancias en bancos de Montecarlo, Andorra y Suiza, ya que en un futuro próximo las necesitarán.

Tuve que contener una carcajada.

—¿Y ese hombre de negocios eres tú?

—Por supuesto.

—¿Y crees realmente que aquí, en Grasse, vas a poder establecer la sede de tu negocio?

—Grasse es un lugar tranquilo, pero bien comunicado. Con un salvoconducto nazi puedo moverme por Niza y Montecarlo, y también por Suiza.

Aquel hombre era increíble. Sin duda, el mejor en su profesión.

—¿Tan claro tienen los alemanes que van a perder la guerra?

—Solo los listos, que son los que me interesan.

—Y tú, que tan bien informado pareces, ¿estás convencido de que será así?

—No puede ser de otra manera. Estoy tan seguro como de que los alemanes que confían ahora en mí serán detenidos y juzgados. Llevaré a esos hombres ante un tribunal de guerra. Así que si tienes noticia de algún nazi que esté en esa situación, háblale de mí.

—Dudo mucho que entre mi círculo se encuentre un nazi influyente, rico y traidor. Pero lo tendré en cuenta.

—Pero, además de todo esto, ya sabes qué hago aquí. Un asunto que nos quedó pendiente en Toulouse... y no me refiero al otro asunto que también nos quedó pendiente.

Hubiera preferido que aquellos dos asuntos siguieran quedando pendientes, pero Castor o Gustav Dubois no lo iba a permitir.

—Esta vez tus trampas no funcionarán. Quiero el libro.

—Mi respuesta es la misma que recibiste en Toulouse: no. No puedo entregarte el *Kosmeticón*. No te lo puedo vender. No lo puedo dejar un tiempo bajo tu custodia hasta que acabe la guerra, porque sé que tu Gobierno nunca me lo devolvería. Me temo que no he cambiado de opinión en este tiempo.

La seguridad de mi voz no se correspondía con mi convencimiento interior, pues estaba ante uno de los mejores espías británicos y, por mucho aprecio que me tuviera, no dudaría en arrebatarme el *Kosmeticón* a cualquier precio.

—Por favor, Erizo. —La crispación acabó con su flema inglesa y le llevó a emplear el nombre en clave por el que me había conocido—. Sé razonable.

—¿Razonable? ¿Te parece razonable que puedas hacerte con un poder inmenso para que tu Gobierno lo emplee a su antojo?

A punto estuve de recitarle un párrafo del libro que tanto ansiaba conseguir: «El *Kosmeticón* no se puede emplear en guerras que solo destruyen los frutos de la tierra. El *Kosmeticón* es tierra, vida y protección. No tiene más ideología y no sirve más bandera que la de las mujeres de la tierra». Pero supe que nada le haría desistir de su misión.

—No voy a discutir contigo, Erizo, quiero decir, Chantal. Ahora ya no se trata de que el Gobierno de Su Majestad quiera esta cosa esotérica que aún no entiendo cómo funciona. Me han tildado de loco cada vez que he hablado de ello, pero sé lo que vi y también tengo claro que estoy muy cuerdo. Se trata de que hay más gente que conoce su existencia. Escúchame bien: hay un agente de la Gestapo que en estos momentos se está dirigiendo hacia aquí con la misión de arrebatarte ese endiablado libro. —Seguía hablando con su habitual flema británica.

—¿Y cómo sé yo que eso es verdad?

—Tienes que confiar en mí: he interceptado una comunicación alemana en la que incluso daban el nombre del agente que está en camino, no tardará más de una semana.

—¿Y cómo se llama?

—Müller.

Me quedé callada, haciendo esfuerzos para reprimir un incontrolable temblor en las manos.

—Dame tiempo —alcancé a responder.

—¿Tiempo para qué? Ese hombre de la Gestapo llegará aquí dentro de seis días. Y tú y tus amiguitas, por muy poderosas que seáis, no podréis mantener el libro a salvo. Os van a matar a todas y se van a llevar el *Kosmeticón*. Y lo van a utilizar para ganar la guerra. Tienes que dármelo ahora o me obligarás a quitártelo.

—Necesito cinco días —le pedí.

—No estoy seguro de que pueda concedértelos.

—Yo estoy segura de que sí —me marqué el farol—. Tenemos entre manos una misión para la que necesitamos el *Kosmeticón*. Después te lo entregaré. No te olvides de que estamos en el mismo bando.

—Eso es cuestionable. Compartimos una misma causa, yo trabajo para mi Gobierno... Cinco días. Ni uno más —zanjó Castor.

—Y después, ¿podrás protegerme a mí, a mi familia y a mis amigas?

El segundo de más que tardó en contestar fue la confirmación de que ni el mejor agente británico podría protegernos de la Gestapo.

—Os sacaremos de aquí.

La conversación había terminado, pero él no se iba.

—Por otra parte, si quieres pasarte por mi casa cualquier día, tu visita sería muy bien recibida. —Me tendió un papel con la dirección.

—Intentaré visitarte —mentí, y se dio cuenta.

7

Llavorsí, octubre de 1937

Cuando el corazón te bombea demasiado rápido es imposible ordenar las ideas. Te falta el aire y, por mucho que intentes serenarte, los pensamientos lóbregos disparan los latidos y viceversa. Incredulidad. Angustia. Ansiedad. Miedo. En ese bucle estaba yo atrapada aquella mañana de principios de octubre de 1937 en la que en contra de mi voluntad formaría parte de un macabro plan en el que moriría mucha gente. Y no me quedaba ni un resquicio de piedad para compadecerlos, porque lo único que me importaba era sobrevivirlos.

Hacia las seis de la mañana Coraline regresó a la casa. Intentó dirigirle la palabra a Teresa, porque escuché como esta gritaba:

—¡Ni me hable!

Bajé seguida de Chantal y me encontré a Teresa, sentada en la misma silla de madera incómoda, y a Coraline preparando la maleta encima de la mesa del comedor, a un ritmo frenético y con las mandíbulas apretadas. Seguía vistiendo de miliciana, aunque había tenido el buen gusto de no calarse una boina.

—En cuanto acabe todo esto, nos vamos. Teresa, sé que está muy molesta conmigo, pero yo creo que lo mejor sería que no se quedara aquí y nos acompañara a Toulouse. ¿Qué va a hacer usted sola en Àreu? —Había dado por sentado que yo las acompañaría sin necesidad de consultármelo.

—¿Se piensa que no tengo otro sitio al que ir que a Àreu? Pues anda muy equivocada —respondió Teresa altiva—. Yo con usted no me voy a ningún sitio. Y lo único que siento es el dolor que le causará a mi hermano, que es un buen hombre a quien usted no se merece. —Mascaba las palabras con rabia densa.

—Yo he intentado cuidar de Arnau como he sabido, pero es que todo se ha complicado —respondió.

El diálogo entre la mujer de agua y la de fuego me distrajo de los latidos de mi corazón, de la anticipación del miedo, tan poderoso o más que el propio miedo. Pero entonces Teresa apuntó una cuestión que me precipitó a un lugar aún más oscuro.

—¿Cómo tiene el cinismo de decir que ha cuidado bien de mi hermano cuando no ha hecho otra cosa que avergonzarlo? ¿Se cree que yo no me entero de lo que pasa aquí? ¿De qué nos iban a ayudar si no esos soldados? ¿Y por qué nos hizo inhalar la esencia del olvido? ¡Para que no recordáramos las cochinadas que debimos de sorprenderle haciendo con ese soldado que no se despega de usted! ¿Se piensa que estoy ciega?

Ciega. Esa era yo. A tientas había estado yo sosteniendo un amor que era una burla mastodóntica, un eslabón del fracaso. Más que ciega: estúpida. Pero mi olfato no había estado ciego y yo había desconfiado de él cuando me indicaba que Eudald había visitado nuestra casa. ¿Dónde estaba mi intuición cuando contemplé cómo asesinaba a un hombre para proteger a Coraline? ¿O cuando le insistía a Arnau en que debía alistarse para dejarle a él el campo

libre? Ni siquiera fui capaz de comprender lo que escondía la impostura de la Coraline miliciana en un país que no era el suyo. Chantal, como siempre, tenía razón: todas las piezas del puzle estaban ante mí y yo no había podido componerlo. Cegada por un amor platónico sin más raíces que mis fantasías adolescentes. Pero cegada, sobre todo, por la envidia que sentía hacia Chantal, a quien había entronado como mi única amenaza. Y mientras, Coraline, con su gusto por los jóvenes, se había convertido en la miliciana que yo no me había atrevido a ser, la que abrazaba a Eudald. La que ahora nos obligaba a jugarnos la vida por una venganza. ¿Cómo puede haber mujeres que siempre se salgan con la suya mientras yo no consigo nada de lo que me propongo?

Incredulidad. Angustia. Ansiedad. Miedo. El bucle se había estrechado, más vertiginoso, más asfixiante, y yo era una pieza hueca en manos de las Frossard.

—¡Puta! —exclamé.

Un insulto de niña rabiosa que no cambiaba nada y que provocó un leve malestar en Coraline.

—¿Cómo te atreves, Ana? Si vuelves a insultarme, no te permitiremos que nos acompañes a Toulouse.

¡Vaya castigo! No iba a ir con ellas ni a Toulouse ni a ninguna parte. Bueno, sí, tendría que seguirlas al matadero, pero si sobrevivía no volvería a verle la cara a ninguna de las Frossard. De hecho, deseaba que nos mataran a todas, porque, aunque yo perdiera la vida, al menos Coraline y Chantal también morirían.

No soportaba que me tocara el mismo aire que Coraline respiraba y me subí de nuevo al desván. Chantal me siguió.

—¡Déjame en paz! —le espeté.

—Lo lamento, Ana, sé que no sirve de mucho, pero debes creerme: lo siento de corazón. Yo no quería que nada de esto

ocurriera. Mi madre se encaprichó de Eudald y él la correspondió sin necesidad de las esencias.

Si pretendía que aquellas palabras me consolaran, estaba consiguiendo justo el efecto contrario.

—¡Vete! —le grité.

Chantal bajó la cabeza y abandonó el desván sin mediar palabra.

La rabia y el dolor ocuparon el tiempo restante hasta que escuché la voz de Coraline indicándonos que había llegado la hora. No me quedó más remedio que abandonar el desván y seguirla, pues mi cuerpo no aceptaba otra orden.

—Ahora vamos a salir las cuatro hacia el puente —nos ordenó Coraline—. Chantal, quiero que te sitúes detrás de mí. Y vosotras dos a mi lado, un poco más adelantadas, pero muy cerca.

Obedecimos el mandato, pues no podíamos hacer otra cosa. El puente adoquinado estaba a escasos metros de la casa. Lloviznaba y unos nubarrones aún más oscuros apuntaban en nuestra dirección. El olor a tierra mojada era agrio, a podrido. Deseaba con toda mi alma empujar a Coraline y tirarla al río, pero una fuerza invisible me lo impedía.

Al otro lado del puente nos aguardaba el famoso Félix, que se daba un lejano aire a Eudald pero con el cabello más oscuro y la tez más blanca. Era también más alto y su delgadez extrema afilaba unos rasgos ariscos. Lo que hacía la escena grotesca era que el hombre llevaba la nariz taponada de algodón y un extraño mecanismo de madera se la aprisionaba para blindar su olfato.

Al lado de Félix había una mujer, rubia y menuda, que sin duda pretendía ser la próxima Máguissa. Una copia barata de Coraline profundamente vulgar, pintarrajeada en exceso y que caminaba arqueando los muslos y dando pequeños pasos ridículos. También llevaba la nariz tapada. Al igual que los tres hombres que los

escoltaban. Eran muy parecidos a los que me había encontrado en Sort, tipos de ciudad de apariencia indolente, sin el cansancio del sol y de la tierra y con una mirada nerviosa, avariciosa y turbia.

Coraline abrazaba el libro contra su vientre y su pecho y ocultaba un revólver sujeto a la cinturilla de su pantalón de miliciana. Un pequeño destello sobre el metal del arma me asustó. Me recordó la absurdidad de aquel plan y las escasas posibilidades de sobrevivir a él. Si mi cuerpo me lo hubiese permitido, hubiera echado a correr en dirección contraria, pero el *Kosmeticón* actuaba como un titiritero que guiaba mis pasos.

—Coraline, no hagas trampas y todo saldrá bien —gritó desde el otro lado del puente Félix con una ridícula voz nasal—. Vamos a encontrarnos en medio del puente. Tú te quedas el dinero y yo el libro, y te prometo que no volveré a molestarte nunca más.

Félix tenía un caminar confiado y chulesco. Y cada uno de los pasos que lo acercaban a mí disparaba las palpitaciones de mi corazón. Aquel hombre sabía lo que se hacía y nuestra Máguissa estaba loca. No me quedaba la menor duda. Coraline, que siempre lograba lo que se proponía, esta vez había sobrevalorado sus posibilidades y nos iba a conducir a la muerte.

La llovizna ganaba intensidad e ignorábamos las gotas cada vez más gruesas y constantes que nos calaban.

Él siguió caminando decidido hacia la mitad del puente y ella hizo lo mismo, parapetada por nosotras, que llegamos unos segundos después del hombre, que con mucho cuidado dejó un maletín de piel ante él. Nos separaban unos cinco metros. Coraline y Félix se clavaban la mirada con una intensidad que desprendía una energía diabólica.

En ese momento, mi miedo se había hecho sólido, ocupaba mi estómago y mis pulmones y apenas me permitía respirar. Todos

olíamos a sudor ácido, el olor del pánico.

Era el momento en el que Coraline debía desprenderse del libro y todos la observaban con impaciencia. A partir de ahí, los sucesos se precipitaron y yo percibí, desde mi posición, únicamente algunos fragmentos de lo que ocurrió.

Una fuerza incontrolable me impelía a colocarme delante del *Kosmeticón* y de Coraline, pero sentí que alguien me asía del brazo, tirando de él con todo su empeño, luchando contra aquel ímpetu centrífugo que actuaba como un potente imán. Caí al suelo y entonces vi que era Chantal la que había tirado de mí hasta caer ella también.

Teresa, sin el agarre de Chantal, no había podido resistir el empuje y se había colocado parapetando el libro y, por ende, a Coraline. Desde el suelo, paralizada por el silbido de las balas que no sabía de dónde procedían, vi que Teresa se desplomaba y caía justo ante mí. Me arrastré como pude hasta ella.

Un irregular círculo rojo se extendió por su pecho y ella empezó a convulsionar, intentando decir algo que se le quedó dentro. Le puse la mano en la frente y contemplé la herida, que crecía como una mancha de aceite.

Levanté la cabeza para comprobar qué sucedía a mi alrededor. La pistola de Coraline humeaba y Félix tenía una señal roja en el hombro. La Máguissa trató de volver a disparar, pero en un rápido movimiento Félix saltó del puente al río. Ella siguió disparando al agua sin mucho tino mientras la corriente arrastraba rápidamente al hombre.

Volví la vista hacia Teresa. Ya no convulsionaba y su rostro seguía comprimido en un gesto de dolor. Chantal, que también estaba echada en el suelo, colocó dos dedos en el cuello de la trementinaire y ladeó la cabeza.

—Ha muerto —me dijo mientras las lágrimas le rodaban por el rostro.

Aquella fue la segunda vez que vi llorar a Chantal Frossard. Yo empecé a sollozar. Coraline dejó de disparar al río, se acercó a nosotras y se arrodilló, al lado del cuerpo de Teresa.

—Pobre mujer —exclamó.

Los disparos habían cesado y Eudald y dos soldados se acercaban desde el otro extremo del puente. Entonces comprendí lo que había sucedido: Coraline nos había utilizado como escudo. Ella sabía que la fuerza del *Kosmeticón* nos obligaría a proteger el libro con nuestro cuerpo. Por eso nos había obligado a acompañarla y por esa misma razón, también, había salvaguardado a su hija colocándola detrás de la comitiva que había conducido a mi patrona a la muerte. Y que podría haberme matado también a mí.

Teresa, que tendría que haber estado retozando con Honoré en un prado perdido de Francia, yacía en un puente por culpa de Coraline. Chantal había decidido salvarme a mí la vida y dejarla morir a ella. Pero no podía estar agradecida.

La trementinaire no fue la única que murió aquella mañana de octubre. El disparo que acabó con Teresa lo efectuó un francotirador apostado en un tejado. Un as en la manga con el que Félix intentó contrarrestar las «trampas» de Coraline. Pero ella siempre jugaba con las cartas marcadas. Antes de ser abatido por Eudald, el francotirador disparó también a uno de los hombres de este, y le provocó una herida sanguinolenta en la pierna que acabó con su vida horas después. El resto de los acompañantes de Félix, los tres hombres y la mujer, murieron por los disparos de los soldados republicanos. Esas balas que silbaban cuando yo no me atreví a levantar la cabeza.

Yo estaba paralizada, desbordada, pero me quedé quieta sin atreverme a moverme, mirando una y otra vez el cuerpo de Teresa mientras esperaba que en algún momento abriera los ojos y despertara de la pesadilla. Incredulidad. Angustia. Ansiedad. Miedo. Esta vez multiplicados por mil.

El olor a pólvora y a sangre era tan insoportable que acabé vomitando al lado del cadáver de mi patrona.

Coraline, en pie, con el *Kosmeticón* bajo el brazo, cogió la cartera con el dinero que Félix había dejado. Eudald llegó corriendo y le dijo:

—No puedes quedarte ese dinero. —No era una orden, sonaba a súplica—. Es para las armas. Los soldados no nos habrían ayudado si no hubiera sido por ese motivo.

—Yo me encargaré de comprar las armas —respondió Coraline decidida.

Eudald no hizo nada. Y no porque estuviera bajo el influjo de ninguna esencia, lo que lo dominaba era otra fuerza igualmente incontrolable.

—Tenéis que encontrar a Félix. Está herido, no llegará muy lejos. Júrame que lo buscarás y lo matarás —le pidió Coraline.

—Te lo juro. Pero, por favor, debes irte de aquí. No sabemos si Félix tiene más hombres tras tu pista. Ahora debes ponerte a salvo.

—Yo quería matarlo —comentó Coraline apenada, como una niña a la que le han quitado un dulce. En ese momento yo la hubiera matado a ella.

—Por favor, Coraline, hazme caso y vete a Francia. —Se aproximó a ella y la besó en los labios y se susurraron algo al oído.

En vez de apartar la mirada, contemplé la escena. Coraline se fue en dirección a la casa y Chantal se me acercó por la espalda.

A nuestros pies, el cadáver de Teresa, al que no me atrevía a volver a mirar.

—Vámonos, Ana, ya no puedes hacer nada por ella —me dijo con suavidad.

—¿Que me vaya? ¿Con vosotras? Por vuestra culpa han matado a Teresa y yo también podría estar muerta.

—Pero no lo estás, gracias a que yo te salvé. —La prepotencia de Chantal era insoportable en aquellas circunstancias.

—¡Tú lo sabías todo! Tú sabías que el *Kosmeticón* nos obligaría a protegerlo y que tal y como nos había colocado Coraline moriríamos nosotras y tu madre y tú estaríais a salvo. ¡Nos utilizasteis! Y solo por una venganza que ni siquiera ha conseguido cumplir.

—Todo esto ha sido muy injusto —dijo Chantal con frialdad—. Pero ya está. No podemos hacer nada. Es hora de mirar al futuro: vente con nosotras a Toulouse. Olvidemos todo esto y empecemos de cero.

Mi relación iba a acabar como al principio de conocerla: cuando con todas mis fuerzas empujé a aquella repelente niña francesa. Como entonces, la pillé desprevenida, cayó al suelo y de igual modo se levantó, se alisó la falda y me soltó:

—Siento el daño que te hemos causado y te agradezco que hayas sido mi amiga. Dentro de quince minutos saldremos y me gustaría que vinieras, pero es tu decisión.

Mi decisión fue no volver a ver nunca jamás a las Frossard. Pero año y medio después agradecí encontrarme de nuevo con Chantal.

8

Grasse, 1944

Había conseguido cinco días para organizar un plan complejo y el primer paso requería comunicarme con Lucien y no en los términos que hubiera deseado. No podía hablar en persona con él y necesitaba a la más rápida de nuestras mensajeras: Inès pedaleó rumbo al maquis de Saint-Auban. La carta que enrolló en el manillar era escueta y no contenía palabras que pudieran comprometer la misión como «Córcega» o «Cassis».

> Lucien, tenemos tres días para emprender el viaje del que hablamos. El libro está en peligro y nosotras también. Tenemos que escapar con nuestras familias y todos los judíos que encuentres. Nosotros seremos dieciocho. Te quiero.

Lo que más me costó escribir fue: «Nosotros seremos dieciocho». Si nuestro plan tenía éxito, no podíamos dejar a nuestras familias en Grasse, porque tomarían represalias contra ellas. Y *represalias* era un eufemismo: las torturarían hasta la muerte.

«Nosotros seremos dieciocho» incluía a Vivian, sus dos hermanos y sus padres; a Maylen y a su padre; a Aimée, sus cuatro hermanos y sus padres, y aquí es donde dudé más: a Sylvie, a Marcel, a Inès y

a mí. Y dudé porque Marcel en su estado difícilmente soportaría dos días de camino a través de las montañas hasta Cassis. Debía encontrar un método más cómodo de transporte para él y no iba a ser fácil. Como tampoco lo sería convencer a Sylvie.

La respuesta llegó el mismo día:

> ¡Qué lenta eres en tus sentimientos y qué rápida en tus acciones! Estará todo preparado, recibirás instrucciones. Tenéis que llegar al lugar acordado dentro de seis días, a las doce de la noche. Yo también te quiero.

Era el tiempo justo. Ya había pasado un día. Necesitaba otros dos para los preparativos y al siguiente atravesaríamos los ciento cincuenta kilómetros que nos separaban de Cassis, lo que nos ocuparía entre dos y tres días. Llegaríamos a tiempo para embarcar rumbo a Córcega. Justo antes de que me encontrara Félix Müller y de que Castor me reclamara el *Kosmeticón*.

Lo primero que hice tras leer la carta fue visitar al padre Jérémie y preguntarle cómo llevaba el encargo que le había hecho unos días antes. El cura bonachón me miró preocupado.

—Necesitaría más tiempo... Es que estas cosas se han de hacer bien.

—No tiene que ser perfecto, solo debe parecerlo. Lo necesito dentro de dos días.

—Lo tendrás, hija, lo tendrás, pero podría haber quedado mucho mejor sin tantas prisas —protestó el cura, siempre tan perfeccionista.

Lo siguiente que hice fue convocar a las Hijas de Selene. Les proporcioné algunos detalles de lo que había ocurrido, pero les escatimé otros. No les mencioné mi encuentro con Gustav Dubois ni su interés por hacerse con el *Kosmeticón*, pero sí les hablé de Félix Müller, un hombre de la Gestapo que perseguía el libro. Muy de pasada comenté que una Hija de Selene había muerto por su culpa

—y de alguien más, pero eso también me lo ahorré—. Aquel hombre, que había saltado a un río y burlado a los soldados republicanos que le perseguían, había hecho carrera en la Gestapo y ahora estaba dispuesto a arrebatarme el *Kosmeticón*. Las Hijas de Selene siguieron la historia con semblantes preocupados y no plantearon ninguna pregunta. Entonces les confié el plan para escapar a Córcega: protestaron, murmuraron, objetaron, y yo callé, les di tiempo para que se hicieran a la idea de que abandonarían sus casas, dejarían el mundo que habían conocido y se adentrarían en uno desconocido, pero seguro. Eso, claro, si todo salía bien. La decisión no resultaba sencilla, pues el riesgo que correrían ellas y los suyos era alto. Las chicas deliberaron, propusieron otras alternativas que ellas mismas concluyeron que no eran realistas y al cabo de quince minutos aceptaron la propuesta.

—Bien, ahora necesito que nos pongamos a trabajar.

—¿En qué? —preguntó Inès.

—En hacer el mayor número de esencias posible. Necesitamos la de convencer; la de que no se nos acerquen, de esta en especial necesitamos preparar una gran cantidad; la de que cumplan nuestras órdenes; la del olvido... Y gran cantidad de todas ellas. Tenéis que ir a buscar los ingredientes que nos faltan y mañana volveremos a encontrarnos aquí a la misma hora.

Inès y yo regresamos juntas y apenas cruzamos palabra. Ella caminaba a toda velocidad, inmersa en sus pensamientos, mientras yo me esforzaba en aguantar su ritmo preocupada por los míos. Al llegar a casa nos sorprendió que las luces del comedor estuvieran todavía encendidas. No dijimos nada, pero nos miramos extrañadas. Normalmente cenábamos en la cocina y a aquellas horas Sylvie y

Marcel, que se definían como aves diurnas, ya hacía un buen rato que se habían acostado. Entramos por la puerta de la cocina y escuchamos la voz de alguien que no pertenecía a nuestra familia. Un hombre que hablaba un francés poco fluido, pero sin un marcado acento alemán.

La respiración se me aceleró incontrolada porque olía algo, que no sabía muy bien qué era, pero que me asustaba. En ese momento, entró Sylvie en la cocina.

—¿Has hecho algo, Chantal? —me preguntó con el rostro aún más desencajado que habitualmente.

Negué con la cabeza.

—Hay un oficial de la Gestapo que quiere verte. Es muy raro, lleva algodón en la nariz y una especie de pinza, dice que es por una herida de guerra. Asegura que os conocisteis hace tiempo, que también fue amigo de tu madre y que al enterarse de que estabas aquí ha decidido visitarte. ¿Es cierto?

Dije que sí con la cabeza, esperando que no se me notara el temblor en las manos.

—Sí, lo conocí cuando estaba en España.

Se tranquilizó y se concentró en lo que había venido a hacer a la cocina.

—No tengo licor ni nada que ofrecerle. El hombre deberá conformarse con un vaso de agua. Si no, que no nos hubieran confiscado los licores —apostilló molesta.

Lo que sucedería a continuación iba a ser profundamente doloroso para todos. En especial para mí. Pese a la guerra, en los cinco meses que había pasado en Grasse había cumplido un sueño que ahora estaba a punto de desmoronarse. Me planteé la posibilidad de huir, pero tenía muy pocas probabilidades de salir indemne.

A Sylvie le costaba, con su parálisis, servir los vasos de agua y aún más transportarlos. Así que cogí yo la bandeja, y di pasos largos, con la barbilla alta, dirigiéndome hacia el cadalso.

El hombre, al verme entrar, frunció el ceño. Saludé tímidamente y les ofrecí a cada uno su vaso, acto seguido Inès y yo nos sentamos cada una en un sillón.

Félix Müller me escrutaba con los ojos muy abiertos, buscando algo en mí que no encontraba. Y que no iba a encontrar. Debía de tener unos treinta y pocos años, el pelo muy corto había acabado con los rizos de otra época y tenía las cejas muy finas, lo cual le confería una apariencia inquietante. La expresión era tan torva como la recordaba.

—Aquí está mi nieta, Chantal, y mi otra nieta, Inès.

—Encantada de saludarle —respondí.

—Un placer —dijo Inès.

El hombre movía la cabeza levemente, de un lado a otro, sin poder disimular su estupefacción. Dio un sorbo al vaso y un gran suspiro.

—No sé qué broma es esta. —Clavó su mirada en mí y me señaló —. Esta señorita no es Chantal Frossard. La conozco bien, conviví con ella en Barcelona.

Las miradas de mi familia se volvieron hacia mí. Conté uno, dos, tres... hasta diez sin decir palabra.

—Pero ¿qué tontería es esta? —exclamó mi abuelo—. Esta es mi nieta, Chantal Frossard, ya se lo he dicho.

—¿Los ha engañado? —me preguntó Félix con la voz sorprendentemente queda.

Y tuve que hablar para destruir el mundo que había construido.

—Es cierto. Yo no soy Chantal Frossard. Me llamo Ana Fernández. Y sí, es verdad, los he engañado.

—¡No digas tonterías! Tú eres Chantal, mi prima —replicó Inès.

—¡Eres una impostora! —exclamó Sylvie enojada.

Marcel miraba a sus sombras con la boca abierta.

—Lo siento mucho. Es verdad, soy una impostora. Soy amiga de Chantal y hui aquí para refugiarme de la guerra y porque mi situación en Toulouse se había complicado mucho. Era mi única salida. Sé que mentiros ha sido lo peor que he hecho en mi vida, pero también quiero deciros que todos mis sentimientos han sido auténticos y que, aunque se haya tratado de un engaño, he cumplido mi sueño de tener una familia.

Marcel seguía sin poder hablar. Ladeaba de un lado a otro la cabeza.

—Me dan igual los sueños que tuvieras, ¡nos has engañado! —gritó Sylvie.

Trescientos diez, trescientos once, trescientos doce, seguí contando. Respiré hondo y con la mayor serenidad posible les dije:

—Lo sé. Lamento el daño que os he causado. Pero ahora tenemos un problema más grave que no nos quedará más remedio que resolver juntos. Dentro de veinte segundos tendremos a un oficial de la Gestapo muerto en nuestra casa.

Ese era el tiempo exacto que faltaba para que el veneno que había ingerido Félix Müller en el vaso de agua causara efecto. Había empezado a sudar a mares, pese a que estábamos en pleno invierno, y aunque intentaba hablar, solo conseguía emitir un sonido gutural. Por mucho que se esforzaba, su mano no coordinaba los movimientos precisos para desenfundar el revólver.

Cuarta parte
El reencuentro

El *Kosmeticón* no se vende. Maldita será por siempre la Máguissa que comercie con él.

CLEOPATRA EN EL *KOSMETICÓN*

1

Francia, 1940

Estaba convencida de que nunca volvería a ver a Chantal Frossard. Y, sin embargo, al cabo de un año y medio la tenía de nuevo ante mí. Más flaca, menos luminosa, pero aún bella y sonriente, hablando con aquella desenvoltura suya con los guardias del campo de refugiados en el que yo estaba confinada.

El sol me quemaba la cara y creí que se trataba de una alucinación provocada por la deshidratación y el hambre. Pero cuando caminó hacia mí, con esos pasos largos, con ese porte inconfundible que se cimbreaba lo justo, entre la provocación y la elegancia, y aquella sonrisa que nunca sabes si es fría o despreocupada, supe que no estaba soñando.

—Ana Fernández, ¿cómo puedes haber acabado en un lugar tan espantoso? —dijo con condescendencia.

No le faltaba razón, porque entre todas mis opciones había escogido, como siempre, la peor. Podría haberme refugiado en Andorra, pero estaba en aquel campo hediondo, un lugar espantoso, como había remarcado la francesa. Eso ya lo sabía yo, aunque si no hubiera sido consciente de ello, si hubiera estado orgullosa de mi

elección, habría acabado dándole la razón, porque ella llevaba puesta la esencia de la obediencia.

No esperó mi respuesta.

—No ha sido fácil encontrarte, créeme. Pero tenía que hacerlo. Ya te contaré. Ahora vámonos, que no quiero perder el tren. Ya lo he arreglado todo, como siempre.

—¿A dónde nos vamos? ¿A Toulouse con tu madre?

Me hubiera ido con el mismísimo diablo para salir de aquel campo, pero nunca con Coraline Frossard.

—¡En tus actuales circunstancias no me digas que aún sigues pensando en lo que pasó! ¡Cómo eres! Pero no hace falta que te preocupes por eso de momento. No, mi madre se ha ido y aún no ha vuelto. Estaremos las dos solas. Han pasado muchas cosas, ya te lo contaré todo. Ahora nos tenemos que ir.

La seguí, no por la esencia, sino por la supervivencia. Chantal, con sus hechizos o con sus encantos naturales, logró que un coche nos acercara a la estación y ya en el tren me tendió un vestido floreado y, sobre todo, limpio para que pudiera cambiarme.

—He conseguido que salieras con un permiso de trabajo como criada. Así que pórtate bien, que ahora eres oficialmente mi sirvienta, y si no, te devuelvo a ese campo tan horrible. —Sonrió, no sé si de la broma o de la maldad, y justo después apoyó la cabeza en la ventanilla y se quedó plácidamente dormida.

Llevaba cuatro meses en el campo de refugiados de Argelès-sur-Mer, al que llamaban campo, por llamarle algo, porque era un pedazo de playa maloliente. Yo, que siempre había querido vivir al lado del mar, maldije que se me concediera mi deseo. El mar era el muro infranqueable de una cárcel sin cobijo. Dormíamos sobre la arena, al raso, en pleno invierno, tiritando por el frío y por la humedad. La arena se colaba en el cuerpo, irritaba los ojos,

resecaba los labios, se convertía en una capa de podredumbre negruzca pegada a la piel. No había letrinas y el olor era tan insoportable que los primeros días llegué a desmayarme. Solo un par de veces, después aprendí a convivir con una náusea continua que me regalaba mi nariz. Poseer un olfato privilegiado se convirtió en una maldición.

Durante el día tenía la suerte de no ser como el resto de las mujeres: un alma en pena sin nada que hacer más que maldecir su destino. Yo tenía algo en lo que ocuparme. De hecho, tenía muchas cosas en las que ocuparme. Ya no me quedaban esencias mágicas, pero en mi fardo me había llevado los remedios de trementinaire que conservaba y cuando se corrió la voz no dejé de visitar a mujeres y niños de cuerpos quebradizos procurando alivios incompletos, pues no estaban a mi alcance las plantas que necesitaba. A tres no pude salvarles la vida: Gabriel, de once meses; Salvador, de cinco años, y María, de doce. En cambio, había olvidado el nombre de las personas a las que sí pude curar.

Poco antes de llegar a Toulouse, Chantal despertó sonriente y me sujetó la mano, como hacía en nuestra anterior vida. Como buena Frossard ignoraba el pasado con intención de borrarlo.

—Ana Fernández, creo que te va a gustar nuestro piso. No es nada del otro mundo, pero desde luego es mucho mejor que el lugar del que vienes.

No me engañó, el piso era pequeño, pero con mucha luz y vistas al río. El comedor era sencillo y el único objeto de decoración, sorprendentemente, era la fotografía de Teresa, Arnau, Chantal, Coraline y yo, que ocupaba un lugar destacado sobre la chimenea.

Como si fuéramos una familia feliz. El cinismo de las Frossard nunca dejaba de sorprenderme.

El apartamento contaba con tres habitaciones y me condujo a la más pequeña. La contemplé desde la puerta y fui dando diminutos pasitos hacia adentro, como si temiera que el suelo se diluyera bajo mis pies y se volviera arena.

—Ahora lávate, que debes de oler a rayos... Yo no me doy cuenta porque he perdido el olfato —musitó con tristeza.

—¿Estás constipada?

—No. Es otra cosa. —Frunció el ceño—. Ya te lo contaré después. Báñate mientras preparo la cena.

Me metí en la bañera con el agua que ella había calentado y percibí un exquisito jabón con aroma de lilas, aquella fragancia me emocionó tanto que acabé llorando. Había llorado muchas veces en el campo de refugiados y la mayoría ni tan siquiera por la penosa situación en la que me hallaba, porque aquella era una desesperación tan compartida con tantas mujeres que estaban mucho peor que yo que no permitía las lágrimas. Siempre lo había hecho cuando nadie me veía y por Eudald y los últimos días en Àreu.

En cambio, en aquel momento lloré de emoción, de placer, porque el olor de aquel jabón me recordaba la existencia de belleza en el mundo. Una sinfonía de olores que me devolvía mi humanidad, porque durante los meses anteriores había sido más ganado que persona.

—Te ha gustado el jabón, ¿verdad? Lo hice yo. Durante un tiempo trabajé en una perfumería —comentó Chantal mientras me servía una tortilla y una rebanada de pan con aceite y sal.

En el campo había comido pan duro y un agua sucia a la que denominaban sopa como único alimento diario y me había acostumbrado a convivir con el hambre continua pellizcándome a

ratos el estómago, a ratos la garganta. Por eso, tragué despacio, como si tuviera miedo a los estragos que aquella riquísima comida sólida pudiera cobrarse en mi cuerpo.

—¿Y dónde está tu madre? —solté impaciente después de cenar.

Frunció la boca con preocupación.

—No lo sé. Hace un mes y medio se fue a Grasse y todavía no ha vuelto. Le he escrito a mi familia, aunque ella me pidió que no lo hiciera porque no quería que supieran que había ido allí. Pero estoy preocupada y pensé que tal vez me pudieran ayudar. Y lo peor es que me ha contestado mi tía asegurándome que ha removido cielos y tierra, que le ha preguntado a todo el mundo que conoce, y que Coraline no había llegado a Grasse. Pero es posible que las cartas se retrasen y ya esté allí.

—¿Y para qué fue si no quería visitar a su familia? —pregunté.

—Se nos habían acabado los concentrados puros con los que preparamos las fragancias del *Kosmeticón*. Nos estábamos quedando sin las esencias. De hecho, quedan poquísimas, aunque, por suerte, tenía la de la obediencia, ya debiste de darte cuenta de que me sirvió para sacarte del campo. Si regresa pronto con esos concentrados, podremos volver a preparar nuevas esencias todas juntas —sonrió.

—¿Y por qué no te fuiste con ella?

—Por dos razones. Una es porque ella quería pasar desapercibida. Además, aseguraba que Grasse no era un lugar seguro para el *Kosmeticón* y que era mejor que yo me quedara custodiándolo. Estaba convencida de que había una persona que haría cualquier cosa para apropiarse de él. Aunque ya sabes lo exagerada que es Coraline a veces. Y la otra razón por la que no quise hacer el viaje es... porque me he enamorado. No quiero separarme de él. —Se le escapó la sonrisa de una niña pequeña—. Yo que pensaba que

nunca me ocurriría algo así... Ahora os entiendo. Es una sensación preciosa.

Que la mujer más fría que conocía se hubiera enamorado fue una noticia tan insólita que, por unos minutos, haber pasado de un campo a una casa en cuestión de horas no resultó tan milagroso.

—Antes de encontrar a Guillaume, yo deseaba que Coraline y yo nos mudáramos a Grasse y así conocer a mi familia. ¡Qué suerte que no lo hice porque, si no, no estaría con él! Eso se lo debo a Coraline. Ella no quería ni oír hablar de aquella posibilidad. Bueno, ya sabes cómo es mi madre..., no le apetecía tener que darle explicaciones a nadie y menos a una familia de la que ya huyó una vez. Desde que llegó aquí llevaba la vida que quería, a la deriva, a su manera como siempre..., y no quería renunciar a todo eso.

Le entraron las ganas de hablar y me contó más detalles de la vida de Coraline, que poco me importaban a no ser que sirvieran para certificar que había tenido una muerte horrible, y no era el caso. Gracias a las esencias habían conseguido que les alquilaran aquel piso a un precio muy bajo. Y dinero no les faltaba, pues contaban con el maletín de Félix que les habían robado a los republicanos. Además, Chantal encontró el trabajo en la perfumería. En Toulouse, desde que llegó, solo tenía un objetivo: salir y emborracharse. Sorber la noche hasta el amanecer.

—Ella es feliz así. Me ha costado mucho entenderlo, porque a mí nunca me ha gustado el alcohol, ya lo sabes. Yo con el cornezuelo del centeno he tenido bastante cuando he necesitado evadirme... y la última vez que lo tomé fue contigo, imagínate si hace tiempo que no lo hago. Pero Coraline no es como yo, ella necesita emborronar esa mente privilegiada que tiene. Ya no la juzgo. La mayoría de las veces llegaba a casa cuando yo me levantaba para ir a trabajar. Pero por la tarde, cuando yo regresaba, tenía la cena preparada y me

contaba sus aventuras de la noche anterior. Aprendí a aceptar sus pasiones, sus amoríos, sus excesos... Me costó un tiempo, no te voy a engañar. Tuvimos algunas discusiones, sobre todo después de irnos de Àreu... —Se quedó mirando a un punto fijo de la pared y rápidamente cambió de tema—. Yo siempre quise que mi madre fuera otra persona y finalmente me he dado cuenta de que estaba equivocada. Sé que a ti te hizo daño, por no hablar..., ya sabes —ni tuvo la vergüenza de pronunciar el nombre de Teresa—, pero es que ella es así, una mujer de agua que arrasa con todo y tiene cosas muy buenas. Y ahora, la echo mucho de menos y deseo que vuelva pronto. —Bajó la cabeza y suspiró.

Había algo bello en la aceptación de la forma de ser de Coraline por parte de su hija, aunque a mí me importaba un rábano. Además, aquello no podía acabar bien: lo que más deseaba Chantal, que era el regreso de su madre, era lo que yo no quería que sucediera.

—¡Ay, Ana Fernández! ¡Deja de poner esa cara! Ya verás que cuando vuelva encuentras la forma de perdonarla y olvidarte del pasado. No te queda otro remedio. Recuerda que estás bajo mi tutela.

—¿Y cómo me encontraste? —pregunté para no seguir hablando de la maldita Coraline.

—Durante todo este tiempo, me estuve carteando con Cinta. Ella me contó que por fin te habías hecho republicana. ¡Qué contradictoria has sido siempre, Ana Fernández! ¡Mira que hacerte republicana cuando era evidente que estabas en el bando que iba a perder la guerra! —rio moviendo de lado a lado la cabeza.

Por suerte, no aludió a las cartas que me envió a mí y que yo quemé.

—Imaginé que habrías huido a Andorra —prosiguió—. Me estuve carteando con ese hombre que te conocía, Jaume Piqué, y me contó

que te esperaba y que nunca llegaste. Así que solo podías estar en uno de esos espantosos campos. A través de mis conocidos españoles averigüé que te habían encerrado en Argelès-sur-Mer. Solo podía sacarte con un contrato de trabajo y comprometiéndome a responder por ti y, bueno, con unas gotitas de esencia para obedecer. Así que te tienes que portar bien, porque ahora, legalmente, eres la criada de Chantal Frossard —recalcó de nuevo.

—¿Y por qué te tomaste tantas molestias?

—Tenía que encontrarte. No podía dejarte allí, pero también hay otra razón. Ahora eres tú quien me va a ayudar a mí.

2

Toulouse, 1940

La petición de Chantal una vez más consiguió sorprenderme, y esta vez muy a pesar suyo.

Aquella noche no pude disfrutar del privilegio de dormir en una cama con sábanas y sin que la arena me despellejara la piel porque no pegué ojo. Durante el tiempo transcurrido en Argelès-sur-Mer mi mente se había ralentizado. No abundaban las ideas que tuvieran un recorrido más allá de lo que debía hacer en el minuto siguiente. Pero, a partir de la conversación con Chantal, los pensamientos se sucedían a un ritmo tan vertiginoso que me agotaban, aunque no lo suficiente como para conciliar el sueño. ¿Podría cumplir el encargo de Chantal? ¿Cómo había sido capaz de exponérmelo con aquella ligereza? ¿Qué estarían haciendo ahora mis compañeras del campo de refugiados? ¿Y Eudald? Sobre todo, ¿qué estaría haciendo Eudald? Todas aquellas preguntas se sucedían, pero no una vez ni dos veces, sino decenas y acaso centenares. Cuando acababa, volvía a empezar desde el principio en un bucle que solo me concedió un respiro cuando se colaron a través de la ventana los primeros rayos de sol, mi cuerpo se rindió y al fin pude dormir.

Me desperté hacia las tres de la tarde y Chantal ya había comido, pero me había dejado un pollo con pasas que me supo a gloria.

—Me gustaría volver a verlo —le pedí en cuanto acabé de engullir el manjar.

Ella sabía perfectamente a qué me refería. Chantal abrió un baúl que tenía en el comedor y con sumo cuidado, como quien sostiene a un bebé, extrajo el *Kosmeticón*. Había añorado aquel libro imponente de olor antiguo y sabio y no solo por lo que era capaz de hacer, sino por aquella atracción, ese amor puro que sentía ante su presencia. Lo acaricié y, sin poder evitarlo, pasé mi cara por la cubierta como un gato. Chantal sonrió.

—¿Cuáles son los concentrados que faltan para poder elaborar las esencias?

—Tenemos problemas con los que no son florales. Como el ámbar, el sándalo, la mirra..., y también con el loto. Cuando mi madre de joven huyó de Grasse se llevó consigo de allí esos concentrados o tinturas. Después, en Barcelona, cuando trabajó en la perfumería, también los consiguió. Pero se han ido acabando. Por mucho que insistí, en la perfumería en la que yo trabajé no los tenían, y la propietaria argumentaba que eran muy caros. Cuando perdí el olfato, ya no pude continuar trabajando en aquella tienda. —Frunció la boca—. Me excusé diciendo que mi prometido no veía con buenos ojos que yo trabajara, pero me dolió mucho, porque me encantaba estar en aquella perfumería... —Se quedó ensimismada unos segundos—. Tal vez te podría encontrar un trabajo allí.

Lo dijo sin darle demasiada importancia, pero yo sí que se la di. Volví a pasar la mano por los grabados de la portada del *Kosmeticón* antes de que lo guardara.

Con el paso de los días entendí que seguir odiando a Chantal no era práctico. La Ana Fernández de hacía un año y medio hubiera tenido la constancia y la voluntad necesarias para lograrlo, pero ahora estaba demasiado cansada. Y la confesión de Chantal sobre la razón por la que me había buscado con tanto ahínco había cambiado las reglas del odio.

La francesa había empezado a notar que algo no funcionaba bien en su cuerpo cuando llegó a Toulouse. Un agotamiento que no remitía por muchas horas de sueño que le regalara fue el primer síntoma. No era un cansancio normal: cada pequeño gesto, incluso levantarse de la cama, suponía una batalla que no siempre vencía. Un día fue a comprar manzanas y la bolsa se le cayó al suelo, incapaz de sostenerla. Le pesaba como si cargara con una tonelada de hierro forjado. No tenía fuerza ni en las manos ni en los brazos y las piernas también le flaqueaban. Confió en que fuera transitorio por la tensión de los últimos días en los Pirineos. Utilizó exactamente ese eufemismo, «la tensión de los últimos días en los Pirineos», para definir el baño de sangre que había provocado su madre.

Pero un día, de repente perdió el olfato y parte de la visión. Y eso sí que la asustó, tanto a ella como a Coraline. Todo era borroso, como si estuviera observando la realidad a través de una nube y solo pudiera intuir los contornos. El mundo se volvió silencioso y aséptico, ya que los olores dejaron de colarse por su nariz. Aquellos síntomas que empezaron una mañana no remitieron en semanas. El médico le diagnosticó histeria, pero ella, siempre tan mental, rechazó aquel dictamen y pasó por la consulta de diferentes especialistas hasta que uno de ellos dio con lo que le sucedía: sufría una enfermedad cerebral degenerativa. Y el pronóstico era lóbrego: ataques como aquel se sucederían, cada vez con mayor intensidad y duración. Le recomendó una dieta, que se diera baños calientes y que tomara

quinina durante las crisis. También reposo, aunque aquello no entraba en sus planes.

Chantal estaba convencida de que si yo trataba los síntomas con mis remedios de trementinaire podría recuperar una vida normal, pues se negaba a ser una enferma. Aquella era la razón por la que me había liberado del campo de refugiados. Se había convencido de que yo podía curarla.

En mi cabeza retumbaban las palabras *enfermedad cerebral degenerativa* y, aunque no alcanzaba a entender con exactitud el término médico, sonaba grave. Y muy fuera del alcance de mis remedios.

—¿Sabes lo peor de todo? —me había confesado con tristeza—. Es que ya no puedo dar mis volteretas y el mundo está demasiado quieto.

Aquella distancia indolente entre lo que ocurría y lo que era ella, granítica ante la tragedia, despertó de nuevo mi envidia. Incluso aquejada de una enfermedad grave, seguía teniendo más recursos que el resto de la humanidad y sobre todo que yo.

Que presupusiera que yo podía encontrar una cura me angustiaba. Cuando le expuse mis dudas, ella respondió que era la mejor trementinaire del mundo y que lo conseguiría. El halago desmedido me dio la medida de su desesperación.

La última crisis había acabado poco antes de que yo llegara y Chantal aún no había recuperado plenamente el sentido del olfato. Me pidió que, mientras no sufriera otro ataque, no abordáramos el tema. Mantenía la esperanza de que, si no hablaba de ello, acabaría por desaparecer, como Chantal Frossard hacía con todo. Pero aquella vez no le iba a funcionar.

Sin volver a mencionar su enfermedad, me llevó a pasear por Toulouse. Yo estaba entusiasmada y soltaba exclamaciones de

sorpresa que me veía incapaz de reprimir. Nunca había visto un lugar donde las calles no se acabaran, siempre desembocaban en otras nuevas que aún no conocía; en el que había más de una tienda de cada especialidad, y más de una iglesia, muchas más, nada recogidas, todo monumentalidad. Pero de lo que más disfrutaba era de los paseos por la orilla del río, donde me cruzaba con otros paseantes como nosotras y ninguno tenía una cara que reconociera. Y olía a río, pero a río de ciudad, que es más untoso, y a las crepes de las paradas y a una hierba fiera y astuta que se colaba por los adoquines.

Durante aquellos paseos, Chantal me hablaba de Guillaume, el hombre del que se había enamorado. La seductora Chantal que jugaba con pericia al coqueteo se comportaba como una niña descubriendo el mundo. Y yo la escuchaba atenta, sin hablar nunca de mí, pues ahora era yo la que guardaba secretos.

—Es relojero. Es una de las razones por las que me enamoré de él. ¿Sabes lo que significa que un hombre tenga el tiempo en sus manos? Que sea meticuloso y perfeccionista para que no se escape un segundo... La primera vez que le vi arreglar un reloj me entró un no sé qué aquí —se tocó el pecho— y un calor en las sienes y pensé: esto es lo que siente la gente, esto es enamorarse de alguien. —Abrió mucho los ojos, como si a ella misma le sorprendieran sus palabras—. Tengo ganas de que lo conozcas.

Me hice una imagen exacta del famoso Guillaume a base de las descripciones que Chantal no escatimaba. Tenía unos rizos que le caían graciosamente por la frente y una mirada azul que la traspasaba. Antes de conocerlo sabía ya del tono grave de su voz, de la fortaleza de sus manos curtidas, del gesto con el que se colocaba un monóculo para trabajar, de lo mucho que disfrutaba viendo comedias en el cine y de los libros que leía, que siempre eran

de filosofía y que ella también devoraba para mantener conversaciones trascendentales con él. Me describió el cuerpo perfecto en el que no sobraba ni faltaba ni un gramo de grasa, pues Guillaume cada mañana practicaba una serie de ejercicios. Además, según Chantal, olía a sabiduría.

Me imaginé a un chico guapo, elegante, listo, con gafitas de intelectual que esconderían unos ojazos azules. Por eso, cuando nos acercamos a la relojería y ella lo saludó desde el escaparate, no salí de mi asombro. Aquel hombre sobrepasaba la cincuentena, tenía una nariz aguileña y la barbilla muy salida, era bastante bajito y vestía desaliñado. Y los idealizados rizos negros estaban grasientos. Sin embargo, cuando ella sonrió, me di cuenta de que la mujer que chasqueando los dedos hubiera conseguido el favor del hombre más guapo de Toulouse estaba realmente enamorada de aquel adefesio. Y mucho. Los ojos le chispeaban y no pude evitar pensar en Eudald y en las ganas que sentía de que me abrazara.

—Usted debe de ser la famosa Ana Fernández. Me alegro muchísimo de conocerla en persona, Chantal no para de hablar de usted y de la bonita amistad que mantienen —dijo el hombre con su voz grave.

—Encantada —respondí un poco impresionada de que Chantal se refiriera a mí en aquellos términos.

—Tenemos muchas esperanzas en que usted pueda ayudarla.

—Pondré todo mi empeño en ello.

El hombre, que a mí no me olía a sabiduría sino a armario cerrado, se giró hacia Chantal, la sujetó cuidadosamente por la cintura y le dio un beso en la frente. Ella le pasaba media cabeza.

—Acabo de leer un artículo de filosofía muy inspirador. Espera un momento. —Se giró a buscar el diario que estaba sobre una mesita

de madera—. Es este. Siento gran curiosidad por conocer tu parecer, esta noche lo comentamos.

—Será un placer —respondió ella acercándose lentamente a su mejilla para darle un beso muy largo antes salir de la tienda.

—¿Qué te ha parecido?

—Bien, se os ve... bien...

—Pero... Ahí hay un «pero», a mí no me engañas. —Nunca la había visto tan interesada en conocer mi opinión.

—Me había imaginado a alguien más joven.

Se rio.

—Es mi madre quien prefiere los chicos jóvenes, a mí me gustan los hombres mayores, incluso en eso no nos parecemos.

La ocurrencia no me hizo gracia. Pero menos gracia me había hecho la frase que había pronunciado Guillaume y que no podía quitarme de la cabeza: «Tenemos muchas esperanzas en que usted pueda ayudarla». Demasiada presión.

Una tarde de primavera, en la que paseábamos por la orilla del Garona, con el guirigay de voces de los vendedores ambulantes y el olor de las caóticas flores que crecían asalvajadas en los márgenes, me preguntó por primera vez por mí: por lo que había sucedido cuando ellas se fueron.

Tragué saliva. Al poco de irse, sufrimos las peores inundaciones que se recordaban en la región. El río se había desbordado con tal virulencia que había arrancado el puente en el que había muerto Teresa. Muchos lo atribuyeron a un castigo divino: Dios vengaba a los curas asesinados. Yo, a ratos, creí que era la maldición de Teresa, que desde el más allá, sulfurada, castigaba la tierra que no la había protegido.

Tras las inundaciones, con la mayoría de los caminos destrozados, apenas tuve trabajo como pasadora. Después, cuando en abril del 38 los nacionales tomaron buena parte del Pallars y la desesperación llevó a muchas personas a cruzar la frontera, yo dejé de encontrarle sentido al trabajo de pasadora. El trayecto era muy duro y muy deprimente. Cobraba bastante, no porque cada persona me pagara mucho, sino porque los grupos eran cada vez más numerosos. No todas las personas que intentaron cruzar sobrevivieron. La primera vez que vi morir a una de ellas fue muy cerca de la frontera, en el tramo final del Pla de Boet. Acompañaba a una familia de dos abuelos, el hijo con su esposa y dos nietos pequeños. Advertí que el abuelo estaba muy cansado y, aunque íbamos retrasados y aún nos quedaban algunas horas de oscuridad para avanzar, les propuse parar a dormir en una borda antes de lo que había previsto. El anciano no despertó.

—Ojalá nos muriéramos todos durmiendo, porque para la vida que vamos a tener... —comentó la nuera con una lucidez dolorosa.

Este fue el primero que vi morir. Hubo más. Cada vez que volvía de un viaje, me decía a mí misma que no quería seguir haciendo de pasadora, porque me dejaba un frío en el pecho que no tenía que ver con las heladas montañas. Yo al principio estaba convencida de que ayudaba a aquella gente, pero después, cuando veía lo que sufrían en las intrincadas montañas de los Pirineos y, sobre todo, la vida que les esperaba al otro lado, dudaba de mi utilidad. Se me pegaba a la piel la tristeza de la gente a la que acompañaba y el dinero me parecía manchado de desesperación.

El ejército republicano prácticamente dejó de controlar la frontera y de perseguir a los pasadores, que al fin y al cabo éramos quienes poníamos a sus familias a salvo.

Mi ilegal oficio era un secreto a voces, aunque lo que nunca me esperé es que fuera Eudald quien me abordara sin ambages. Se presentó en nuestra casa de Àreu, estaba guapísimo aunque parecía bastante mayor de lo que era y su olor había cambiado un poco, era más amusgado, menos soleado.

—¿Cómo estás? —me preguntó clavándome aquella mirada tan penetrante.

—Bien. Si vienes a preguntar por Coraline, no sé nada de ella desde que se fue. —No sé aún por qué fue eso lo primero que le dije.

Él bajó la cabeza.

—Lo sé. He intentado saber dónde estaba por todos los medios y ha sido imposible. Pero no vengo por ella, tengo que pedirte un favor.

Eudald sabía que era pasadora y quería que ayudara al ejército republicano a entrar en el país las armas que llegaban a Francia desde Rusia.

—Sin armas no podemos ganar esta guerra —me dijo con aquella solemnidad idealista que imprimía a sus discursos, que ya pertenecían a otra vida.

Accedí, porque no hubiera podido negarme a nada que me pidiera. Guie camiones y acompañé a soldados con burros cargados de pistolas y fusiles escogiendo siempre la mejor ruta para cada misión. Cambié a personas sin esperanza por soldados inútilmente esperanzados. Salí ganando. La experiencia era menos deprimente y cansada y tenía un punto más aventurero que me hacía sentir muy viva. A Eudald lo veía de vez en cuando, pero poco tiempo, pues siempre tenía prisa. Pero al menos lo veía.

Aquella parte de la historia se la conté a Chantal obviando el nombre de su protagonista. Un soldado anónimo, sin cara ni

nombre, me hizo aquella petición, que acepté por mis ideales republicanos.

Le comenté también que siempre que podía me pasaba por Andorra para dejar en la caja del banco mis ingresos y que en la mayoría de las ocasiones tenía una charla con Jaume Piqué. Aquel detalle llamó su atención: tanto por mi amistad con aquel hombre como por mis ganancias.

—¿De verdad posees una caja en un banco con dinero en Andorra y nunca nos lo contaste? —me preguntó Chantal boquiabierta.

—Sí —respondí con orgullo.

Además de mi dinero, contaba con la ayuda de un hombre respetable que velaba por mí.

—Querida —me dijo Jaume Piqué hacia el final de la guerra—. No sé si te estás dando cuenta de que la guerra la están perdiendo los republicanos, quienes por lo visto se han convertido en tus clientes más habituales, no creas que por aquí no se conocen los trabajos que desempeñas para su ejército. —Aquel hombre tenía ojos y orejas por todos los rincones—. Es momento de pensar en tu futuro, porque cuando entren los nacionales, te meterán en la cárcel. Y en Francia cada vez son más duras las medidas que aplican a los españoles que buscan refugio.

—¿Y crees que me podría quedar en Andorra? —le respondí.

—Tal vez podría encontrarte algún trabajo, aunque con la fortuna que debes de almacenar en el banco te podrías mantener una buena temporada. Decidas lo que decidas, no tardes mucho, porque cada vez se complicará más la situación.

Mi intención era ir a Andorra. Y mientras hacía los preparativos, llegó una carta en la que me comunicaban la muerte de Arnau en el frente.

—¿De verdad? ¡Pobre hombre! No se merecía un final así... —exclamó con una tristeza inesperada Chantal, que había escuchado todo mi relato sin abrir la boca. Apretó los puños y los ojos se le enrojecieron—. Si no se hubiera cruzado en nuestro camino igual estaría vivo.

—Sí, como tanta gente más —reproché.

A Arnau lo lloraron poco. No estaba su hermana para hacerlo y a mí apenas ya no me quedaban lágrimas.

—Estoy cansada, ¿por qué no volvemos a casa? —le pedí, pues ahora era yo la que no quería hablar del pasado.

—Sí, hemos caminado demasiado. Me ha dejado muy triste la noticia de la muerte de Arnau.

No volvió a preguntarme más. Y así me libré de mentirle, pues la siguiente parte de la historia no se la quería explicar.

Los días pasaban y la presencia constante de Chantal me pesaba. Esta vez no porque ella hiciera nada en concreto que me molestara, el problema era que vivíamos juntas, comíamos juntas, paseábamos juntas. Solo la conocía a ella en la ciudad y solo la veía a ella.

Necesitaba un trabajo. Y no solo por el hartazgo de estar pegada a Chantal, sino porque así sería libre. Con un trabajo, ya no dependería de que ella me hubiera sacado de Argelès-sur-Mer con aquel permiso de criada. Y eso me permitiría huir en cuanto su madre regresara.

La rapidez con la que me respondió cuando le propuse que me ayudara a buscar trabajo demostró que Chantal también necesitaba perderme algunas horas de vista. Me propuso que visitáramos aquella misma tarde la perfumería en la que ella había trabajado. No teníamos ya esencias con las que persuadir, pero ella aseguraba que

no serían necesarias, que bastaría con su recomendación, pues la propietaria la adoraba. La tienda era encantadora, un espacio con cuidadas estanterías de madera y frascos de cristal y de porcelana custodiando un mostrador también de cristal. La cantidad de olores espléndidos me atrapó como si estuviera escuchando la melodía más sublime que se pudiera componer. Por primera vez no tuve dudas: iba a trabajar en aquella perfumería.

La propietaria, madame Levy, saludó afectuosamente a Chantal y se deshizo en elogios al jabón de lilas que había formulado. Aunque me presentó formalmente, aquella señora apenas me miró. Era el efecto que causaba tener a Chantal Frossard a mi lado: me hacía invisible. O tal vez era yo la que siempre pasaba desapercibida.

Madame Levy rondaba la cuarentena, era alta como Chantal e iba exquisitamente vestida: una blusa de seda blanca y una falda negra brillante que conjuntaba con unos zapatos de tacón de la misma tela. Era toda elegancia. Las dos se entendían tan bien porque exhibían ese porte distinguido que las hacía planear por encima del resto de la humanidad. Pero mientras Chantal lo llevaba con naturalidad, casi sin poder evitarlo, aquella señora lo enfatizaba hasta parecer demasiado afectada.

Tras varios halagos mutuos y huecos, Chantal derivó la charla hacia el tema que nos interesaba.

—Estimada Marie, quería pedirle un favor. Mi amiga, Ana, que acaba de llegar a Toulouse, está buscando trabajo. Tiene un olfato privilegiado, no se lo puede usted imaginar, y estoy segura de que sería de gran ayuda en la perfumería.

La mujer me repasó de arriba abajo con un gesto de desaprobación.

—Es que en este momento no necesito a nadie. Y, además, ya sabes que para trabajar en una perfumería como la mía, de cara al

público, hace falta tener presencia y prestancia. —La sonrisa de compromiso rubricó el insulto.

Presencia y prestancia. Algo de lo que carecía, yo que era más bien tirando a invisible. Bajé la cabeza mientras Chantal le insistía en que, en cuanto tuvieran alguna vacante, contara conmigo. Cuando salimos a la calle, Chantal se disculpó por lo grosera que había sido aquella señora. Contemplé de nuevo el establecimiento y, sin mediar palabra, entré en la perfumería y Chantal me siguió un poco descolocada. Desconozco de dónde saqué el ímpetu que imprimí a mis palabras.

—Disculpe que la vuelva a molestar. —La mujer arqueó la ceja con sorpresa—. Sé que yo carezco de la presencia y la prestancia que requiere su establecimiento, pero quiero que valore otras habilidades que tal vez le hayan pasado inadvertidas y que podrían ser muy útiles para su negocio. Como ya le ha comentado Chantal, poseo un olfato privilegiado y se lo quiero demostrar, si me lo permite. Usted esta mañana ha desayunado un *croissant* con mantequilla y ha tomado un café con leche. Se ha puesto un perfume de magnolia con unas gotas de azahar. Además —bajé la voz—, está en esos días especiales que tenemos las mujeres. —La propietaria dio un respingo—. El jabón de cerezas que expone en el mostrador y que, seguramente, es uno de los productos que quiere destacar posee un punto demasiado dulce que podría mejorar con un ligero toque más herbal. Los perfumes que ofrece son exquisitos, pero atraen a un público fiel, que siempre apuesta por la misma fragancia basada en una sola esencia. Yo puedo formular otros que captarán el interés de clientas más jóvenes: productos nuevos, sofisticados, diferentes a las opciones de sus madres y de sus abuelas.

Temí que la mujer me echara del local con cajas destempladas, pero cuando se recobró del torbellino de mis palabras, amusgó la

mirada y solo alcanzó a decir:

—Te espero el lunes a las diez. Pero, por favor, Chantal, préstale ropa que le dé más prestancia.

Aquella misma noche decidí escribir a Eudald.

3

Toulouse, 1940

Rebusqué las palabras para escribirle a Eudald, pero todas estaban gastadas y nunca sirvieron de mucho. Y no pude evitar llorar en silencio en mi habitación para que no me oyera Chantal, pues no comprendería mi pesar. No podía confiarle a una mujer que conseguía la atención de quien se proponía lo que era ser yo y estar enamorada de un hombre que solo tenía la cabeza para otra.

Durante un tiempo coincidía a menudo con Eudald, tan guapo con su uniforme de sargento, porque tras la ofensiva de los sublevados Àreu se había convertido en el centro de mando del ejército republicano. El último bastión, arrinconado en la frontera y con las tropas acorraladas contra las montañas de los Pirineos. Nuestro pueblo estaba desbordado de soldados y de refugiados procedentes del Pallars. Antes de la guerra, caminar por el pueblo era un ejercicio de sortear animales. Ahora, apenas quedaban bestias, pero había más personas que nunca en Àreu.

—Siento pedirte esto, Ana —me dijo Eudald una mañana lluviosa —, pero tenemos que tomar tu casa para alojar a los soldados. Yo he intentado que no fuera así, pero son órdenes.

Era algo que ya preveía, pues la casa, que ni tan siquiera me pertenecía, era una enormidad para una única persona. La incertidumbre de no pisar aquel suelo tan mío ni transitar entre aquellas paredes que contenían los recuerdos de mi edad adulta me comprimió el pecho más de lo que esperaba. Podía engañarme argumentando que aquella medida sería temporal, como los soldados fantaseaban con que ganarían la guerra. Ninguna de las dos cosas ocurriría. Miré fijamente a Eudald. Hacía poco que había vuelto del frente, tenía el brazo vendado y no me permitía tratárselo.

—Me iré de casa solo si antes me dejas ver esa herida.

Sonrió sombrío y se quitó la guerrera. Yo seguía obsesionada por aquel hombre aunque no se parecía en nada al joven del que me había enamorado. Su olor se había enmohecido como el musgo que almacenábamos en el granero, pero había algo único, mineral, en su aroma que se mantenía intacto, escondido como esperando a que yo lo descubriera. Y que era irresistible.

La herida del brazo mostraba la huella de un puñal de hoja ancha. Me imaginé a Eudald en un combate cuerpo a cuerpo y eso me estremeció más que aquel corte fétido que supuraba pus con los bordes irregulares y carcomidos y que se resistía a cicatrizar. La infección reptaba por el brazo, que cada vez debía de dolerle más. Lo desinfecté con tomillo y romero y lo regué con vinagre de manzana.

—Espérate, voy a preparar una cataplasma, porque hay infección.

—Gracias, Ana, de verdad, pero es que no tengo tiempo.

—Te he dicho que solo me iré de esta casa por las buenas si me permites curarte la herida —respondí dispuesta a cobrarme como alquiler un tiempo más con él.

—De verdad que lo siento, Ana, lo último que quería era pedirte que tuvieras que abandonar tu casa —me dijo mientras yo

preparaba el remedio con arcilla verde, cebolla y ajos—. Tú siempre has sido muy buena persona, pero son órdenes. Lo entiendes, ¿verdad? —insistió.

—Sí. —Le miré fijamente a aquellos ojos negros, que por un momento muy breve parecieron verme, porque por lo general estaban perdidos—. Pero me tienes que prometer que cada noche vendrás al granero, que es donde yo dormiré, para que te cure la herida.

—No sé si podré..., hay tantas cosas por hacer...

—Entonces me tendréis que sacar por la fuerza de la casa —respondí con una sonrisa cómplice.

—De acuerdo.

Eudald acudió aquella noche al granero y me trajo pan negro con un poco de chorizo. Un verdadero detalle, porque en aquella época todos nos íbamos a dormir con algún que otro calambre en el estómago.

Yo le había preparado una infusión de salvia, ajedrea y corteza de sauce, y le hice prometer que se la tomaría dos veces al día. Volví a retirarle el emplasto para ponerle otro, que ya tenía preparado. Los dos estábamos sentados en los pequeños taburetes que Teresa y yo empleábamos para deshojar plantas y preparar ungüentos. Aquel hombre, que siempre desprendía energía, lucía encogido, como si sostuviera la derrota sobre sus hombros. No sé si la colectiva o la individual.

—No sabrás nada de Coraline, ¿verdad? —Yo imaginaba que hacía mucho que quería hacerme aquella pregunta, pero aun así me escoció.

—No, no he sabido nada de ellas, ni ganas —dije mientras acababa de fijar el emplasto. Y, entonces, lo solté—: ¿Por qué te enamoraste de ella?

Dejó escapar un suspiro muy leve.

—No lo sé. No estuvo bien, sé que ella era una mujer casada y mucho mayor que yo, pero... Está tan viva y es tan diferente a todas las personas que he conocido... Un día entró en la taberna, con aquella seguridad suya, me miró con coquetería y pidió una botella de vino para llevársela. Y ya no pude pensar en otra cosa que no fuera ella, su voz, sus andares... Sabía que en vuestra casa solo estaba Chantal, porque Arnau había salido de viaje a Andorra, y tú y Teresa estabais vendiendo vuestros productos. Llamé a su puerta y ella solo me susurró que no hiciera ruido porque Chantal dormía... —La voz se le quebró—. No sé qué hago contándote estas cosas...

Yo sí que lo sabía: llevaba puesta la esencia de la verdad. Una decisión errónea, dolorosa, como buena parte de las que tomé aquellos días. Entonces ignoraba que conocer el porqué del dolor no lo apacigua, sino que lo multiplica.

—¿Y qué pasó después, cuando ella se fue a Tírvia contigo?

—Eso fue... lo más bonito y lo más terrible que he vivido. Ella y yo luchando mano a mano por la revolución. Coraline tan lista, impresionando a mis camaradas. Me henchía de orgullo... hasta que empezó a llenarme de vergüenza. Porque, por mucho que quisiera mirar a otro lado, era obvio que Coraline no me quería como yo a ella. De hecho, era obvio que no me quería solo a mí... —Bajó la cabeza y el tono de voz—. Siempre había más personas en su vida, más hombres, ya me entiendes... Las peleas eran constantes, pero pese a sus traiciones nunca pude apartarme de ella. Y después ya sabes lo que pasó. Lo de aquel hombre, Félix, que quería matarla por no sé qué que nunca acabé de entender. Porque yo nunca me

creí los cuentos que explicaba de ese libro..., formaban parte de las locuras de Coraline. Pero ahí ya estabas tú. ¡Qué te voy a contar! Se llevó el dinero que nos hubiera servido para comprar armas y no fui capaz de impedirlo. Casi prefería que lo tuviera ella, porque con él podría protegerse. Y cuando se fue, le pedí que me diera una dirección o que me escribiera, pero ella me dijo que no, que había sido muy feliz conmigo, pero que no quería seguir haciéndome desgraciado. —Soltó un suspiro acompañado de una sonrisa irónica —. Yo no deseaba otra cosa que seguir siendo un desgraciado a su lado... Ahora he perdido las dos cosas que más me han importado en la vida: Coraline y la guerra. —Se me quedó mirando.

—Es una historia muy triste, Eudald —fue lo único que se me ocurrió responder.

Cuando se encaminó hacia la puerta, cogí el frasquito con la esencia del deseo y me vertí unas gotas en la coronilla, a la altura de la garganta, en el centro del pecho y en el ombligo. Él se encaminaba a la puerta y yo me quité el vestido raído que llevaba, quedándome desnuda. Nunca me había mostrado así ante nadie y, aunque lo había planeado minuciosamente, el pudor me obligó a cruzar los brazos tapándome los pechos y el pubis. Pero ya no había marcha atrás.

—Eudald. —Se giró y contempló mi cuerpo, sin mirarme a los ojos, con una sonrisa inesperada, y se dirigió a mí para abrazarme.

—Pero ¿sabes que yo no te puedo querer? —dijo para que yo maldijera la esencia que aún le obligaba a ser sincero.

Asentí, con los ojos llorosos. Acarició mis piernas demasiado gruesas, mi vientre siempre un poco abultado, mi cintura ancha y mis pechos pequeños, y lo hizo con una dulzura y con una sabiduría que exorcizaron su última frase. Sus manos, tan grandes y ásperas, eran increíblemente delicadas y sostenían mi cuerpo como si yo

fuera algo valioso a punto de quebrarse. Cuando se posaron en mis caderas, pegué un respingo, porque estaban frías, y él las frotó para calentarlas antes de volver a tocarme. Me besó suavemente muchas veces, mientras envolvía con su mano mi nuca para atraerme hacia él. No sé por qué yo siempre había imaginado que la intimidad con un hombre sería más brusca, pero con él no fue así: sus manos y su boca se tomaron su tiempo en preparar mi cuerpo. Eso sí, mientras lo hacía, incluso mientras entraba en mí, no me miró a los ojos ni una sola vez.

A la mañana siguiente, se levantó aturdido y me sonrió.

—No sabía que eras virgen —musitó—. Gracias. —Y luego añadió algo que no sé si fue cosecha propia o los últimos coletazos de la esencia de la verdad—: Me gustaría poder quererte.

Nunca había experimentado tanto placer y tanta felicidad como en las cinco noches que pasamos juntos. Dormíamos abrazados, y nuestra piel encajaba sin costuras. Yo no podía conciliar el sueño, borracha de su olor, que se hacía más puro y más salvaje cuando hacíamos el amor. Sentía su dedicación cuando nuestros cuerpos hablaban, una dedicación aprendida, mecánica, sabia, pero también inerte. El deseo era un lenguaje que él dominaba sin necesidad de involucrar las emociones.

Era obvio que la guerra estaba perdida y le propuse que escapáramos a Andorra, le conté que tenía dinero ahorrado, que desde ahí podríamos irnos a cualquier otro lugar cuando la situación se estabilizara. Me sostuvo las manos y ladeó la cabeza para que dejara de hablar.

—Ana, esta guerra no va a acabar nunca para mí. Voy a seguir luchando con mis compañeros. Vamos a volver. Además, no puedo estar contigo, ya te lo he dicho. Vete tú y cásate con un buen hombre que te quiera y te merezca.

Más sincero no podía ser, y aun así dudaba de sus palabras. Estaba convencida de que cambiaría de parecer y le repetí una y otra vez mi plan de huir a Andorra mientras le seguía, a él y a medio ejército republicano, escalando el helado puerto de Tavascan. Intentaba caminar a su lado y, aunque el viento gélido y el esfuerzo imposibilitaban el diálogo, yo seguía invocando Andorra y la buena vida que tendría conmigo. En una parada, me dijo:

—Ana, han sido unos días agradables, pero yo nunca seré el hombre que quieres. Déjame, por favor.

«Unos días agradables.» Así resumía él el momento más intenso de mi vida. Después se refugió con sus compañeros y no lo volví a ver. Una vez que llegamos a Francia, le perdí de vista y después me enteré de que como era combatiente lo habían confinado en Vernet d'Ariège, uno de los campos más duros.

Aquella noche en la que había conseguido un trabajo, me propuse escribirle. Para decirle ¿qué? ¿Que se fugara conmigo? Aunque pudiera huir del campo, no podíamos llegar a Andorra sin que nos detuvieran. Y, además, tampoco iba a acceder. Podría liberarlo con un contrato de trabajo, como Chantal hizo conmigo. Fácil no hubiera sido, pero podría haberlo intentado. ¿Para qué? Para que, en el dudoso caso de que hubiera aceptado, viniera a una casa a la que regresaría tarde o temprano la mujer que él amaba.

Rompí la tercera intentona de carta y con ella se quebró aquel hilo de telaraña que me atrapaba a un hombre que no me podía querer. Y las lágrimas que derramaba ya no tenían que ver con aquel amor no correspondido, sino con lo estúpida que había sido por no huir a Andorra, recoger mi dinero y disfrutar de una buena vida.

Aquella revelación me arrojó a la cara todas mis equivocaciones. Había pasado cuatro meses de mi vida en un campo de refugiados como pago por un error que no volvería a cometer. El destino me había dado una segunda oportunidad y la iba a aprovechar, iba a convertirme en la mejor perfumista de Toulouse. A ello me dediqué durante los siguientes meses. Me costó dejar de pensar en Eudald, hasta que un día ya no necesité hacer esfuerzos para lograrlo.

Tenía claro que me sobraban olfato y talento, pero sabía que me faltaban «presencia» y «prestancia». Y, en los primeros días, Chantal me echó una mano para simular aquellos dos calificativos que me eran tan ajenos.

—No te quejes de que eres invisible para la gente, porque eso es una suerte —fue lo primero que me dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no sabes lo agobiante que es que todo el mundo te esté mirando a todas horas, que no puedas pasar desapercibida.

—Lo será para ti, que siempre captas la atención de todo el mundo. ¡Ya me gustaría a mí!

Suspiró ladeando la cabeza.

—No lo es, pero no lo voy a discutir. Tú tienes la suerte de que vas a poder escoger si quieres que te vean o si prefieres pasar inadvertida. Te enseñaré a arreglarte para disimular tus imperfecciones y potenciar tus virtudes. Y ya verás cómo te miran y admiran.

Lo consiguió con una serie de mandamientos que yo debía cumplir a rajatabla. Los labios, siempre rojos; el colorete en diagonal, dibujando unos pómulos que no tenía; rímel en los ojos para alargar mis cortas pestañas; las cejas depiladas; medio tacón para estilizar la figura; cinturones apretados para marcar cintura, y, como

siempre, caminar con la frente bien alta, como si nada fuera importante.

Aquel era el envoltorio que empleaba cuando me tocaba atender a aquellas mujeres de olfato facilón que ansiaban sentirse refinadas. Pero lo más interesante de mi trabajo no tenía que ver con mi apariencia, sino con el tiempo que transcurría en el almacén del local, muerta de calor por la maquinaria que era capaz de gestar el milagro de las esencias.

Poseía el control de la alquimia de la perfumería: en mis manos estaba la belleza etérea del mundo. Aprendí las técnicas para extraer el olor puro, el concentrado de cada una de las flores. Pasé horas en los alambiques de destilación por vapor para robarle su alma olfativa a la lavanda, la rosa y el neroli; empleé las prensas hidráulicas para arrancar la pureza renovada del limón, la bergamota o la naranja, y durante días maceré en alcohol el incienso. Me sumergí en un mundo en que mis únicas emociones las provocaban los olores que yo orquestaba.

Marie Levy, la propietaria de la perfumería, la mujer estirada que levantaba la ceja con escepticismo cada vez que le proponía un nuevo perfume, me soltó:

—No sé si mis clientas aprecian estos esfuerzos, porque tú le dedicas mucho tiempo, pero para mí supone un gasto que no tengo claro que valga la pena.

Estábamos en el almacén y yo, sudada, con el pelo alborotado y las mejillas enrojecidas, me situaba en las antípodas de la presencia y la prestancia. Pero mi seguridad recién adquirida me impulsó a responderle:

—Madame Levy, el mundo de la perfumería ha cambiado. Desde que salió a la venta Chanel n.º 5, usted ya ha visto las colas que se forman en las perfumerías que lo venden. Es una mezcla de esencias

que nadie se había atrevido a formular hasta el momento. Y eso es lo que yo quiero ofrecerle: perfumes únicos, modernos, seductores y elegantes. Me gustaría que oliera el último que he creado.

La mujer, sin mediar palabra, cogió una varilla de cristal e inhaló mi creación, cerró los ojos un instante y cuando los abrió había un reconocimiento prendido a sus pupilas.

—Es bueno. Lo llamaremos Eau de Levy —dijo escueta, mientras subía a la tienda con la varilla pegada a la nariz.

Más me costó convencerla de que teníamos que conseguir mirra, sándalo, flor de loto y ámbar para mis fórmulas, los concentrados que requeríamos para elaborar las esencias del *Kosmeticón*. Abordé la cuestión tras el éxito de Eau de Levy, que fue tal que tuvimos que contratar a más personal para satisfacer una demanda que crecía sin límite.

Logré que madame Levy me subiera el sueldo y que tuviéramos concentrados suficientes para volver a emplear el *Kosmeticón*. Pero entonces ocurrió algo que ya me temía: Chantal sufrió su primer ataque. Y algo que no me esperaba: Francia perdió la guerra contra Alemania. Toulouse, tan vibrante y colorida, se volvió grisácea y apagada bajo la bota del Gobierno colaboracionista de Vichy.

4

Toulouse, 1940

Hacía tiempo que Chantal se sentía fatigada y no tenía razones físicas para ello. No trabajaba e invertía el día en leer libros de filosofía para poder mantener conversaciones eruditas con Guillaume. Las noches solía pasarlas en su casa. A mí no me importaba asumir los gastos de la manutención de ambas. Además, Guillaume era muy generoso con su prometida y costeaba los caprichos de Chantal, que no eran pocos, con una sonrisa complacida.

Yo, por las noches, tocaba la llave de la caja del banco de Andorra y repasaba las notas, que ya sabía de memoria, en las que había ido apuntando el capital que allí se custodiaba. Ya no la llevaba colgada en el cuello: en Argelès-sur-Mer la había cosido a un bolsillo de mi inseparable bandolera y cada noche, desde entonces, antes de ir a dormir la palpaba para comprobar que estuviera en su lugar. No podía sacar mis ahorros de Andorra: me detendrían antes de cruzar la frontera. Pero, aun así, no me importaba. Poseer aquel dinero sin gastarlo me producía paz. Se me ensanchaba el pecho y dormía más

tranquila. Un día Jaume Piqué me había dicho algo que aquellos días me volvió a la mente.

—Va a resultar al final, querida, que eres un poco avara —dijo sonriendo de medio lado.

—¿Por qué? —respondí.

—Pues porque te encanta tener el dinero inmóvil en la caja del banco. No te he visto nunca comprarte nada, ni un vestido ni un sombrero...

Ni se me había pasado por la cabeza por mucho que viera a Chantal o a Coraline adquiriendo todo tipo de objetos para su uso y disfrute. Aquel dinero para mí era una garantía, y gastarlo, una temeridad. Además, no me veía merecedora de aquellos caprichos.

—Nunca se me ocurriría —contesté.

Él rio.

—Es por eso por lo que eres una pequeña avara, pero con los tiempos que se avecinan no haces mal.

En Toulouse, con el dinero de mi sueldo me sucedía lo mismo: lo invertía en pagar el alquiler y comprar comida. Nunca salía a tomar un refresco con mis compañeras de trabajo y de mi ropa se encargaba Chantal, que con su habilidad para negociar en los mercadillos se hacía con telas a muy buen precio que después confeccionaba. Nunca había tenido un armario tan bien surtido: poseía más vestidos de los que podía lucir en una semana.

La angustia que le producía que su madre no regresara y el estallido de la guerra sumieron a Chantal en un estado abatido que yo identifiqué como un brote de su enfermedad. A ratos le cambiaba el olor y se colaba una nota avinagrada en aquella fragancia tan chispeante suya a menta y vainilla.

Llevaba tiempo escribiéndose con su familia de Grasse y, cuando le volvieron a confirmar que su madre nunca había llegado allí, se

encerró en su habitación y ni siquiera salió para visitar a Guillaume.

—Mi madre está muerta. No hay otra explicación. Ella nunca me hubiera abandonado, y aún menos al *Kosmeticón*.

Era una mañana de un domingo de junio y me sorprendió que no se hubiera levantado, pues ya eran las diez. Seguía acostada, tan pálida como las sábanas, cuando lanzó aquella afirmación tan lógica, tan argumentada, tan cruelmente realista, tan densa de dolor, tan resignada sin realmente serlo. Y después se quebró al pronunciar la siguiente frase:

—Llevo mucho tiempo sin ella..., pero aun así no puedo hacerme a la idea de no volver a verla.

Aquella mañana se inició el declive de Chantal. Le costaba caminar y se agarraba a muebles y paredes en busca de un equilibrio digno que no alcanzaba.

Había llegado el momento de aplicar mis remedios de trementinaire y rezar para que las esperanzas que había depositado Chantal en ellos no fueran fruto de su desesperación.

Al vivir en una ciudad, carecía de una despensa de remedios naturales a mi alcance. Pero encontré un lugar ideal para surtirme de plantas y flores: la Montaña Negra, un macizo repleto de robles, abetos y pinos que empleaba para preparar la trementina. Cada domingo recorría los cien kilómetros que separaban Toulouse de la Montaña Negra, primero en tren hasta la estación de Castelnaudary, y después en bicicleta pedaleaba más de un par de horas. Me conocían ya el revisor, el conductor y algunos de los trabajadores de la estación que no estaban acostumbrados a ver una chica acarreando unos fardos de los que sobresalían hierbas de todo tipo. El revisor un día me pidió un remedio para su dolor de espalda, que le funcionó muy bien, y desde entonces no me permitía pagar el billete. En aquellos trayectos actuaba como lo haría Chantal,

desbordando simpatía, mostrando interés por las personas que se cruzaban en mi camino. No me imaginé lo útil que me resultaría más adelante.

Con todo lo que había recolectado, inicié el tratamiento de Chantal. Le preparé una infusión de salvia y romero y hierba de San Juan para subirle el ánimo. Y aplicaba un ungüento de árnica con resina en las piernas. Ella siempre protestaba porque por alguna extraña razón le repelía la fragancia terrosa y resinosa de la flor.

Hasta que el 13 de junio dejó de lamentarse.

—Has perdido el olfato, ¿verdad?

Asintió con resignación. Recuerdo con exactitud la fecha porque al día siguiente los alemanes entraron en París.

—El mundo se está acabando. No me puedo creer que los nazis, con ese payaso de bigote ridículo, nos hayan ganado la guerra... Y yo enferma. Y sin mi madre cuando más la necesito.

Nos abrazamos compartiendo el miedo al futuro, que ya era presente. Un presente lóbrego e impotente. Otra guerra injustamente perdida.

Pero, de pronto, se recompuso y me dijo:

—Vamos a preparar esencias para proteger la casa y a nosotras.

Chantal, que en ausencia de su madre era la nueva Máguissa, preparó con cierta lentitud y torpeza las mismas esencias que años atrás elaboramos para proteger nuestra casa de Àreu en la guerra civil. Fue gratificante volver a sentir que la magia estaba de nuestra parte.

Durante los días siguientes, las calles se abarrotaron de refugiados del norte que huían de la ocupación. Muchos dormían en la calle y Chantal y yo queríamos acoger en nuestra casa a alguno de ellos, pero Guillaume, que visitaba frecuentemente a su prometida, se negó. Él se mostraba exultante, y dibujaba una sonrisa irritante.

—Esta gente tiene que volver a su casa para que la situación se normalice. Ni se os ocurra meter a ninguno de esos traidores en esta casa. Los alemanes son gente civilizada, que quieren un mundo más ordenado, no hay nada que temer —comentó aquel hombre bajito de pelo grasiento.

Chantal, que había hecho un esfuerzo tremendo saliendo de la cama y arreglándose, le replicó:

—Pero ¿qué estás diciendo, Guillaume? ¡Nos han invadido! Hemos perdido la guerra.

El hombre negó con la cabeza mientras se servía otra copa.

—Cariño, los alemanes saben lo que se hacen. ¿No has leído a Nietzsche, a Hegel, a Schopenhauer o a Heidegger, que es el mejor filósofo vivo? Ellos poseen un pensamiento superior y nos darán la estabilidad que tanta falta le hace a nuestro país. Además, nos librarán de los comunistas y de los...

—Por favor, no continúes, Guillaume, estoy muy mareada y lo último que necesito es discutir contigo.

—Bueno, no te preocupes. Ahora te tienes que recuperar, pero yo solo quiero tranquilizarte. El futuro no es tan negro como lo pintan la panda de anarquistas que han campado a sus anchas por la ciudad en detrimento de la gente decente —sentenció, dándole un beso en la frente que ella aceptó con resignación.

Cuando cerró la puerta, Chantal se puso a temblar. Era un día caluroso, pero sus manos y sus hombros se sacudían como en la peor helada de los Pirineos. Tartamudeaba «Aaaaannaaa» sin poder concluir la frase, con un terror en los ojos que dejó paso a un vacío desolador. Me recordó a la expresión del carnero bicéfalo. La acompañé hasta la cama. Preparé una infusión de jengibre y canela de la que solo pudo ingerir un sorbo y tiró por el suelo el resto, incapaz de sostener la tacita ni de tragar el líquido.

Aquella noche me puse la esencia de la esperanza, y me acosté junto a Chantal. Y durante los días siguientes seguí durmiendo a su lado, despertándome con sus temblores y administrándole remedios cada noche, mientras escuchaba los lamentos de los refugiados que se colaban a través de la ventana. Seguimos durmiendo juntas cuando los refugiados regresaron a sus ciudades o huyeron quién sabe a dónde. Y lo hice también, sin que ella dejara de temblar, cuando el 10 de julio se instauró el régimen colaboracionista de Vichy. Mientras yo le administraba mis medicinas, en las calles de Toulouse cambiaban la esperanzadora máxima que definía a Francia, «Liberté, Égalité, Fraternité», por el lema de un país de rodillas: «Travail, Famille, Patrie». Seguimos acostándonos en la misma cama en invierno; ella ya se había recuperado, pero ninguna de las dos quería dormir sola.

—Me siento cada vez más alejada de Guillaume, no puedo pasar por alto sus ideas —dijo una noche antes de cerrar los ojos.

Germanófilo hasta la médula por su amor a la filosofía alemana, Guillaume había convertido su relojería en el centro de reunión de la Légion Française des Combattants, un grupo de excombatientes de la Primera Guerra Mundial nauseabundamente acérrimos del régimen de Vichy. La LFC, además de promover el apoyo incondicional al mariscal Pétain, era un nido de chivatos que señalaban a anticomunistas y enemigos del régimen para que la policía de Vichy los encarcelara sin perder un segundo.

—Date un tiempo, ahora sería mala idea que te separaras de él —le respondí.

Ella sabía muy bien por qué. Gracias a los contactos de Guillaume habíamos conseguido que no cerraran la Maison Levy cuando despojaron a los judíos de sus propiedades. Habíamos cambiado el rótulo por MAISON PARFUM, para ocultar el apellido judío. La influencia

de Guillaume no pudo impedir que expulsaran al marido de madame Levy del colegio de médicos y que les embargaran el señorial palacete en el que vivían. La familia, con sus tres hijos, se mudó a un sótano sin luz, pero al menos conservaron la perfumería. Mucha clientela no teníamos, pero malvivíamos de las escasas ventas y de la generosidad de Guillaume. Todas las trabajadoras se habían ido y Chantal se pasaba muchas mañanas por la tienda. Los cristales del antes lujoso escaparate habían sido apedreados en varias ocasiones y los recompusimos, enganchando los trozos más grandes y dejando agujeros por los que se colaba el frío. La decadencia de la perfumería que tanto me había fascinado era una metáfora del país, de la ciudad, de mi vida. Pero aun así no tenía comparación con el deterioro de madame Levy, aquella mujer elegante y decidida, que sin peluquería, maquillaje y ropa elegante era la viva imagen del desamparo. Siempre tuvo los ojos saltones, lo que enfatizaba su mirada de incredulidad.

—Yo no puedo seguir con Guillaume para salvar a Marie —me replicó Chantal.

Pero sí pudo.

Su enamoramiento basado en la admiración intelectual se había convertido en un error de cálculo tan estrepitoso como el de cualquier otra mujer que no hubiera contado con la frialdad de Chantal Frossard. Igual que cualquier enamorada que presupone por el físico y cuatro frases un carácter que no existe, ella le había inventado una personalidad basada en la abstracción de unas ideas que se concretaron del peor modo posible. Y de aquella mística que ella le otorgó al hecho de que fuera relojero y «tuviera el tiempo en sus manos».

Guillaume, ajeno a todo esto, era sincero en su amor y en sus cuidados, que nada tenían que ver con su ideología. Y ella se

debatía entre el agradecimiento, el amor que había sentido y deseaba recuperar, y la repugnancia que le producía la ideología de su prometido.

Un día, en la perfumería que ya nadie visitaba, Chantal se movía como un gato enjaulado, con aquella energía suya que volvía a brillar de nuevo tras la enfermedad. Estaba tramando algo y solo nos lo comunicó cuando paró de dar vueltas. Y, como siempre, fue directa.

—Marie, tienes que huir de Toulouse. De hecho, tienes que salir de Francia con tu familia. Aún conservas joyas y ahorros con los que puedes empezar una nueva vida en España. La situación no va a cambiar, y si por alguna razón Guillaume y yo rompiéramos, te quedarías sin protección. Estamos a finales de verano y el camino no será tan duro.

—¿Y cómo lo puedo hacer?

—Te acompañará Ana, que sabe moverse por las montañas.

—¡Yo no puedo hacer eso! —exclamé—. Si me detienen en la frontera, me volverán a recluir en un campo. Además, yo no conozco el camino de la parte francesa.

—Pero te desenvuelves bien —interrumpió Chantal, que como siempre lo había calculado todo—. Además, no hace falta que llegues a España, ya encontraremos pasadores para ese tramo. Simplemente deberás ayudarlos a alcanzar la frontera. A ti se te da muy bien y lo has hecho muchas veces.

—Ana, por favor, sácanos de aquí —imploró madame Levy, que me recordó a sor Mercedes cuando me rogó que le salvara la vida al padre Antonio.

Y, evidentemente, acepté. El plan de Chantal, como no podía ser de otra manera, estaba calculado hasta el último milímetro y, como era de esperar, no entrañaba ningún riesgo para ella. Ignoro cómo

había establecido contactos con la Resistencia y por qué nunca me había mencionado nada, pero tenía la dirección de una librería en la que nos falsificarían la documentación. A la que, por supuesto, tuve que acudir sola.

—Quiero *Eugénie Grandet*, de Proust —le pedí al dependiente, un chico jovencísimo y rubio que me miró muy fijamente a los ojos.

—Me temo que usted se equivoca, ese libro no es de Proust.

—Quería decir de Balzac.

El joven granujiento sonrió y aquella ridícula contraseña le demostró que podía conducirme al sótano, un espacio reducidísimo y polvoriento lleno de libros que olía a orines de rata. Cerró la puerta y habló muy bajo.

—¿Qué necesita?

—Un pasaporte falso, a mi nombre y al de una familia, un matrimonio y tres hijos. —Y le tendí las fotos y un sobre con el dinero que madame Levy me había dado.

El chico lo contó.

—Esto no es suficiente —dijo—. Corremos todos muchos riesgos...

Tenía una dureza en la mirada y en el rictus nada propia de su edad.

—¿Cuánto dinero más haría falta?

—No se trata de dinero. Si le conseguimos los pasaportes, queremos obtener algo a cambio.

—¿El qué? —pregunté sorprendida.

—Tiene que ayudarnos. —No esperó mi respuesta—. Debe llevar unos documentos a un hotel de Andorra, no sé si lo conoce, el hotel Mirador. —Asentí recordando aquel lugar ya mítico para mí donde me bañaba después de mis primeras aventuras como pasadora—. Muy bien, deberá entregar unos documentos a un hombre que la identificará a usted. Por eso no se tiene que preocupar.

¡Claro que me tenía que preocupar! Estuve a punto de salir corriendo de aquella librería, aunque temía que aquel chico granujiento tan resuelto me lo impidiera por la fuerza. Aunque al miedo inicial le sucedió una sensación emocionante, similar a la que experimenté cuando guiaba a los traficantes de armas de la República.

—De acuerdo.

5

Toulouse, 1941

La historia se repitió. Así como me había convertido en pasadora por hacer un favor a sor Mercedes y al padre Antonio, me convertí en miembro de la Resistencia por salvarle la vida a madame Levy y a su familia.

Mi primera misión no fue fácil. En el tren de Toulouse a Foix nos pidieron la documentación en tres ocasiones. Gendarmes con cara de pocos amigos que no se pusieron puntillosos con nosotros al inhalar mi fragancia. Pero sí lo hicieron con otros viajeros: en cada una de aquellas tres inspecciones detuvieron a familias enteras que abandonaron el tren con la mirada aterrorizada. Y nosotros no se la devolvimos: clavamos la nuestra en el suelo.

Después vino la etapa más dura del viaje. Un pasador de la Resistencia me había proporcionado instrucciones del camino que debía seguir. Sabía que un error podía ser fatal, pues mis acompañantes tenían las energías justas para completar el trayecto sin un kilómetro de más. Resollaban sin quejarse. La subida hasta el Port d'Envalira los dejó al borde de la extenuación. Después, la

bajada hasta Pas de la Casa, en Andorra, resultó menos complicada y al completarla pudieron descansar en un refugio de pastores.

—Gracias, Ana —me dijo mi antigua jefa con los labios agrietados y las ojeras más abultadas que había visto nunca—. Me equivoqué contigo: tienes más presencia y prestancia que cualquier persona que haya conocido en mi vida.

Sonreí. Aún les quedaba camino y era bueno que conservara algo de ironía. Me pillaron desprevenida el abrazo que me dio y el dinero que me colocó en el bolsillo, pese a que yo le había dejado claro que no iba a cobrar por acompañarlos. Aquella noche dormimos todos allí. Ellos se tomarían un día más para recuperar fuerzas y volverían al agotador trayecto que les quedaba por delante guiados por otro pasador de la Resistencia. Yo tenía otro cometido: debía «pagar» los documentos falsificados visitando mi añorado hotel Mirador.

Caminar sola por la montaña me devolvió la conexión con la naturaleza que la ciudad me había amputado. Recuperé a mi Ana Fernández agreste, que se bañaba de cielo entero, no a pedazos como el de la ciudad. Me llevó otro día llegar a Andorra la Vella, tomándome algunos descansos porque yo tampoco podía con mi alma.

Antes de acercarme al hotel, me adecenté como pude, me cambié de ropa e incluso me pinté los labios de rojo en un intento de disimular el cansancio extremo que recorría mi cuerpo. Con un bonito sombrero que me había prestado Chantal escondí el agotamiento de mi rostro.

Andorra la Vella había perdido la pureza de una diminuta urbe rodeada de imponentes montañas y se había rendido al trasiego de personas desconfiadas que miraban de reojo.

Me planté ante el hotel, sin atreverme a dar un paso adelante, cuando escuché una voz con acento catalán:

—Charlotte, ¡no sabía dónde te habías metido!

Me giré y vi a un hombre guapísimo: alto, rubio, ojos verdes, espaldas anchas. No debía de tener más de treinta años y lucía la sonrisa forzada de las personas que no ríen mucho porque tienen otras cosas más importantes que hacer. Aquel joven tan atractivo se acercó a mí con paso decidido y me abrazó. Su olor, vacío y aséptico, acabó con la ilusión de su belleza y le arrancó el poder de seducción que le había presupuesto.

Me cogió por la cintura con familiaridad y me susurró:

—Sígueme el juego. Si te preguntan, soy un vendedor de ganado español y tú eres mi esposa francesa y acabas de visitar a tu madre enferma.

Asentí. Iba bien caracterizado en su papel. Tal vez demasiado impecable, pero teniendo en cuenta las penurias que vivía España en aquel momento alguien con solvencia para viajar a Andorra por negocios se podría permitir vestir bien.

Cuando llegamos a la recepción del hotel, recogió la llave y animado me agarró de la mano y me condujo a la habitación. En aquel momento sentí miedo y no porque llevara unos papeles de la Resistencia, sino porque me imponía estar a solas con un hombre en la habitación de un hotel.

La estancia era mucho más modesta que la que me habían adjudicado en mis buenos tiempos de pasadora y no tenía ni bañera ni baño, solo un triste orinal.

El hombre se sentó al borde de la cama y yo me quedé de pie enfrente de él, mirando al suelo.

—Estimada Charlotte Moreau —aquel era el nombre de mi documentación falsa—, un placer conocerte y estar casado contigo. —Era extremadamente formal, sin un punto de complicidad en sus

palabras—. Yo me llamó Xavier Capdemunt y creo que tienes algo para mí.

—Sí, claro.

Saqué el papel que había enrollado en un envase de perfume vacío y se lo tendí.

—Por favor, siéntate, debes de estar agotada.

—Sí, la verdad.

Me senté en la cama tan alejada como pude de él.

—No me mires así, que no me he comido a nadie —soltó con la misma seriedad.

—Es que... esta situación es un poco extraña para mí.

—Lo entiendo. Vamos a hacer una cosa, yo me voy a ir a arreglar unos asuntos y tú duerme un poco.

Eran las tres de la tarde, y en cuanto cerró la puerta me dormí vestida y no me desperté hasta el día siguiente, alrededor de las siete de la mañana. Al abrir los ojos, me sentía protegida y descansada, hasta que me di cuenta de que «mi marido» estaba abrazado a mí roncando suavemente en mi oreja. Le aparté con brusquedad y él se despertó sobresaltado.

—Tranquila, no te he hecho nada —dijo—. No me he dado cuenta y te he abrazado.

—Lo siento, es que no me lo esperaba.

—No pasa nada —dijo incorporándose—. Es normal... Lo lamento. Si quieres darte un baño, hay un lavabo comunitario en la planta. —Me lo tomé como una indirecta sobre mi olor corporal—. Después vuelve a la habitación, que tenemos que tratar algunos temas.

Cumplí sus órdenes y lavarme y cambiarme la ropa me animó. Él también parecía contento cuando entré en la habitación.

—Lo has hecho muy bien, «Charlotte» —dijo con un punto de retintín—. Por cierto, ahora que estás en la Resistencia necesitarás

un nombre en clave. Yo soy Castor. Y viendo cómo te has puesto al despertarte he pensado que podrías llamarte Erizo.

—No es un hombre muy bonito —protesté.

—A mí me encantan los erizos. ¿Los has comido alguna vez?

—No, nunca.

—Bueno, cuando acabe la guerra los tendrás que probar. Pero debemos hablar de otras cuestiones. Necesito que volvamos juntos a Toulouse.

—¿Juntos?

—Sí, un hombre casado siempre despierta menos recelos. Y tú ya has demostrado ser una buena esposa. —Esta vez sí que intuí una sutil ironía.

Me veía sin fuerzas para atravesar de nuevo los Pirineos.

—No te preocupes —dijo leyéndome el pensamiento—. Soy un ganadero con recursos que está haciendo mucho por el Gobierno francés: nos llevarán en coche oficial buena parte del camino. Eso sí, nos quedará otra parte del trayecto que solo podemos hacer a pie.

—Si no queda más remedio... Pero antes de irnos necesito un momento para visitar a un viejo amigo.

Arrugó la boca.

—No es muy buena idea que visites a nadie que recuerde tu nombre auténtico.

—Es alguien de total confianza —aventuré.

—¿Cómo se llama? —preguntó con un tono severo que me hizo recordar que estaba a solas con un hombre que con toda seguridad iba armado.

—Jaume Piqué —respondí.

—De acuerdo. Él es de confianza. Pero no tardes mucho.

Jaume Piqué amagó una sonrisa sin rastro de sorpresa al verme.

—Sabía que estabas aquí, y también que ahora eres una francesa felizmente casada con un castor —me susurró aquel hombre, que controlaba cualquier movimiento desde su diminuto y acogedor despacho—. Me alegro de que estés bien. Recibí las cartas de tu amiga, Chantal Frossard, que compartía mi preocupación por tu futuro. Siempre pensé que vendrías a Andorra.

Bajé la cabeza.

—Al acabar la guerra, no tomé muy buenas decisiones.

Él sonrió.

—¿Y ahora vienes a establecerte aquí?

Se me había pasado por la cabeza. Lo tenía fácil: podía negarme a acompañar a Castor e instalarme en Andorra. Aquella sí que hubiera sido una buena decisión. Pero no fue la que tomé: no sé si por una lealtad súbita a Chantal, porque la aventura que estaba a punto de vivir me seducía o porque quería luchar contra el fascismo. Amistad, vivencias o ideales. Una mezcla de todo aquello me llevó a responder:

—No, me vuelvo a Toulouse.

Las comisuras de sus labios apuntaron al suelo con decepción.

—Entonces, imagino que querrás llevarte tu dinero.

Aquella posibilidad era aún más remota. Para que aquel dinero me diese tranquilidad necesitaba que estuviese ahí quieto, esperándome, aunque mi situación económica fuera precaria sin el trabajo en la perfumería. Debía de ser una pequeña avara, como me había calificado tiempo atrás mi interlocutor, porque nunca me había planteado la posibilidad de retirarlo del banco. Lo que pretendía con mi visita era justamente lo contrario.

—No, de hecho he venido a pedirte un favor: necesito que deposites esta cantidad —le tendí el dinero que me había pagado

madame Levy— en mi caja de seguridad. —Rebusqué en mi bolsillo una copia de la llave que siempre llevaba conmigo—. No quiero que nadie me vea entrar en el banco.

Siempre había vivido con el miedo a que me robaran el dinero, pero ahora, con el ambiente hostil que se respiraba en Andorra, mis temores se habían multiplicado.

—¿Tanto confías en mí? —me preguntó Piqué divertido.

—Eres de confianza —repetí la frase con la que me había obsequiado cuando nos conocimos.

—Lo haré. No te preocupes por eso. ¿Cuándo quieres que te devuelva la llave?

—Quédatela, yo tengo otra —acaricié instintivamente la que llevaba cosida a mi bandolera— y tengo prisa; «mi marido» me está esperando. Quiero preguntarte otra cosa. ¿Es el tal Castor de fiar?

Encogió los hombros.

—Si estás de su lado, sí. Pero si te interpones en su misión, sospecho que puede llegar a ser un hombre muy peligroso.

—¿Es un espía? —susurré.

—Sí, y de los mejores. Trabaja para el Gobierno de Su Majestad.

—¿Qué majestad?

Me miró con una condescendencia similar a la que empleaba Chantal cuando ignoraba una cuestión que todo el mundo conocía, cuando ponía de manifiesto aquella incultura mía de chica que apenas ha salido del pueblo.

—Es un espía británico —susurró, porque aunque la puerta estaba cerrada, vivíamos unos tiempos en los que las paredes podían tener oídos.

—¡Pero si habla castellano con acento catalán!

—Y varios idiomas más como si fuera nativo. Por eso, y por muchas habilidades más que no me quiero ni imaginar, es tan buen

espía. —El hombre suspiró—. Me alegra mucho tu visita, Ana, aunque me entristece que sea tan fugaz. Aquí podrías estar a salvo hasta que acabara la guerra —insistió.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero ahora mismo debo regresar a Toulouse. En algún momento volveré.

El trayecto en coche con el espía británico me permitió comprobar algunas de las habilidades que poseía como espía. Charló animado con el conductor, proporcionando todo tipo de datos que hacían tan verosímil su coartada que incluso yo estuve a punto de creérmela.

En el camino a pie demostró su sentido de la orientación y el conocimiento de atajos insospechados. Hablaba poco y, cuando lo hacía, tenía la sensación de que me estaba interrogando.

—¿Y qué hacías tú en Toulouse?

—Trabajaba en una perfumería.

—¿Cómo llegaste después de la guerra? ¿Por qué no acabaste en un campo de refugiados?

Desgrané mi historia bajo su mirada inquisitiva y quedó satisfecho, pues no formuló más preguntas. Hicimos noche en una diminuta cabaña que él conocía y en la que solo había un pequeño jergón.

—Me temo que tendremos que dormir muy juntos, Erizo —dijo con un gesto que podía amagar una sonrisa o un mohín de resignación.

Había una incongruencia en Castor que resultaba irresoluble. Era guapo, de eso no había duda, pero su olor anodino establecía una frontera que me impedía encontrarlo atractivo. Y no es que oliera mal, ni mucho menos, simplemente no despertaba en mí lo que su indudable belleza podría haber provocado. Y era una lástima que me provocó enojo contra mí misma y me hizo maldecir mi fino y maniático olfato. Porque cuando nos tendimos en aquella cama en la

que era imposible que nuestros cuerpos no se rozaran, me sentí protegida por su presencia.

Castor acarició mi hombro con delicadeza. Fue un gesto sutil aunque impropio, una llamada respetuosa a una puerta que en mi mano estaba abrir o cerrar. Aquella noche la cerré, avancé en el reducido espacio para apartarme de él y captó la indirecta: se dio media vuelta y no volvió a tocarme hasta que me despertó a la mañana siguiente. Estaba muerta de hambre y él sacó un fuet de su mochila y le dio un bocado. Después me lo pasó y yo hice lo propio.

—Es una de las cosas que me gustan más de Cataluña: el fuet —dijo animado—. Y tengo un contacto que incluso en guerra y con el racionamiento que hay en España es capaz de conseguirlo.

Su belleza incrementó con el gesto de placer con el que entornaba sus ojos a cada dentellada. Y volví a maldecir que su fragancia no fuera tan apetecible como él.

—Erizo —sonreí, pues me parecía divertido el nombre con el que me había bautizado en la clandestinidad—, ahora que ya formas parte de la Resistencia, tienes que saber algunas cosas.

—¡Yo no formo parte de la Resistencia! ¡Yo solo he ayudado a mi antigua jefa y a su familia! —protesté sin mucha firmeza.

Él obvió mis palabras.

—Ahora tendrás que ayudarme en algunas misiones. Pero no te preocupes, que no serán demasiado peligrosas. —Enfatizó peligrosamente el «demasiado»—. Yo me voy a asentar en Toulouse y en alguna ocasión te visitaré y te pediré que lleves algo al maquis de la Montaña Negra, ¿la conoces?

—Sí, he ido muchas veces a buscar plantas para unos remedios naturales que preparo.

—¡Excelente! Ahí hay un grupo de compatriotas tuyos. Simplemente tendrás que entregarles lo que yo te dé.

—¿Hay españoles en la Montaña Negra?

—Sí, y gracias a Dios, ellos han vivido ya una guerra y son los mejores combatientes con los que actualmente contamos en la Resistencia.

Tardó tanto en cumplir su promesa y requerir mis servicios que casi me olvidé de él.

6

Toulouse, 1941

Cuando llegué a casa, Chantal apenas me preguntó cómo me había ido. Como siempre, sus problemas eran el centro del universo. Me contó que se planteaba abandonar a Guillaume. Pero lo que más le preocupaba era que ahora no podía ni considerar aquella opción, porque, según me contó, el relojero desconfiaba de mí.

—Le parece sospechoso que los Levy hayan desaparecido justo cuando tú tampoco estabas aquí. Le conté que habías ido a la Montaña Negra a buscar remedios para mí, pero hace tiempo que recela de ti, está convencido de que todos los españoles que están en Francia son comunistas. Y, claro, si no estoy yo para apaciguarle, capaz es de denunciarte. Pero a ratos me cansa mucho y solo quiero perderle de vista.

—¡Ni se te ocurra! Podría delatarme. Chantal, por Dios, te lo ruego, no puedes hacerlo ahora.

Bajó la cabeza y susurró:

—Es que no estoy acostumbrada a hacer cosas que no quiero durante tanto tiempo. Ojalá estuviera aquí mi madre, ella seguro que sabría cómo actuar. —Se le ensombreció la mirada—. Es que

igual te parece una tontería, pero yo sigo convencida de que en algún momento volverá. Por eso no me quiero mover de Toulouse.

Por primera vez sentí piedad hacia Coraline y su final incierto. El odio solo perdura en vidas plácidas, y la mía no lo estaba siendo. También me costó reconocer a la caprichosa Chantal de Àreu en aquella joven que llevaba muchísimo tiempo sin hacer lo que le venía en gana. Pero aun así, huérfana y enferma, seguía habiendo en ella algo que no se rendía, una rendija por la que aún se colaba mi envidia. La envidia persiste incluso en las épocas que no son plácidas.

Guillaume había puesto a nombre de Chantal la perfumería de madame Levy, como regalo de compromiso, y nos dedicamos a arreglarla para matar el tiempo. La situación fue muy similar a la que después viviría en Grasse con Maylen: ver pasar las horas en un establecimiento en franca decadencia era mejor que hacerlo confinadas en un piso.

No volví a saber de Castor hasta casi nueve meses después de nuestro primer encuentro. Por entonces ya no se llamaba avier Capdemunt, sino Philipe Ledoux, y hablaba un perfecto francés. Era primavera y me esperó en la puerta de la perfumería, con el sol dándole de pleno en aquel rostro perfectamente esculpido.

—¡Qué hombre más guapo hay ahí fuera! —exclamó Chantal.

—Lo conozco —respondí.

Me saludó con aquella efusividad suya tan forzada, tan de representar un papel.

—Estimada Ana —nunca le había dicho mi nombre, pero por algo era espía—, cógete de mi brazo, que vamos a dar una vuelta.

La vuelta fue en dirección a su casa, una pequeña buhardilla al otro lado del río, y durante el camino apenas medió palabra. Lo miraba y me daba cuenta de lo atractivo que era, pero si cerraba los

ojos y solo percibía su fragancia, el hechizo de su belleza se disipaba. Castor mostraba siempre una expresión pensativa, pero no de quien vive en una ensoñación, sino de quien no puede dejar de maquinar. A veces me parecía oír el engranaje de su mente, siempre a pleno rendimiento.

Aquella vez no me intimidó que estuviéramos los dos a solas en su casa, empezaba a ser una costumbre. La buhardilla era aún más diminuta que la cabaña y contaba con un hornillo, una cama de matrimonio y no tenía ni siquiera baño, ya que era comunitario. El olor a humedad era vomitivo.

—Te veo muy bien. —empleó el tono de los halagos sin excederse en las palabras—. Ha llegado el momento que te anuncié. Tienes que ir a la Montaña Negra a llevar un mensaje al maquis. ¿Tienes bicicleta?

—Sí.

—Me dijiste que conocías el camino, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Llevarás dentro del sillín y en el manillar unos planos que te daré.

—De acuerdo. —Me agradaba la idea de correr aquella pequeña aventura.

Aguardé a que me entregara los planos, pero no lo hizo y los dos nos quedamos de pie callados.

—Dámelos, ¿no? —le pedí.

—No, no puedes ir con ellos por la calle, cualquier patrulla podría detenerte. Vuelve esta tarde antes del toque de queda con la bicicleta, te quedarás a dormir y mañana te acompañaré al tren.

Me quedó la duda de si realmente era imprescindible para la misión que pasara otra noche con él, pero le obedecí. Volvimos a dormir juntos y esta vez llamó sutilmente de nuevo a la puerta de la

pasión apartándome el pelo y haciéndome notar su aliento en mi cuello. Y yo volví a cerrarla de un portazo que caballerosamente encajó.

A la mañana siguiente, antes de que emprendiéramos el camino, me proporcionó una documentación falsa y, en vez de entregármela en la mano, abrió mi bandolera para colocarla él mismo.

—¡Qué coqueta eres, Erizo! Incluso para ir a un maquis llevas perfumes.

Con un movimiento rápido cogió dos de las esencias.

—Devuélvemelas, por favor —le insté mientras él me daba la espalda para protegerlas.

Él se tomó el forcejeo como un juego y levantó la mano para apartarme, mientras yo saltaba para recuperarlas.

—¿Qué pone aquí? Obediencia... y la otra: protección. ¡Qué nombres más raros para unos perfumes!

Chantal y yo no éramos muy originales ni discretas y escribíamos en el frasco el efecto que producían las esencias.

—Son pruebas que Chantal y yo hacemos para matar el tiempo en la perfumería.

Volví a saltar para cogerlas, pero él me apartó con un hábil movimiento.

—A ver a qué huelen vuestros experimentos.

No pude evitar que abriera las dos esencias y las inhalara con todas sus fuerzas. Me las devolvió, pero el mal ya estaba hecho.

—¡Qué sensación más agradable! Lástima que nadie compre perfumes en estos tiempos, porque estos dos son muy especiales.

—Gracias —dije por compromiso mientras las guardaba de nuevo en mi bandolera.

—¿Quieres que haga algo por ti? —dijo con un tono solícito que no le pertenecía.

—No, vayamos a la estación de tren.

Por el camino, se ofreció cien veces a cumplir con mis deseos y se preocupó otras cien por el riesgo que correría, pues no quería hacer otra cosa que no fuera salvaguardarme de cualquier peligro. A punto estuvo de subirse al vagón conmigo y tuve que ordenarle que no lo hiciera. Cuando el tren partió contemplé su expresión apacible y casi feliz bajo el influjo de las esencias y en la distancia me pareció más guapo que nunca. Era una lástima que de cerca su belleza no se sostuviera.

El revisor me saludó efusivamente. Se acordaba de que le había regalado un remedio para el dolor de espalda y, cuando los gendarmes subieron para pedir la documentación, les rogó que me dejaran tranquila, que era su sobrina.

Pedaleé hasta el punto en el que me habían indicado que se ubicaba el maquis. Ya en las inmediaciones un olor me inundó de sentimientos insospechados, incontrolables y, sobre todo, inesperados. Alegría, excitación, tristeza, inseguridad, esperanza. Aquella amalgama de emociones imparables brotaba sin que la lógica interviniera en el proceso. El interruptor de mi nariz había encendido aquellas luces intermitentes, aquel baile arbitrario de estremecimientos. El culpable de aquel caos inconveniente era una fragancia terrosa y mineral, a pino caliente en un día soleado, a hierba que pugna por asomarse a la superficie trepando una roca. El olor de Eudald.

La fragancia del hombre al que había decidido con mucho esfuerzo no amar despertó la sensibilidad de la que sí le quiso y mucho. De aquella Ana Fernández adolescente y bobalicona que había grabado a fuego en su cerebro aquel olor encadenado a la ristra de emociones que habían resucitado. Como el aroma de un plato de la infancia puede invocar al niño que salivaba de felicidad al olerlo, la

fragancia de Eudald conjuró a la que había estado enamorada de él. Y una nostalgia traidora, pues no eran sentimientos, eran espectros de lo que fui, de lo que sentí, de lo que ya no volvería a ser.

—¡He dicho santo y seña! —me gritó por segunda vez consecutiva, porque me había quedado atolondrada, un joven andaluz que hacía guardia.

—Este verano no está siendo demasiado caluroso.

Ladeó la cabeza para indicarme que avanzara y lo hice a toda velocidad, siguiendo el rastro olfativo de Eudald. Aquel maquis bastante grande debía de dar cobijo a unas sesenta personas, entre hombres y mujeres. Yo seguía el rastro del olor hasta que me detuvo un hombre, al que todos llamaban el Capitán. No era muy alto, lucía la piel bronceada y unas cejas muy anchas y juntas dibujaban una gruesa línea recta sobre sus ojos.

—¿Erizo?

—Sí, soy yo.

—Tienes una cosa para mí.

—Por supuesto. —Estaba tan despistada que había olvidado el propósito de mi presencia allí.

Le puse el caballete a la bicicleta y él con impaciencia desmontó el sillín y el manillar para hacerse con los planos.

—Esto nos irá de perlas —dijo con un acento del norte de España —. Muchas gracias, ya puedes irte.

—Una pregunta, ¿está aquí un soldado republicano llamado Eudald Bisbe?

Aunque parecía imposible, aquel hombre juntó aún más sus pobladas cejas en un gesto de desaprobación.

—Erizo, deberías saber que aquí nadie tiene nombres. Vuélvete por donde has venido.

—Por favor, déjame dar una vuelta a ver si lo encuentro.

Su expresión se hizo aún más torva.

—¿Tú quién eres? ¿A ti quién te envía? —Alzó el brazo y de repente se acercaron dos hombres más impidiéndome la salida—. ¿Eres una infiltrada? ¿Una colaboracionista?

Negué enérgicamente con la cabeza, aunque estaba claro que no le había convencido.

Varios *maquisards* se habían acercado y me rodeaban.

—No soy una infiltrada ni una colaboracionista. Solo busco a un amigo —repetí.

—No te creo. ¿Por qué haces tantas preguntas sobre ese tal Eudald? ¿Quién lo busca? —Noté unas fuertes manos aprisionándome las muñecas por la espalda para inmovilizarme.

Pero poco duró aquella presión, porque el Capitán me dio una bofetada que me tiró al suelo y me partió el labio. Lo siguiente que vi fue su puño acercándose a mí y estalló el dolor cuando impactó contra mi pómulo. La cara me quemaba y me costaba respirar.

—Dinos quién eres —rugió el Capitán.

—Soy de los vuestros, me ha parecido ver de lejos a un conocido, de verdad, tienes que creerme.

Entre el corrillo que se había formado a nuestro alrededor resaltaba una barba que no era tan oscura como la del resto de los republicanos y que abrió la boca.

—¿Ana? —dijo Eudald con una extrañeza que no ocultaba ninguna emoción—. Dice la verdad, es una chica de mi pueblo.

El corrillo se disipó y el Capitán se disculpó con un susurro y un gesto apesadumbrado. Eudald me tendió la mano para que me levantara sin parecer tampoco muy afectado porque me acabaran de pegar un puñetazo. Pese a su edad, tenía ya multitud de arrugas enmarcándole unos ojos mucho más duros de como yo los

recordaba. Aspiré su olor: seguía siendo cautivador, aunque había algo agriado y rancio que iba abriéndose camino.

—Lo siento —dijo encogiéndose de hombros—. Ya sabes que aquí todas las precauciones son pocas. Y mis amigos son un poco brutos.

Una vez de pie, me toqué el labio, que sangraba, y me refresqué con la palma de la mano la piel del pómulo que había recibido el impacto del golpe. Y después abracé a Eudald, inhalando su olor, que para mí era analgésico. Él me envolvió con sus torpes brazos brevemente sin ninguna efusividad. La alegría que a mí me producía aquel encuentro no era correspondida, solo soportada. Detrás de él asomaba una mujer morena, bajita, que no se perdía detalle de la escena.

—¿Cómo estás? Me alegro de que pudieras salir del campo de refugiados... A mí me costó bastante, la verdad. ¿Cómo lo conseguiste?

—Me vino a buscar Chantal.

La mirada se le iluminó y perdió dureza.

—¿Está con Coraline?

—No, lleva desaparecida mucho tiempo. No sabemos qué ha sido de ella.

Torció la boca y se aguantó durante unos segundos la frente.

—Pero ¿no sabéis nada de nada?

—Nada, Eudald, lo siento.

El gesto de abatimiento que mostró se interrumpió cuando la mujer que estaba detrás de él se acercó y le posó el brazo con familiaridad en el hombro.

—¿Quién es? —preguntó entonces la morena, que no nos quitaba ojo.

—Ella es una antigua amiga. ¿Cuál es tu nombre ahora?

—Erizo.

—Erizo, ella es Leona.

Pese a que era más bien menuda, una cascada de rizos y su pose desafiante la hacían parecer más alta, más temible y merecedora del apodo. Me tendió la mano desde la distancia y después intentó enrollarse en la cintura de Eudald, marcando su territorio, pero él, cansado, la apartó. Eudald y yo nos quedamos de pie sosteniendo un silencio incómodo.

—¿Y cómo está Chantal?

—Bien, ella está bien. Todo lo bien que se puede estar en una guerra.

Leona no decía nada, pero nos contemplaba con una fiereza que imponía.

—Me alegro de haberte visto. Te acompañaré a la entrada.

No me podía creer que para él nuestro encuentro no diera nada más de sí. Y fue la incredulidad la que me impidió alargarlo. Por un instante se me pasó por la cabeza emplear la esencia de la obediencia, obligarle a huir a Andorra, a hacerme el amor hasta emborracharme de su piel. Pero yo no quería más limosnas. Era aquel irresistible y endiablado olor el que inoculaba en mi mente aquellas ideas que ya no reconocía como propias.

—Y tú, ¿cómo estás? —pregunté para alargar la conversación mientras caminábamos hacia la entrada del maquis, custodiados por Leona.

—Bien. Aquí estoy bien. Estamos luchando contra el fascismo, que es lo que me hace sentir vivo.

Recordé a aquel joven que daba discursos idealistas y que ya no estaba ahí. Seguramente, la Ana Fernández que se escapó para escuchar su arenga tampoco habitaba ya mi cuerpo.

Cuando me despedí de él, dándole un abrazo, entendí el reproche que había en la mirada de la chica. Yo podría haber sido ella, una

joven enamorada de un hombre que nunca iba a corresponderla, celosa por retener a alguien que siempre se le escurriría. La muchacha me daba tanta pena como me la había dado yo a mí misma.

—¡Cuídate! —me dijo sin mucha emoción a modo de despedida.

Aquella fue la última vez en mi vida que vi a Eudald Bisbe. Un año y medio después los nazis entraron a sangre y fuego en el maquis. Habían capturado al Capitán y lo torturaron hasta que reveló la ubicación de sus compañeros. Eudald tuvo la suerte de morir en el tiroteo, disparando hasta ser abatido por la causa que era lo que más amaba en la vida. Peor suerte corrió Leona: la violaron, la torturaron y después la enviaron a un campo de concentración en el que murió pocos días antes de que entraran los aliados.

Eso lo supe mucho tiempo después, en aquel momento pedaleé con furia, intentando apartarme de aquel olor que me hacía enloquecer.

Mi situación era paradójica: podía resistirme a Eudald si no estaba lo suficientemente cerca para aspirar su olor, y Castor me parecía irresistible cuando estaba lo suficientemente lejos para no percibir el suyo.

Pero cuando llegué a Toulouse decidí que mi olfato no era de fiar. Me había alterado tanto inhalar la fragancia de Eudald que a mi mente solo acudían imágenes de los cinco días en los que hicimos el amor. Sentía que sus manos seguían enganchadas a mi cuerpo, aprisionándolo, encadenándome. Necesitaba que otras las borraran. Y sabía quién estaría dispuesto a ayudarme.

7

Toulouse, 1942

No sé cómo esperaba que reaccionara Castor cuando me presenté en su buhardilla decidida a acostarme con él. No quería dar el primer paso e imaginaba que él me leería la mente y sabría cómo actuar. Castor abrió la puerta y simplemente se alarmó.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada. Bueno, sí, algo, en el maquis quisieron comprobar que no fuera una infiltrada.

Castor arqueó las cejas con preocupación.

—¡Qué brutos! ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo más?

No deseaba recordar lo que había sucedido en el maquis. Había ido a su casa precisamente para olvidarme de ello.

—No, no, todo lo demás ha ido bien. Solo... me apetecía visitarte.

Pensé en cómo se comportaría Chantal en una situación así y le dediqué una mirada coqueta y ávida, que supo descifrar al instante, y, sin mediar palabra, me abrazó y acarició mi pelo. Me sorprendió el gesto tan delicado en un hombre en apariencia tan gélido. Percibí aquella fragancia que me dejaba indiferente, que se superponía al

tacto de su mano cálida y me producía rechazo. Pero, incluso así, estaba dispuesta a seguir adelante. Él me besó y al poco se apartó.

—Erizo, tengo muchísimas ganas de estar contigo, no sabes cuántas, pero dentro de una hora debo ir a una reunión a la que no puedo faltar. E inmediatamente después tendré que ausentarme de Toulouse durante una temporada. Me gustas mucho, desearía dedicarte toda una noche, pero es que ya sabes cómo van estas cosas...

Sabía cómo iban aquellas cosas de la clandestinidad, pero en aquel momento no me gustó nada que las cosas de la clandestinidad fueran de aquella manera. Y tampoco que él estuviera a punto de desaparecer durante una temporada.

—Pero ¿vas a estar lejos mucho tiempo?

Frunció la boca.

—No lo sé, unos cuantos meses, pero volveré..., aunque es mejor que no comente estos asuntos.

—Sí, claro, pues ya me voy, no te molesto...

Estaba agotada y tampoco me habría ido mal descansar. Sin embargo, asomó un brillo travieso a sus ojos que me hizo augurar que aquello no se acababa allí. Me volvió a abrazar y me dio un beso cálido y sensual, comedido, para dejarme con ganas de más. Y a partir de ahí todo fue muy rápido. No podía ser de otra manera, y eso lo hizo aún mejor. La urgencia del sexo provocó que mi olfato no pudiera deleitarse en la sensualidad y descubrí una pasión inmediata, sorprendente y placentera, porque Castor invirtió el escaso tiempo que teníamos en que yo disfrutara tanto como él. Hundió su rostro en mi sexo y yo no reconocía los jadeos que salían de mi boca, porque todo resultaba demasiado irreal. Y cuando entró en mí y sus gemidos acompañaron a los míos, pude por unos instantes bloquear su olor y entregarme a su tacto. Había algo sucio

y perversamente excitante en aquel intercambio carente de sentimientos casi utilitario que no podía decir que no me gustara. Cuando acabamos, no sentí deseos de abrazarle.

—Lamento que haya sido así... Estoy en deuda contigo: en cuanto podamos te dedicaré una noche entera —se disculpó mientras se medio vestía, porque se había medio desnudado a toda prisa.

Yo también me medio vestí y entonces me observó con aquella expresión suya de estar maquinando siempre algo que me inquietó.

—Antes de que nos despidamos, te quiero preguntar una cosa: ¿qué contenían esas fragancias que olí esta mañana? Me dejaron en un estado muy plácido, había algo que no era normal. ¿Llevaban algún tipo de droga?

—¡Qué va! Son imaginaciones tuyas. No eran más que perfumes de los que hacemos Chantal y yo, ya te lo comenté. Tal vez había algún componente alterado, no se me ocurre otra explicación —respondió resuelta la actriz que habita en mí.

Aquella noche, ya en la cama, me sorprendió la escasa huella que había dejado en mí el sexo con Castor. No porque no hubiera estado bien, sino porque no tenía más alcance que lo que había ocurrido. Un capítulo con principio y final del que no pendían emociones, expectativas ni proyecciones de futuro. Solo un presente intenso que ya era pasado. Y como recompensa me había desprendido de las manos de Eudald en mi cuerpo. Estaba tan satisfecha de haber visitado a Castor como convencida de que no lo volvería a hacer.

Chantal, en cambio, no estaba en absoluto satisfecha con su vida. Se pasaba el día malhumorada, inventando excusas para eludir a Guillaume, que tenía la molesta costumbre de presentarse en casa por sorpresa. Él me pedía, o más bien me ordenaba, que me fuera a

dar una vuelta, y cuando volvía, siempre me encontraba a Chantal muy alterada.

—Ese hombre... es un animal. Por mucho que le diga que no me apetece, él siempre acaba... —Se callaba, y yo entendía lo que ocurría cuando me ausentaba.

Afortunadamente para Chantal, en verano Guillaume se fue a visitar a su madre a Marsella, porque había enfermado. Le escribía largas cartas, en las que le rogaba que se desplazara a visitarlos, pues su madre anhelaba conocerla. Ella se disculpaba con unas escuetas líneas. En aquellos meses, se la veía más animada, pero a finales de septiembre su prometido regresó y la chica estalló.

—No lo soporto. Me repugnan sus ideas. Y me repugna él. No me sirve con darle largas y verlo poco. Lo quiero fuera de mi vida. ¡Fuera!

Llevaba mucho tiempo diciéndolo y nunca lo hacía, pero había una firmeza en su tono de voz que me alarmó. El poder de Guillaume aumentaba día a día y con él la contundencia con la que pagaríamos su despecho.

—Le detesto... Siempre intentando comprarme con sus regalos robados a judíos. ¡No quiero formar parte de eso! No soporto que me toque, no soporto que no pare cuando se lo pido...

Chantal había tardado demasiado en llegar a aquella conclusión. Ella, que siempre había sido mucho más decidida que yo, había dejado agonizar la relación por falta de determinación, algo que siempre le había sobrado. Y también por interés, pues sin la generosidad del relojero hubiéramos vivido prácticamente en la indigencia.

Los planes de Chantal se truncaron, pues justo unos días después volvió a tener una crisis. Esta vez no había sufrido síntomas previos que la anunciaran. Yo había ido a recoger los escasos alimentos que

nos proporcionaban con la cartilla de racionamiento y al regresar a casa la encontré en el suelo, en mitad de terribles convulsiones, moviéndose espasmódicamente y sacando espuma por la boca. Reprimí las ganas de huir, de dejarla así, de empezar yo una nueva vida sin ella. Fue una idea fugaz y maligna que enseguida descarté. Para redimirme de aquel pensamiento, me esforcé en conseguir que se incorporara, en arrastrarla con mis exiguas fuerzas hasta la cama.

Aquella vez no fue como la anterior. No la cuidé desde la preocupación, sino desde la obligación. Una obligación que cada día me pesaba más, porque Chantal no dejaba de darme órdenes: «Tráeme esto», «Llévame al baño», «Ponme bien los almohadones», «Léeme un libro». Y los reproches no tardaron en aparecer: «Hija, ponle más entonación a la lectura», «¡Qué mal cocinas!», «¿Cómo puedes tardar tanto tiempo en preparar una cataplasma?».

A principios de noviembre, ya había perdido la cuenta de las semanas que llevaba cuidando a la insufrible y desdeñosa Chantal. Entonces sucedió algo inesperado, que rompió aquella monotonía a la que no le veía fin. Regresó Castor, al que ya no esperaba volver a ver. Me fue a buscar varias veces a la perfumería, pero, al no encontrarme, hizo gala de sus habilidades como espía, averiguó la dirección de nuestro apartamento y llamó a la puerta.

—Hola, Ana, ¿cómo estás?

Me alegré sinceramente de verle: era lo más emocionante que me había sucedido en un largo tiempo.

—Bien, ¿y tú? Pasa, no te puedo ofrecer más que un vaso de agua.

Entró en la casa y en aquel momento, oportuna como siempre, Chantal me llamó.

—Perdona, es que mi amiga Chantal está enferma.

Ella quería que aquella tarde le leyera porque estaba muy aburrida y, cuando le dije que tenía visita, me miró enojada.

—Pues a ver si acabas pronto, que te necesito.

Yo no sé si fue la enfermedad o que la auténtica esencia de Chantal Frossard volvió a aflorar, pero de nuevo la odiaba como cuando éramos jóvenes.

—Perdona, Castor. ¿Cómo estás?

—Bien, tenía ganas de verte. No te busco por trabajo, no te preocupes. —No me hubiera preocupado en absoluto, de hecho me hubiera encantado que me propusiera cualquier misión, por peligrosa que fuera, para salir de aquella prisión—. He pensado que tal vez —bajó la cabeza y me sorprendió aquel gesto de timidez—, ahora que he vuelto, nos podríamos ver.

Su olor seguía funcionando como un muro contra el que se estrellaba el deseo, pero la posibilidad de salir de la dictadura de la enfermedad de Chantal me espoleó.

—Sí, ¿cuándo quieres que te vaya a visitar?

—Había pensado que igual te apetecería venir ahora. Podríamos dar un paseo... Pero si tienes que cuidar a tu amiga, no quiero molestarte.

—No te preocupes, se puede quedar sola.

La pequeña crueldad de abandonar a Chantal me incentivaba más que la intimidad con Castor, que encajé como un peaje que debía pagar por salir de aquella casa que olía a orines y a patata cocida.

—No puedes irte. No puedes dejarme —dijo Chantal clavando sus ojos en mí.

—No te va a pasar nada. Estás bien, te he dejado a tu alcance todos los remedios que necesitas.

—Pero estoy muy aburrida. Yo esperaba que me leyeras un rato. Ya sabes que yo no puedo, tengo la vista borrosa.

—Mira al techo, Chantal, e imagínate que las humedades son animales —contesté con sarcasmo.

Sentí una gran liberación al salir de la casa, pues habitualmente lo hacía a toda prisa para ir a la cola del racionamiento. Pasear sin más era un lujo que no me había permitido en mucho tiempo. Mientras caminábamos intenté mantener una conversación con Castor, pero fue imposible.

—¿Y qué tal? ¿Cómo te ha ido estos meses?

—Bien, pero no puedo hablar de ello.

—¿Y te vas a quedar mucho tiempo?

—No, pero no puedo hablar de ello. Perdona, Ana, es que realmente no te lo puedo contar. Es lo mejor para los dos. Pero hablemos de ti, ¿qué le pasa a tu amiga?

—Tiene una enfermedad..., no sé muy bien decirte cuál. Es algo degenerativo, del cerebro. Y yo intento cuidarla, pero es que solo me da órdenes y no agradece nada de lo que hago.

—Es normal. Imagínate que no es ella, que la enfermedad la ha convertido en otra persona... Todos los enfermos acaban siendo egoístas. Yo estuve cuidando a mi abuela. La quería mucho, era un encanto, pero durante la enfermedad se convirtió en otra persona. Es duro.

Me sorprendió aquel Castor dulce, que cuidaba a su abuela, aunque no hice mucho caso de la moraleja de la historia: Chantal, enferma o no, siempre había sido un bicho egoísta.

Llegamos a su casa y él me ofreció algo más que agua. De nuevo, había conseguido un fuet, lo que indicaba que había estado en Cataluña, y lo cortó para que nos los comiéramos de forma más civilizada que la última vez.

—¿Y le están funcionando tus remedios de trementinaire a tu amiga? —se interesó.

—A medias. Le mejoran los síntomas, pero ella confía en que le curen la enfermedad y eso no está a mi alcance. Chantal se ha negado durante mucho tiempo a admitir que está enferma. Ahora creo que se ha rendido a la evidencia y por eso paga su malhumor conmigo.

—Es que ha de ser duro... sobre todo para alguien tan joven. Y esos remedios que le das, ¿están relacionados con el perfume que aspiré la última vez que nos vimos? ¿Qué es lo que había en aquellos perfumes?

Albergaba la esperanza de que se hubiera olvidado.

—Ni me acuerdo de qué llevaban. Pero deja de darle vueltas, que no era nada especial.

—Mientes muy mal, Ana. —Lo dijo bromeando, pero me intimidó —. Hablemos de otra cosa, cuéntame algo de ti, algo que no te comprometa. ¿Qué es lo que más te gustaba hacer de niña?

—Contemplar a los vencejos. Vivía en una bonita casa en la falda de los Pirineos y a mi madre y a mí nos encantaba quedarnos horas observando al cielo y viendo el vuelo de los vencejos. Siempre me contaba la historia de que su cerebro está dividido en dos: una parte que duerme y otra que los sostiene mientras vuelan. Y quería ser un vencejo, pero aún ahora no sé cuál de los dos.

—Yo sería el que sostiene el vuelo, lo tengo claro. Me cuesta dejarme ir.

—A mí me va a días. Siempre dudo mucho de todo. Supongo que en eso soy lo contrario que tú, siempre tan decidido.

—Sí, a mí me gusta tomar decisiones, y cuanto más rápidas, mejor. Es importante para mi «profesión». Pero es bonito dudar, me gustaría poder hacerlo, te tomas más tiempo para entender el

mundo. No te quejes, porque dudar también es una virtud —me dedicó la mirada más tierna que le conocí.

—Pues a mí no me gusta nada. Se me pone un nudo aquí —me señalé la boca del estómago— y no puedo pensar en otra cosa. Empiezo a darles vueltas a los pros y los contras de cualquier elección, por insignificante que sea, y me paralizo. El problema es que, por muchas vueltas que le dé, nunca encuentro la solución perfecta.

—Es que no existe... Al final todos nos decantamos por la menos mala. Nunca nada va a ser perfecto.

Me sentía a gusto con Castor. Me hubiera encantado que fuera mi hermano para disfrutar de aquellas charlas, de aquella curiosa sensibilidad que se escondía bajo su aparente seriedad, sin tener que compartir nada más. Pero era obvio que yo estaba allí por otra razón y que, por mucho que alargara el momento, acabaría sucediendo.

Y sucedió. No fue desagradable, pero tampoco significativo. El olor de Castor no me excitaba y, al final, me dejé hacer e, incluso, fingí un poco para complacerle. Es lo que había hecho toda mi vida: complacer a los demás para que se quedaran a mi lado. Pero hasta aquel día la frontera había sido mi cuerpo, y cuando acabamos me quedó un regusto agridulce. Y triste. Aquel hombre era guapo, atento y estaba interesado en mí. Me dio mucha rabia que su maldito olor o mi maldito olfato se interpusieran entre nosotros. Me costó dormir, porque él me abrazaba y me envolvía con aquella fragancia tan engorrosa. Al final, caí rendida, pues llevaba muchas noches en las que me levantaba varias veces para atender los caprichos de Chantal y estaba agotada.

Me desperté con mal cuerpo y, de repente, todo cambió. Experimenté una placidez inmensa y ganas de compartir todo lo que

se me pasaba por la cabeza. Castor estaba a mi lado en la cama, con mi bandolera a los pies y el frasquito de la esencia de la verdad que me había hecho inhalar mientras dormía.

—¿Qué haces? ¿Cómo te atreves a hurgar entre mis cosas?

—Lo siento, Ana, lo siento de veras. Y esto no tiene nada que ver con que me gustes y quiera estar contigo, pero debo descubrir qué sucede con estos perfumes. En este pone «Verdad»; si realmente lo que sentí aquel día fueron imaginaciones mías, no tienes nada que temer. Pero si no es así, tal vez no te quedará otro remedio que revelarme si estos perfumes contienen algún narcótico.

El efecto de buena parte de las esencias es tranquilizador. Inoculan en ti un estado de ánimo apacible, al que no puedes resistirte. Sin embargo, en aquella ocasión, la ansiedad luchó contra la placidez y puse todo mi empeño en aislarla, pero perdí la batalla y, cuando admití mi derrota, deseé compartir con él todos mis secretos.

Contesté a sus preguntas, incluso con más detalles de los que me pedía. Y él abría los ojos incrédulo como si yo hubiera perdido la razón. Le hablé del *Kosmeticón*, de las Hijas de Selene, de cómo se preparaban las esencias, de Cleopatra... Y hubo un momento en que soltó una gran carcajada.

—¡Me estás tomando el pelo!

Ojalá hubiera tenido voluntad para mentirle y asegurar que me había inventado aquella historia. Pero la esencia habló por mí:

—Ya sé que parece increíble, pero es cierto.

—Y si yo me pongo una de estas esencias, ¿podré comprobar si la gente hace lo que yo quiero?

—En ti no funcionarán, porque eres un hombre. Este libro solo protege a las mujeres. Si ha funcionado conmigo es solo porque me la has hecho aspirar directamente del frasco.

Se levantó y dio vueltas de un lado a otro de la habitación.

—Esto no tiene ningún sentido. ¿Estás segura?

—Completamente —respondió mi incontenible lengua.

—Vamos a hacer la prueba. Ponte una, la que sea, y así sabré si es verdad.

—No lo haré. No puedo evitar decirte la verdad, pero no te voy a ayudar a comprobarlo —respondí.

—Pues la aspiraré yo directamente.

Abrió de nuevo mi bandolera y fue comprobando los diferentes frascos con los nombres demasiado obvios que Chantal y yo empleábamos para designarlos. Inhaló con fuerza la esencia del arrepentimiento, una de las pocas que no brindaba placidez. Por unos momentos, se quedó quieto, inmóvil, con la mirada escéptica. Y, al poco, se le cuajaron los ojos.

—La empiezas a notar, ¿verdad? ¿De qué te arrepientes?

—He hecho mucho daño en la vida a mucha gente. Sé que estamos en guerra, pero he hecho cosas terribles... Toda la gente que he matado tenía familia, padres, hijos. —De repente calló, pero dos lagrimones involuntarios rodaron por sus mejillas—. Siento haber utilizado esa esencia para que me revelaras algo que no querías decirme.

—No te voy a perdonar nunca que me trajeras a tu casa para sonsacarme mis secretos, que fingieras interés por mí para espiarme, que es lo único que sabes hacer. Eso y matar gente. —La esencia de la verdad seguía actuando, aunque era yo la que quería multiplicar el arrepentimiento y el dolor que él estaba experimentando.

—Lo lamento, Ana, sé que te has enfadado por lo que he hecho. No debería haber actuado así. Te juro que cuando te invité a casa lo hice porque me gustas, pero... no puedo evitar ser un espía.

Hurgué en mi bandolera y descubrí que no llevaba aquel día la única esencia que me hubiera puesto a salvo a mí y al *Kosmeticón*: me había dejado la esencia del olvido.

No quería estar ni un minuto más con él, que seguía aturdido, llorando por sus pecados.

—Me tengo que ir a cuidar a Chantal —le dije antes de salir de allí a toda prisa.

Al llegar a casa, oí la voz de Chantal, pero ni le contesté. Cogí el *Kosmeticón*, lo introduje en mi bandolera y me lo llevé a la perfumería. Bajé a la sala que albergaba el alambique de destilación, vertí por toda la estancia la fragancia de la protección, dejé el *Kosmeticón* y cerré la puerta con llave. Castor conocía nuestro apartamento y en la perfumería el libro estaría más protegido. Salí rápidamente, mirando a lado y lado de la calle, pero no vi ni rastro de Castor y regresé a casa.

—Ana, ¿qué has hecho? ¿Cómo has podido dejarme toda la noche sola?

—Porque no te soporto, porque eres una egoísta, una niña mimada y estoy hasta las narices de cuidarte. Y ahora mismo tengo problemas más importantes que tus tonterías. Estoy harta de oírte lamentar que estás con un cerdo colaboracionista al que deberías haber abandonado en cuanto descubriste quién era. De hecho, tu enamoramiento fue ridículo desde el primer día. Pero ahora estamos en sus manos, así que es mejor que finjas y no lo dejes o acabaremos las dos en un campo de concentración.

Coraline nos había advertido que la esencia de la verdad era la más peligrosa de todas, que la sociedad se sustenta en la hipocresía y no deseamos conocer lo que los demás piensan de nosotros. Aquel día le di la razón. Chantal frunció las cejas como si quisiera protegerse de una tormenta de arena, con una pregunta que no se

atrevía a formular arrugándole los labios. El estupor de su mirada me hizo aterrizar en la realidad.

—Lo siento, Chantal, mi amigo, que es un espía británico, me ha hecho aspirar la esencia de la verdad. Y el problema es que ahora lo sabe todo sobre el *Kosmeticón*.

—¡Dios mío! —exclamó, aún no sé si por el descubrimiento del odio enconado que sentía por ella o porque un espía británico quería arrebatarnos el *Kosmeticón*.

Pero, como siempre, Chantal Frossard ideó una estrategia para sacarnos de aquel embrollo.

8

Toulouse, 1942

La recuperación de Chantal fue portentosa. O la crisis había tocado a su fin o consiguió sacar fuerzas de donde ni ella misma sospechaba que las tenía. Se maquilló, se peinó, se embutió en un bonito vestido y volvió a caminar por la casa, pasillo arriba, pasillo abajo, hasta que ya no necesitó sujetarse a las paredes. Recuperó incluso aquel porte mesuradamente cimbreante que la definía.

—Castor se presentará en casa entre hoy y mañana —vaticinó—. No emplearemos, por el momento, las esencias, pues en cuanto se le pasara el efecto y estaríamos en las mismas. Ese será nuestro último as en la manga si no queda más remedio. Tenemos que llegar a un acuerdo con él. Déjame hablar a mí.

Su predicción se cumplió: a las once de la mañana del día siguiente Castor llamó a la puerta. Sus hombros alicaídos y el ceño fruncido encubrían cierto nerviosismo o cierta desolación que no le conocía. Fuera lo que fuera, su habitual flema inglesa se había derrumbado. Intuí que no se debía únicamente al *Kosmeticón*, que había algo más, y no me equivoqué.

Le presenté a Chantal, que lo saludó sonriente y despreocupada, como si se hubieran conocido en una fiesta. Él la observó durante unos segundos con la admiración que despierta su belleza en los hombres. Nos sentamos en la pequeña mesa del comedor.

—Saben por qué estoy aquí. Necesito el libro ese —expuso sin rodeos Castor.

—El *Kosmeticón* —puntualizó Chantal.

—Eso mismo. Les aseguro que mi Gobierno lo pondrá a salvo. Pero es un peligro que pueda caer en manos de los nazis y es algo que no nos podemos permitir.

—Ese libro es un regalo para las mujeres, no puede pertenecer a ningún Gobierno —respondió Chantal.

—Son dos chicas en medio de una guerra y no podrán evitar que los nazis se apoderen del libro, y eso, ahora mismo, créanme que sería un desastre. Yo me tengo que ir esta tarde de Toulouse y no puedo permitir que el *Kosmeticón* caiga en manos enemigas. Me puedo comprometer a que mi Gobierno lo custodie hasta el final de la guerra y después se les devuelva.

Chantal soltó una de sus risotadas.

—Por favor, Castor, no nos menosprecie. No está en disposición de cumplir esa promesa y nosotras no somos dos niñitas crédulas que van a confiar en que nos devolverá el *Kosmeticón*. —Castor sacudió la cabeza sorprendido.

—¿Y si les ofrezco una considerable cantidad de dinero?

—El *Kosmeticón* es muy claro en este punto: «El *Kosmeticón* no se vende. Maldita será por siempre la Máguissa que comercie con él». Y yo no tengo ganas de ser maldita. No me mire así, le acabo de recitar un fragmento del libro que tanto codicia. —Soltó una risita—. En cambio, tenemos dos peticiones que hacerle, que podrían ser un

buen inicio para esta negociación. Y, una vez que las haya cumplido, contemplaremos la posibilidad de entregarle el *Kosmeticón*.

Chantal no me había revelado ni una palabra de su plan y yo la contemplaba con la misma estupefacción que Castor.

—¿Y cuáles son? —respondió el espía mirando por tercera vez su reloj.

—Una es que mate a un hombre, Guillaume Durand; es un colaboracionista y mi prometido —Castor no pudo evitar arquear una ceja— y lo quiero muerto.

—Yo no me podría encargar de él, porque ya les he contado que partiré esta misma tarde. Pero las puedo poner en contacto con una célula de la Resistencia que cumplirá con su deseo. —Castor era capaz de parecer respetuoso incluso negociando el asesinato de un hombre.

—De acuerdo. La segunda petición es que quiero dos salvoconductos, reales o perfectamente falsificados, para poder movernos por Francia.

—¿Podría indicarme el destino? —inquirió Castor.

—Por supuesto que no. No es de su incumbencia.

Castor y Chantal disfrutaban de aquel duelo y se reconocían como rivales dignos, lo cual me puso celosa. Cada vez que Chantal entraba en una parcela de mi vida, se la apropiaba.

—La segunda petición es complicada, y no porque yo no quiera ayudarlas. Las pondré en contacto con alguien de la Resistencia que les preparará esos salvoconductos, porque si se los entregan ahora, posiblemente dentro de pocos días no serán válidos. La situación va a cambiar totalmente.

No entendí a qué se refería, pero Chantal sí, porque se llevó la mano a la boca.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó.

—Me temo que sí.

Chantal se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación con una determinación que hacía imposible creer que unos días antes estuviera postrada en la cama.

—No entiendo nada —intervine por primera vez.

—Los nazis van a ocupar la Francia Libre —me aclaró Chantal —. Los aliados han desembarcado en las colonias del norte de África y Hitler teme que el Gobierno de Vichy se una a ellos... Hace tiempo que se rumorea que algo así podía suceder.

—Y va a pasar. Los nazis van a entrar en Toulouse entre mañana y pasado mañana —interrumpió Castor con un nerviosismo que ahora entendí de dónde provenía—. Por eso tengo que huir esta misma tarde, pero no puedo hacerlo sin el *Kosmeticón*. No pueden permanecer en una ciudad ocupada por los nazis con un libro que les permitiría ganar la guerra.

—Disculpe un momento, voy a ir un momento al baño, no me encuentro muy bien —dijo Chantal.

Cuando regresó, sus ojos tenían un brillo especial, su piel una apariencia más jugosa y su cabello lucía lustroso. No me quedó duda de a qué se debía. La sensación que recorrió mi cuerpo no tardó en llegar. Si me hubiera ordenado que me tirara por la ventana, la habría obedecido dichosa. Castor, que no estaba tan acostumbrado al efecto de las esencias, no se dio cuenta de lo que estaba sucediendo hasta minutos después.

—Mire, Castor, usted ahora tiene que irse. Lo antes posible —dijo con firmeza—. Y no debe contarle a nadie en Toulouse absolutamente nada del libro. No se preocupe por nosotras, nos encargaremos de protegerlo. Confíe en que somos perfectamente capaces de hacerlo y quédese tranquilo.

Castor apretó los puños enfrascado en aquella lucha interna que yo había mantenido el día anterior y de la que saldría derrotado. Y, evidentemente, perdió. Cuando salió de casa, yo no las tenía todas conmigo.

—Chantal, pero ¿y si luego cambia de opinión?

—La esencia seguirá haciéndole efecto de cuatro a seis horas más. El tiempo suficiente para que no le diga nada a nadie y se vaya... No te preocupes.

—Pero cuando vaya donde sea que tenga que ir, dará la orden de que nos busquen a nosotras y al *Kosmeticón*.

Me miró con condescendencia.

—Con todo lo que va a pasar aquí, ¿tú crees que el Gobierno británico o la Resistencia van a tener tiempo de ocuparse de unas mujeres con un supuesto libro mágico? Toulouse está repleto de judíos que se han refugiado y a los que perseguirán con inquina... Y de miembros de la Resistencia a los que querrán apresar. La historia de Castor les parecerá disparatada y, en cualquiera de los casos, no será prioritaria.

—Tengo miedo de la llegada de los nazis. —Las palabras salieron espontáneas de mis labios, sin que hiciera ningún esfuerzo por pronunciarlas.

—Las cosas tampoco pueden ir peor —respondió.

Pero se equivocaba. Las cosas fueron mucho peor. Desde que los nazis desfilaron triunfantes por las calles de Toulouse vitoreados por los colaboracionistas, apenas salíamos de casa, pues las redadas eran constantes.

Guillaume, más irritantemente eufórico que nunca, alcanzó nuevas cotas de poder que le permitían, por ejemplo, enviar un coche oficial

con chófer a recoger a su prometida para que le visitara. Ella siempre regresaba malhumorada y se encerraba en su habitación sin hacer ningún comentario.

Durante aquellos días, Chantal apenas hablaba lo mínimo y pasaba largas horas en su habitación, pero no postrada en la cama, pues oía el taconeo de sus pasos sin fin de un lado al otro de la estancia. Cuando cenábamos juntas, me pedía que no le hablara, que le dolía la cabeza. Respetaba su petición aun a sabiendas de que exigía silencio para seguir tramando lo que fuera que estuviera maquinando.

Tardó un par de días en comunicármelo y lo hizo de sopetón y con un tono imperativo:

—Ana, dentro de seis días me voy a casar con Guillaume.

—Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loca? —En aquel momento fue a mí a quien la asaltó un repentino dolor de cabeza.

—No. No estoy loca. Es lo mejor para todos. He convencido a Guillaume para que vengas a vivir con nosotros y así puedas cuidarme, como mi criada personal, y no creas que ha sido sencillo.

—¿Y si no quiero ir?

Resopló enojada.

—Por favor, Ana, no hagas más difícil todo esto. Te lo ruego. Te aseguro que yo tampoco quiero casarme con ese cerdo. Pero no me queda otro remedio.

—Pero ¿por qué?

—Porque las cosas son así. No le des más vueltas, haz el favor.

—¿Como que no le dé más vueltas? Mira, yo no soy tu criada y lo sabes. Así que ya estás diciéndome por qué te vas a casar. Soy la única persona en la que puedes confiar.

Suspiró y se tomó tiempo en encontrar las palabras y después las dejó escapar del tirón con enojo, como si fuera culpa mía no saberlo.

—Pues porque estoy embarazada. No puedo permitirme dejar a Guillaume ahora, voy a necesitar cuidados y estar alimentada por el bien del bebé.

Era lo último que me esperaba. Y la peor idea que le había escuchado nunca.

—Chantal, tú sabes que yo puedo ayudarte a abortar. Tengo hierbas muy efectivas. Además, tal y como estás de salud es muy peligroso un embarazo tanto para ti como para la criatura. Te ruego que lo reconsideres.

Me miró con los ojos muy abiertos y un temblor incontrolable en el labio superior que no supe si respondía al miedo o a la rabia.

—¿Crees que no lo he pensado? —me soltó poniendo los ojos en blanco—. Llevo todos estos días dándole vueltas a la cuestión. Y quiero tener ese bebé. Desde que mi madre se fue, me siento sola. Imagino que ella también experimentó mis mismas dudas cuando se quedó embarazada y gracias a que las superó estoy yo en este mundo y pude disfrutar de una bonita relación con ella, con nuestros más y nuestros menos. —Hizo una pausa—. Quiero ser madre. No voy a cambiar de opinión.

Yo no estaba de acuerdo. Y no lo estuve cuando se casó con Guillaume Durand con un sencillo y favorecedor vestido de seda que confeccionó ella misma. La vi desfilar en la iglesia, del brazo de un oficial nazi íntimo amigo de su esposo, reprimiendo un mohín de desaprobación. Seguí sin estar conforme con su decisión cuando nos mudamos a la espaciosa casa de Guillaume, decorada con unas espantosas pinturas ecuestres, y me asignó una minúscula habitación al lado del ama de llaves. Chantal solo aportó un objeto de decoración en el comedor: la fotografía que nos habían hecho a los cinco juntos en Àreu. La foto de nuestra historia común, que desentonaba en aquella casa en la que éramos extrañas.

Justo después de la boda, me susurró: «Confía en mí, Ana». No entendí a qué se refería y tampoco hubo ocasión para que me lo aclarara. Nunca nos quedábamos solas: o estaba Guillaume o estaba el ama de llaves, que desde el primer día mostró una antipatía manifiesta hacia mí y una hipocresía mal disimulada hacia Chantal.

Solo comprendí el calibre y el alcance de aquel «Confía en mí, Ana» una semana después de la boda, cuando el revuelo y el estupor se instalaron en aquellas paredes y un sinfín de colaboracionistas y nazis desfilaron en procesión cabizbajos.

Exactamente siete días después del enlace, encontraron a Guillaume muerto en la relojería. Un ataque al corazón, dictaminaron apesadumbrados los médicos, mientras Chantal lloraba desconsoladamente. Aquella fue la tercera vez que la vi llorar.

No me quedó la menor duda de que mi amiga había envenenado a su marido. La noche en que murió Guillaume Durand comprendí que Chantal Frossard siempre iría un paso por delante no solo de mí, sino del mundo.

La siguiente decisión que tomó Chantal fue despedir al ama de llaves y así fue como las dos nos quedamos solas en aquella casa, en cuya planta baja se ubicaba la relojería en la que se reunían los principales colaboracionistas franceses y mandos nazis.

El embarazo de Chantal estuvo marcado por un intenso malestar y un sinfín de vómitos. Los matutinos fueron una constante y los vespertinos hacían acto de aparición unas tres veces a la semana como mínimo. Se negó a ingerir mis remedios, temiendo que de algún modo pudieran afectar al bebé.

Postrada en la cama y con un malhumor inmutable, con sus escasas fuerzas orquestó durante meses nuestra vida y la de muchas personas más. Yo era sus ojos y sus oídos, sus brazos y sus piernas, pero ella era el cerebro. Me ordenaba exigirle parte de las ganancias

al encargado de la relojería. Una mitad la guardaba en una caja de galletas en su mesita de noche y la otra me la entregaba para que se la hiciera llegar a la Resistencia.

—Que el dinero de ese cerdo sirva para ayudar a la gente a la que tanto odiaba —sentenciaba Chantal, porque lo único que la animaba en su estado era saber que aun en la cama podía luchar contra los nazis y conseguir que Guillaume se revolviera en su tumba.

No era lo único que hacíamos por la Resistencia. Yo recababa información en aquellas reuniones entre los colaboracionistas y se la hacía llegar a mi contacto: desde visitas de altos cargos del ejército hasta advertencias de a quién iban a detener. Chantal sonreía complacida cuando volvía de aquellos encuentros como si fuera ella la que se hubiera jugado el pellejo.

El resto del día, cuando no dormía o vomitaba, me daba órdenes con más despotismo incluso que antes.

—Estarás a mi lado durante el embarazo, ¿verdad? —Por primera vez en mucho tiempo aquello no era una orden, sino una súplica.

—Sí, pero también habrá una matrona. Yo solo había asistido a Teresa en los partos, ella sí que sabía cómo hacerlo, pero a mí me daría miedo.

—No te preocupes por eso, no es lo que te estoy pidiendo. No hace falta que hagas nada, para eso está la matrona. Yo solo quiero que me cojas de la mano. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Perdóname si estoy siendo un poco brusca contigo, es que me encuentro fatal. Y también tengo miedo. No estoy acostumbrada a cuidar de nadie, no sé qué tipo de madre seré... Pero necesito que sepas que te quiero mucho, Ana.

Supe lo mucho que no me quería un mes antes de que saliera de cuentas. Uno de los asuntos que más le consternaban a Chantal era

la madre de Guillaume, una viuda afincada en Marsella, desolada por la muerte de su hijo, que insistía en trasladarse a Toulouse para cuidarla a ella y al bebé. Semanalmente, Chantal neutralizaba la amenaza con cartas cariñosas, en las que relataba que el embarazo estaba yendo de maravilla y que ya conocería a su nieto o nieta más adelante, cuando la situación política fuera menos adversa.

—La vieja insiste en venir para el parto —se lamentó un día—. Ya no sé qué hacer para que me deje en paz. Una vez que nazca el bebé necesito tiempo.

Hubo una sutil entonación en la última parte de la frase, en el «necesito tiempo», que encendió mis luces de alarma. Chantal siempre tenía un plan para todo y temí que en aquella ocasión no lo estuviera compartiendo conmigo. Mis presentimientos siempre han sido más acertados que mis decisiones. Por ello, cuando me pidió que fuera a correos como cada semana y además de la consabida carta a su suegra adjuntó otra para su familia de Grasse, la sospecha creció. Hacía meses, si no años, que no se escribía con ellos, y me escamó que escogiera aquel momento. Mi voz interior me instó a abrirla.

En la carta, relataba una versión edulcorada de lo que habían sido sus últimos meses: su boda, la trágica muerte de su marido, su embarazo. Les rogaba que después del parto, cuando le fuera posible viajar, la acogieran. A ella y al bebé. Ni una palabra de mí, que me pasaba el día cuidándola y que me jugaba la vida cumpliendo sus mandatos con la Resistencia.

Si ella se iba, yo me quedaría en la calle. Pero no me preocupó tanto mi futuro como me horadó el estómago su traición. Tan callada, tan meditada y calculada, tan egoísta, mientras me rogaba que le sujetara la mano durante el parto.

Como siempre, Chantal iba un paso por delante de mí. Pero esta vez le iba a tomar la delantera.

Abrí la carta dirigida a la madre de Guillaume, en la que la emplazaba para que la visitara en agosto o septiembre y se comprometía a tramitar los permisos necesarios para que viajara cómodamente. Le rogaba que no lo hiciera antes, pues sus contactos alemanes la habían informado de que era muy peligroso.

No envié ninguna de las cartas. Valoré mis opciones. Eran dos: conseguir un salvoconducto para llegar a Andorra y disfrutar de una vida tranquila con el dinero que poseía o viajar a Grasse y hacerme pasar por Chantal Frossard. No sé cuánto hubo de venganza hacia Chantal y cuánto de querer convertirme en ella en mi elección final.

En cierto modo, mi transformación llevaba años fraguándose, años en los que emulé sus andares despreocupados, imité su aplomo, ansié tener lo que ella poseía.

Aquella noche no dormí: la invertí en aprender a imitar la caligrafía de Chantal, emborronando hojas y hojas hasta que mi mano se deslizó sobre el papel como si fuera la de la francesa. Al amanecer, había adquirido suficiente pericia para escribir dos cartas: en una le suplicaba a la señora Durand que se desplazara a Toulouse lo antes posible, pues requería de su compañía y de su aliento durante el parto. Con aquella mujer en casa, recién parida y con una ratonera de colaboracionistas y nazis en su casa, Chantal no podría escapar.

Escribiendo la siguiente carta, me convertí por primera vez en Chantal Frossard. Me introduje en su finísima piel, me atusé el cabello con su coquetería, crucé las piernas con su estilo y así empecé a escribir con calma. Les relaté una mezcla de su vida y la mía, y les hice saber que en muy breve me presentaría en Grasse.

Una semana después, con Chantal más quejosa que nunca, coloqué algunos vestidos y el *Kosmeticón* en una maleta que le

sustraje. Introduje en ella las cartas que la familia de Grasse le había enviado y la foto en la que aparecíamos los cinco en Àreu. Destruí su pasaporte para que no pudiera viajar, pues yo ya tenía uno falso con su nombre, y le robé la partida de nacimiento. Eran las pruebas que necesitaba para que la familia Frossard no dudara de que yo era Chantal Frossard. En un acto de piedad le dejé, en un pequeño armario del baño de casa, las esencias que nos quedaban.

Y me fui para siempre de Toulouse convertida, al fin, en una mujer de aire. Convertida en Chantal Frossard.

Quinta parte
La huida

La Máguissa será elegida por el *Kosmeticón*. Utilizará el azar y las ambiciones humanas para decidir quién guía sus pasos. Quien dañe a la Máguissa será castigado, pero quien robe el *Kosmeticón* no lo hará por voluntad propia, sino porque el libro sagrado así lo ha decidido.

CLEOPATRA EN EL *KOSMETICÓN*

1

Grasse, 1944

En el salón de Grasse, Félix Müller se retorcía bajo la mirada atónita de Inès, Sylvie y Marcel. El hechizo sin magia que me había convertido en Chantal Frossard se disipaba con la rápida agonía de aquel hombre. Y volvía a ser yo: la huérfana de un pueblo de los Pirineos, la siempre dubitativa Ana Fernández, la del nombre pobre y vulgar que olía a tierra mojada. Y me costaba creerlo: porque durante aquel tiempo no había mentido a los demás, me había engañado a mí misma: me había convencido de que era Chantal Frossard y me había entregado a aquella misión con un afán metódico y a la vez dichoso. Exhibiendo una versión mejorada de ella, de la mujer que me hubiera gustado que fuera mi amiga. Lo había logrado y no había servido de nada. Sin embargo, me había quedado algo de Chantal pegado a la piel: me había transformado en una mentirosa, en una manipuladora, en una impostora.

La que había sido mi familia durante cinco meses me observaba con una mezcla de emociones, en las que el miedo y la decepción prevalecían sobre las demás.

Félix Müller, el hombre del que Coraline Frossard había querido vengarse haciéndonos pagar un precio muy alto, estaba llegando al final de sus convulsiones y de su vida. Una paradoja. Coraline no estaba allí para disfrutar del macabro espectáculo, pero sentí su presencia, dedicándome una sonrisa entre cruel y satisfecha que no me procuró ningún consuelo.

Todos observábamos en silencio al moribundo. Y después, cuando ya no había nada que ver porque Félix Müller no respiraba y su cadáver provocaba una tétrica incomodidad, las miradas se posaron en mí.

—Has traído la maldición a esta casa. Cuando descubran que hemos matado a un nazi nos llevarán a todos a un campo de concentración. Y ejecutarán a mi hijo y a mi marido —espetó Sylvie.

Hasta aquel instante preciso siempre me había esforzado en pensar cómo hubiera hecho esto o aquello Chantal, para orillar mis dudas, para hacer mía la seguridad que la definía. Y, sin embargo, una vez desenmascarada, el aplomo ya no era impostado, era más genuino que nunca.

—Tranquilizaos. Sé que os debo muchas explicaciones. Pero os las daré más adelante. Yo me voy a encargar de que nadie acabe en un campo de concentración.

Tenía la boca reseca, la garganta de arena y el corazón martilleándome el pecho, pero aquellas sensaciones no me paralizaban, me empujaban a no estar quieta para huir de ellas.

—Pero ¿cuánto tiempo crees que tardarán los nazis en descubrir que has matado a un agente de la Gestapo?

—El suficiente. Hasta que se enteren, tenemos tiempo de escapar —respondí.

—Escapar, ¿a dónde? —preguntó Sylvie, que me miraba con una mezcla mesurada de desconcierto y rabia.

—Os lo explicará Inès. Yo ahora tengo que solventar esto. —Miré el cadáver de Müller con la cara contrita en una expresión de dolor y sorpresa.

—No sé qué tienes pensado hacer —dijo Sylvie con un dedo temblando mientras intentaba apuntarme con él—, pero ni se te ocurra enterrar a este hombre en nuestro jardín. —Aquella posibilidad la tenía muy alterada—. Si los perros lo encuentran, nos implicarán a todos.

¿Qué hubiera hecho Chantal para deshacerse del cuerpo de un nazi? Aquella pregunta me asaltó por costumbre, pero Ana Fernández ya tenía la respuesta.

—Esperadme aquí. Inès, como te he dicho, cuéntales nuestro plan. Ahora tengo que irme.

Pedaleé en la oscuridad guiándome por los olores hasta una cabaña en las afueras. No había luz, pero el inquilino se despertó después de que aporreara su puerta.

—¡Qué agradable sorpresa! —exclamó Castor.

—De agradable nada. —No pude evitar defraudarle, pues mi incursión nocturna no iba a ser con la que él fantaseaba—. Necesito que me hagas un favor.

—Dime.

—Tengo un nazi muerto en mi casa y tienes que ayudarme a deshacerme de él.

—¿Cómo? Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué ha pasado?

—Por Dios, por lo que más quieras en la vida, acompáñame y te lo cuento por el camino.

A Castor le sorprendió más haber fallado en su cálculo del tiempo que Félix Müller tardaría en encontrarme que el hecho de que yo

hubiera envenenado a un hombre. Así era él. Sin levantar ni una ceja, antes de salir de la casa cogió una carretilla en la que colocó varios bidones muy pesados.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—La esperanza de la Resistencia. Pero, gracias a tu tozudez, ahora no podrán contar con ella —dijo molesto, y me abstuve de pedir una aclaración.

Yo caminé con mi bicicleta al lado y él acarreando el pesado carro hasta que llegamos a mi casa.

—Pero ¿qué quieres hacer? —le pregunté cuando cruzamos el jardín.

—Recogeremos el cuerpo y lo llevaremos a la perfumería.

No me iba a dar más explicaciones, la mente del espía estaba demasiado inmersa en sus cálculos para procurármelas. Aquel hombre era realmente extraño, pero también tremendamente útil.

Al entrar en la casa, Marcel y Sylvie parecían haber envejecido cinco años, e incluso Inès tenía un gesto maduro y desencantado que le constreñía el rostro. Sylvie intentó articular alguna palabra, pero Castor la atajó.

—Buenas noches —dijo con aquella tranquilidad suya—. No se preocupen por nada. Olviden lo que ha ocurrido aquí. Nos vamos a encargar de que esto no tenga consecuencias para nadie. ¿Me pueden dejar una manta y una alfombra?

Castor transmitía calma a la vez que poseía una voz de mando que hacía imposible oponerse a sus peticiones. Aun así, Sylvie tuvo un conato de rebelión:

—Nosotros no tenemos que ver nada con todo esto. Chantal, quiero decir Ana, debe entregarse.

Castor la miró con condescendencia.

—Señora, claro que tienen que ver con todo esto. Hay un nazi muerto en el comedor de su casa. Por mucho que Chantal se entregue, los detendrán a todos. Estamos en el mismo barco, así que vamos a remar. —No había reproche en el tono de su voz, solo una lógica irrevocable.

El odio con el que me sostenía la mirada Sylvie era más soportable que la decepción con la que me contemplaba Inès. Siempre había visto en ella una pureza deslumbrante y haberla traicionado me pesaba más de lo que había imaginado. Marcel, sentado en su butaca, abismado en un mundo oscuro, permanecía inmóvil, abstraído en Dios sabe qué pensamientos.

Sylvie e Inès me rehuyeron la mirada mientras buscaban las mantas y renunciaban a que la mullida alfombra estampada en dorado y grana volviera a decorar el comedor.

—No hace falta que se queden. La señorita —Castor no quiso pronunciar mi nombre para no ahondar en la herida de mi identidad — y yo nos encargaremos del resto. Vuelvan a sus habitaciones y recuerden: aquí no ha pasado nada. Esto no tendrá consecuencias para ustedes.

Más que una sugerencia era un decreto que los tres acataron. Sylvie e Inès ayudaron a levantarse a Marcel, que seguía ajeno, ausente en su mundo, resistiéndose a afrontar la realidad. Ojalá yo hubiera podido hacer lo mismo.

La sala desprendía un olor que no había percibido nunca. Mi gesto de repugnancia fue inmediatamente interpretado por Castor.

—A esto huele la muerte. El cuerpo deja una huella de mierda, orines y algo más que nunca llego a interpretar —me explicó con total tranquilidad.

Envolvimos el cuerpo en las mantas y la alfombra, y lo transportamos hasta la carretilla, inhalando la inquietante fragancia

que suelta la vida cuando se consume.

Con Félix Müller en la carretilla, nos dirigimos hacia la perfumería. Castor iba muy despacio para que el carreteo de las ruedas sobre los adoquines no interrumpiera la quietud de aquella noche que siempre recordaría como la más fría de mi vida. Pero un alboroto rompió el silencio. Voces, gritos y canciones. Un grupo de soldados alemanes, a todas luces ebrios como denotaban sus cantos desafinados, se dirigía hacia nosotros. Nos encontrábamos en una calle estrecha, y si los nazis se acercaban a nuestra posición, no tendríamos escapatoria. Castor me indicó que nos pegáramos a la pared y sacó un revólver.

—¿Hay algo que puedas hacer con tus esencias? —Era la primera vez que le veía angustiado.

Extraje con sumo cuidado de mi bandolera la esencia del olvido y me la esparcí siguiendo el ritual de las Hijas de Selene mientras Castor no me quitaba ojo de encima.

—Dame la mano —le susurré—. Si no tú también olvidarás.

Aunque era tentador que no recordara nada, en aquel momento necesitaba que tuviera bien claro lo que quería hacer. Su mano envolvió la mía. Estaba fría, pero a mí me procuró una sensación cálida, protectora.

Justo en aquel momento, los alemanes giraron por otra calle y escuchamos cómo su alboroto etílico se diluía. Cinco minutos después traspasamos el umbral en la perfumería.

—¿Y ahora qué tenemos que hacer? —pregunté.

—Vamos a colocar al nazi este en la olla gigante que tenéis.

—¿Te refieres al alambique de destilación?

—Sí, a eso. Después lo bañaremos con el ácido sulfúrico que íbamos a utilizar para el sabotaje de las vías del tren y para preparar

explosivos. No sabes lo que cuesta conseguirlo y las esperanzas que la Resistencia tenía puestas en él —me reprochó.

—¿Y qué pasará?

—Dentro de unas seis horas el cuerpo de este desgraciado será un amasijo irreconocible. Después recogeré los dientes y los pedazos de hueso que no se hayan diluido y los enterraré. El único problema es que le deberás un alambique de destilación a tu familia, porque el ácido corroerá el cobre. —Su explicación resultaba aún más inquietante por el tono didáctico que le confería.

—Creo que un alambique de destilación no será lo más importante que hayan perdido esta noche.

No puedo decir que experimentara miedo, ni pena ni remordimientos. Todo mi cuerpo se había tensado, bloqueando cualquier sentimiento que no fuera útil para nuestra misión. No notaba ninguna parte de él: se me había endurecido como el caparazón de una tortuga.

Desenvolvimos el cadáver.

—Pero ¿no habrá dejado constancia a sus mandos de que venía a nuestra casa? —caí en aquel momento.

—No. Estaba solo. Este hombre no era tonto. Informó a sus jefes de que venía a Grasse a comprobar una historia de un libro mágico, que es algo que siempre motiva al Führer, pero no permitió que nadie le acompañara. Yo sospecho que el muy listo pretendía quedarse el libro. —De repente se paró en seco—. ¿Y la pistola? —preguntó.

La cartuchera de Félix Müller estaba abierta y por ella se asomaba el vacío del cuero.

—No lo sé, en casa la llevaba.

Castor chasqueó la lengua y agitó la cabeza.

—Esto sí que es un problema. Debe de haberse caído por el camino y eso es una prueba. No sé cómo no lo he comprobado antes —dijo contrariado por el error que no se perdonaba—. Rastrearé el camino de vuelta hasta que la encuentre. No se pueden dejar cabos sueltos.

Como una autómata le ayudé a lanzar a Félix Müller al alambique y solo cuando oí el golpetazo del cuerpo volví a la realidad. Encaramado a una escalera, Castor vertió los dos bidones de ácido sulfúrico, que no expidieron ningún olor hasta que entraron en contacto con el cadáver. Me sacudió una fragancia oscura, ocre, penetrante, que degeneró en carne podrida, chamuscada. Aunque él colocó la tapa yo continué percibiendo cada uno de los matices de la descomposición humana mezclada con el óxido del cobre del alambique.

—¿Lo ves como no puedes tener el libro? —me reprochó mientras se encendía un cigarrillo con total tranquilidad—. Ha ido de un pelo que no esté en manos de los nazis o que ese tipo hiciera lo que le viniera en gana con él. Erizo, tienes que dármelo ahora mismo. ¿No te das cuenta de lo peligroso que es?

—Tienes razón. Te lo daré, te lo he prometido y lo cumpliré. Pero todavía no.

—Sí, como la última vez en Toulouse —me reprochó.

—Eso fue cosa de Chantal. Te prometo que te lo entregaré, pero tenemos un trato y lo voy a cumplir. Yo necesito preparar las esencias para proteger a las Hijas de Selene, por eso te pedí más tiempo. Y después el *Kosmeticón* será tuyo. De hecho, ya no lo quiero.

—No me fío—insistió.

—Pues no te quedará más remedio que fiarte.

Calibró su reacción y en esos segundos sus ojos dejaron de observarme como a alguien conocido y asomó una fiereza que no le conocía. Temí que sacara su pistola o que se abalanzara sobre mí. Estoy convencida de que él también lo temió.

—Como me la juegues, te juro que seré implacable contigo.

No me cupo la menor duda de que cumpliría su amenaza sin pestañear.

—¡Vete! —dijo malhumorado.

—¿Te vas a quedar tú solo aquí?

—Sí. No hace falta que estemos los dos. Vuelve a tu casa e intenta tranquilizar a esa familia tuya postiza para que no cometa ninguna tontería. Y comprueba si se nos ha caído el revólver de este hombre por algún sitio. No se pueden dejar cabos sueltos —repitió herido en su pundonor.

Deshice el camino andado, resiguiendo cada uno de nuestros pasos hasta regresar de nuevo a la casa, y no encontré ni rastro del revólver, de aquel «cabo suelto» que tanto atormentaba a Castor.

Descubrí dónde estaba justo al traspasar la puerta de la casa. Sylvie me esperaba con él en la mano y con una expresión torva que constataba que no le faltaban las ganas de utilizarlo.

2

Grasse, 1944

Sylvie, sentada en la butaca orejera de Marcel, movió el revólver indicándome que pasara. Le sobraba valor para disparar, pero yo confiaba en que careciera de la pericia y de la puntería. Aquella mujer, que siempre me había parecido escindida, contenía una fuerza desbocada que no provenía de la resiliencia de la que siempre había hecho gala, sino de la ira que llevaba tiempo consumiéndola.

—Tranquila, Sylvie, nos hemos deshecho del cuerpo. Nadie podrá llegar a la conclusión de que el nazi estuvo en nuestra casa.

Mis explicaciones, si las oyó, le trajeron sin cuidado.

—Has destruido esta familia. Ya me ha contado Inès tu gran idea. ¿Cómo quieres que huyamos a Córcega? ¿Cómo va a llegar Marcel a Cassis?

—He conseguido un carro que saldrá antes con las personas que tienen alguna dificultad para moverse. Marcel podrá viajar en él. Y tú también si lo deseas.

—Yo no voy a ninguna parte. ¡Siéntate!

La obedecí. El sillón dispuesto ante ella estaba a la distancia justa para que no pudiera arrebatarle el arma, pero no lo suficientemente

alejado para que errase el tiro.

—Realmente me llegaste a convencer —dijo con acritud—. Al principio me costaba creer que una hija de Coraline no fuera un bicho como ella. Pero has resultado ser mucho peor. No eres solo una impostora, eres también una ladrona y tienes algo que me pertenece.

Entonces caí y lo entendí todo. Seguramente la auténtica Chantal Frossard hubiera llegado mucho antes a la conclusión que yo estaba alcanzando en aquel preciso instante. La contundente petición de Sylvie me había abierto los ojos.

—¡Tú eras la Máguissa de Grasse! —solté.

Sonrió y la parálisis me mostró una mueca inquietante. El cabello pajizo le caía despeinado por el rostro y su expresión impertérrita, granítica, poco humana, me provocó un escalofrío. Pero, aun así, yo no podía parar, guiada por una comprensión tardía que me reprochaba que no me hubiese dado cuenta antes.

—¡Tú fuiste quien puso patas arriba la casa cuando llegué!

Era obvio que el registro había sido delicado, sin romper nada, y que mi habitación había sido el lugar más escudriñado. Y yo no lo había sabido ver. Conocía de la existencia de un grupo de Hijas de Selene y siempre creí que la abuela de Chantal, Brigitte, era la Máguissa. Nunca sospeché de Sylvie, tan discreta, a quien le gustaba tan poco llamar la atención.

—¿Dónde has escondido el *Kosmeticón*? —fue su única respuesta.

—No te lo puedo decir... Ahora lo necesitamos para llegar a Cassis y embarcar hacia Córcega.

El sonido seco del seguro del revólver me respondió.

—Si me matas, tampoco lo encontrarás —la desafié.

—El *Kosmeticón* debe quedarse en Grasse, no puedes llevártelo en ese viaje demencial a Córcega —dijo indignada—. Aquí está su lugar.

Aquí lo podemos proteger. Llevamos siglos haciéndolo...

—¿Cómo llegó a Grasse?

Era la pregunta menos pertinente que podía plantear a una mujer que me apuntaba con un arma, pero necesitaba la respuesta. Tanto Sylvie como Castor me habían enfrentado a una verdad irrefutable: yo no podía ser la Máguissa porque era incapaz de proteger el *Kosmeticón*. Había decidido renunciar al libro, pero lo haría cuando yo quisiera y como yo quisiera. Me angustiaba afrontar aquel sacrificio, el vacío de la magia y la asunción de mi derrota. Los días grises sin el brillo de aquellas páginas vetustas. Y también desconfiaba de mí misma: mi determinación para llevar a cabo aquel sacrificio podía flaquear.

Necesitaba ahondar en los orígenes del *Kosmeticón* para entender por qué había llegado a mis manos y por qué debía dejarlo partir.

Mi petición no sorprendió a Sylvie. De hecho, la serenó y su voz monocorde me transmitió una extraña calma.

—Es una historia muy larga, que tiene que ver con mi familia, no con los Frossard. Y con el Antiguo Egipto. No sé si sabes que Cleopatra tuvo cuatro hijos y que dos de ellos eran gemelos. Su padre era Marco Antonio y ella quiso que fueran el Sol y la Luna. A él le llamó Alejandro Helios y a ella Cleopatra Selene. Día y noche. La fuerza masculina y la fuerza femenina. Cuando Cleopatra se suicidó, ejecutaron a su hijo mayor, Cesarión, porque era el heredero de Julio César y podía reclamar derechos dinásticos. En cambio, a los gemelos y a su hermano pequeño los llevaron a Roma, donde los educaron como nobles. Todo parece indicar que Alejandro Helios murió joven, seguramente de alguna enfermedad infantil. A Cleopatra Selene, que ya poseía el *Kosmeticón*, la casaron con el rey Juba II de Mauritania. Ella fue una reina muy sabia y él era un gran viajero. Es curioso que se sepa tan poco de Cleopatra Selene y

tanto de su madre... A la historia solo le interesan los escándalos de las mujeres, no sus aciertos.

»Por entonces existía una ruta comercial desde Alejandría, en el antiguo Egipto, hasta Marsella, que se llamaba Massalia en la época. Se cuenta que una esclava le robó el *Kosmeticón* a Cleopatra Selene y aprovechó aquella ruta para huir. Massalia era un lugar demasiado concurrido y se refugió en Grasse, por entonces ya habitada, pero más discreta. Además, gracias a nuestro microclima aquí se encuentran todos los ingredientes necesarios para elaborar las esencias. —Sylvie se había relajado. Tanto que apoyó la mano que blandía el revólver sobre su regazo—. Yo solo tengo constancia de cuándo llegó a mi familia. Me llamo Sylvie Villeneuve y provengo de la nobleza de Grasse. Hasta donde yo sé, mi tatarabuela fue Máguissa, aunque es probable que también hubieran desempeñado el cargo otras antepasadas de mi linaje —dijo con orgullo—. El *Kosmeticón* estaba custodiado en el convento de la Visitación de Grasse, una orden de monjas visitandinas que no son de clausura, por lo que las Hijas de Selene podían entrar en el convento, reunirse con las religiosas e intercambiar conocimientos acerca de los frutos que nos da la tierra. Allí es donde tiene que regresar el *Kosmeticón*... Y yo tengo que volver a ser la Máguissa. —Amusgó los ojos—. Así serían las cosas si Coraline Frossard no lo hubiera estropeado todo.

—¿Qué hizo Coraline?

En el momento en que Coraline se coló en el relato, lo demás palideció y únicamente resplandeció un odio que había sobrevivido intacto durante veintiséis años. Me imaginé a mí misma relatando mi relación con Chantal veintiséis años después, con aquella envidia encapsulada intacta, y me asusté.

El resentimiento de Sylvie tenía muchas caras y en todas ellas se reflejaba Coraline. Sylvie amaba profundamente a su marido, August, un hombre deslumbrante con una belleza similar a la de su hermana. Pero el carácter que este mostraba cuando estaba con su esposa poco tenía que ver con el de la expansiva Coraline. Callado, correcto, ausente en su presencia, atento en un sentido práctico exento de cercanía.

En cambio, aquel hombre, al que apenas le conocía la risa, era otro en presencia de Coraline. Los oía charlar, reír y mantener una complicidad a la que Sylvie nunca pudo aspirar. «Sé que era su hermana, que se habían criado juntos, pero no soportaba que Coraline tuviera siempre tantas cosas y yo tan pocas», se lamentó. Aquella eterna y familiar impotencia de saber que hay mujeres que lo tienen todo y tú nunca te cuentas en sus filas.

Por entonces, Sylvie, que tan insignificante se sentía en su casa y, sobre todo, con su marido, era la mujer más poderosa de Grasse. La Máguissa, que se reunía con sus Hijas de Selene en el convento de la Visitación.

—¿Cómo se enteró Coraline de la existencia de las Hijas de Selene si el juramento obliga a guardar el secreto? —pregunté.

Dejó escapar una sonrisa maliciosa.

—Porque yo empleaba las esencias con ella. Eran mi única arma. A veces conseguía que se apartara de August o que obedeciera o que no saliera de casa o que no avergonzara a su familia... Con lo rebelde que era se revolvía y sufría por no salirse con la suya y debo decirte que no me causaba ninguna pena. —La sonrisa maliciosa se tornó triunfante y el brillo se reflejó también en sus ojos—. Ahí empezaron sus sospechas. Y, por otra parte, ella veía que su madre, Brigitte, me acompañaba en muchas ocasiones. Brigitte era una mujer muy sabia, con un don especial para los perfumes, que

apreciaba las flores y sabía descifrar su lenguaje, e intuí que sus aportaciones serían de gran valor para nuestra comunidad de Hijas de Selene. Coraline receló de nuestra relación, de nuestras excursiones al convento de las Visitadoras, y no sé cómo lo hizo, pero aquella endiablada mujer siempre lo descubría todo, no se le podía ocultar nada. —Sacudió la cabeza—. Y cuando me pidió convertirse en una Hija de Selene, se me pusieron los pelos de punta: había descubierto nuestro secreto. Intenté convencerla de que se trataba de leyendas... Pero de nada me sirvió. Al final se lo dije claramente: ella nunca formaría parte de las Hijas de Selene.

Respiró recordando aquel momento y se apartó el pelo de la cara con un gesto muy digno.

—Pero a Coraline Frossard no se le podía negar nada. Cuando murió Brigitte, Coraline apenas pasaba tiempo en casa, supongo que para huir del influjo de las esencias. Viajaba a Niza con August para vender nuestros perfumes y concentrados a las tiendas y, sobre todo, para irse de fiesta. August alegaba que debía cuidarla y no se separaba de ella. ¡Y yo me quedaba sola en casa sin saber qué estaba haciendo ni cuándo volvería mi marido! Lejos de Grasse, Coraline volvía a tener su poder y yo perdía el mío.

Yo, que sabía lo brutal que resultaba que anularan tu voluntad mediante las esencias, me sorprendí entendiendo a Coraline, envidiando su determinación y aquellas ansias de libertad de las que yo había carecido siempre. Y contemplé la ruindad y la envidia de Sylvie como un amargo espejo de las mías. Una profecía de mi futuro si no era capaz de redirigirlo.

—Cuando Coraline regresaba a Grasse seguía preguntando por las Hijas de Selene y yo me la quitaba de encima como podía. O eso creía. Hasta que desapareció. ¡Qué felices fueron aquel día y los siguientes, cuando parecía que se la había tragado la tierra! Pensé:

que se vaya bien lejos de mi vida, que deje en paz a mi familia. Ella siempre soñaba con vivir en París, así que especulamos que se había fugado allí quién sabe con quién.

Durante aquellos primeros días Sylvie fantaseó no únicamente con librarse de su presencia, sino del poder que ejercía sobre la familia. Coraline no solo los había sumido en la vergüenza con su fuga, también les había robado: carísimos concentrados y tinturas y todo el dinero que encontró en la casa y en la perfumería. Sucedió al final de la Primera Guerra Mundial y la dura posguerra lo fue aún más para la familia Frossard sin ahorros y con deudas. Pero la consternación por el futuro de Coraline que experimentaban Marcel y August pesaba más que el daño que les había causado. Y enfureció aún más a Sylvie: nadie era capaz de culpar a Coraline Frossard de sus acciones. Seguían preocupándose por el perro que siempre les mordería la mano.

—Se merece todo lo que le ocurra. Espero que nunca más vuelva a pisar esta casa —le soltó un día Sylvie a su marido.

—Nunca vuelvas a hablar así de mi hermana. Ella siempre tendrá las puertas de esta casa abiertas. No me importa lo que digas, lo que pienses, lo que hagas. Es mi hermana.

—Si tu hermana vuelve a Grasse, me encargaré de que acabe en la cárcel —respondió Sylvie Villeneuve, la hija de una familia noble con suficientes contactos para consumar su amenaza.

Fue la primera y la última vez que se enfrentó a su amado August.

Sylvie supo que había perdido aquella batalla antes de comprender que también había perdido la guerra. Días después descubrió que Coraline le había robado el *Kosmeticón*.

—Con las Hijas de Selene nos organizamos para perseguirla y recuperarlo, convencidas de que estaba en París, pero de nada sirvió. Coraline Frossard, como siempre, se había salido con la suya.

Lo que hizo después con las Hijas de Selene, ungir a sus amigas en Barcelona para crear su propio grupo..., es una aberración. El *Kosmeticón* es un libro sagrado y ella lo convirtió en un vehículo para hacer lo que le venía en gana y divertirse con sus amiguitas.

Sylvie nunca se recuperó del robo. Tampoco lo hicieron sus Hijas de Selene, que habían perdido no solo su secreto mágico, sino su espacio de libertad.

—Sé que me culparon por ello... Lo veía en sus miradas. Ese reproche de quien ha creído en ti y se arrepiente.

Veintiséis años después Sylvie seguía viendo aquellas miradas y se engañaba a sí misma: su afán por recuperar el *Kosmeticón* nunca las borraría, porque formaban parte de ella. Porque eran ella. Su envidia y su culpa.

—Tengo una duda: ¿cómo es posible robar el libro? Es algo que siempre me ha extrañado, porque el *Kosmeticón* puede protegerse de cualquier ataque, aunque ello suponga la muerte de una Hija de Selene —inquirí—. ¿Cómo es posible que no evitase ser robado?

Resopló con una desazón inmensa. Había tocado, ignorándolo, la herida que tantos años después continuaba escociendo.

—El *Kosmeticón* escoge a su Máguissa. Lo dice en uno de sus pasajes: «La Máguissa será elegida por el *Kosmeticón*. Utilizará el azar y las ambiciones humanas para decidir quién guía sus pasos. Quien dañe a la Máguissa será castigado, pero quien robe el *Kosmeticón* no lo hará por voluntad propia, sino porque el libro sagrado así lo ha decidido». Eso es lo que nunca he alcanzado a comprender: ¿cómo pudo el *Kosmeticón* escoger a alguien tan irresponsable como Coraline?

La pregunta más lacerante era cómo pudo preferir a Coraline antes que a ella. Y la que más me intrigaba era por qué me había escogido a mí. Yo estaba convencida de que cuando decidí huir de

Toulouse y hacerme pasar por Chantal Frossard tomé libremente la decisión. Me congratulaba de la determinación que había manifestado orillando mis eternas dudas. Pero ahora sabía que el *Kosmeticón* me había obligado a hacerlo y aquello me produjo una mezcla de sentimientos inquietantes y halagadores al mismo tiempo. Yo no había decidido ser Máguissa, el libro me había escogido y eso cambiaba por completo mi percepción de lo ocurrido. Y de mí misma. No tenía tanto valor como imaginaba, pero era más valiosa de lo que había creído.

—No tiene sentido que la escogiera a ella. —Sin duda Sylvie llevaba años repitiéndose a sí misma aquella frase—. Yo había creado una comunidad de Hijas de Selene que con el libro investigaban los secretos de la tierra. La integrábamos desde mujeres instruidas que comprendíamos el griego hasta campesinas que habían establecido un vínculo único con la tierra. Queríamos mejorar el mundo y llevábamos a cabo una labor preciosa, que hubiéramos podido continuar si no hubiera sido por Coraline.

—Pero ¿cómo se puede mejorar el mundo con el *Kosmeticón*? Su poder se basa en la manipulación y en los venenos...

Por mucho que amaba el libro, no compartía aquella mitificación de las bondades del *Kosmeticón* y de su relación con la tierra. La unión con la tierra es la que mantenemos las trementineras, que indagamos en sus secretos para sanar, que inventamos fórmulas con nuestra experiencia en vez de seguir las instrucciones de un libro para salirnos con la nuestra. El *Kosmeticón* es pura magia, pero tener acceso a él no era un mérito, ni siquiera un orgullo, era un azar.

—Favorecer o proteger a las mujeres significa, a veces, tomar decisiones crueles, no te lo voy a negar —prosiguió Sylvie—. En aquellas reuniones las Hijas de Selene decidíamos de mutuo acuerdo

cuándo era lícito emplear los venenos y los poderes más oscuros del *Kosmeticón*. Pero nosotras lo utilizábamos con respeto. Y sí, se pueden mejorar el mundo y la vida de mucha gente gracias a él. ¿No te has dado cuenta?

—Lo cierto es que no. No entiendo cómo la manipulación puede mejorar el mundo...

—Las esencias no solo sirven para manipular. Ese es su efecto más llamativo. Pero no es el único. El *Kosmeticón* es una puerta al conocimiento de la tierra, pero también de la feminidad y del poder de las mujeres, a esas habilidades que no empleamos, que no conocemos, que hemos perdido. En mi comunidad de Hijas de Selene no pretendíamos únicamente conseguir que los demás hicieran lo que deseábamos para lograr nuestros objetivos. —Hizo una pausa, contrariada, porque no asentí en ningún momento y mi ceja levantada sostenía mi escepticismo—. Organizábamos experiencias muy valiosas y reveladoras. Mujeres inseguras que de repente, al inhalar la fragancia de una desconocida que les daba fuerza, encontraban un poderío interno que desconocían. Otras, hundidas en la rabia, por ejemplo, hallaban un destello de serenidad, que después podían recuperar para perdonar, pero no por piedad, sino para recuperar sus vidas, para estar en paz con ellas mismas. Porque las esencias les habían mostrado que era posible. Les habían señalado el camino para encontrar sus dones, su poder, el que durante tanto tiempo se habían negado escuchando las voces de otros que no eran la suya propia. —Hizo una pausa, clavó su mirada en la mía y esta vez ya no pude sostener la incredulidad—. Las esencias causan un efecto fugaz, pero hay más: te asoman a rincones de la conciencia que desconocías y que después puedes alcanzar por ti misma. El *Kosmeticón* es, como dijo Cleopatra, el arma de las mujeres, pero no solo para combatir a los hombres y a

otras mujeres. También para conocerse, para desarrollarse, para entender el mundo y a nosotras mismas. Para combatir miedos y carencias. Hay algo místico en los estados que induce el *Kosmeticón*. Algo bello y divino. Que puede ser terrible cuando se emplea su poder más oscuro. Las mujeres no somos solo luz y la oscuridad también nos pertenece.

Me quedé callada, acariciada por aquella revelación enorme, masticando aquellas palabras catárticas, balsámicas. Asumí que algo había cambiado en mí al emplear las esencias. Se había filtrado como un poder impuesto, regalado y potentísimo, pero había abierto la puerta a quien podía ser, a quien quería ser, a lo que quería hacer. Yo no había dejado de ser la Ana Fernández del nombre vulgar, del olor a tierra húmeda, la mujer llena de dudas, porque me hubiera metido en la piel de Chantal Frossard. Ni siquiera porque contara con el poder del *Kosmeticón*. Era la Ana Fernández que había sobrevivido en Argelès-sur-Mer sin esencias con un impulso que yo misma desconocía. Y la que había decidido apartarse de Eudald porque prioricé mi bienestar a la esclavitud de su amor. Yo era otra mujer. Aquella puerta profunda, dolorosa, brillante y oscura a mí misma se había abierto gracias al *Kosmeticón*. Pero era yo quien había decidido traspasarla. Y mi decisión, por fin lo entendía, me había transformado.

Por primera vez, sentí mis raíces y a la vez una cualidad etérea. Era la mujer de tierra y la mujer de aire que siempre había anhelado ser y hasta aquel instante no fui consciente de que lo había logrado.

El momento de paz fue superior al que había sentido bajo el influjo de las esencias, más revelador que mi viaje lisérgico con el cornezuelo del centeno. Por primera vez en mi vida dejé de dudar, de tener miedo, aposté por un futuro en guerra y me entregué a él

con la confianza de un poder que se había despertado en mí y que era ya imparable.

3

Grasse, 1944

Aunque hubiera matado a un hombre y tuviera ante mí a una mujer con un arma, se me escapó una sonrisa confiada. Mi mente dejó de someter con sus constantes pensamientos a mi cuerpo y este me procuró una reconfortante sensación de calidez. Los brazos, las piernas, el pecho y el estómago irradiaban una calma a la que mi cabeza se tuvo que rendir. Fui consciente de mi poder y de la dirección que quería que tomara mi vida: dónde viviría, a qué me dedicaría, cuál era mi misión. Lo supe y aquella certeza me otorgó la seguridad que durante años había buscado en los demás.

Sin embargo, para todo ello tenía que sobrevivir. Salí de mi abstracción y contemplé a la mujer consumida por la parálisis, la envidia y el fracaso que tenía delante. Yo había abierto las compuertas de mi intuición y me asaltó otra certeza tardía, otro detalle que se había escabullido en el torrente de palabras de Sylvie.

—¡Coraline llegó a Grasse! —exclamé sorprendida por mi propia revelación—. Si no fuera así, si no hubieras hablado con ella, desconocerías qué es lo que hizo con el libro, cómo había organizado ella a sus Hijas de Selene en Barcelona... La última vez que,

oficialmente, tuviste contacto con ella fue antes de su fuga. ¿Cómo podrías tú saber, entonces, que ungió a sus amigas y que empleó el *Kosmeticón* para sus propósitos personales?

La mitad del labio que aún conservaba el movimiento le temblaba.

—¿Qué pasó con ella? —inquirí.

—Lo que tenía que pasar: al final fue víctima de sí misma.

—No fastidies, Sylvie. Si quieres que cuando acabe todo esto te entregue el *Kosmeticón*, tienes que confiar en mí.

No creo que confiara en mí, pero empezó a hablar, porque llevaba tanto tiempo callada que ya no había nadie que la escuchara. Deseaba romper su silencio y enorgullecerse en voz alta de su oscuridad.

Coraline Frossard desapareció físicamente de Grasse, pero su sombra siempre planeó sobre la familia. Y en especial sobre August. Él recibía cartas de su hermana, que nunca escondía con suficiente astucia como para que Sylvie, consumida por los celos, no las descubriera. Y cuando ella le preguntaba si sabía algo de su hermana, él siempre, con gesto consternado, negaba con la cabeza.

La esposa se acostumbró a convivir con las mentiras de su marido y con el fantasma de su enemiga, y ocupó de prestado el lugar de señora de la casa Frossard, madre de Laurent y de Inès, esposa de August, siempre circunspecto, atenta nuera de Marcel. Rehuyó a las Hijas de Selene, que deseaban seguir investigando los misterios de la tierra a pesar de no contar con el *Kosmeticón*. Pero Sylvie se negó. Su derrota no quiso testigos. Se aisló en la casa, inmersa en una cadena de obligaciones inalterables y en el cultivo de un odio constante hacia Coraline. Sylvie no vivió su vida, sufrió la que había perdido por culpa de su cuñada.

—Siempre supe que la volvería a ver. Era un presentimiento, como un vaticinio. Y mil veces imaginé cómo reaccionaría, lo que le diría,

lo que le haría... Y nada tuvo que ver con lo que sucedió finalmente —me confesó.

Coraline se tomó veintidós años antes de regresar a Grasse y estuvo a punto de no cruzarse con Sylvie, lo cual hubiera supuesto una bendición para ambas. No anunció su llegada, no escribió ninguna carta. Simplemente esperó a que August saliera de la perfumería y lo abordó.

—Supongo que él se pondría muy contento —dijo Sylvie—. Aquella noche llegó a casa tardísimo con una sonrisa de oreja a oreja. Y un poco alterado, porque al día siguiente tenía que trasladarse a Niza, pues, según decía, había entregado unos concentrados y unas tinturas por equivocación que necesitaba recuperar. Mi hijo, Laurent, se ofreció a acompañarle.

Coraline le había pedido aquellos productos, que eran los que le permitirían preparar las esencias del *Kosmeticón*. Carísimos compuestos que a su hermano no le importó recomprar a precio de oro para complacerla.

August temió que Sylvie descubriera que Coraline había vuelto a Grasse. Aún recordaba la amenaza de encarcelar a su hermana y la veía capaz de cumplirla. Para protegerla decidió que Coraline permaneciera dos días escondida en una pequeña sala de la perfumería. August le proporcionó alimentos, le llevó libros e, incluso, hojas para que dibujara como cuando era pequeña y le prometió que regresaría al cabo de dos días. Era muy importante que no saliera de allí, que nadie en la ciudad pudiera advertir a Sylvie de su presencia.

Pero Coraline Frossard nunca hizo lo que le ordenaron, lo que le convenía o lo que se esperaba de ella, y aquella vez no fue una excepción. Antes de medianoche, se presentó en una vieja cantina ubicada a las afueras de Grasse con aquel ímpetu de mujer de agua

que arrasa con todo lo que encuentra a su paso. Bebiendo, charlando con desconocidos, fascinando a quien la contemplaba y riendo a carcajadas.

La cantina la regentaban Roland y su esposa, Margot, una antigua Hija de Selene que la reconoció de inmediato y avisó a Sylvie. Esta se sorprendió por la contundencia de la alegría inmensa que experimentó, una alegría que deslució, incluso, la fraguada venganza. Porque la presencia de Coraline en Grasse la acercaba de nuevo al *Kosmeticón*. Y la posibilidad de recuperar el libro y su antigua vida podría haberles ganado la partida a sus ansias de venganza.

Margot regresó a la cantina con el encargo de entretener el máximo tiempo posible a Caroline. Un cometido que no entrañaba gran dificultad, pues Coraline siempre se resistía a ponerles punto final a sus noches.

Sylvie intuyó que la perfumería era el escondite de su cuñada y acaso del *Kosmeticón*. Allí encontró una cartera con diferentes esencias, pero ni rastro del libro.

—Las esencias llevaban una etiqueta con el nombre exacto de la emoción que provocan. Las Hijas de Selene siempre las designamos en griego, para que solo nosotras comprendamos el efecto que producen —comentó especialmente molesta en aquel punto de la narración.

—Sí, es un error que hemos pagado muy caro —corroboré.

—Solo llevaba tres esencias: la del olvido, la que aparta a la gente de tu camino... y una tercera. Una que yo solo había preparado en una ocasión porque es demasiado oscura, con un efecto demasiado luctuoso. Ella la había denominado «ajuste de cuentas», y yo la identifiqué inmediatamente —recordó.

Sylvie robó el bolso con las esencias y le dejó una nota a Coraline en la que le pedía que se reuniera con ella en el cobertizo de la casa si quería recuperarlas.

—Hace tiempo que tiramos aquel cobertizo abajo... Me traía malos recuerdos. Por entonces lo utilizábamos para guardar herramientas de todo tipo y estaba situado justo detrás de la casa —me aclaró—. Era ideal porque allí podríamos hablar y yo me sentía más segura cerca de la casa. Porque —bajó la mirada— temía que Coraline me hiciera algo.

Podía entenderlo. Sylvie debía de ser una mujer frágil incluso antes de la parálisis y Coraline, tan alta, tan imponente, tan segura, podía transformarse en una enemiga temible.

Coraline llegó al cobertizo hacia las dos de la madrugada con aire despreocupado y dando algún pequeño tumbo ebrio.

—¡Dios mío, Sylvie, qué pesadez tener que volver a verte! —le dijo cuando la observó sentada en una silla clavando su mirada de ira acumulada sobre ella.

Entendí la frustración de Sylvie: odiar durante años a alguien que te ignora te enfrenta a la certeza de que has desperdiciado tu vida.

—Mira, Sylvie, yo no quiero problemas. Necesito unos concentrados, August me los traerá y yo me iré de aquí y no volveré a molestar nunca más. —Coraline quería zanjar la conversación lo antes posible.

Pero Sylvie, que llevaba años fantaseando en su mente con aquel encuentro, necesitaba tiempo, espacio, reconocimiento y presencia en la vida de su enemiga. Se levantó y se le encaró.

—Pero ¿cómo puedes comportarte como si no hubiera pasado nada? Te fugaste, robaste a tu familia y me arrebataste el *Kosmeticón*.

Coraline resopló más cansada que molesta.

—Eso pasó hace mucho, Sylvie. Ya has tenido tiempo de superarlo. Yo no me voy a sentir culpable porque el *Kosmeticón* estuviera cansado de esas monjas aburridas y de esas mujeres tan preocupadas por la mística de la tierra y tan poco por ellas mismas. ¿Cuánto tiempo fuiste Máguissa? ¿Cinco años? Pues yo llevo veintidós y el *Kosmeticón* continúa conmigo. Tan mal no lo habré hecho.

Sylvie recordaba cada una de las palabras de Coraline y no hizo falta que les insuflara entonación. Reconocí el tono cínico con el que aquella mujer te despreciaba sin maldad, con un convencimiento que te ridiculizaba sin esforzarse en pretenderlo.

Sylvie no pudo contener la rabia. No había palabras que sirvieran para que Coraline sintiera aunque fuera un ápice del dolor que le causaba. Así que se levantó y la empujó con todas sus fuerzas. Con la carga etílica que fluía por sus venas no fue difícil derribar a Coraline, pero se levantó más rápido de lo que esperaba y, con la fuerza de un río desbocado, estrechó el cuello de Sylvie contra la pared del cobertizo.

—Por favor, Sylvie, déjame en paz. Tú no te mereces ser Máguissa. Y el *Kosmeticón* nunca volverá a ti. Admítelo. Yo mañana ya no estaré aquí y tu vida seguirá discurriendo con su aburrimiento habitual.

Le soltó el cuello y se dio la vuelta dando por zanjada la discusión. Sylvie no estaba dispuesta a recibir de nuevo la indiferencia de su cuñada. Solo quería causarle aunque fuera por una vez en su vida el dolor que ella sentía. Necesitaba que aquella mujer indolente pagara por sus pecados. Y sabía cómo hacerlo. Entre las esencias que le había robado a Coraline se hallaba la que ella denominaba «ajuste de cuentas»: la persona que inhalaba esta esencia se infligía a sí misma el peor dolor que hubiera causado. Era la esencia que había

utilizado Coraline contra Conchita, la amiga que la había traicionado con Félix y que había acabado envenenándose a sí misma, pues de ese modo fue como asesinó a su marido.

Coraline se disponía a irse cuando Sylvie le enseñó la esencia justo antes de impregnarse de ella. Coraline comprendió lo que iba a suceder.

—Te lo suplico, no —gritó demasiado tarde.

Sylvie sonrió, contenta al fin de recuperar el poder, de causarle el dolor que experimentaba a la mujer que nunca padecía las consecuencias de sus actos. Pero la secuencia de movimientos inesperados, violentos y macabros nada tuvieron que ver con la reacción que esperaba. Anhelaba verla llorar, gritar, suplicar, pero nada de aquello ocurrió. Bajo el efecto de la esencia, Coraline tenía que sufrir el mayor dolor que había causado. Y antes de que prosiguiera con su relato yo supe cuál había sido.

Con la mirada aterrorizada, Coraline contempló a Sylvie mientras, sin poder evitarlo, sus manos se aferraban a un cuchillo de una hoja muy ancha y se apuntaba al centro del pecho. Sus manos luchaban sin fuerza contra aquel movimiento certero que le perforó el corazón, dejándole un círculo rojo que se extendía lánguido e imparable. Una rosa grana, esparciéndose sin contorno, que yo había visto muchos años atrás en el cuerpo de Teresa, cuando una bala la atravesó por culpa de Coraline. El mayor dolor que había provocado. El mayor dolor que ella misma se infligió. La mujer de fuego y la mujer de agua hermanadas en un siniestro final.

Sylvie se acercó a ella con la intención de desclavarle el cuchillo, pero ya no respiraba.

—Nunca imaginé que hubiera matado a alguien —se justificó.

Antes que el remordimiento, a Sylvie le entró el miedo. La cárcel, el odio de su marido, el final de la vida que conocía. ¿Quién iba a

creer que una mujer a la que todo el mundo sabía que ella odiaba se había clavado un puñal en el pecho ante sus narices?

—Aún era de madrugada y cavé el agujero más profundo que pude en los alrededores del jardín. August y Laurent estaban todavía en Niza y confié en que el sueño de Marcel e Inès fuera lo suficientemente profundo para que no me oyeran. No podía ni pensar, la boca me sabía a tierra y a sangre. Enterré a Coraline, pero justo cuando estaba acabando sentí una presencia detrás de mí. Era Marcel, que me preguntaba qué hacía despierta a aquellas horas. Yo había lanzado la última palada de tierra sobre el cuerpo de Coraline y, en aquel preciso momento, me quedé paralizada. Media parte de mi cuerpo se negó a responder a las órdenes de mi cerebro. Era el castigo que me impuso el *Kosmeticón* por haber matado a la Máguissa. Y Marcel, que estaba a mi lado, empezó a verlo todo borroso. Nunca sabré si el *Kosmeticón* interpretó que era mi cómplice o quiso regalarle el favor de no ver a su hija muerta. Alcé la mirada y reparé en que Inès, que entonces tenía catorce años, me contemplaba desde la ventana. No sé lo que había visto, pero subí a la habitación y la llené de la esencia del olvido, para que al menos ella pudiera ahorrarse aquel recuerdo.

Los síntomas de la niña, que no se podía estar quieta y que tenía pesadillas, provenían de aquel día. El efecto secundario de la esencia del olvido, que yo también había padecido años atrás.

Instintivamente miré a través de la ventana el jardín e imaginé que bajo aquel rosal reseco descansaba la mujer más bella y peligrosa que había vivido en el Pallars. No me apenó su muerte, me sorprendió aquella broma diabólica que unió con una rosa en el pecho a Coraline y Teresa. Y comprendí la airada oposición de Sylvie a que enterráramos a Félix Müller allí. Eso sí que hubiera sido una

broma del destino: los dos amantes que tanto se odiaron yaciendo juntos por toda la eternidad.

—¿Y tu marido nunca sospechó? —le pregunté.

—Me deshice de los enseres de Coraline y no le quedó otra que admitir que su inestable hermanita se había ido sin despedirse. En aquel momento, además, estaba muy consternado por lo que me había ocurrido a mí, a su padre y a Inès. Se preocupó, eso sí, cuando Chantal empezó a enviar cartas preguntando por su madre. Pero después ya vino la guerra...

Nos quedamos en silencio. Las dos estábamos agotadas en un túnel sin salida: yo no le iba a dar el *Kosmeticón* y ella no me iba a matar porque de nada le serviría. Teníamos que alcanzar un acuerdo.

—Sylvie, yo creo que tú eres la Máguissa que ahora necesita el *Kosmeticón*. Te puedo asegurar que te lo devolveré, pero antes tenemos que preparar la huida a Córcega.

—No —dijo con una contundencia que quebró la frágil complicidad que había asomado en la última curva de aquella noche tan larga—. Ni Inès, ni Marcel ni yo participaremos en el plan para ir a Córcega. Pero tú vas a convertirme en una Hija de Selene, me vas a ayudar a preparar las esencias que necesito para protegernos y también para liberar a mi marido y a mi hijo.

—Sylvie, eso es una locura. No puedes ir a Alemania a buscarlos... aunque cuentes con la ayuda de las esencias.

—Me da igual lo que pienses. Esto es lo que voy a hacer. Y, antes de que te vayas, me vas a devolver el libro.

—De acuerdo —murmuré.

Sylvie era la segunda persona a la que le había prometido el *Kosmeticón*.

4

Grasse, 1944

Siempre que me reunía con las Hijas de Selene seguíamos nuestra particular liturgia: aguardaban en la perfumería, yo iba a buscar el *Kosmeticón* y me encontraba con ellas. Una vez que ya habíamos elaborado las esencias, permanecían en la perfumería mientras yo devolvía el libro a su escondite y regresaba después para avisarlas de que ya podían salir. Por el bien de todas era mejor que ignoraran el lugar donde dormía el libro mágico.

Cuando entré en la perfumería con el *Kosmeticón* me inundó una sensación de armonía. Estar con Aimée, con Maylen, con Viviane, con Inès e incluso con Sylvie en la perfumería me sumió en una engañosa alegría. Falsa, porque ellas desconocían mi auténtica identidad. Pero catártica: aquella sería mi última acción como Máguissa, como Chantal Frossard, como la mujer que había sido capaz de abrirse camino en Grasse y crear un grupo de Hijas de Selene. Con mentiras, sí, pero no iba a desperdiciar el escaso tiempo que me quedaba como Máguissa y como Chantal Frossard culpabilizándome.

Aquel propósito de disfrutar del momento convivía con un sentimiento tétrico al que me negué a atender: justo al lado, en una sala cerrada a cal y canto, se habían descompuesto los restos del hombre al que había asesinado.

Las chicas charlaban animadas. Demasiado animadas. Con aquella crispación que precede a la incertidumbre y quién sabe si a la tragedia. Todas éramos conscientes de a lo que nos enfrentábamos, el peligro difuso de la guerra se había concretado en el aquí y en el ahora y no teníamos ninguna garantía de que al día siguiente fuéramos a seguir vivas. Era mejor parlotear sin pensar demasiado, bromear, ahuyentar el miedo con ruido... Y lo hacíamos con un énfasis que denotaba lo que ocultábamos.

La única que no participaba en la charada era Inès. Desconocía si algún día me perdonaría mi engaño, pero yo le profesaba un poderoso amor incondicional. Inès, la más pura de todas, con una sabiduría brillante y generosa. Un aura valiosa oculta bajo aquel carácter inestable que le había generado la esencia del olvido pugnaba por abrirse camino. Algún día lo lograría y nos deslumbraría a todos. Pero en ese momento se desplazaba encogida, disimulando su altura, su corpulencia, escondiendo una vergüenza que no le pertenecía: la de no poder participar en la misión porque su madre se lo había prohibido.

Aquella fue la primera cuestión que abordamos en nuestro encuentro: anuncié que Sylvie se incorporaría a las Hijas de Selene, nos ayudaría en la preparación de las esencias, pero ella y todos los miembros de la que hasta entonces había sido mi familia permanecerían en Grasse mientras nosotras alcanzábamos las costas corsas. Mis amigas escucharon atentas y, cuando acabé mi discurso, Sylvie intervino.

—Yo necesito que me ayudéis a preparar algunas esencias para conseguir que mi marido y mi hijo vuelvan a casa.

—¿Estás segura de que servirán de algo? Yo lo veo muy complicado —comentó Viviane con su sinceridad habitual.

—Estoy absolutamente segura de que lo quiero intentar. Haré todo lo que esté en mi mano para que regresen a casa —respondió Sylvie.

Acabada su intervención, extraje de mi bandolera el *Kosmeticón* y todas se arremolinaron a mi alrededor imantadas por la atracción que aquel libro ejercía. Dando un sutil codazo a Maylen, Sylvie se situó en primera fila, acarició sus páginas con las manos temblorosas.

—Nunca pensé que volvería a verlo —susurró.

Había en sus ojos un brillo triste, nostálgico y a la vez sombrío. La mujer, que rara vez expresaba sus sentimientos, empezó a sollozar.

En un principio la consolamos, pero después tuvimos que ponernos manos a la obra, porque nos quedaba mucho trabajo por delante. Muchísimo. Íbamos a elaborar la mayor producción de esencias que habíamos llevado a cabo.

—Pero ¿vamos a necesitar tantas? —cuestionó Aimée.

—Sí. Hoy os pido que no me preguntéis nada. Hay muchas cosas que no os puedo contar. Tenéis que confiar en mí y hacer lo que os pida. Os lo ruego.

—A sus órdenes, mi Máguissa —bromeó Maylen.

—Pero ¿cómo has conseguido el alcohol para elaborarlas? Pensaba que nos lo habían requisado —preguntó la perspicaz Viviane.

—Lucien escondió varios bidones antes de que los alemanes los requisaran y yo sabía dónde los escondía—respondí.

Sin Lucien nada de aquello habría sido posible. Tenía muchas ganas de verle y también mucho miedo. ¿Qué opinaría al descubrir

que yo no era quien él pensaba? En mi temor a dejarme llevar por los sentimientos que me provocaba siempre anidó esa duda. Aquel miedo al rechazo que me provocaba ser Ana Fernández y no la glamurosa Chantal Frossard.

La sala se inundó de una marea de fragancias que gritaban requiriendo mi atención: lirio, incienso, rosa de Grasse, lila, sándalo, flor de loto, narciso, lavanda, nardo, bergamota... Un río de olores bellos y vibrantes que se dividía en afluentes para desembocar en sus respectivos frascos. Mi nariz saturada por la exposición se esforzaba por supervisar cada una de las fragancias, aislándolas del torrente. De lo abstracto a lo concreto. Saltaba de una a otra como un equilibrista, dejándome mecer tan solo unos segundos en ellas, pues no había tiempo para más.

Sylvie colaboraba con un semblante triste y compungido. Lo que durante tantos años había soñado que la haría feliz parecía no estar surtiendo el efecto deseado.

—¿Te encuentras bien, Sylvie? —le pregunté.

—Sí, es que... me están viniendo muchos recuerdos. —Bajó la cabeza—. He cometido tantos errores...

—No te lamentes, no es el momento. Creo que yo he cometido unos cuantos más —respondí. Y le susurré al oído—: Agradezco que no les hayas dicho a las Hijas de Selene que no soy Chantal Frossard. Es algo que quiero hacer yo cuando lleguemos a Córcega.

Sylvie se concentró en el trabajo sin molestarse en contestarme.

—Esto casi ya está —anunció Maylen—. Aunque yo sigo sin entender cómo vamos a transportar estos bidones ni para qué nos van a servir.

—Confía en mí, por favor —insistí.

Llevábamos tres horas buceando en aquel mar de fragancias y habíamos concluido nuestra misión. El ritual en el que pronuncié mis

últimas palabras mágicas como Máguissa fue de los más bellos que recuerdo. Uno de los más bellos que viviría, porque todo estaba a punto de torcerse.

Traspasé el umbral de la perfumería rumbo a la calle adoquinada y soleada sin necesidad de impostar los andares de Chantal Frossard, con una convicción propia.

Aquella seguridad se truncó en los primeros pasos. Inhalé un olor potente y amenazador que manifestaba que algo no iba a salir bien. Miré a lado y lado de la calle para comprobar que no me estuvieran siguiendo. No había nadie, pero una amenaza intangible me acechaba. Caminé a paso ligero hasta la catedral de Nuestra Señora de Le Puy, el lugar donde siempre escondía el *Kosmeticón*. La cara del padre Jérémie, con las cejas y los labios fruncidos, constató mis sospechas de que algo no iba bien.

—Pasa al claustro —me pidió siguiéndome con pequeños pasos pero muy rápidos.

Solo entrar, percibí una amigable fragancia espontánea, floral, pero esta vez agriada por una nota opaca. El santo y seña olfativo de Lucien. El corazón me dio un vuelco. Clavó sus ojos achinados en mí y sentí una emoción fugaz, pues el gesto grave que me dedicó no auguraba un encuentro romántico.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

El hombre apretó las mandíbulas.

—Chantal, nos han delatado. Hay un topo en nuestras filas y un destacamento de nazis se está dirigiendo en estos momentos a la perfumería para apresar a tus amigas.

Mi primer impulso fue salir corriendo, pero él me asió la mano con fuerza.

—No hagas tonterías, por el amor de Dios. Si vas allí, solo conseguirás que te maten y te quiten el *Kosmeticón*.

—¡No puedo dejarlas!

—Chantal, tienes que quedarte —ordenó el padre Jérémie—. Ahora solo podemos rezar.

Yo, desde luego, no estaba dispuesta a rezar, ni aún menos a quedarme con los brazos cruzados. Pero como si, además de ser cura, pudiera leer la mente, el padre Jérémie cerró con llave la puerta del claustro.

Lucien, sin mediar palabra, me abrazó y no pude sumergirme en la protección de su cuerpo acogedor, porque el mío estaba demasiado tenso.

—¡Qué suerte que estés a salvo! —comentó.

La rabia contenida asomó con virulencia.

—¡Cómo que qué suerte que esté a salvo! ¡Mis amigas están en peligro y yo debería estar ahora con ellas! No es justo que las detengan. —Estaba prácticamente gritando y el padre Jérémie me hizo un gesto con la mano para que bajara la voz.

—¿Qué estabais haciendo en la perfumería? —me preguntó Lucien.

—Esencias para el viaje a Córcega.

—Pues confía en ellas. Son tus Hijas de Selene y tienen armas para defenderse.

Pero si los nazis las sorprendían, no tendrían tiempo de emplear las esencias y los alemanes podrían hacerse con ellas.

—Tengo miedo —le susurré a Lucien, y esta vez fui yo la que se acomodó en su pecho y se dejó inundar por su acogedora fragancia.

—Lo entiendo, pero tenemos que esperar un poco —me susurró Lucien, y agradecí que no me mintiera prometiéndome que todo iba a salir bien.

Unos minutos después me despegué del abrazo y me dirigí hacia el padre Jérémie. Caminé con él hasta el final del claustro, pues no

quería que Lucien me escuchara.

—¿Lo tiene preparado?

—Sí, hija, sí. ¿Quieres que te lo dé ahora?

—Sí, pero no quiero que Lucien se entere.

—De acuerdo. Te lo dejaré en el baño y tú entras después.

Asentí y, al cabo de unos minutos, el padre Jérémie se ausentó, y cuando regresó me dirigí al lavabo. Procedí con cierta tristeza a hacer lo que debía, que no era lo que yo quería.

Cuando me reuní de nuevo con Lucien, me fue imposible controlar las palpitaciones y el sudor frío que en pleno invierno me recorría la espalda. Mil escenarios se sucedían en mi mente: desde que las Hijas de Selene habían sido ametralladas sin tiempo a que las esencias obraran su efecto hasta que las habían detenido y estaban a punto de ser torturadas. Mi corazón se había comprimido, se había transformado en un nudo oscuro que apenas permitía pasar la sangre y el aire.

—Voy a salir —anunció Lucien.

—¿Y por qué puedes hacerlo tú y no yo? —pregunté molesta.

—Porque quien os haya acusado también te habrá delatado a ti.

—Pero a ti te persiguen los nazis —recordé.

—Chantal, por favor, confía en mí. Pasaré desapercibido. Pero tú eres más valiosa, tú eres la Máguissa, no pueden apresarte.

Las razones convincentes nunca son tranquilizadoras.

Es curioso cómo la noción del tiempo puede despegarse tanto de las agujas del reloj. El de la iglesia marcó quince minutos desde que Lucien se despidió hasta que regresó, pero para mí transcurrieron horas en las que viví como una penitencia que el padre Jérémie me cogiera la mano y murmurara: «Tranquila, Chantal, todo está en

manos de Dios». Yo ya no me fiaba de las manos de Dios ni del destino. Yo no podía aceptar, rezar o asumir otra voluntad divina que no fuera que mis amigas regresaran sanas y salvas.

Pasados aquellos quince minutos eternos, oí voces familiares y pasos acelerados. Las Hijas de Selene entraron por su propio pie en el claustro, todas excepto Maylen, a quien Lucien sostenía en brazos. Su pie sangraba profusamente y su cara se fruncía en un gesto de dolor.

Me costó, entre los relatos fragmentados, las interrupciones constantes y las voces nerviosas, reconstruir lo sucedido. Tal y como había vaticinado Lucien, un destacamento de alemanes había acudido a la perfumería. Nos favoreció que Grasse fuera una ciudad pequeña y que en Niza la Resistencia sacara músculo y obligara a los alemanes a destinar allí a la mayoría de sus hombres. La delación de unas mujeres no merecía un contingente.

Solo tres alemanes habían aporreado la puerta de la perfumería y Maylen, que los vio desde el escaparate, había advertido a las Hijas de Selene para que se pusieran la esencia del olvido. A ella no le había dado tiempo de ponerse ninguna, pues corrió a abrirles la puerta e intentó entretenerlos para ganar tiempo para sus amigas.

Los soldados se olieron el engaño en la conversación banal e interminable de Maylen. Uno de ellos sacó el revólver y le exigió que llamara a sus amigas. Ella tardó un segundo más de lo que al hombre le pareció tolerable y su respuesta no se hizo esperar: le pegó un tiro en el pie. Maylen vio cómo la sangre, el cuero del zapato y pedazos de carne saltaban por los aires y se aferró como pudo al mostrador para no caer. Sofocaba los gritos de dolor, mordiéndose el labio para que las Hijas de Selene no corrieran hacia ella y comprometieran la misión.

Las demás salieron al instante, cogidas de la mano, y con la esencia del olvido supurando por los poros de su piel. Los soldados se aproximaron a ellas dispuestos a detenerlas y las chicas se quedaron inmóviles, observando de reojo a Maylen, que se retorcía en el mostrador y aguardando a que el hechizo surtiera efecto. Aquellos hombres corpulentos permanecían inmunes al sortilegio. La mirada extraviada de uno de ellos, el alemán calvo con la cicatriz en el pómulo que había maltratado a Marcel, fue el inicio de una reacción en cadena de balbuceos, extrañeza y pasos sin rumbo... Entonces se adelantó Viviane, que también se había puesto la esencia de la obediencia, y con voz firme ordenó:

—Ahora volveréis a vuestro cuartel, les diréis a vuestros superiores que no habéis encontrado a nadie y os olvidaréis de nosotras.

Los temibles alemanes desfilaron como corderitos mansos rumbo a su cuartel.

Pero para Maylen el daño ya estaba hecho. Era difícil lidiar con el dolor e imposible caminar. La que primero reaccionó fue Inès, la fortachona Inès, que la cogió a caballito y emprendió la huida. No tenían ni idea de hacia dónde hasta que Lucien les salió al paso y las condujo a la catedral. Cogió a Maylen en brazos y durante el camino mi amiga perdió el mundo de vista y dejó de sufrir por unos instantes. Pero en cuanto Lucien la acomodó en un banco del claustro, recuperó la conciencia y el dolor.

La herida del pie de Maylen era grave, pero limpia. La bala había entrado y salido por el empeine. Tuve que arrancar los pedazos de cuero del zapato que se mezclaban con la sangre y la carne. El padre Jérémie me ayudó a desinfectarlo todo. Conservaba pocos remedios de trementinaire, pero por suerte me quedaba una pequeña porción de leche adormidera, un narcótico que aplicado en el pie podría apaciguar en parte el dolor.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —me preguntó Lucien mientras yo acababa de curar a Maylen.

—¿Qué quieres decir?

—¿Que cuánto tiempo tardarán los nazis en darse cuenta de que algo extraño ha ocurrido? Tarde o temprano serán conscientes de que tenían una misión que cumplir y nos buscarán.

—De cuatro a seis horas como mucho.

—Debemos irnos ya, adelantaremos el plan de huir a Cassis. Solo contamos con ese tiempo de ventaja.

—¿Y Maylen? —pregunté.

—Se tiene que quedar con el padre Jérémie. No puede caminar.

Intenté respirar, pero tenía los pulmones cerrados. Y cuando se colaba un hilo era oscuro y denso.

Lucien me sujetó la mano con fuerza.

—Chantal, sé que te duele, pero tienes que pensar en el resto de las Hijas de Selene.

Tomar la decisión correcta no ayuda a sentirse mejor. Y lo supe durante los años siguientes siempre que recordaba aquel preciso instante, con Maylen retorciéndose de dolor y nosotras saliendo a toda prisa de la catedral de Nuestra Señora de Le Puy. Justo antes, me hizo un gesto para que me acercara, me cogió sin fuerzas la mano y me susurró: «Gracias». No fui capaz de responder «De nada» ni otra frase que contuviera, aunque fuera una pequeña porción hecha palabra, lo que ella significaba para mí.

Al salir de la catedral, Sylvie se plantó:

—Yo ya he dicho que no me voy a Cassis. No podemos dejar a Marcel solo. Yo me quedo aquí.

—Sylvie, por amor de Dios, quedarse aquí supondría una sentencia de muerte para usted y para su hija —contestó Lucien—. Por Marcel no se preocupe. He hablado con un buen amigo mío, el

signor Colombo, un antiguo heladero, que se encargará de refugiarlo en su casa el tiempo que sea necesario. Pero Sylvie, usted e Inès tienen que huir ahora mismo.

Los argumentos de Lucien no convencieron a Sylvie, pero tal vez la forma cariñosa en la que Inès la sujetó del brazo y le susurró unas palabras al oído acabaron de hacerla entrar en razón.

—Pero ¿por dónde vamos a huir? —le pregunté a Lucien.

Caminando tardaríamos días en llegar a Cassis y tendríamos a toda la Gestapo detrás de nosotras y del *Kosmeticón*. Además, arrastrábamos no solo mochilas repletas de esencias, sino también los grandes bidones.

—Cogeremos el tren. Contamos con documentación falsa y esa magia tuya. Podemos llegar a Cassis haciendo tres transbordos en unas seis o siete horas. Esperemos que hayáis dado con unos nazis realmente desmemoriados, que no recuerden por qué no cumplieron la orden de apresar a unas mujeres en una perfumería y que ni se les pase por la cabeza que hemos huido a Cassis, con la de sitios que hay para buscarnos —expuso.

Tal y como íbamos vestidas, sin maletas, cargadas con unos fardos en los que escondimos los bidones, subimos al primer tren que nos condujo a Cannes y después cogimos otro con destino a Marsella. Nadie se acercaba a nuestro grupo. Éramos mofetas a las que todo el mundo esquivaba gracias a las esencias.

—No os puedo dar garantías de nada, pero he avisado a la Resistencia para que intente trasladar a vuestras familias a Cassis o al menos para que las esconda y que no sean represaliadas —nos dijo Lucien en cuanto tomamos asiento en el compartimento.

No hubo preguntas, pues tampoco habría certezas. La incertidumbre era tan densa que en pleno diciembre sentía un calor que me trepaba del pecho a la garganta. Podía oler mi sudor y el de

mis amigas en una mezcla de humanidad que ni siquiera resultaba desagradable para mi fino olfato.

Sentada al lado de la ventanilla, con la cabeza apoyada en el cristal y Lucien sujetándome la mano, a ratos desconectaba de la realidad en un duermevela involuntario. Me vi corriendo con Chantal por los bosques de Àreu, con aquella risa cristalina suya que se mezclaba con el murmullo del río, con esos ojos color miel que se difuminaban entre las flores y ya no sabía si quien me miraba era ella o las plantas. Aquellas imágenes plácidas y vibrantes desembocaron en el pie herido de Maylen, en el olor fétido de la herida que le impediría caminar, bailar, correr... y quizá vivir.

—Tenemos que bajar —me susurró Lucien al oído.

Había anochecido y descendimos del tren. Lucien, el único al que no rehuían, preguntó a qué hora salía el tren con destino a Cassis.

—Siento informarles —dijo un francés no muy alto con un bigote muy cuidado— de que el tren de pasajeros con destino a Cassis no llegará esta noche. Lo hemos sustituido por uno de mercancías.

La noticia nos cayó como un jarro de agua fría en aquella noche helada.

5

Marsella, 1944

Marsella olía a sal, a hierro, a humo y al aroma del miedo que transpiraba la piel de mis amigas. Pero la sensación más intensa no provenía de mi olfato, sino de mi piel aterida por un frío despiadado.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —se lamentó Sylvie—. No deberíamos haber salido de Grasse.

—Nos colaremos en el tren de mercancías y saltaremos antes de llegar a Cassis —contestó Lucien.

No fue difícil entrar en el tren, pues a aquellas horas el único vigilante, un francés entrado en años, estaba echando una cabezada.

Nos acomodamos en un compartimento alfombrado de heno y heces. Había trasladado ganado y desprendía un hedor a estercolero que me provocó un par de arcadas que amenazaban con un vómito. Me tapé la nariz, que es lo que acabamos haciendo todos.

Lucien me acariciaba suavemente el hombro, transmitiéndome una tranquilidad que mis pensamientos truncaban.

—¿Qué harás cuando lleguemos a Cassis? —le pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Quiero que embarques con nosotras rumbo a Córcega —dije con firmeza—. No quiero pasarme meses o años preguntándome si estás vivo o muerto. —Moví la cabeza de lado a lado negando un futuro que no sería el mío—. No quiero perderte.

Acarició suavemente mi mejilla con un brillo en los ojos en el que se asomaba la duda.

—Yo tampoco me quiero separar de ti, Chantal, pero la labor que estoy haciendo en el maquis es importante. Tenemos que ganar esta guerra —dijo con la coartada solemne del idealismo, que por un instante fugaz me recordó al de Eudald.

Los nobles ideales se habían estrellado contra el egoísmo del amor: yo quería a Lucien para mí y no consagrado a ninguna gesta heroica. Deseaba que derrotáramos al fascismo, por supuesto, pero ya había ofrecido demasiados sacrificios al dios de la guerra. A Lucien lo buscaban los nazis y sin el poder de las esencias difícilmente regresaría indemne a Grasse.

—Si no subes al barco, yo tampoco lo haré —quemé mi último cartucho.

—Por favor, no digas eso. Ya hablaremos cuando lleguemos a Cassis.

—Como quieras, pero no voy a cambiar de opinión.

Sentados en aquel compartimento pestilente, me acurruqué en su pecho mientras Lucien me acariciaba la cabeza. Permanecimos en silencio, pues ninguno de los dos se atrevía a retomar aquella conversación que desembocaría en nuestra primera discusión.

Al cabo de media hora, Lucien se puso en pie.

—Tenemos que saltar ahora, señoritas y señora —sonrió a Sylvie —. Una vez que lo hagan, sigan las vías del tren para que podamos reunirnos de nuevo.

El miedo se reflejó en los ojos de todas nosotras menos en los de Viviane, que centelleaban con la enfermiza euforia que le producía el peligro. La velocidad del tren había aminorado porque estábamos atravesando un tramo de curvas y, pese a la oscuridad, se vislumbraba una pendiente suave.

—Tenéis que saltar en diagonal —Lucien dibujó con su cuerpo la posición— e intentar proteger la cabeza y las extremidades. Y después dejaros rodar. Por suerte, la luna está llena y os iluminará el camino.

La primera en hacerlo fue Viviane, que rodó con una soltura que más que envalentonarnos puso de manifiesto lo complicado de aquel movimiento que ella ejecutó con destreza.

—Mamá, tienes que hacerlo. Yo saltaré después de ti —le rogó con dulzura Inès a Sylvie.

La mujer temblaba como una hoja, pero respiró hondo y se lanzó con el rostro agarrotado por la tensión. La vimos rodar y levantar la mano para indicarnos que estaba bien. La siguiente fue Inès, que antes de hacerlo me abrazó con fuerza.

—Te quiero, aunque no seas mi prima —me susurró.

El miedo a lo que pudiera ocurrir después, a que aquellas palabras quedaran sin pronunciar, me conmovió y me asustó a partes iguales. La muchacha saltó, pero el tren tomó una curva y no pudimos ver a dónde fue a parar.

Aimée tuvo suerte, pues justo en el momento en el que iba a arrojarse la velocidad del tren disminuyó ostensiblemente. Estaba asustada y los ojos se le salían de las órbitas, pero, tomando la posición indicada por Lucien, se santiguó y se tiró.

Yo había contemplado admirada el coraje de mis amigas. Un arrojo del que yo carecía, aterrada por la altura y el movimiento del tren.

—Chantal, nos conocimos con un salto... Ahora no tengo ninguna maleta que lanzarte, pero puedes hacerlo. —Lucien había leído el miedo en mi mirada.

Me abracé a él.

—No puedo. No soy capaz.

Sabía que aquella vez no podría hacerlo, y por mucho que notaba que la velocidad del tren se incrementaba y que no podía retrasarme más, estaba paralizada.

—Chantal, puedes. Eres la mujer más valiente que he conocido. Solo tienes que dejarte rodar. —Me dio un beso impaciente en los labios y en aquel momento me empujó.

Sentí un terror que acabó con el golpe contra el suelo. No me atrevía ni a respirar y el corazón me martilleaba el pecho. Rodar fue doloroso, con las piedras y la arena raspándome la piel y la inercia incontrolada que tardó demasiado en extinguirse. Dolorida, permanecí inmóvil unos segundos, como si mi cuerpo hubiera perdido la energía para ponerse en pie. Lo logré unos minutos después y caminé, siguiendo las vías del tren y acusando la quemazón de los rasguños.

Tardé unos veinte minutos en reencontrarme con Lucien. Él, que era el único que llevaba una linterna, se había encargado de lanzar los bidones con las esencias, saltar y agruparlos.

—Estás bien —dijo entre la pregunta y la admiración, y me abrazó sin mucha fuerza, pues los dos teníamos magulladuras.

Tardamos media hora en reunir al grupo. Sorprendentemente la que había salido mejor parada había sido Sylvie y la que peor Inès. La joven se había torcido el tobillo y cojeaba al caminar. Aimée y Viviane estaban maltrechas, pero sin ninguna herida de gravedad.

Empleé un pedazo de mi vestido rasgado para vendar el hinchado tobillo de Inès, y Lucien y yo nos dispusimos uno a cada lado para

que pudiera apoyarse en nosotros. El frío era helador y se había levantado un viento ingrato que me quemaba el rostro.

—Aimée, ayuda tú a Inès, que quiero hablar con Chantal —ordenó Viviane.

Me quedé a solas con ella y no se fue con rodeos.

—Chantal, la persona que nos ha delatado tiene que ser una de nosotras. Nadie más sabía que estábamos en la perfumería.

—Nos podrían haber seguido, podría ser cualquiera de nuestro entorno...

Yo había alcanzado la misma conclusión y me la había negado una y otra vez, incapaz de hallar una culpable entre las Hijas de Selene, pero quería amansar a Viviane, la mujer de fuego dispuesta a hacernos arder.

—No seas ingenua —me soltó.

—Por favor, Viviane, ahora mismo tenemos que salir de esta, todos juntos. No puede haber divisiones.

—Lo que tú digas, Máguissa —respondió sardónica—, pero si encuentro a la culpable, me encargaré de que no pueda volver a denunciar a nadie.

Poco antes de llegar a la estación de Cassis, Lucien nos indicó que debíamos girar por un sendero bastante empinado. Sin mediar palabra, cogió a Inès en brazos y la cargó la mitad del camino, hasta que, exhausto, la bajó un momento para recuperar el aliento.

—¿A dónde vamos? —preguntó Aimée.

Eran las tres de la madrugada y estábamos demasiado harapientas y polvorientas para pasar desapercibidas en Cassis.

—Pasaremos lo que queda de noche en una cabaña de pastores, a media hora de aquí. Mañana por la mañana me pondré en contacto con la Resistencia para averiguar cuándo saldrán las embarcaciones rumbo a Córcega —informó Lucien.

Dentro de la cabaña hacía tanto frío como en el exterior y, aunque contaba con una chimenea y troncos de madera, el humo podía delatarnos. Compartimos dos mantas polvorientas y la cercanía de nuestros cuerpos para entrar en calor. Tampoco sirvió de mucho.

—Déjame mirarte el tobillo —le pedí a Inès antes de acostarnos.

Estaba hinchado y amoratado. Con mucha suerte se trataría de un esguince, con menos fortuna podía ser una fractura.

Cogí dos trozos de madera y Aimée, que nunca salía de casa sin un pequeño estuche de costura, cortó con sus tijeras un pedazo de la manta que anudé para inmovilizar el pie de la muchacha. Ella me miraba con los ojos muy abiertos y susurró un «Gracias» cuando acabé. La abracé y le dije al oído: «Lo siento».

En la cabaña solo había un camastro que les cedimos a Sylvie y a Inès. El resto dormimos en el suelo, si es que se puede decir que durmiéramos, pues más bien temblamos durante unas horas. El último de la hilera de cuerpos, pegado al mío, era Lucien, que me abrazó por la espalda con mucha delicadeza.

Nos levantamos con los primeros rayos del sol y Lucien se despidió dándome un beso en los labios que me supo a poco. No quería separarme de él: ni entonces ni aún menos cuando embarcáramos a Córcega.

Pese al frío que hacía, Aimée nos pidió que nos fuéramos despojando de nuestros vestidos para zurcirlos y ofrecer así una apariencia que nos permitiera pasar inadvertidas. Después yo me encargué de desinfectar los raspones de mis amigas.

Invertí las cinco horas que tardó Lucien en regresar en buscar romero y preparar una cataplasma que alivió momentáneamente a Inès.

—Saldremos de madrugada, para llegar justo en el momento en el que los pescadores salen a faenar, que es cuando los nazis los dejan

tranquilos. Además, la mayoría está en Marsella, en una redada para detener judíos —anunció Lucien a su llegada.

—¿Y nuestras familias? —preguntó Aimée.

—No llegarán a tiempo, pero, como os dije, la Resistencia se encargará de ponerlos a salvo. En las embarcaciones nos acompañarán judíos y miembros de la Resistencia que se encuentran en Marsella, Cassis y en las inmediaciones.

El silencio se espesó con la decepción.

—Yo tengo que ser la primera en llegar a las embarcaciones. Y tú me tienes que acompañar —dije.

—Como quieras —respondió.

Lucien había conseguido arroz y guisantes, que Aimée se apresuró a cocinar en una olla vieja. No había ni un plato, solo cubiertos, por lo que llenamos nuestras cucharas directamente de la olla. No era el plato más suculento del mundo, pero lo engullimos como si lo fuera.

Cuando acabamos, Lucien salió de la cabaña y regresó al poco, con dos palos que servirían de muletas para Inès.

—El camino ahora es cuesta abajo, pero las vas a necesitar. Practica para aprender a caminar apoyándote en ellas.

Inès salió de la cabaña impulsada por las muletas y no me quedó duda de que aquella niña portentosa acabaría andando como habitualmente, o incluso más rápido.

—Ahora quiero que me escuchéis atentamente —nos rogó Lucien —. A las cinco de la madrugada nos encaminaremos al puerto. Pero cada una lo hará por un camino diferente. Yo os indicaré cuándo tenéis que separaros y por dónde tenéis que continuar. Os encontraréis a un miembro de la Resistencia con el grupo de personas a las que tendréis que acompañar al puerto. No olvidéis llevar esas esencias vuestras por si os encontráis una patrulla de nazis. Y tomad. —De una bolsa extrajo tres linternas—. La

Resistencia me las ha prestado para que podáis iluminar el camino. Sonreíd, chicas, en menos de un día estaréis en Córcega.

—Estaremos en Córcega, todos —corregí molesta.

—Después lo hablamos —respondió con sequedad—. Inès vendrá con nosotros, que tomaremos el camino más corto para llegar antes al puerto, como me has pedido. Pero, Sylvie, le ruego que nos ayude y sustituya a Inès guiando a uno de los grupos.

—Supongo que no me queda otro remedio —respondió molesta.

Mi cuerpo estaba al borde del agotamiento, pero mi mente, con sus continuas ráfagas de pensamientos oscuros, de escenarios lóbregos en los que podía desembocar aquella madrugada, me impidió tomarme ni un minuto de descanso.

—Piensas demasiado, Chantal Frossard —me soltó Lucien, y al pronunciar aquel nombre temí la conversación pendiente, el momento en que descubriera que yo no era quien él creía.

—¿Tú no? ¿No sientes ni que sea un poco de miedo por si algo sale mal?

—Claro. Me aterroriza que nos pueda pasar algo, pero intento no darle vueltas. Ahora estamos aquí y estamos vivos.

—Te quiero preguntar una cosa: ¿por qué te enamoraste de mí?

Ladeó la sonrisa con un aire seductor.

—Cuando te vi en aquel camión, olías a naturaleza, a tierra húmeda, y me pareciste auténtica, real, sin artificios. Y no había conocido a ninguna mujer así. Después, con tu familia, en tu casa, arreglada como la señorita Frossard, te dabas un aire sofisticado, pero yo seguía viendo algo tan sencillo como poderoso en ti. Chantal, ¿por qué estás llorando?

—Cosas mías, no me hagas caso.

Nos acostamos temprano para temblar y dar vueltas en el suelo, porque lo que se dice dormir, ninguno de nosotros pudimos hacerlo. Fue un alivio cuando Lucien anunció que era el momento de abandonar aquella fría e insomne cabaña.

La primera a la que Lucien indicó su desvío fue a Sylvie, después a Viviane y por último a Aimée. Él, Inès y yo descendimos la ladera y la muchacha superó mis expectativas porque el impulso de las muletas aumentaba su velocidad: planeaba sobre el suelo. Lucien y yo acarreábamos los bidones con las esencias y no podíamos, como era costumbre, alcanzar su paso.

Ya en Cassis, nos dirigimos a un caserón que parecía abandonado, pero en su interior albergaba a más de diez personas de piel mortecina y mirada temerosa. Nos siguieron en silencio hasta el puerto, que aunque recibía este nombre no era más que una amplia avenida adoquinada que desembocaba en el mar, donde se encontraban seis barcos de pesca amarrados. Enfrente, una ristra de edificios bajos anunciaba el principio o el final, según se quisiera ver, de aquella pequeña ciudad.

—Chantal, ¿por qué querías llegar la primera?

—Porque tengo que hablar con todos los capitanes de los barcos —susurré.

Fui de embarcación en embarcación explicándoles mi plan mientras el grupo de fugitivos atemorizados que nos escoltaban se acomodó en una de ellas. Los capitanes me miraron extrañados pero se comprometieron a cumplir mis órdenes. Eran barcos con motor, que habían conservado sus velas, pues servían de ayuda cuando el viento soplaba a favor o cuando se enfrentaban a una avería, cosa que no era infrecuente. Aquellas velas eran de vital importancia para mi propósito. Sin saberlo, iban a rendir un homenaje a Cleopatra, que fue a recibir a Marco Antonio con una flota cuyas velas habían

sido perfumadas. Los bidones contenían la esencia que provocaba que la gente se apartara a nuestro paso. Si alguien daba la orden de que nos persiguieran, nuestras velas desplegadas los disuadirían de cumplir el mandato. Los capitanes de barco, cuando estuviera la tripulación embarcada, verterían sobre las velas aquel líquido que nos haría prácticamente invisibles a nuestros enemigos.

Cuando acabé de informar al último capitán, permanecí junto a Inès y Lucien en aquella embarcación, la más amplia. El alba despuntaba con aquella luz malva y difusa que ya me permitía clavar con impaciencia la vista en la colina por la que minutos después distinguí los andares de Aimée seguida de una decena de personas. No tardó mucho más en aparecer Viviane, acompañada de un grupo aún más nutrido. Se quedaron esperando en la falda de la colina, pues habíamos acordado que hasta que no se reunieran todos los grupos no accederían al puerto para evitar un trasiego sospechoso. Sylvie se retrasó veinte minutos, mucho más de lo que esperábamos, en los que ni siquiera pudimos hablar entre los tres y compartir nuestra inquietud para no alertar de nuestros movimientos a los vecinos que teníamos justo en los edificios de enfrente. Pero las miradas y los gestos eran bastante elocuentes. En especial los ojos angustiados de Inès y mi mano, que estrujaba la de Lucien. No entendíamos dónde podía estar y por qué no había llegado todavía.

Cuando finalmente Sylvie y sus acompañantes se reunieron con el resto del grupo, respiré aliviada. Pero únicamente durante unos minutos, porque justo después apareció a sus espaldas un destacamento de quince alemanes armados con fusiles. Sus armas no me asustaron tanto como una especie de pinza que llevaban todos ellos en la nariz. Las Hijas de Selene no podrían emplear sus esencias. Los alemanes, con aquella pinza que deshumanizaba aún más sus facciones y que era la prueba fehaciente de una traición,

apuntaban por la mirilla de su fusil inmutables, pétreos, con una rigidez escultórica.

Estábamos demasiado lejos para escuchar las palabras que gritó uno de ellos, al que vimos mover los labios y gesticular, pero aquella escena de cine mudo se explicaba por sí misma. La luz se había hecho dolorosamente nítida, sin ningún matiz de esperanza.

6

Cassis, 1944

El grupo de personas que hacía unos minutos se soñaba en Córcega permaneció inmóvil, congelado, y si no hubiera sido por el viento que agitaba la ropa y los cabellos se habría podido confundir con una fotografía o con un cuadro. Pasados unos segundos, la única que se movió de donde estaba y dio un paso al frente fue Sylvie, que renqueando se acercó a uno de los alemanes. Empezó a hablar, gesticulando con las manos, poseída por su propia verborrea. El hombre la escuchó incómodo, asintió cansado y, cuando ella acabó lo que tuviera que decirle, el alemán le asestó un golpe con la culata de su fusil en el estómago que provocó que la mujer se doblara con las manos en el abdomen. Me vi obligada a sujetar con fuerza del brazo a Inès, que pretendía escapar de la embarcación.

—¿Qué vamos a hacer? —le susurré a Lucien, que frunció las cejas y apretó los labios.

Era una pregunta retórica. No había nada que hacer. Las esencias no podrían rescatarnos. Ni a ellas ni a nosotros. Acabaríamos todos en un camión rumbo a algún campo de concentración, eso si no nos pegaban un tiro de gracia por el camino. El corazón me golpeaba

como si quisiera salírseme del pecho y correr en busca de mis amigas, pero lo peor era la garganta, tan cerrada que apenas podía tragar saliva. Pese al frío, las manos me sudaban y sentí un temblor tenue pero incontrolable en la pierna derecha. Lucien me sujetó la mano, que estaba tan sudada como la mía. Ahora era él quien me la apretujaba a mí.

Los alemanes, con la pinza en la nariz y los fusiles en alto, dieron la orden al grupo de que levantaran las manos y todos obedecieron prácticamente al unísono, en un movimiento sincronizado de ballet trágico. Sylvie se irguió con dificultad y regresó cojeando con los demás, situándose entre Aimée y Viviane. Las tres ocupaban la primera fila y si los alemanes abrían fuego serían las primeras en caer. Aunque la posibilidad que más me asustaba era que la temperamental Viviane, que siempre llevaba un revólver Ruby con ella, se liara a tiros con los nazis.

El capitán del barco y los dos hombres de su tripulación se acercaron a nosotros.

—Vamos a levar el ancla y a escapar. Ustedes se esconderán bajo una lona, al fin y al cabo nosotros tan solo somos pescadores que vamos a faenar.

—Espere un segundo, por favor —le supliqué.

—Chantal, no hay otra salida —sentenció Lucien—. No podemos hacer nada por ellos.

—Yo no voy a dejar a mi madre aquí —dijo Inès, haciendo esfuerzos por zafarse de Lucien.

Yo seguía con la mirada fija en la colina y apenas distinguí una polvareda en la ladera, una nube difusa que podría atribuirse a un extraño fenómeno atmosférico. Pero al ver cómo los alemanes se giraban de inmediato comprendí que la meteorología no había intervenido. Los soldados trataron de defenderse mientras tres de

ellos caían abatidos. Desde la montaña y por sorpresa, los recién llegados contaban con una ventaja táctica que supieron aprovechar con aquellos primeros disparos certeros.

Las Hijas de Selene y las personas que las acompañaban se tiraron al suelo y se cubrieron la cabeza con las manos, mirando desconcertadas a izquierda y derecha. Algunos aprovecharon el revuelo para salir corriendo. La lluvia de balas que disparaban aquellas sombras desde la montaña no amainó ni por un instante. Tres alemanes más cayeron fulminados por la puntería de los espectros de la ladera, invisibles y letales. Uno de los soldados cogió una granada de mano de su cinturón, pero fue abatido antes de que tuviera tiempo de quitarle el seguro.

El absoluto silencio en el que retumbaban aquellos pedazos de plomo con corazón de pólvora lanzados a una velocidad mortífera era sobrecogedor. El eco de las montañas multiplicaba el estruendo y la sensación de impotencia. Nosotros, ocultos en el barco, nada podíamos hacer para influir en el resultado del tiroteo.

Los alemanes disparaban sin cesar, apuntando al aire, sin atinar el tiro, pues los fantasmas no tenían forma ante sus ojos y, en cambio, ellos estaban perfectamente expuestos. Dos soldados más se desplomaron por la fuerza de las balas. Los siete supervivientes miraban de reojo los cuerpos de sus compañeros caídos mientras seguían disparando con desesperación a las sombras de la montaña. No tardaron mucho en acompañarlos, disparando hasta el último momento sin que sus balas encontraran su diana.

Poco después de que el último alemán fuese derribado, los espectros cobraron forma humana. Ocho mortales que habían sabido sacarle partido a la altura de la montaña y al desconcierto del enemigo. Ocho prodigiosos miembros de la Resistencia capitaneados por el que dio la orden al grupo de refugiados, que aún permanecían

inmóviles, con las manos en la cabeza y tirados en el suelo, de que podían levantarse y dirigirse al puerto. Y los instó a que lo hicieran a toda prisa. La noticia no tardaría en correr y llegarían nuevos destacamentos nazis.

Una desbandada alcanzó las embarcaciones y Lucien y yo salimos a recibirlos, haciendo gestos con la mano a nuestras amigas. Me lancé hacia Aimée, Viviane y Sylvie, con el corazón aún horadándome el pecho. Nos aferramos las unas a las otras en un abrazo catártico que no nos libró del miedo que habíamos vivido, pero nos recordó que ya había pasado. La primera que se deshizo de nuestros brazos fue Viviane.

—Alguien de los nuestros nos ha traicionado. Y no voy a parar hasta descubrir quién es.

Clavó sus ojos consecutivamente en Sylvie, en Aimée y en mí con la mirada de quien recela de una desconocida. Nos evaluaba por primera vez con una frialdad quirúrgica que se había encargado de amputar nuestra historia en común.

Se hizo entre nosotras un silencio incómodo y les indiqué que subieran a nuestra embarcación. Inès, que había hecho un esfuerzo para levantarse, se arrojó con tanta fuerza a los brazos de su madre que por poco la tira al suelo. Sylvie, con el semblante muy serio, no dejó de besar a su hija.

Yo sabía perfectamente lo que sucedería a continuación y lo asumí como un mal menor después de habernos librado de los nazis. Se acercó a nuestra embarcación el jefe de los guerrilleros.

—Estimada Chantal, no me puedo creer que te fueras a ir sin despedirte de mí, con todo lo que he hecho últimamente por ti —soltó Castor con su fina ironía británica.

—Nunca dudé de que me encontrarías —respondí.

Los barcos estaban al completo y el capitán de nuestra nave dio la señal para que nos siguieran. En aquel momento, todas las embarcaciones lanzaron los bidones sobre las velas y aunque yo no podía percibir el olor de aquel perfume me embargó el poderío de Cleopatra y del desfile de aquella flota que dejaba atrás la sangre de quince alemanes encharcada en los adoquines del puerto de Cassis y se dirigía hacia la libertad. El viento helado agitaba mi melena, me despejaba la mente y le confería un aire solemne a aquel instante.

En nuestro barco, además del capitán y dos miembros de la tripulación, habían embarcado tres personas desconocidas y Sylvie, Inès, Aimée, Viviane y Lucien. Nunca le pregunté si había decidido previamente huir conmigo o si no tuvo más remedio que hacerlo tras el tiroteo. Lo importante es que estaba a mi lado. Sin preguntas. Sin dudas.

Pero en aquella nave orgullosa, que encabezaba la flota de pequeños pesqueros, tan humilde pero a mis ojos tan majestuosa, había alguien más. Castor. El hombre que nos había salvado la vida. El que había dado la orden a sus combatientes de liberarnos de los nazis. Pero los dos conocíamos la razón por la que había obrado de aquel modo. Las vidas salvadas no pesaban tanto en sus cuentas como el contenido de mi bandolera.

Castor, con aquel olor anodino que me crispaba, se apoyó a mi izquierda en la borda, mientras Lucien, a mi derecha, charlaba con Inès.

—Querida, tienes que darme algo —dijo—. Lo puedes hacer ahora o cuando mis colegas te reciban en Córcega, porque, evidentemente, ya están advertidos de que una testaruda joven transporta un antiguo libro endemoniado que es de vital importancia para el Gobierno británico. Así que puedes entregármelo ahora o

esperar a que ellos, que serán menos benévolos que un servidor, te lo arrebaten y te interroguen.

Me aparté un poco de él y elevé tanto la voz que todo el pasaje interrumpió sus conversaciones para escucharme.

—¡El *Kosmeticón* no servirá a ningún Gobierno! Es un regalo para las mujeres, para la tierra, para la vida. No puede pertenecer a ningún país.

—Dámelo, por favor, Erizo —me ordenó Castor, haciendo caso omiso a mis palabras.

Abrí mi bandolera y extraje el libro. Él hizo el ademán de alargar la mano para cogerlo. Y en aquel preciso instante yo me giré y con todas mis fuerzas mis brazos lo lanzaron al agua. Reseguí la elipse que describió hasta chocar contra el mar. El *Kosmeticón* quedó flotando en medio del Mediterráneo. El barco avanzaba lentamente y contemplamos cómo el libro se resistía a hundirse, ondulando inservible en el agua. Sus hojas se fueron desprendiendo y la tinta emborronó las exóticas grafías griegas.

—Ha sido el *Kosmeticón*. Yo no he hecho nada. Me ha guiado, me ha obligado a tirarlo al mar —exclamé mirando a mis amigas.

Las Hijas de Selene no respondieron y se arremolinaron a mi alrededor con la mirada fija en el libro que se hundía. Sylvie apretó las mandíbulas, Viviane no dijo absolutamente nada ni se filtró en su rostro emoción alguna y dos lagrimones rodaron por las mejillas de Aimée. Inès negaba con la cabeza, incapaz de asumir la pérdida. Había dejado a las Hijas de Selene huérfanas de magia.

Sin embargo, la reacción que más me sorprendió fue la de Castor, que en sus milimétricos cálculos jamás había contemplado aquella posibilidad: la destrucción de un poder que él ya le había adjudicado a su Gobierno. Puso una expresión de estupor impropia de él. Abrió los ojos y hasta la boca dinamitando su habitual flema británica.

—Pero ¿qué has hecho? —dijo aún anonadado.

—No he sido yo, te lo aseguro. Es lo que ha escogido el *Kosmeticón*. —Castor sacudía la cabeza de lado a lado, negando la evidencia.

—No te creo, querida. Aunque tal vez sea lo mejor para todos —concluyó resolutivo—. Así zanjamos para siempre este asunto.

Fue la última frase que le escuché, porque ni durante el trayecto ni cuando llegamos a Córcega volvió a dirigirme la palabra.

Sylvie, sin embargo, tenía muchas más ganas de hablar.

—¡Yo tampoco me lo creo! ¡Lo has tirado tú! ¡Estás loca! ¡Acabas de lanzar por la borda dos mil años de sabiduría! ¿Sabes lo que has hecho? Tú eres la Máguissa. Tenías que proteger el libro. —Su pálido rostro se había teñido de rojo.

—Te aseguro que no lo he hecho yo. No pude controlar el movimiento de las manos. El *Kosmeticón* decidió que no podía servir a un gobierno. No sabes lo que me ha dolido no poder retenerlo. Y lo que me dolerá siempre. —Fui consciente de que me temblaban las manos sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Sigo sin creerte. —Los ojos de Sylvie centelleaban de rabia—. No has podido entregarlo, porque lo querías solo para ti. Ya te lo dije. El *Kosmeticón* elige a su Máguissa y había escogido abandonarte. Tú no puedes interponerte en sus designios...

—Yo hubiera entendido que lo lanzaras si estuviera a punto de caer en manos de los nazis... Pero los ingleses son nuestros aliados —intervino Aimée dando por sentado que yo mentía.

—Yo no lo hubiera hecho nunca. —Mi voz se quebró sin que yo le hubiera concedido permiso para hacerlo.

Las Hijas de Selene y Castor permanecieron en la borda hasta que el *Kosmeticón* se convirtió en una mota indistinguible de las olas,

como quien necesita contemplar el cadáver de un ser amado para asimilar su pérdida.

Lucien se aproximó a mí.

—¿Estás bien?

—No quiero hablar de lo que ha ocurrido, por favor —le pedí, y apoyó su mano en mi hombro con suavidad.

Nos dirigimos a la otra parte del barco. No podía continuar cerca de las Hijas de Selene. No podía soportar el reproche que pendía de sus miradas. Me quedé absorta observando las olas, en su ir y venir irrefutable, mientras el barco en la inmensidad del mar sin ningún punto de referencia se me antojaba una metáfora de mí misma. El paso del tiempo, sentados en una embarcación sin nada que hacer, te conduce a un ensimismamiento manso. Un trance hipnótico de casi cinco horas del que fuimos cautivos todos, excepto Viviane. Ella se movía de un lado a otro, hasta que se puso a conversar con tres judíos. Dos hombres y una mujer. Ellos guardaban cierto parecido y los presupuse hermanos. Ella le cogía con cariño la mano al más alto con la familiaridad de los esposos. En los gestos de Viviane había más energía que en la suma del resto de los pasajeros. Una energía irritante y sombría que no podía deparar nada bueno.

No sé qué le dijeron los judíos, pero en un momento concreto Viviane se levantó y se dirigió como una flecha hacia el lugar que ocupaban las Hijas de Selene.

—¿Qué le dijiste al soldado alemán? Dímelo, quiero que tú seas la que lo digas, porque yo ya lo sé.

Aquellos gritos rompieron la quietud del mar e hicieron que Lucien y yo nos diéramos la vuelta. Viviane, de pie, se había encarado a Sylvie, que permanecía sentada.

—Le pedí que tuviera clemencia con nosotras —respondió la mujer.

—¡Y una mierda! ¡Querías cobrarte tu recompensa por traicionarnos! ¿Por qué iban a llevar los nazis una pinza en la nariz? ¿Cómo iban a saber que nosotras estábamos en la perfumería?

En aquel momento, sin mediar palabra, Lucien y yo nos levantamos y nos acercamos a las dos mujeres.

—¡Y yo qué sé! ¡Déjame en paz! —exigió molesta Sylvie.

—No, no te voy a dejar en paz. Quiero saber qué pasó... Tú fuiste la última que llegó a la entrada del puerto. Tuviste tiempo de sobra de ir a denunciarnos.

—No digas tonterías.

Sylvie miraba al suelo y el cabello pajizo le cubría el rostro.

—No son tonterías. Esos tres judíos, a los que acompañaste tú, aseguran que les pediste que te esperaran y desapareciste durante mucho rato... ¿Qué hiciste en ese tiempo?

—No sé de qué estás hablando —dijo.

—Dime qué hiciste en ese tiempo si no fue delatarnos —gritó Viviane fuera de sí.

—Mamá, ¿es verdad? —inquirió Inès—. No puede ser verdad, tú no harías algo así..., ¿no?

Había una súplica tan desesperada y salpicada de dudas en la pregunta de Inès, una acusación tan insoportable para la joven, que Sylvie solo pudo responder desde un orgullo que la redimiera a los ojos de su hija.

—Haría cualquier cosa para que tu padre y tu hermano volvieran a casa.

Ya no había marcha atrás.

—¿Y llegaste a un trato para vendernos a cambio de ellos? —Viviane tenía una mirada feroz e imparable—. Por eso hablaste con el oficial nazi y seguramente el golpe que te dio con la culata fue un teatrillo.

—Inès, créeme que lo hice por nuestra familia —se justificó Sylvie ignorando completamente a Viviane.

Las palabras de Sylvie se dirigían a la posteridad, al recuerdo futuro de su hija, porque el presente ya no le pertenecía.

—Llevaos a Inès —ordenó Viviane.

Había un brillo cruel e inapelable en su mirada y nada de lo que dijéramos o hiciéramos iba a hacer que cambiara de opinión. No pudimos cumplir la orden, porque Inès, consciente de lo que iba a ocurrir, se precipitó hacia su madre para abrazarla. Sylvie ocultó el rostro de Inès en su pecho mientras le susurraba algo al oído. Viviane observaba la escena con impaciencia y finalmente intervino.

—Llevaos a Inès —repitió.

—Por amor de Dios, Viviane, no puedes hacerlo..., no con Inès aquí —le supliqué.

—Claro que puedo hacerlo. Más de cincuenta personas podrían haber muerto por su culpa. Es una traidora y tiene que pagar —respondió.

Inès se aferraba a su madre, hasta que Lucien la separó. Imagino que, como yo, temió que Viviane, con aquella mirada fiera y salvaje, fuera capaz de ejecutarla ante su hija.

—¡Mamá! —gritó la niña mientras él se la llevaba en volandas.

—Te quiero, hija, todo lo he hecho por la familia —respondió Sylvie.

A lo lejos vi como Lucien obligaba a Inès contra su voluntad a que se hundiera en un abrazo con él dando la espalda a la escena en la que Viviane ya había desenfundado su revólver y apuntaba a su madre, que se santiguó y rezó con voz queda. Inès seguía gritando incesantemente «¡Mamá!».

El disparo, justo en la frente de Sylvie, me provocó una sacudida en el cuerpo que me dejó temblando. No podía controlar las manos

ni el pecho, que se movían espasmódicamente ante un horror que ni siquiera podía condenar. A continuación, Viviane empujó el cuerpo de Sylvie, que cayó por la borda con un golpe seco, sin apenas salpicar, como si el mar la estuviera esperando.

El resto del viaje lo pasé abrazada a Inès, que no podía hablar y que temblaba aún más que yo.

7

Córcega, primavera de 1945

Nunca pude recuperar mi amistad con Viviane. No la juzgaba por lo que había hecho, pues Sylvie había estado a punto de matarnos a todos, pero su presencia me incomodaba. Y a ella le sucedía lo mismo conmigo. Nos evitamos durante el año y medio que vivimos en Córcega y lo seguimos haciendo cuando abandonamos la isla. Nos saludábamos cordialmente cuando coincidíamos sin posibilidad de esquivarnos y manteníamos conversaciones triviales, de puntitas, sin querer saber demasiado la una de la otra para no caer en la tristeza de las amistades irrecuperables.

El ferry de vuelta de Córcega a Marsella nada tenía que ver con el trayecto que nos condujo a la isla. Cargados con maletas embarcamos rodeados de otros supervivientes de la guerra que para seguir adelante se comportaban como alegres turistas. Una alegría tan hueca como obligatoria en aquellos tiempos en los que celebrar el fin de la guerra sin ahondar en sus consecuencias era un mandato social. Con aquella actitud dimos comienzo a nuestro viaje mi marido, Inès, Aimée y yo.

Estrechar la mano de Lucien me otorgaba una serenidad solo superada por la reconfortante calma que me producía hundir la cara y el olfato en su hombro. Pegando la nariz a su trapecio. Inhalando la cálida fragancia que desprendía su cuello. Aquel olor se había convertido en adictivo y temía que perdiera su poderío ahora que nos alejábamos de las costas corsas, que cerrábamos aquel capítulo, aquel compás de espera, y nos enfrentábamos a una realidad por construir.

—¿Estás segura de que no quieres que vivamos en Grasse? Allí están tus amigas —me preguntó por enésima vez, acariciándome la mejilla.

—Completamente. Mi sueño, desde siempre, ha sido vivir en una ciudad con mar. Además, en Niza podré ser por fin Ana Fernández y contaré con más clientela para mi negocio.

Lucien asintió. A él aún le costaba llamarme por mi verdadero nombre, pero entendía lo importante que era para mí recuperar mi identidad. Descubrir que no era Chantal Frossard le decepcionó por razones diferentes a las que yo imaginaba. Yo temía que perdiera el interés por una huérfana que no provenía de una estirpe de perfumistas, pero a Lucien le dolió la falta de confianza, que no hubiera compartido mi secreto con él. Algo similar ocurrió con Aimée, que después de un día de evitarme en Córcega, me buscó. «Mira, Ana, Chantal o como diantres te llames. Todas hemos cometido actos inexplicables —bajó la vista seguramente recordando su pasión prohibida con un nazi—, y todas tenemos secretos. Y yo no cuento con tantas amigas en esta isla. Así que miremos al futuro y no al pasado», zanjó mi amiga.

En Córcega me despojé del traje de Chantal Frossard y recuperé mi antigua esencia: la de la mujer que huele a tierra húmeda y

contempla el vuelo de los vencejos. Quería seguir siendo Ana Fernández en mi nueva vida.

Aunque nos instalaríamos en Niza, en aquel viaje pasaríamos por Grasse para acompañar a Inès y para cerrar algunos asuntos que habían quedado pendientes. Lucien y yo acompañamos a la joven hasta su casa, el hogar que yo sentí tantas veces como mío. Me despedí de ella en el jardín, sin atreverme todavía a traspasar de nuevo las puertas. La esperaban su padre, muy delicado de salud, y su hermano. Marcel Frossard había fallecido unos meses antes mientras dormía. Lo descubrió el signor Colombo, el heladero, que lo mantuvo oculto y protegido en su pequeño piso durante la guerra. «Murió a tiempo de enterarse de que habíamos derrotado a los fascistas. Yo creo que estaba esperando la noticia para irse tranquilo», nos había escrito el signor Colombo.

Inès se despidió abrazándonos a los dos.

—Recuerda que mañana hemos quedado a las diez en la catedral —le dije.

—Allí estaré —respondió.

En aquel viaje todos los lugares estaban enterrados bajo imágenes dolorosas y nuestro propósito era conjurarlas, crear nuevos recuerdos que se superpusieran al pasado. Fue difícil en la cabaña de la plantación de rosas de Grasse en Plascassier, que, además de los recuerdos angustiosos de la captura de Lucien, ahora presentaba un aspecto deplorable. Los alemanes la habían utilizado como barracón: se deshicieron de los muebles y dispusieron literas ocupando las estancias.

—Y ahora, ¿qué? —le pregunté a Lucien desolada ante el panorama.

—Pues ahora tendremos una casa que decorar —respondió sin inmutarse—. ¿Y no has oído nunca que hay una tradición que

asegura que hacer el amor en un antiguo barracón nazi atrae a la fortuna? —dijo antes de sujetarme por la cintura y atraerme hacia él.

Lucien poseía una fe irreductible en la vida y la exacta proporción de optimismo para ser realista sin caer en el pesimismo. Mientras nos besábamos y nos despojábamos de la ropa me inundó su fragancia picante, asalvajada como las hierbas que crecen espontáneamente. Mi adicción.

Al día siguiente visité el último lugar que había pisado en Grasse: la catedral de Nuestra Señora de Le Puy. Había reconstruido lo que sucedió tras nuestra despedida con Maylen y el padre Jérémie gracias a Charles, un monaguillo que consiguió huir a Córcega. El padre Jérémie le encargó a Charles que se llevara los accesorios de su taller de falsificación y los entregara a la Resistencia, pues después de que entráramos en tropel en la catedral era cuestión de horas que los nazis lo detuvieran. Se quedó en el claustro sentado en un banco con Maylen.

—Usted podría huir. Yo, en cambio, no puedo ir a ninguna parte —le sugirió Maylen reprimiendo un gesto de dolor. La leche de adormidera que le había administrado anestesiaba en parte su pie. Solo en parte.

—Hija, esto tarde o temprano tenía que suceder. ¿Quieres que te rellene la copa?

—Si es tan amable.

El padre Jérémie había empleado el vino de misa para paliar el dolor de Maylen y sus propios temores.

—Pues lo que te decía —prosiguió el cura—. ¿A dónde voy a huir? ¿Y a cuántas personas voy a poner en peligro? Me gustaría que Nuestro Señor me llevara consigo ahora mismo, porque lo que de verdad me asusta es que por muy religioso que sea no estoy preparado para el martirio. Sé demasiadas cosas que tengo que

callar y solo le pido a Jesús que me dé la entereza para aguantar un viacrucis. No me veo capaz de soportar la tortura...

—Yo no la voy a soportar, ya se lo digo ahora. —Las palabras de Maylen resbalaban bajo el efecto del alcohol—. A mí no me van a encontrar viva.

—¿Sabes que lo que insinúas es pecado mortal?

—Si vamos a morir igual... Yo tengo un veneno que es muy efectivo e indoloro. Créame que no quiero morir. Por fin había encontrado el amor, ¡con lo que me ha costado! Ya estaba convencida yo de que me quedaría para vestir santos. —Se calló, sin poder mirar al futuro, que era lo que llevaba toda una vida haciendo —. Pero no quiero que me torturen... También sé demasiadas cosas, pondría en peligro a todas las personas que amo. Y me niego a que esos cerdos escojan cómo será mi final. Lo haré yo, pero, aun con este dolor en el pie, quiero disfrutar de mis últimas horas.

—Yo ya quisiera..., ya sabes..., poder cometer ese pecado mortal...

—¿Y por qué no lo hace? Yo tengo veneno suficiente para los dos.

—¡Hija, no me tientes, a ver si resulta que acabas siendo el demonio!

—Le repito que no. Yo no quiero morir. —Los ojos de Maylen se cuajaron—. ¡Me quedan tantas cosas por hacer!

Con sumo cuidado para no dañar su pie, que reposaba en el banco, el cura se levantó y abrazó a Maylen. Aquel gesto contuvo el miedo, pero sobre todo la vida que perdían a cada minuto.

—Estoy asustada —susurró ella.

—Yo también, hija. Pero para ti todo acabará antes... —El cura se quedó pensativo—. Aunque igual me podrías ayudar.

Deshicieron el abrazo y el hombre volvió a sentarse a su lado.

—¿Cómo podría ayudarle?

—Yo no puedo cometer pecado mortal, pero ya que tú lo harás..., tal vez podrías poner algo en mi copa sin que yo me diera cuenta.

—Entonces cometería dos pecados mortales: suicidio y asesinato... Pero ¿sabe una cosa? Creo que Dios me perdonará.

De aquel diálogo crepuscular, que planeaba por encima de la vida y la muerte, solo me llegó aquel fragmento, acaso el más bello. Cuando los nazis llegaron, encontraron los cuerpos sin vida de Maylen y del padre Jérémie. Nunca supimos si el cura ingirió voluntariamente el veneno o si fingió que no sabía que lo estaba tomando.

Me costó volver a traspasar las puertas de la catedral de Nuestra Señora de Le Puy acompañada de Inès. Pero debía hacerlo.

—Espérame aquí —le rogué, y la chica se quedó sentada en un banquillo de madera mientras yo me encaminaba al confesionario.

Tras comprobar que estaba vacío, me arrodillé frente al reclinatorio y con un movimiento conocido abrí la trampilla y extraje lo que escondía.

—¿Qué es lo que has cogido? ¡No está bien robar en las iglesias! —me reprendió Inès cuando salimos de la catedral.

—No he robado nada, créeme. Ahora te lo contaré todo.

Nos encaminamos a la perfumería. Laurent, el hermano de Inès, se estaba encargando de reconstruirla, pues como represalia los nazis la habían destrozado. Con pico y pala, destruyendo a conciencia muebles y paredes. El aspecto devastado aún conservaba la huella de una energía poderosa que en algún momento despertaría. Pero en aquel instante el aspecto que ofrecía era desolador, y ambas sentimos una tristeza y una nostalgia para las que no estábamos preparadas. Y, sobre todo, ganas de escapar de

allí. Pero no podíamos, porque había algo que debía contarle a Inès y aquel era el lugar más discreto que encontraría. No me anduve con rodeos, llevaba mucho tiempo imaginando cómo sería aquella escena y fui al grano.

—Inès, debo confesarte algo que no sabe nadie más: no lancé el *Kosmeticón* por la borda.

La joven negó con la cabeza.

—Yo te vi hacerlo. Nunca podré olvidarlo.

—Sí, pero aquel no era el *Kosmeticón* auténtico. El padre Jérémie llevó a cabo una reproducción y me la entregó poco antes de que huyéramos de Grasse. Sabía que me lo arrebatarían y lo dejé en su escondite habitual: en la catedral, en una trampilla en el reclinatorio del confesionario que me mostró el padre Jérémie.

A Inès le costó asimilar la noticia y, cuando lo hizo, me enseñó su bonita dentadura en una sonrisa.

—Entonces, ¿vuelves a ser la Máguissa?

—No, Inès, yo ya no quiero ser la Máguissa. El *Kosmeticón* me ha regalado grandes enseñanzas y una de ellas es que mi camino, mi misión o como quieras llamarla es otra. Proteger el *Kosmeticón* es una responsabilidad que ahora mismo no quiero asumir. Y no es ya porque no me vea capaz de llevarla a cabo, como me sucedió en otro tiempo, sino porque deseo hacer otras cosas con mi vida.

—Pero ¿qué cosas quieres hacer? Siempre hablas de tu negocio, pero nunca acabas de contar de qué se trata.

Era cierto, solo le había confiado a Lucien lo que me proponía. No deseaba escuchar otra voz que no fuera la mía, que por fin, después de tanto tiempo susurrando, se había alzado. No quería que nadie me hiciera dudar de mí misma.

La oscuridad y la luz del *Kosmeticón* me habían mostrado mi propósito en la vida. Las dos habilidades que poseía habían

mantenido un pulso inútil y dañino. El glamuroso y frívolo mundo de la perfumería en guerra contra el sanador y humilde oficio de trementinaire. La mujer de aire contra la mujer de tierra. La una que deseaba ser la otra. La otra que no podía ser la una. Mis sempiternas dudas provenían de verme obligada a elegir entre esto o aquello, convencida de que no podía tenerlo todo. Que no lo merecía. Eso había cambiado: lo iba a conseguir todo. Íbamos a reconvertir la perfumería que Lucien poseía en Niza en un establecimiento que combinaría la venta de remedios de trementinaire y de perfumes. Era lo que yo sabía hacer y lo que quería ofrecer al mundo.

—A eso me dedicaré mientras Lucien se ocupa de la plantación de Plascassier —concluí—. El *Kosmeticón* ha puesto luz a mis dudas y protegerlo me ha mostrado una fuerza que ignoraba que poseía. Pero siento que nuestra relación ha acabado, que mis esfuerzos ahora deben dirigirse hacia lo que tanto deseo. —Hice una pausa—. Y por eso quiero pedirte que tú seas la Máguissa.

—¿Yo? —Se llevó la mano al pecho.

—Desde tu tatarabuela todas las mujeres de tu familia han sido Máguissas. Pero esta no es la razón por la que te lo propongo. Posees una fuerza luminosa y algo en mi interior me dice que es lo que ahora necesita en esta nueva etapa el *Kosmeticón*.

La chica se quedó pensativa, abrumada por mi confesión y por la responsabilidad. Abrí la bandolera y le tendí el *Kosmeticón*, y ella hojeó sus páginas con temor reverencial. Después levantó la cabeza.

—Acepto si tú aceptas ser Hija de Selene.

—Será un honor.

Más que un honor, era algo que esperaba para seguir contando con la magia en mi vida.

Aquella noche el *Kosmeticón* durmió en el convento de las Visitadoras y yo abrazada a Lucien en mi nuevo hogar en Niza. Ya no era ni Chantal Frossard ni la Máguissa. Solo Ana Fernández. Y por primera vez era lo que más deseaba ser.

Epílogo

París, otoño de 1945

Me miré por tercera vez al espejo del hotel y no me convenció la imagen que me devolvía. La camisa azul celeste de seda con lazada y la falda negra de tubo me conferían un aire sofisticado que parecía prestado.

—Estás estupenda —me animó Lucien—. Y pase lo que pase en la reunión recuerda que son ellos los que te han venido a buscar. No lo olvides. Yo te apoyaré en todo. Vámonos ya, que no querrás llegar tarde.

Lucien me acompañó hasta la puerta de un imponente edificio parisino y me dio un beso de despedida.

—Te espero en esa cafetería. —Señaló el establecimiento de enfrente—. Y pase lo que pase, recuerda: tú decides.

En la quinta planta de aquel edificio, en una sala de reuniones inmensa de madera noble, de la que desprende aroma a barniz y a resina cálida, me esperaban cuatro hombres con ese aire grave que muestran las personas adineradas. Me miraron de arriba abajo,

escudriñando cada uno de los detalles de mi indumentaria para clasificarme en un compartimento con etiqueta. Tras las presentaciones, arrancó la reunión.

—Señora Duval, su perfume Liberté es una genialidad. Lo tiene todo: una fragancia exquisita y una historia de coraje y lucha que nos servirá para publicitarlo y convertirlo en un éxito en toda Francia.

—Celebro que sea de su agrado —respondí.

—Sí, sin embargo, tenemos que hacer algunos cambios para que se convierta en el éxito que todos anhelamos —se apresuró a añadir otro de los hombres.

Era difícil distinguir a aquellos señores que vestían igual, presentaban las mismas barrigas abultadas y hablaban con una entonación similar: tranquila, decidida e imperativa a la vez. Eran las cabezas de la misma hidra, que trataba de mostrar su lado más amable.

—El primer cambio que queremos tratar está relacionado con su nombre. Usted nos comentó por teléfono que quería aparecer como la creadora, con su nombre de soltera, Ana Fernández, o de casada, Ana Duval. Pero entenderá que ninguno de los dos resulta demasiado atractivo desde un punto de vista comercial. Inventaremos un nombre para usted: Charlotte o Sabine, a mí me gustan bastante.

—Yo creo que sería mejor otro nombre más corto, tipo Coco Chanel —intervino otro de aquellos hombres indistinguibles—. Léa o Brune serían muy adecuados.

—Mi nombre es mi nombre. —Se sorprendieron de que los interrumpiera, como si se hubieran olvidado de mi presencia—. No voy a cambiarlo. Ana o Anne es sencillo y directo. Entiendo que prefieran un apellido francés, pero será el de mi marido.

Aquellos hombres tan poco acostumbrados a que les llevaran la contraria me miraron atónitos. Recuperar mi identidad había sido una lucha ardua y no iba a rendirme ahora.

—Bueno, abordaremos esta cuestión más adelante —comentó el cuarto hombre—. Otro detalle que querríamos mejorar es el eslogan que usted proponía. «La fragancia para las mujeres que luchan por la libertad» tiene demasiadas connotaciones que recuerdan a la guerra. Y las consumidoras quieren pasar página del conflicto bélico. Nuestra propuesta es más sugerente: «La fragancia para las mujeres que esperan a su marido».

Tuve que respirar hondo para no estallar contra aquella propuesta aberrante que aquel individuo pretendía lógica.

—Me temo que en este punto tampoco alcanzaremos un acuerdo. Muchas mujeres lucharon y murieron en la guerra, llevando esa fragancia que las distinguía como miembros de la Resistencia y les debemos un homenaje. Esta es la idea que ustedes me expusieron en nuestra primera conversación, si mal no recuerdo.

Los cuatro hombres se miraron entre sí y uno de ellos, con voz calmada, tomó la iniciativa.

—Es una idea que ha evolucionado —zanjó—. Piense, señora Duval, que le conviene confiar en nuestro criterio. Nosotros sabemos lo que nos hacemos e invertiremos en la comercialización de su perfume, que llegará a todas las perfumerías francesas. Usted se encargará de la producción del perfume, pero nosotros lo convertiremos en un éxito. Y eso le reportará unas ganancias que no podría obtener de otro modo.

—Sus beneficios alcanzarán el diez por ciento de las ventas, señora Duval, es una cifra muy generosa —añadió otro de los hombres con una sonrisa mefistofélica—. Sabemos que en estos primeros años no se venderá mucho, pero la economía se

recuperará con rapidez y nosotros ya habremos posicionado el producto.

No era una oferta generosa, por mucho que necesitáramos dinero. Me irritaban aquellos hombres que me trataban como si yo fuera tan ilusa para agradecer que intentaran aprovecharse de mi trabajo. Aquel tono didáctico, de quien enseña a la pobrecita pueblerina que no sabe, me estaba sacando de mis casillas. Y no tenía por qué aguantarlo.

—Creo que no alcanzaremos un consenso. Agradezco que me hayan recibido y siento haberles hecho perder el tiempo.

Lucien escuchó atento mi crónica de aquella reunión y su mirada achinada se debatió entre el orgullo y la preocupación.

—Ya sacaremos el dinero de algún otro sitio —concluyó.

La tienda, que había inaugurado unos meses antes, cosechaba un éxito modesto que permitía mantenerla sin lujos: yo asumía el grueso del trabajo y Aimée me echaba una mano los fines de semana. Pero estaba satisfecha: habíamos consolidado una clientela fiel que aumentaba día a día y las perspectivas de futuro eran excelentes.

Nuestros apuros económicos tenían su epicentro en la plantación de Plascassier. Habíamos invertido nuestros ahorros en la recolección y en la elaboración del absoluto de la rosa de Grasse. Y lo habíamos perdido todo. La mayoría de los perfumistas a los que Lucien vendía sus absolutos habían quebrado, pues la posguerra era tan mala época como la guerra para los placeres que no llenaban el estómago. Nuestra intención era conservar la plantación y cerrar la fábrica a la espera de mejores tiempos, pero el gasto era igualmente inasumible. La rosa se tenía que recolectar y los rosales debían

cuidarse para que no se echaran a perder. Y entonces había llegado aquella inesperada oferta de unos inversores parisinos. Yo vendía Liberté en mi tienda y la fragancia tenía tanto tirón que se comercializaba también en otras perfumerías de Niza. La esposa de uno de aquellos hombres que me habían recibido convenció a su marido del éxito que podría reportar un perfume que fue el santo y seña de la Resistencia. Aquella oferta dibujaba una salida a nuestro atolladero económico que yo acababa de cerrar.

No podía aceptarlo: el pírrico beneficio era una tomadura de pelo y yo ya no quería ser otra. Pero, sobre todo, no podía consentirlo por todas las mujeres de la Resistencia que nunca se habían puesto el perfume para esperar a sus maridos, sino para jugarse la vida.

—Has hecho bien —musitó Lucien—. Lo mejor que puedo hacer es vender la plantación.

—No. Tú amas tu plantación, no la puedes perder. Tenemos una alternativa. Hace tiempo que te lo digo: debemos ir a Andorra a buscar el dinero que tengo ahorrado. Con eso y con un pequeño préstamo que nos conceda el banco podemos asumir la distribución de Liberté, llevarla a cabo nosotros mismos, sin intermediarios. Será más modesta, no llegaremos a toda Francia, pero nos podemos centrar en la Provenza. Los beneficios nos servirán para cubrir los gastos de la plantación.

Si no había viajado antes a Andorra a recoger mi dinero no era ya porque no me atreviera a gastarlo, porque me procurara tranquilidad imaginarlo a buen recaudo o porque siguiera siendo, como me dijo Jaume Piqué, una pequeña avara. Yo ya no era aquella. La razón era otra. El lamentable estado de las infraestructuras y de las carreteras complicaba las comunicaciones. Nos habría resultado muy complicado llegar a Andorra. Además, el trabajo nos había dejado sin tiempo para viajes.

Llegamos a Andorra la Vella un soleado lunes de octubre y la pequeña ciudad había recuperado el brío de tiempos pasados. El trajín de las calles, la inmensidad de las montañas circundantes y el soleado clima de aquel día me insuflaron una paz que se extinguió pronto.

Nos dirigimos directamente al banco. Yo había descosido la llave que llevaba prendida a uno de los bolsillos de mi inseparable bandolera. La llave que me había acompañado aquel tiempo, que había sobrevivido a dos guerras, que me había brindado seguridad. La llave para una nueva vida. Abrí la caja que había recordado tantas veces repleta de dinero y solo reflejó el metal. Estaba completamente vacía.

—¡No puede ser! —exclamé.

—¿Quién puede haberte robado el dinero? —preguntó Lucien.

—Solo hay una persona que tiene otra llave.

El tiempo y la guerra habían pasado factura a Jaume Piqué, al que recordaba como un hombre vital entrado en años y que ahora se había convertido en un anciano vivaracho. Hacía cuatro años le había confiado una copia de la llave, para que pusiera a buen recaudo el dinero que me pagó madame Levy. Solo él podía acceder a la caja.

—¡Ana Fernández! —exclamó dándome un efusivo abrazo y tocándome la cara con sorpresa—. ¡Estás viva!

Lo miré con extrañeza.

—¡Claro que estoy viva! ¡Y tú me has robado mi dinero!

El hombre negó con la cabeza sin poder cerrar la boca.

—¡Yo no soy un ladrón! ¿Cómo puedes pensar algo así de mí? — Fatigado, se sentó a la mesa de su diminuto despacho y suspiró

pesadamente—. Tu amiga, aquella que se interesó por ti después de la guerra civil, Chantal Frossard, se instaló en Andorra hace un tiempo con su hijo. Ella me informó de que habías muerto y, como no tienes familia, acabó convenciéndome de que le diera la copia de la llave que me dejaste... No puedo creerme que yo, que tengo tan buen ojo para la gente, me dejara engañar.

Nadie tiene buen ojo para Chantal Frossard, la persona más mentirosa, manipuladora y tramposa que he conocido en mi vida. Y, una vez más, me había demostrado que siempre iba un paso por delante de mí. Seguía siendo un peón en su tablero.

No esperaba volver a verla en la vida, pero un hilo invisible me amarraba a ella. Jaume Piqué me proporcionó la dirección y le pedí a Lucien que me esperara en el hotel. Era algo que tenía que resolver yo sola.

Un imponente caserón de piedra a las afueras, rodeado por un prado en el que Chantal había plantado un rosal que se había resecado por el frío, me demostró que su situación económica era cuando menos desahogada. Ella, vestida de rojo, destacaba sobre la alfombra de hierba verde. Estaba enseñándole a un niño de tres años a hacer la voltereta y los dos reían con aquel sonido cristalino y despreocupado que me transportaba al pasado. La recordé saltando alegre por los caminos de Àreu con el cabello revuelto y una mezcla de nostalgia y rabia me pellizcó la boca del estómago. Chantal cogió al pequeño en brazos y lo levantó mientras el pequeño gorgoteaba de placer. Incluso aquel gesto estaba impregnado de su aplomo congénito, de aquel porte intangible y elegante que tanto había envidiado.

Me aproximé a ellos y Chantal me saludó afectuosamente sin que se dibujase un ápice de sorpresa en su expresión.

—Espera un momento. —Aplaudió tres veces en el aire y se presentó una criada—. Llévate a Marcel a la cocina, que tengo que hablar con mi amiga. —Siguió a su hijo con la mirada y, una vez que entraron en la casa, se dirigió a mí—: Has tardado mucho.

—¿Cómo que he tardado mucho? —respondí desconcertada.

—En venir a por tu dinero —sonrió, y yo no le encontré la gracia.

—Chantal, déjate de jueguecitos. Tú eres una viuda rica. A juzgar por cómo vives, el dinero no te falta. ¿Por qué has tenido que robarme el mío? Si quieres recuperar el *Kosmeticón*, olvídate, porque yace en el fondo del mar.

—¿En serio? —dijo sin darle demasiada importancia—. Ya me lo contarás, pero no es por eso por lo que me he quedado con tu dinero. Tenía ganas de verte. Y es cierto que las cosas no me van mal. —Inspiró el aire para dejarlo salir despacio y amusgó los ojos—. Conseguí vender la relojería y la casa de Guillaume antes de que acabara la guerra y me llevé sus relojes y el dinero que pude —rio con esa indolencia tan Frossard—. No me falta dinero, pero si cogí el tuyo fue para verte otra vez —suspiró—. Y deja ya de acusarme. Tú me abandonaste embarazada y enferma en Toulouse y me enviaste a mi insufrible suegra para que no pudiera seguirte. Además de robarme el *Kosmeticón*. Me debería quedar tus ahorros como compensación.

—Lo hice porque tú pretendías fugarte sin decirme nada —respondí elevando el tono de voz.

—Siempre has sido muy rencorosa, Ana Fernández. ¡Qué ganas de hablar de todo eso que ocurrió hace tanto tiempo! Yo también lo he pasado mal y...

—Me trae sin cuidado lo que te haya pasado, Chantal —la interrumpí—. ¿Me vas a devolver el dinero o no?

—Depende. —Entornó los ojos—. Primero entra en casa, para que podamos charlar tranquilamente.

Me condujo a un enorme salón, sin apenas muebles pero acogedor.

—No he decorado demasiado la casa porque no me gusta vivir en Andorra. Ahora que ha acabado la guerra, podré mudarme a donde desee. Cuéntame, ¿dónde vives tú y qué has hecho durante este tiempo?

Sabía que era el peaje que tenía que pagar y también que estaba, una vez más, en sus caprichosas manos. Ella decidiría si me devolvía o no el dinero que tanto necesitaba.

Así que le di lo que demandaba: el relato de mi vida en Grasse. Al compartir con ella lo ocurrido en los últimos tres años, me sacudió una intimidad plácida para la que no estaba preparada. Sus preguntas y comentarios me recordaron una de las escasas virtudes que valoraba de Chantal: ella nunca juzgaba. «¿Cómo te sentiste haciendo de Chantal Frossard?», «¡Me hubiera encantado verte envenenando a Félix!», «¿Qué te enamoró de tu marido?», «¡Qué triste la historia de Maylen!». No había ni un reproche en sus palabras, que destilaban complicidad.

No fue fácil contarle cómo murió su madre.

—¡Suerte que Viviane mató a Sylvie, porque si no me hubiese tocado hacerlo a mí! —Fue el único momento en el que una genuina rabia se coló en su voz.

Le oculté, por supuesto, que el *Kosmeticón* que había lanzado al mar era una falsificación. No quería imaginarme lo que sería capaz de hacer para acariciarlo de nuevo. Cuando llegué a aquel momento de la narración, se tapó la boca sofocando un grito de horror.

—¿De verdad el *Kosmeticón* te obligó a lanzarlo al mar?

—Te lo juro.

—Debió ser terrible...

Había transcurrido más de una hora y, pese a todos mis esfuerzos por mantener la distancia, me sentía más cerca de Chantal Frossard. Y no puedo decir que me desagradara.

—¿Y tú, Chantal? ¿Cómo estás de tu enfermedad?

—Después del parto lo pasé muy mal —dijo con serenidad, sin reproche ni queja—. Tardé casi un año en recuperarme. Además, tenía que aguantar a mi suegra, que no me dejaba ni a sol ni a sombra. Creo que ella me ponía aún más enferma. Y cuando me encontré un poquito mejor, me escapé a Andorra. El camino fue extremadamente duro, y tras mi llegada estuve casi un mes sin fuerzas para salir de la cama. Pero ahora estoy muy bien. Sigo tomando las infusiones que tú me recomendaste y esta última temporada ha sido bastante buena, no he vuelto a tener ninguna crisis. —Encogió los hombros plantando una duda en el futuro.

—Me alegro, Chantal —dije con sinceridad.

—Yo también. Quiero tener salud para cuidar de Marcel. Al final no se me está dando tan mal eso de ser madre. —Los ojos le brillaron.

Chantal lo había vuelto a hacer. Con su sonrisa y su forma de orillar el pasado había recuperado una familiaridad que me había atrapado. Pero yo tenía un objetivo.

—¿Me vas a devolver el dinero o no?

—Solo si me cuentas para qué lo necesitas.

Resoplé harta de tantas pruebas para recuperar lo que me pertenecía. Pero entré en el juego. Mi futuro negocio entusiasmó a Chantal. Me preguntó por la formulación de Liberté, por la distribución, por el precio al que vendería el perfume, por cómo iba a gestionarlo todo, por la cantidad de tiendas a las que quería llegar. Y mis respuestas fueron vagas, pues desconocía la mayoría de aquellos detalles. Ella simplemente levantó la ceja.

—Me has convencido, Ana Fernández, no solo te devolveré tu dinero, sino que invertiré en tu negocio. Así no tendrás que pedirle dinero prestado al banco. Seremos socias. Yo me encargaré de la distribución y no quedará perfumería en toda la Provenza en la que no se venda Liberté —dijo sonriente—. Y después conquistaremos París. Vamos a ganar mucho dinero, salvaremos la plantación de tu marido y tú vas a poder dedicarte a elaborar tus remedios y tus perfumes en la tienda, que yo sé que es lo que deseas, que ya te conozco.

No me cabía la menor duda de que la perfecta Chantal Frossard cumpliría su vaticinio. La repelente niña francesa una década atrás irrumpió huracanada en mi apacible vida y me empujó a sacar lo peor y lo mejor de mí. Y ahora pretendía colarse en mi futuro. Tiraba con fuerza de aquel hilo invisible con el que me había apresado.

—No, Chantal, no es una buena idea —respondí—. Te ruego que me devuelvas mi dinero y que cada una siga su camino.

—Por favor, Ana, no me dejes aquí. Me aburro, no tengo nada emocionante que hacer, no puedo poner a prueba ninguna de mis habilidades, me estoy marchitando y... tú eres mi única amiga. Te necesito.

Chantal Frossard era la persona más manipuladora que había conocido —con la excepción de su madre—, pero el temblor de su voz y el vacío que se había sembrado en sus ojos fue el gesto más auténtico que le conocí en diez años.

—No me mires así, Ana, ¿tan extraño te parece que yo te necesite? —resopló—. Yo seré como soy y es verdad que me pongo a mí misma primero que a los demás... Y creo que todo el mundo, en especial las mujeres, deberían hacerlo. Pero yo siempre te he considerado mi amiga. Mucho más que tú a mí, que siempre me has envidiado. Vamos a recordar el pasado, ya que tanto te gusta: ¿qué

sería de ti si en el puente no hubiera impedido que te pusieras ante el *Kosmeticón*? ¿O si no te hubiera ido a buscar a Argelès-sur-Mer? ¿O si no te hubiera llevado conmigo cuando me casé?

—Chantal, hiciste todo eso por interés, pero no importa, todo está olvidado, no se trata ya del pasado, es que tú no me haces bien...

—Tal vez eres tú la que no te haces bien a ti misma yendo de víctima —soltó—. Pero ahora podría ser diferente, las dos hemos aprendido mucho.

—No funcionará —me limité a responder.

La fragancia de Chantal, aquella mezcla juguetona de vainilla y de menta, había perdido brío con los años, pero me cosquilleó la nariz con una sensación apacible.

—¡Ay, hija! ¿Por qué no iba a funcionar?

Chantal Frossard me estaba suplicando a mí que le permitiera entrar en mi vida. Sonreí por aquella ironía, sintiendo que el pasado ya no me pesaba, que los reproches que me convertían en víctima, como ella había dicho, habían desaparecido. Mi sentimiento de liberación nos redimía a ambas.

—¿No has pensado en qué había sido de mí en todo este tiempo? Porque yo sí que lo he hecho. He pensado muchísimas veces en qué sería de ti —confesó con la voz raspada.

—No, Chantal, yo no lo he hecho: me he concentrado en vivir mi vida. Ya dediqué demasiado tiempo a pensar en ti en vez de en mí cuando vivía contigo.

—¿Y no has añorado los buenos tiempos que pasamos juntas?

Negué con la cabeza y entonces una lágrima tímida rodó por el rostro de Chantal Frossard. Aquella fue la cuarta y la última vez que la vi llorar y aún no sé si fue de impotencia, rabia, desesperación o tristeza. De un manotazo, se secó la lágrima y miró hacia otro lado.

—Ana, no te precipites. Te ruego que medites bien la respuesta. Tómate unos minutos y valora lo que ganarás y lo que perderás.

Me quedé callada, sintiendo el pasado. No recordándolo: sintiéndolo, a veces con una calidez en el pecho, con ligereza en las extremidades, a veces con un helor en los pies y una asfixia en el cuello. Sentí la fuerza de la nueva Ana Fernández y también su humanidad. El mohín suplicante de Chantal Frossard no influyó en mi decisión. Con ella o sin ella yo estaba completa. Tragué saliva. No dudé: era yo quien decidía y por primera vez sabía lo que quería.

Nota de la autora

Esta novela ha requerido investigación y documentación. Viajé en varias ocasiones al Pallars, visité Grasse y pasé meses en compañía de brillantes autores que han publicado libros apasionantes que tratan en profundidad muchos temas por los que yo anduve de puntillas con el respaldo de la sabiduría que ellos compartieron con el mundo. Evelyn Mesquida, con *La Nueve* (Penguin Bolsillo, 2008), reivindicó el papel de los soldados republicanos españoles en la liberación de Francia. Manuel Gimeno, con *Revolució, guerra i repressió al Pallars (1636-1939)* (Biblioteca Serrador, 1987), pintó un fresco de la guerra civil que fue mi guía durante la escritura. *La guerra secreta del Pirineu (1939-1944)*, de Daniel Arasa i Favà (Llibres de l'Índex, 1944), i *Traces de la Segona Guerra Mundial a Andorra*, de Claude Benet (Anem, 2023), fueron mi brújula para guiarme por las heladas montañas fronterizas durante la Segunda Guerra Mundial. También me acompañaron las letras de Josep Calvet, el máximo especialista en la historia contemporánea del Pallars, cuyos libros consulté para adentrarme en las montañas y escoger las rutas de mis personajes.

Para la parte francesa, toca agradecer nada más y nada menos que a Albert Camus, que me guio con *La noche de la verdad* (Debate, 2021), una antología de artículos de la revista *Combat*. Otro nobel, Patrick Modiano, me llevó de la mano por la Francia

ocupada con *Trilogía de la ocupación* (Editorial Anagrama, 2012). También me sumergí en la lectura de *Los alemanes en Francia vistos por una española*, de Josefina Carabias (Editorial Castalia, 1989).

Debo agradecer especialmente la colaboración de Marine Chiocci, de los Archives communales de Grasse, que tras meses de correspondencia por e-mail me sorprendió con su atención y perfecto español.

Consulté algunos temas de las trementineras en la web del Museu de les Trementinaires, en Truixent, y mantuve siempre el propósito de visitarlo, pero el tiempo no me dio para ello. También busqué desesperadamente sin encontrarla a María Rodríguez Calaveras, que en la revista *Medicina Naturista* publicó un brillante artículo en el que recopilaba los remedios naturales de las trementineras que me fue de gran ayuda.

Fueron muchos meses, muchas compras de libros de segunda mano, muchas visitas a la Biblioteca Jaume Fuster de Barcelona, a los que agradezco su amabilidad y profesionalidad. Fueron capaces de encontrar mis peticiones más complicadas siempre con una sonrisa.

Por último, quiero responder a una pregunta que todo el mundo me plantea: sí, el *Kosmeticón* existió. No se trata de un libro mágico, por supuesto, sino de un recetario de remedios de belleza y de medicina que se atribuye a Cleopatra y que citan otros autores posteriores. Algunos de tanto prestigio como Galeno, el padre de la medicina, lo cual nos da la medida de la importancia que tuvo el *Kosmeticón* en su tiempo.

Agradecimientos

Escribir esta novela y, sobre todo, acabarla no fue fácil. El invierno de 2024-2025 llegó plagado de malas noticias, de inquietudes, de desconcierto y de miedo, que por suerte han quedado atrás. Caminé sin suelo bajo los pies. Fueron muchas cosas y también, por suerte, fuisteis muchos los que estuvisteis a mi lado. Así que toca agradecer.

A mi hijo, Óscar Sabaté, al que arrastré por Grasse sin que se quejara... demasiado. Por eso y por mucho más, tanto que no cabría en una novela.

A mi mami, Mercedes Sebastián, siempre presente en su todavía dolorosa ausencia. Sin lo que aprendí de ella y sin su fe ciega en que yo sería capaz de todo lo que me propusiera, no hubiera pasado de la primera línea.

A Sergi Puertas, por tu saber literario, por tu apoyo incondicional, por tu amor silencioso. Fueron tiempos muy duros para ti mientras escribía la novela (y, a ratos, la realidad me desbordaba y no podía seguir escribiendo), pero he aprendido mucho de tu fortaleza y de tu mirar adelante.

A Sebastián Moreno, mi tío, que, aunque perdí cinco kilos, siguió alimentándome con deliciosos táperes cuando no me despegaba de mi asiento. Y apoyándome y aconsejándome cuando no quería mirar afuera. Por su historia de Ibiza, que me hizo comprender que nada

es tan grave. Y a Rosita Esteve, la mejor amiga de mi madre y una de las mujeres más sabias que he conocido.

A Heidi Ixchel Ruiz, y a sus hijos Diego e Irene. Juntos recorrimos en coche media Francia para pasar el verano en Grasse, donde me documenté para la novela. Nos quedó el dulce perfume de la casa Fragonard para sostener el cruel invierno que te esperaba, querida amiga, y que en aquellos días despreocupados no podíamos ni imaginar.

A Jordi Oliver, mi familia escogida, porque hace veinte años me llevaste a Àreu y descifraste para mí los secretos del Pallars. Recuerdo que me dijiste: «Àreu fue el último pueblo republicano». Entonces, en aquella otra vida que apenas recuerdo, aquel dato creó un sedimento que germinó en esta novela. Y durante la escritura, no solo me has ayudado, sino que me has invitado a tu casa para que pudiera seguir investigando. Por ello, te he dedicado un cameo «fotográfico». Pero, sobre todo, por ayudarme a relativizar cuando me ahogaba.

A Claudia Bellante, Berta del Águila y Ana Fernández, mis nenis, mi norte. Homenajeé a las dos primeras bautizando con su nombre a las dos protagonistas de mis novelas anteriores. Faltaba Ana y, aunque su nombre no sale muy bien parado, aparece con apellido y con mucho amor. Gracias, mis hadas, por nuestros colibrís y nuestra Gran Vía (y a Botolo, padre de Claudia, por la investigación italiana).

A Francina Bou, psicóloga, amiga, la única con salvoconducto para colarse en mi casa en pleno proceso creativo, que cuidó de mi integridad mental siempre con risas.

A mis amigas «casa», las que siempre están ahí, las que nunca fallan, las que siempre entienden: Mireya de Sagarra, Niki Navarro, Sigrid Cervera. Y mi bro, Manolo Vázquez, siempre al otro lado del teléfono cuando lo necesito.

A mi tía, Marta Ramírez, que me sujetó fuerte durante el temporal. Y a mi queridísimo primo, siempre cercano en la lejanía holandesa, David Durá.

A mi segunda madre (a la vez que tía): Maylen Montserrat Brisha Bielba... ¡Cuánto bien me hacen nuestras llamadas! Y a toda mi familia mexicana. A Adriana Bielba, Lorena Bielba, Manuel Bielba, Jorge Bielba, Pedro Arzani y Claudia Díaz. A Pedro Antonio Arzani, Constanza Arzani, Lorenza González, Jorge Antonio Bielba, José María Bielba (¡qué bueno fue tenerte cerca!), Pablo Bielba y Juan Manuel Bielba. Y a mis hermanos mexicanos escogidos: Luis Huacuja e Iván Gutiérrez.

A mis amigos escritores, Pedro Riera y Josan Hatero, de los que siempre aprendo.

A Jaume Jordana, porque siempre me hace mejor de lo que soy. A Carmen del Vado (mi lectora beta, siempre acertada), a Aida García (que me confió cómo se vive y se ama con un olfato finísimo), a Begoña García (que ilustró con su conocimiento mi visita al Pallars), Cristina García, Lupe Pérez, Paula Kleiman, Imma Jiménez, Óscar del Pozo, Román Miquel Prats, Dàlia Rajmil, Aliénor Bénoist, Rosa Martí, Elena Sacristán, Lourdes Segade, Carlota Coll, Eva Siles, Mónica Artigas, Esther Giralt, Gerard Solé, Teresa Pinyol (nada que ver con el personaje para quien le robé el nombre), Eva Jordana, Sharon Hofmeister, Inés Sarrias, Silvia Claret, Carles Alcoyent, Xavi Codina, Xavi Cussó, Miquel Armengol, Sandra Ramos, Carol Bianco, Xavi Calvo, Irene Santiago, Isidre Estévez, Mara Lethem, Jesús Cecilia, Xan Pita, Carlos Risco, Joan Andreano.

A los «padres y madres del Hampa», que esta vez no tuvieron que cuidar de mi hijo ya crecidito para que yo pudiera escribir: Jacqueline Glarner, Elena Molina, Nora Sala, Maite Jané, Susana García, Núria Vaquer y Núria Rams.

Muy especialmente a Justyna Rzewuska, mi agente, porque más allá de todas las puertas que me ha abierto con su varita mágica, de todos los consejos e ideas inspiradoras, esta vez me salvó la vida. Literal.

A María Borri, que me ungió escritora y acudió al rescate cuando en medio del caos las dudas casi me paralizan.

A Martina Torrades (por su comprensión, cariño y apoyo en la entrega) y a Anna Soldevila, mis editoras en Destino, por el cuidado detallista con el que tratan mis libros y por la apuesta que han hecho por mí. A María García Marco, por ser más que una correctora, y a Oriol Gálvez, por su profesionalidad.

En memoria de los que ya no están: Estela Montetes, mi eterna amiga, y mis abuelos, Margarita Oller Valdivieso y Eduardo García Gavaldá.

Y, por último, un agradecimiento enorme a los lectores y lectoras de mis dos anteriores novelas, que con los clubs de lecturas y las redes sociales me animan a continuar adelante.

La esencia secreta de la casa Frossard
Marga Durá

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la cubierta: © Ildiko Neer / Trevillion Images
y © PhotoAK / Shutterstock

© Margarita Durá Sebastián, 2025
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary & Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.editorial.planeta.es
www.edestino.es

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2025

ISBN: 978-84-233-6876-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta